

Autor y serie superventas de 'The New York Times'
Número 1 en ventas en Estados Unidos

JIM BUTCHER

«Los libros de Butcher combinan
la magia y la diversión de Harry Potter
con un tono y una actitud más oscuros»
—Los Angeles Times

LA TUMBA

Ventana Abierta

La Saga de **Lectulandia**

En su profesión Harry Dresden se ha enfrentado a algunos enemigos bastante aterradores pero nunca a algo como esto: el mundo espiritual se ha vuelto loco. Los fantasmas están causando problemas, y no son de los que van dando portazos ni asustando. Están atormentados, son violentos y mortíferos. Alguien, o algo, está agitándolos a propósito para desencadenar un enorme desastre sobrenatural.

Pero ¿por qué? Y ¿por qué muchas de las víctimas están vinculadas con Harry? Si no lo averigua, y pronto, podría acabar convirtiéndose él mismo en un fantasma...

Lectulandia

Jim Butcher

La tumba

Saga de Desdren, 3

ePUB v1.0

Kundalpanico 10.12.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Grave Peril*
Jim Butcher, 2001.
Traducción: Olga Marín Sierra

© 2008, La Factoría de Ideas.
Primera edición, Junio de 2008
Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Editor: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)
ePub base v2.1

Capítulo 1

Hay razones por las que odio conducir deprisa. En primer lugar, el Escarabajo azul, un vehículo fabricado por Volkswagen que no me pega nada pero con el que desempeño mi trabajo, que suena y cruje peligrosamente cuando supero los noventa kilómetros por hora. En segundo lugar, no me llevo demasiado bien con los avances tecnológicos. Cualquier producto fabricado después de la II Guerra Mundial parece ser susceptible de fallar en cuanto me acerco a él. Por regla general, cuando conduzco, lo hago con prudencia y sensatez.

Esta noche ha sido una excepción.

Al doblar una esquina, los neumáticos de mi Escarabajo rechinaron como si protestaran contra la señal de prohibido girar a la izquierda que allí había. El viejo coche gruñía, indomable, como si notara lo que estaba en juego, y seguía desempeñando su aguerrido trabajo, gimiendo y vibrando mientras bajábamos a toda velocidad por la calle.

—¿Podemos ir más deprisa? —dijo Michael con voz cansina. No era una queja, sino una pregunta formulada con voz tranquila.

—Solo si tenemos el viento a nuestro favor o vamos cuesta abajo —dije—. ¿Cuánto queda hasta el hospital?

El hombre corpulento encogió los hombros y negó con la cabeza. Su pelo era una mezcla de sal y pimienta, el negro destacaba sobre el color plata que algunos hombres tienen la suerte de heredar, aunque la barba era todavía muy oscura, casi negra. Tenía marcadas líneas de expresión que dejaban vislumbrar huellas de pena y tristeza. Sus manos grandes y llenas de arrugas descansaban sobre las rodillas, que iban aplastadas contra el salpicadero.

—No estoy seguro —me contestó—. ¿Unos tres kilómetros largos?

Por la ventana del Escarabajo vi la escasa luz que quedaba.

—El sol casi se ha puesto. Espero que no llegemos tarde.

—Lo hacemos lo mejor que podemos —me aseguró Michael—. Si Dios quiere, llegaremos a tiempo. ¿Estás seguro de tu... —movió la boca expresando su disgusto— fuente de información?

—Bob es un pesado, pero raras veces se equivoca —contesté, dando un frenazo y esquivando un camión de basura—. Si dijo que el fantasma estaría allí, lo estará.

—Que el Señor nos acompañe —dijo Michael, y se santiguó. Yo sentí algo, como una corriente de energía apacible y tranquilizadora alrededor de él, el poder de la fe—. Harry, hay algo que quiero preguntarte desde hace tiempo.

—No me vuelvas a pedir que vaya a misa —le dije con una sensación de inquietud—. Ya sabes que voy a decirte que no. —Alguien con un Taurus rojo me cortó el paso y tuve que dar un viraje brusco para esquivarle; me metí en la isleta para

girar y después adelantarle. Dos ruedas del Escarabajo se levantaron del suelo— ¡Gilipollas! —grité por la ventanilla del conductor.

—Eso no me impide seguirtelo pidiendo —aseguró Michael—. Pero no se trata de eso. Lo que yo quería saber es cuándo vas a casarte con la señorita Rodríguez.

—¡Madre mía, Michael! —Fruncí el ceño—. En las últimas dos semanas, tú y yo hemos estado recorriendo toda la ciudad, persiguiendo a todos los fantasmas y espíritus a quienes, de repente, les ha dado por aparecer. Todavía no sabemos cuál es la causa de que el mundo de los espíritus haya perdido la chaveta.

—Lo sé, Harry, pero...

—En este momento —le interrumpí—, vamos tras la pista de una horrible viejecita que está en Cook County, y que podría matarnos si no nos concentramos. Y tú vas y me preguntas por mi vida amorosa.

Michael frunció el ceño mirándome.

—Te acuestas con ella, ¿verdad? —dijo.

—No lo suficientemente a menudo —gruñí y cambié de carril, dando un volantazo al toparme con un autobús.

El caballero suspiró.

—¿La quieres? —preguntó.

—Michael —dije—. Dame un respiro. ¿Cómo me sales con preguntas como esa?

—¿La quieres? —siguió presionando.

—Ahora lo que me preocupa es conducir.

—Harry —preguntó sonriendo—. ¿Quieres a la chica o no? No es una pregunta muy difícil.

—Mira quien habla —refunfuñé. Pasé por delante de un coche de policía superando en unos treinta kilómetros por hora el límite de velocidad, y vi como el oficial que estaba junto a la rueda parpadeaba y derramaba su café al verme pasar. Miré por el retrovisor y comprobé que las luces azules del coche patrulla se habían encendido—. Maldita sea, eso lo va a estropear todo. Los policías van a venir pisándonos los talones.

—No te preocupes por ellos —me aseguró Michael—. Tú, responde la pregunta.

Le eché una mirada a Michael. Él me miró, con un gesto que denotaba sinceridad, la mandíbula era fuerte y sus ojos grises brillaban. Tenía el pelo muy corto, con la parte de arriba cortada como los marines pero lucía una barba rala de guerrero.

—Supongo que sí —dije, un segundo después—. Sí.

—Entonces ¿no te importa decirlo?

—¿Decir el qué? —Me quedé parado.

—Harry —me regañó Michael, mientras sufría el bote por el agujero que había en la calle—. No te comportes como un niño. Si quieres a esa mujer, dilo.

—¿Por qué? —pregunté.

—No se lo has dicho, ¿a qué no? No se lo has dicho nunca.

Le fulminé con la mirada.

—¿Y qué, si no lo he hecho? Ella lo sabe. ¿Qué problema hay?

—Harry Dresden —dijo—. Tú mejor que nadie deberías saber la importancia de las palabras.

—Verás, ella lo sabe —dije, frenando un poco y después volviendo a pisar el acelerador—. Le regalé una tarjeta.

—¿Una tarjeta? —preguntó Michael.

—Una con una dedicatoria.

Suspiró.

—Me gustaría escuchar las palabras pronunciadas por ti.

—¿Qué?

—Di las palabras —me pidió—. Si la amas, ¿por qué no puedes decírselo?

—Porque no voy por ahí diciéndoselo a todo el mundo, Michael. Por Dios bendito, es que... no podría, ¿vale?

—No la amas —dijo Michael—. Ahora me doy cuenta.

—Sabes que eso no...

—Dilo, Harry.

—Si con eso me vas a dejar en paz —dije y pisé a fondo el acelerador de mi Escarabajo. Veía que la policía estaba en alguna parte, entre los coches, detrás de mí—. De acuerdo —fulminé a Michael con la mirada, con cara de pocos amigos—, la quiero. ¿A ver que te parece esto?

Michael sonrió.

—¿Lo ves? Eso es lo único que nos separa. Harry, no eres el tipo de persona que dice lo que siente ni tampoco eres demasiado introspectivo. A veces basta con mirarse al espejo y estudiar lo que uno ve.

—No me gustan los espejos —refunfuñé.

—Dejando eso aparte, tendrías que darte cuenta de que realmente amas a esa mujer. Después de Elaine, creí que ibas a aislarte totalmente y que nunca más...

De repente, sentí un ataque de odio y locura.

—No hablo de Elaine, Michael. Nunca. Si no lo puedes soportar, sal de mi coche y déjame que haga solo mi trabajo.

Michael me miró frunciendo el ceño, probablemente más por las palabras que había elegido que por otra cosa.

—Estoy hablando de Susan, Harry. Si la quieres, deberías casarte con ella.

—Soy un mago. No tengo tiempo para casarme.

—Y yo soy un caballero —respondió Michael— y tengo tiempo. Merece la pena. Estás demasiado solo y eso se nota.

Volví a mirarle frunciendo el ceño.

—¿Qué quiere decir eso?

—Estás nervioso; gruñón. Y siempre estás aislado. Tienes que mantener el contacto humano, Harry. Sería tan fácil que entraras en un camino oscuro.

—Michael —dije bruscamente—. No necesito que me des la charla ni que me eches un discurso otra vez para que cambie. No necesito que me vuelvas a decir que me aparte de los poderes malignos antes de que acaben conmigo. Ni una vez más. Lo único que necesito ahora es que me apoyes mientras me ocupo de esto.

A lo lejos, se divisaba el hospital de Cook County. Hice un cambio de dirección ilegal para ponerme con el Escarabajo azul en el carril de entrada de Emergencias.

Michael se desabrochó el cinturón mucho antes de que el coche se hubiera parado, y buscó en el asiento trasero una espada enorme, de metro y medio que estaba dentro de su funda. Salió del coche y se puso manos a la obra. Después, cogió una capa blanca que tenía una cruz roja en la parte izquierda del pecho, se la echó por los hombros con un movimiento estudiado. Se la abrochó en el cuello con otra cruz, ésta última de plata. Desentonaba con su camisa de franela de obrero, los vaqueros azules y las botas de trabajo con la punta de acero.

—¿Puedes quitarte la capa, por lo menos? —me quejé—. Abrí la puerta y salí del Escarabajo por el lado del conductor, estirando mis largas piernas. Me acerqué al asiento trasero para coger mi equipo, mi nuevo bastón mágico y la varita, que estaban recién tallados y todavía un poco verdes por el borde.

Michael, dolido, levantó la vista para mirarme.

—La capa es tan importante como la espada para mi trabajo, Harry. Además, no es más ridícula que tu abrigo.

Eché un vistazo a mi abrigo negro de piel, era como una túnica que bajaba desde los hombros con una buena caída y en la zona de las piernas tenía un aspecto algo más moderno. Mis vaqueros negros y la camisa oscura del oeste eran mucho más elegantes que el traje de Michael.

—¿Qué tiene de malo?

—Parece un conjunto de *El Dorado* —dijo Michael—. ¿Estás preparado?

Le lancé una mirada fulminante, ante la cual, él me dio la otra mejilla y me sonrió, y ambos nos dirigimos hacia la puerta. Escuché las sirenas de la policía que se acercaban, debían de estar a dos o tres manzanas.

—Vamos a ir un poco apurados.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. —Se recogió la capa blanca con su brazo derecho, y puso la mano en la empuñadura de la gran espada. Después inclinó la cabeza, se santiguó y murmuró—: Señor misericordioso, guíanos y protégenos en nuestra batalla contra las tinieblas. —Una vez más, en torno a él circuló ese flujo de energía, como la vibración de la música que se escucha a través de una pared gruesa.

Moví la cabeza en señal de negación y cogí del bolsillo de mi abrigo una bolsa de

piel del tamaño de la palma de mi mano. Tuve que probar un momento el bastón, la varita y la bolsa y como era habitual, acabé cogiendo el bastón en mi mano izquierda, la varita en la derecha y la bolsa con los dientes.

—Ya ha anochecido. —Eché un vistazo—. Pongámonos en marcha.

Y echamos a correr, caballero y mago, para entrar por la puerta de emergencia del hospital de Cook County. Cuando entramos, todo el mundo se nos quedó mirando fijamente. Mi abrigo estaba abombado por el aire y por la velocidad que llevábamos y formaba una nube negra detrás de mí, y la capa blanca de Michael se abría como si fueran las alas de un ángel vengador de quien él era su homónimo. Entramos a toda velocidad, y de repente nos detuvimos en la primera intersección de pasillos fríos y esterilizados en los que había mucho movimiento.

Agarré por el brazo al primer ordenanza que vi. Este pestañeó y después se me quedó mirando boquiabierto, desde la punta de mis típicas botas tejanas hasta mi pelo oscuro. Miró mi bastón y la varita y el amuleto plateado en forma de pentágono que colgaba de mi pecho con bastante nerviosismo y tragó saliva. Después miró a Michael, alto y corpulento, cuya expresión era bastante relajada, que desentonaba completamente con la capa blanca y el sable que llevaba en la cadera. Dio un paso nervioso hacia atrás.

—¿Pu...edo ayudarle?

Le lancé una mirada despiadada con mis ojos oscuros y dije, con la bolsa de piel cogida entre los dientes:

—Hola, ¿me podría decir donde está la sección de neonatos?

Capítulo 2

Subimos por la escalera de incendios. Michael sabe como reacciono ante la tecnología, y lo último que cualquiera de nosotros querría, sería quedar atrapado en un ascensor roto mientras se pierden las vidas de unos inocentes. Michael iba el primero, con una mano en el pasamanos y la otra en la empuñadura de su espada, las piernas le temblaban sin parar.

Le seguí, resoplando. Michael se paró en la puerta y volvió la vista para mirarme, con la capa arremolinada en torno a las pantorrillas. Tardé unos segundos en llegar a su altura, jadeando.

—¿Preparado? —me preguntó.

—*Hrkghngh* —contesté y asentí, con la bolsa de piel todavía entre los dientes, y dejé caer una vela blanca del bolsillo de mi abrigo, junto con una caja de cerillas. Tuve que apartar la varita y el bastón para encender la vela.

Michael arrugó la nariz al oler el humo y abrió la puerta empujándola. Con la vela en una mano, y la varita y el bastón en la otra, le seguí, miraba alternativamente a la vela y a nuestro alrededor.

Lo único que pude ver fueron otras zonas del hospital. Paredes y vestíbulos limpios, montones de azulejos y de luces fluorescentes. Los largos tubos parpadeaban débilmente, como si de repente todos fuesen muy antiguos y el vestíbulo quedó iluminado solo por una luz tenue. Una silla de ruedas aparcada al lado de una puerta formaba una larga sombra que se juntaba bajo una fila de sillas de plástico de aspecto poco cómodo situadas en una intersección de pasillos. El cuarto piso era un cementerio, estaba en silencio como el fondo de un pozo. No se oía ningún ruido de televisión ni de radio. No vibraba ningún interfono ni se sentía el motor de ningún aparato de aire acondicionado. Nada.

Bajamos por un largo vestíbulo, nuestros pasos resonaban con fuerza, a pesar de los esfuerzos que hacíamos por no hacer ruido. En la pared había un cartel decorado con un payaso de plástico pintado con colores vivos en el que ponía: «Neonatología/Maternidad», y señalaba en dirección a otro vestíbulo.

Pasé delante de Michael y miré por ese pasillo. Acababa en un par de puertas batientes. Este también estaba en calma. El control de enfermería estaba vacío.

Allí las luces no parpadeaban, sencillamente no había. Estaba totalmente a oscuras. Por todas partes se veían sombras y formas difusas. Di un paso adelante, por delante de Michael, y en ese momento, la llama de mi vela quedó reducida a un puntito claro y frío de luz azul.

Solté la bolsa de la boca y me la guardé en el bolsillo.

—Michael —dije con la voz ahogada por la prisa—. Está aquí. —Me di la vuelta para que pudiera ver la luz.

Sus ojos parpadearon mirando la vela y volvió a mirar hacia la oscuridad que había al fondo.

—Ten fe, Harry. —Después se palpó el costado con su gran mano derecha y lentamente y en silencio, sacó su espada *Amoracchius* de la funda, lo cual a mí me pareció algo más esperanzador que sus palabras. El acero de la gran hoja pulida desprendió un brillo tenue cuando Michael dio un paso adelante para ponerse junto a mí en la oscuridad. El poder de la espada rasgó el aire, era la fe de Michael amplificada mil veces.

—¿Dónde están las enfermeras? —me preguntó en un susurro ronco.

—Supongo que habrán salido corriendo del susto —contesté también en silencio—. O puede que hayan sufrido algún tipo de encantamiento. Por lo menos se han quitado de en medio.

Miré la espada y la larga y fina punta de metal que había colocado en forma de cruz para protegerse. Quizá fuera mi imaginación pero creí ver que todavía tenía motas rojas. Llegué a la conclusión de que probablemente fueran de óxido, sí, seguro que era óxido.

Coloqué la vela en el suelo, donde siguió ardiendo con la punta bien definida, como señalando la presencia de un espíritu. Uno grande. Bob no mentía cuando dijo que el fantasma de Agatha Haggleshorn no era una sombra cualquiera.

—Atrás —le dije a Michael—. Dame un minuto.

—Si lo que te dijo el espíritu es cierto, esta criatura es peligrosa —contestó Michael—. Déjame qué vaya primero. Será más seguro.

Señalé la espada brillante con la cabeza.

—Confía en mí, un fantasma notará que la espada se acerca mucho antes de que te acerques a la puerta. Primero déjame que vea lo que puedo hacer. Si puedo encontrar al fantasma, esta competición termina antes de empezar.

No esperé a que Michael me contestase. Al contrario, cogí mi varita y el bastón con la mano izquierda y con la derecha la bolsa. Desaté el nudo sencillo que la cerraba y me adentré en la oscuridad.

Cuando llegué a las puertas batientes, empujé una de ellas lentamente para abrirla. Me quedé quieto un momento escuchando.

Oí como alguien cantaba una nana. Era la voz de una mujer. Suave. Encantadora.

—*Hush little baby, don't say a word. Mama s gonna buy you a mockingbird.*

Miré hacia atrás a Michael y después me adentré en la más absoluta oscuridad. No veía nada, pero para algo soy un mago. Me acordé del pentágono que llevaba en el pecho, sobre el corazón, el amuleto dorado que había heredado de mi madre. Era una joya ya estropeada, con marcas y mellada por haber sido utilizada para cosas para las que no fue diseñada, pero aún así la llevaba. La estrella de cinco puntas que había dentro del círculo era el símbolo de mi magia, de lo que creía; encarnaba las cinco

fuerzas del universo que trabajaban conjuntamente, sometidas al control humano.

Me concentré en ella y desvié hacia ella una parte de mi voluntad. El amuleto empezó a emitir una luz azul tenue y plateada, que se extendía ante mí describiendo una sutil onda, mostrándome las formas de una silla caída y un par de enfermeras que respiraban hondo. Estaban en una mesa detrás de un mostrador, desplomadas sobre sus puestos.

La relajante y tranquila nana continuó mientras observaba a las enfermeras. Un sueño producto de un encantamiento. No era nada nuevo. Estaban fuera de juego, no iban a ningún sitio, y no tenía mucho sentido gastar tiempo ni energía en intentar romper el hechizo en el que habían caído. El suave cántico siguió sonando e intenté coger una silla caída con la intención de levantarla para poder tener un lugar cómodo en el que sentarme a descansar un poco.

Me quedé inmóvil y tuve que recordarme a mí mismo que sería un idiota si me sentaba y me exponía a la influencia de una canción sobrenatural, aunque fuera por unos instantes. Magia sutil y fuerte. A pesar de saber lo que podía ocurrir, casi no había notado su efecto.

Esquivé la silla y avancé, entré en una habitación llena de perchas de las que colgaban pequeñas batas médicas de tono pastel en filas. Aquí, el cántico se hizo más fuerte, aunque aquel fantasmagórico sonido sin una clara procedencia seguía dispersándose por la habitación. Una de las paredes era poco más que una lámina de plexiglás, y detrás había una sala que parecía ser al mismo tiempo estéril y cálida.

En la habitación había una fila detrás de otra de pequeñas cunas de cristal colocadas sobre soportes con ruedas. Había minúsculos ocupantes, en cuyos dedos llevaban minúsculos mitones de hospital para tapar esas manos diminutas, y en las cabezas sin pelo llevaban gorros con pompones en las puntas, que dormían soñando con cosas propias de niños.

Paseando entre ellos, con mi luz de mago percibí el brillo que despedía quien estaba cantando.

Agatha Hagglesworth murió bastante joven. Llevaba una camisa limpia de cuello alto, como llevaban las mujeres de su condición en el Chicago del siglo XIX, y una falda larga, oscura, seria. A través de ella veía una pequeña cuna que tenía detrás, que parecía real. Era hermosa, con una belleza estática, huesuda y su mano derecha acababa alrededor de un muñón, en su muñeca izquierda.

—*If that mockingbird don't sing, mama's going to buy you...*

Tenía una voz cautivadora cuando cantaba. Literalmente, cantaba con tono musical, hacía girar la energía del aire de forma que acunaba a los oyentes produciéndoles una sensación de somnolencia cada vez más profunda. Si la dejaban continuar, podía hacer que tanto los niños como las enfermeras se sumieran en un sueño del que nunca despertarían, y las autoridades lo achacarían al monóxido de

carbono o a algo un poco más normal que la presencia de un fantasma.

Me acerqué. Tenía suficiente polvo de fantasma para inmovilizar a Agatha y a una docena más como ella, y dejar que Michael se hiciera cargo de ella rápidamente, sin armar demasiado escándalo, mientras yo no fallara.

Me agaché, con el pequeño saco de polvo en la mano derecha sin apretarlo, y me deslicé hasta la puerta que daba a la habitación llena de bebés que estaban durmiendo. No parecía que el fantasma se hubiera dado cuenta de mi presencia, los fantasmas no son demasiado observadores. Supongo que el hecho de estar muerto te da una perspectiva de la vida totalmente distinta.

Entré en la habitación y la voz de Agatha Haggleshorn me envolvió como una droga, haciéndome parpadear y temblar. Tuve que mantenerme atento, concentrado en el poder de la magia que emanaba de mi pentágono y de su luz espectral.

—*If that diamond ring don't shine...*

Me humedecí los labios y observé al fantasma mientras se inclinaba sobre una de las cunas que estaba balanceándose. Sonrió, con los ojos llenos de ternura y le susurró la canción al bebé.

El bebé exhaló un minúsculo aliento, con los ojos cerrados por el sueño y no aspiró.

—*Hush little baby...*

No quedaba tiempo. En un mundo perfecto me habría limitado a echar el polvo sobre el fantasma. Pero este mundo no es perfecto. Los fantasmas no se rigen por las normas de la realidad, y hasta que no reconocen que estás allí, es difícil, muy, muy difícil que los afecte. La lucha es el único medio y a pesar de ello, la única forma de conseguir que se enfrente a ti es conocer la identidad de la sombra y pronunciar su nombre en voz alta. Y en el mejor de los casos, la mayoría de los espíritus no oyen... con lo que le toca a la magia conectar directamente con el Más Allá.

Me puse de pie, con la bolsa en la mano y grité, con todas mis fuerzas.

—¡Agatha Haggleshorn!

El espíritu se sobresaltó, como si una voz lejana hubiera llegado hasta ella, y se volvió hacia mí. Sus ojos se abrieron más. De repente, la canción se interrumpió.

—¿Quién eres? —dijo—. ¿Qué haces en mi guardería?

Intenté con todas mis fuerzas recordar los detalles que Bob me había contado sobre el fantasma.

—Esta no es tu guardería, Agatha Haggleshorn. Ya han pasado más de cien años de tu muerte. No eres real, eres un fantasma, y estás muerta.

El espíritu se transformó en un ser altanero y frío.

—Debería haberlo sabido. Benson te envió, ¿verdad? Benson siempre está haciendo cosas crueles y mezquinas de este tipo, y luego dice que yo estoy loca. ¡Loca! Quiere llevarse a mi niño.

—Hace mucho que Benson Hagglesworth murió —respondí, y eché hacia atrás mi mano derecha para lanzarlo—. Eres igual que tu hijo. Estos pequeños no son tuyos ni para cantarles ni para llevártelos. —Me armé de valor para lanzarlo y comencé a echar el brazo hacia delante.

El espíritu me observó con la mirada perdida, desconcertado. Esta era la parte difícil de tratar con fantasmas tan sustanciales y peligrosos; son casi humanos. Parecían capaces de sentir emociones, de tener un cierto grado de conciencia. Los fantasmas no estaban vivos, en realidad no lo estaban, eran una huella en la piedra, un esqueleto fosilizado. Tienen la misma forma que los originales pero no lo son.

Pero cuando una mujer está en peligro, soy un imbécil. Siempre lo he sido. Es un punto débil de mi carácter, un matiz de caballerosidad de inmensas magnitudes. Vi el dolor y la soledad en la cara del fantasma de Agatha y noté que me tocaba la fibra sensible. Bajé el brazo. Quizá si tenía suerte podía hacer que se fuera hablando con ella. Los fantasmas son así. Si te enfrentas a ellos con la realidad de su situación, desaparecen.

—Lo siento, Agatha —dije—, pero no eres quien crees que eres. Eres un fantasma, un reflejo. La verdadera Agatha Hagglesworth murió hace más de cien años.

—No, no —dijo con la voz temblorosa—. Eso no es verdad.

—Es verdad —dije—. Murió la misma noche que su marido y su hijo.

—No. —El espíritu gimió, cerrando los ojos—. No, no, no, no. No quiero escuchar esto. —Empezó a cantar para sus adentros otra vez, en un tono bajo y desesperado, esta vez sin encantamiento, ya no era un acto de destrucción inconsciente. Pero la niña todavía no había aspirado, y los labios se le estaban poniendo azules.

—Escúchame, Agatha —dije, imprimiendo más fuerza en mi voz al hablar, con una buena dosis de magia para que el fantasma me pudiera oír—. Lo sé todo sobre ti. Falleciste; lo recuerdas. Tu marido te golpeó. Estabas aterrorizada de que pudiera pegar a tu hija. Y cuando ella empezó a gritar, tú le tapaste la boca con tu mano. —Me sentía como un cabrón recordando el pasado de la mujer con tanta frialdad. Fuera o no fuera un fantasma, el dolor de su cara era real.

—No lo hice —gimió Agatha—. No le hice daño.

—No querías hacerle daño —dije, haciendo uso de la información que Bob me había proporcionado—. Pero él estaba bebido y tú estabas aterrorizada, y cuando bajaste la vista, ella ya había muerto. ¿Verdad? —me humedecí los labios, y volví a mirar a la niña pequeña. Si no conseguía hacer esto con rapidez, moriría. Era raro, lo tranquila que estaba, como una pequeña muñeca de goma.

Algo, algo que recordó hizo brillar los ojos del fantasma.

—Ya lo recuerdo —dijo entre dientes—, el hacha, el hacha, el hacha—. Las proporciones de la cara del fantasma cambiaron, se alargaron, se hicieron más

huesudas, más delgadas—. Cogí mi hacha, mi hacha, mi hacha y le aseté a Benson veinte golpes. —El espíritu se hizo más grande, creció y por la habitación comenzó a soplar un viento fantasmagórico que partía del fantasma, impregnado del olor a hierro y sangre.

—Ah, mierda —mascullé y me preparé para intentar coger a la niña.

—Mi ángel se ha ido —gritó el fantasma—. Benson se ha ido. Y después la mano, la mano que los mató a los dos. —Levantó el tocón de su mano al aire—. ¡Se ha ido, se ha ido, se ha ido! —Se dio la vuelta y gritó. El grito sonó como un gruñido bestial y ensordecedor que hizo vibrar las paredes de la guardería.

Me lancé hacia delante, hacia la niña que estaba sin respiración y cuando lo hice el resto de los bebés rompieron a llorar de forma aterradora. Cogí a la niña y le di un pequeño azote en las nalgas ligeramente levantadas. Asustada de repente, entreabrió los ojos, tomó aliento y rompió a llorar como el resto de sus compañeros de guardería.

—No —gritó Agatha— ¡No, no, no! ¡Te va a oír! ¡Te va a oír! —El muñón de su brazo izquierdo señaló hacia mí, y sentí el impacto tanto contra mi cuerpo como contra mi alma, como si me hubiera metido un trozo de hielo en el pecho. La fuerza del puñetazo me lanzó contra la pared como un juguete, con la fuerza suficiente para que mi bastón y la varita se estrellasen contra el suelo. Gracias a un milagro o algo parecido, agarré con fuerza mi saco de polvo para fantasmas, pero mi cabeza vibró como una campana en la que un martillo acaba de percutir, y mi cuerpo se sacudió con estremecimientos fríos.

—Michael —dije casi sin aliento, tan alto como pude, pero ya podía oír como las puertas se iban abriendo a golpes, y las pesadas botas de trabajo iban avanzando hacia mí. Intenté ponerme de pie y moví la cabeza para despejarme. El viento empezó a ser huracanado, lo que provocó que las cunas se movieran por la habitación sobre sus pequeñas ruedas, y que me picaran los ojos por lo que tuve que protegerlos con una mano. Maldita sea. El polvo sería inútil con un vendaval de esas características.

—*Hush little baby, hush little baby, hush little baby.*

El fantasma de Agatha volvió a inclinarse sobre la cuna del bebé y lanzó el muñón de su mano izquierda hacia la boca del niño, su carne traslúcida atravesaba la piel del bebé. La niña se estremeció y dejó de respirar, aunque seguía intentando llorar.

Grité, desafiándola sin poder articular palabra y cargué contra el espíritu. Si no podía echarle el polvo encima desde el otro lado de la habitación, al menos podía lanzar la bolsa de piel hacia su cara fantasmal e inmovilizarla desde dentro, agonizando, pero de forma indudablemente efectiva.

La cabeza de Agatha se volvió con fuerza hacia mí a medida que me acercaba y se apartó del bebé con un gruñido. El vendaval le había soltado el pelo y le caía por la

cara en una melena feroz que encajaba bien con los rasgos salvajes que habían sustituido su amable expresión. Echó hacia atrás su mano izquierda, y allí apareció de repente, flotando por encima del muñón, un hacha pequeña de cabeza gruesa. Chilló y me apuntó con el hacha.

El acero del hacha del fantasma sonaba como el hierro de verdad, y la luz de *Amoracchius* emitió un brillo blanco. Michael deslizó sus pies por el suelo, apretando los dientes con esfuerzo y evitó que el arma del espíritu me tocara la carne.

—Dresden —dijo—. ¡El polvo!

Me abrí paso hacia delante, a través del viento, llevé mi muñeca hacia el brazo del arma de Agatha, y espolvoreé algo del polvo para fantasmas de la bolsa de piel.

Al contacto con su carne inmaterial, el polvo de fantasmas brilló con motas abrasadoras de luz roja. Agatha gritó y se echó hacia atrás, pero su brazo siguió en su sitio con tanta fuerza como si estuviera metido en cemento.

—¡Benson! —gritó Agatha—. ¡Benson! ¡*Hush little baby!* —Y entonces simplemente se desprendió de su brazo a la altura del hombro, y desapareció dejando allí su carne espiritual. El brazo y el hacha cayeron al suelo esparciendo de repente una gelatina clara semilíquida, los restos de carne que quedaban cuando su espíritu ya no estaba, el ectoplasma que rápidamente se evaporaría.

El vendaval cesó, aunque las luces siguieron parpadeando. Mi luz de mago blanquiazul y el brillo tenue de la espada de Michael eran las únicas fuentes de iluminación fiables que había en la habitación. Me pitaron los oídos al percibir un repentino silencio, seguido de un coro de pequeños y aterrorizados gemidos.

—¿Están bien los niños? —preguntó Michael—. ¿Adónde ha ido?

—Eso creo. El fantasma debe de haber atravesado la frontera entre los dos mundos —supuse—. Sabía que lo conseguiría.

Michael se dio la vuelta describiendo un círculo con lentitud, con la espada todavía preparada.

—Entonces ¿se ha ido?

Negué con la cabeza, mirando por la habitación.

—No lo creo —respondí, y me incliné sobre la cuna del bebé que casi se había asfixiado. El nombre que llevaba en la pulsera de la muñeca era Alison Ann Summers. Le di un golpecito en su pequeño moflete y ella se dio la vuelta hacia mi dedo, cogiéndome la punta con sus pequeños labios y acallando así sus gemidos.

—Saca el dedo de la boca de la niña —me regañó Michael—, está sucio. ¿Y ahora que hacemos?

—Vigilaré la habitación —creo—. Y después saldremos de aquí antes de que aparezca la policía y nos detenga...

Alison Ann se estremeció y dejó de respirar. Sus pequeños brazos y piernas se quedaron rígidos. Sentí como algo frío pasaba por encima de ella, escuché el zumbido

lejano de la nana demencial.

«*Hush little baby...*»

—Michael —gritó—. Todavía está aquí. El fantasma ha llegado aquí desde el Más Allá.

—Que Dios nos proteja —dijo Michael—, Harry, tenemos que perseguirla.

El mero hecho de pensar en ello hizo que me diera un vuelco el corazón.

—No —dije—. De ninguna manera. Este es un fantasma en toda regla, Michael. No me voy a meter en su terreno y a exponerme a que me ataque.

—No tenemos opción —dijo Michael con brusquedad—. Mira.

Miré: Los niños se estaban callando, uno por uno, esos llantos comenzaron de repente a calmarse y fueron transformándose en respiraciones calmadas.

«*Hush little baby...*»

—Michael, nos va a destrozar. Y si no lo hace ella, lo hará mi madrina.

Michael negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No, por Dios, no dejaré que eso ocurra. —Se dio la vuelta para mirarme fijamente—. Y tú tampoco, Harry Dresden. En tu corazón hay demasiada bondad para dejar que estos niños mueran.

Inseguro, le devolví la mirada. Michael había insistido en que le mirara a los ojos cuando nos conocimos por primera vez. Cuando un mago te mira a los ojos es de verdad. Puede ver tu interior, todos los secretos oscuros y los miedos escondidos en tu alma, y tú también ves los suyos. El alma de Michael me había hecho llorar. Deseé que mi alma le pareciera como a mí la suya. Pero estaba bastante seguro de que no sería así.

Se hizo el silencio. Los niños se callaron.

Cerré el saco de polvo para fantasmas y me lo metí en el bolsillo. En el Más Allá ya no valdría para nada.

Me giré hacia el bastón y la varita que se habían caído, extendí la mano, y solté:

—*Ventas servitas*. —El aire se movió y la varita y el bastón volaron hacia mis manos abiertas antes de desaparecer de nuevo—. De acuerdo —dije—. Voy a abrir una rendija que nos dará cinco minutos. Espero que a mi madrina no le dé tiempo a encontrarme. Si nos encontramos con alguna otra sorpresa, nos podemos dar por muertos o en mi caso, regresar aquí.

—Tienes un buen corazón, Harry Dresden —dijo Michael, con la boca abierta mientras sonreía con fuerza. Se acercó a mí—. A Dios le agradecerá esto.

—Sí. Pídele que mi piso no se convierta en Sodoma y Gomorra y estaremos en paz.

Michael me echó una mirada que denotaba decepción y yo le miré con mal genio. Me puso una mano en el hombro y continuó.

Después, extendí la mano, con las puntas de los dedos tomé contacto con la

realidad y con todas mis fuerzas susurré.

—*Aparturum*. —Y abrí un hueco entre este mundo y el otro.

Capítulo 3

Incluso los días que acaban en una gran batalla contra un fantasma loco y un viaje por la frontera entre este mundo y el reino de los espíritus comienzan con bastante normalidad. Este, por ejemplo, comenzó con el desayuno y después el trabajo del despacho.

Mi oficina está en un edificio situado en la periferia del centro de la ciudad de Chicago. Es un edificio antiguo y no está precisamente en inmejorables condiciones, especialmente desde que el año pasado hubo un problema con el ascensor. No me importa lo que todo el mundo dice, no fue culpa mía. Cuando un escorpión gigante, del tamaño de un perro lobo irlandés, está abriéndose paso por el techo de la caja de tu ascensor, te entran verdaderas ganas de adoptar medidas desesperadas.

Bueno, mi despacho es pequeño, solo una habitación, pero situado en la esquina, con un par de ventanas. El cartel de la puerta solo dice, «Harry Dresden, Mago». Nada más entrar hay una mesa, llena de panfletos con títulos tales como: «La magia y tú», «Por qué las brujas no se hunden más deprisa que el resto del mundo», «La perspectiva de un mago». Yo escribí casi todos. Creo que es importante que nosotros, los profesionales del «Arte», conservemos una buena imagen pública. Lo que sea con tal de evitar otra Inquisición.

Detrás de la mesa hay una pila, una encimera y una vieja máquina de hacer café. Mi escritorio da a la puerta y delante de él hay un par de sillas. El aire acondicionado hace ruido, el ventilador del techo chirría al dar vueltas y el aroma del café impregna la alfombra y las paredes.

Entré arrastrando los pies, encendí la cafetera y revisé el correo mientras se filtraba el café. Una carta de agradecimiento de los Campbell, por haber echado a un fantasma de su casa. Correo basura. Y, gracias a Dios, un cheque de la ciudad por mi último trabajo para el Departamento de Policía de Chicago. En general, había sido un caso asqueroso. Una invocación del demonio, sacrificio humano, magia negra y toda la historia.

Me preparé un café y decidí llamar a Michael para ofrecerle la mitad de lo que había ganado, a pesar de que el trabajo de campo lo había hecho todo yo, él y *Amoracchius* habían llegado en la apoteosis. Yo había tratado con el brujo, él había tratado con el demonio y los buenos ganaron la partida. Yo me había anotado el punto y a cincuenta pavos la hora había tenido unos ingresos de dos mil dólares. Michael renunciaría al dinero (siempre lo hacía) pero me parecía educado hacerle el ofrecimiento, especialmente teniendo en cuenta el tiempo que habíamos pasado juntos, intentando localizar el origen de todos esos acontecimientos fantasmagóricos que estaban teniendo lugar en la ciudad.

El teléfono sonó antes de que pudiera cogerlo para llamar a Michael.

—Harry Dresden —contesté.

—Hola, señor Dresden —dijo una voz femenina y cálida—. Me preguntaba si podría disponer de un minuto de su tiempo.

Me recosté en la silla, y sentí que mi cara dibujaba una sonrisa.

—¿Por qué? Señorita Rodríguez, ¿verdad? ¿No es usted esa entrometida periodista del *Arcanal* ¿Ese periodicucho inútil que publica historias de brujas y fantasmas y de *Bigfoot*!

—Además de Elvis —me aseguró—, no se olvide del rey. Y ahora tengo una columna diaria en el periódico. Mi columna aparece en publicaciones de reputación incuestionable de todo el mundo.

Me reí.

—¿Cómo está hoy?

La voz de Susan se tornó irónica.

—Bueno, mi novio me dejó plantada anoche, pero aparte de eso...

Hice un pequeño gesto de dolor.

—Bueno, ya sabe. Lo siento. Verá, es que Bob tenía algo que contarme que no podía esperar.

—*Ejem!* —dijo con su voz educada y profesional—. No le he llamado para hablarle de mi vida personal, señor Dresden. Es una llamada de negocios.

Sentí que me devolvía la sonrisa. Susan era a todas luces la única entre un millón que me soportaba.

—Ah, perdone, señorita Rodríguez. Haga el favor de continuar.

—Bueno. Estaba pensando en que hay rumores de que anoche hubo en la zona vieja de la ciudad un aumento de actividad fantasmagórica. He pensado que quizá querría compartir algunos detalles con el *Arcane*.

—*Ejem!* Eso podría no ser del todo profesional por mi parte. Mi trabajo es confidencial.

—Señor Dresden —dijo—. Yo no recurriría tan pronto a medidas desesperadas.

—¿Por qué, señorita Rodríguez? —Sonreí—. ¿Es usted una mujer desesperada?

Casi podía ver como arqueaba una ceja.

—Señor Dresden, no quiero amenazarle, pero debe entender que tengo muy buena relación con una señorita que usted conoce, y que podría asegurarme de que las cosas se pusieran mal entre ustedes dos.

—Entiendo. Pero si compartiera la historia con usted...

—Me daría una exclusiva, señor Dresden.

—Una exclusiva —rectifiqué—, y así no se tendría que ver obligada a causarme problemas.

—Podría incluso hablarle bien a ella de usted —dijo Susan, primero con la voz alegre y después en un tono más bajo y cargado—. Quien sabe, podría tener suerte.

Pensé en ello un momento. El fantasma que Michael y yo habíamos eliminado la noche anterior era un ser bestial, enorme, que estaba acechando en el sótano de la biblioteca de la Universidad de Chicago. No tenía que mencionar los nombres de ninguna de las personas implicadas, y mientras a la universidad no le importara, dudo que supusiera un daño realmente importante la aparición en una revista que la mayoría de la gente compraba junto con otro tipo de prensa sensacionalista en la zona de las cajas de los supermercados. Además, el mero hecho de pensar en su piel suave de color caramelo, su pelo moreno en mis manos...

—¡Ummm! Esa es una oferta a la que no puedo negarme —le dije—. ¿Tiene un bolígrafo?

Lo tenía, y yo me pasé los diez minutos siguientes contándole los detalles. Ella los apuntó mientras me hacía unas cuantas preguntas concisas y cortantes y me sacó toda la historia en menos de que lo que pensaba. Pensé que era una excelente periodista. Casi era una pena que pasara el tiempo escribiendo sobre cosas sobrenaturales que durante siglos la gente se había negado a creer.

—Muchísimas gracias, señor Dresden —dijo—, después de sacarme los últimos datos. Espero que las cosas vayan bien entre usted y la joven esta noche en su casa, a las nueve.

—Puede que la señorita quiera hablarlo conmigo —dije arrastrando las palabras. Ella dejó escapar una risa gutural.

—Puede que sí —asintió Susan—, pero esta es una llamada de negocios.

Me reí.

—Eres terrible, Susan. Nunca te das por vencida ¿verdad?

—Nunca —dijo.

—¿Realmente te habrías enfadado conmigo si no te lo hubiera dicho?

—Harry —dijo—. Anoche me dejaste plantada sin decir nada. Normalmente no soporto que ningún hombre me trate así. Si no hubieras tenido una historia buena que contarme, habría pensado que te habías ido de juerga con tus amigos.

—Sí, con ese Michael. —Me reí—. Realmente es un tipo adecuado para las fiestas.

—A ver si algún día me cuentas su historia. ¿Has hecho algún tipo de avance para descubrir lo que está ocurriendo con los fantasmas? ¿Has mirado en el ángulo del tiempo?

Suspiré cerrando los ojos.

—Sí y no. Sigo sin saber por qué de repente los fantasmas parecen estar asustando a todos, y no hemos podido conseguir tener cerca a ninguno de ellos para echarle un vistazo. Esta noche tengo que intentar algo nuevo, puede que eso valga. Pero Bob está seguro de que no es un problema como el de Halloween. Quiero decir que el año pasado no tuvimos ningún fantasma.

—No, tuvimos hombres lobo.

—Es una situación totalmente distinta —dije—. Tengo a Bob haciendo horas extras para vigilar el mundo de los espíritus por si aumenta la actividad. Si algo está a punto de saltar, lo sabremos.

—De acuerdo —dijo. Dudó un momento—. Harry, yo...

Esperé, pero cuando ella se calló, pregunté:

—¿Qué?

—Yo, esto... solo quiero asegurarme que estarás bien.

Tuve la impresión peculiar de que iba a decir algo más pero no quise presionarla.

—Cansado —dije—. Un par de moratones causados por un resbalón sobre un charco de ectoplasma y un tropezón con un fichero, pero estoy bien.

Se rió.

—Eso me da una idea. Entonces ¿esta noche?

—Estoy deseándolo.

Emitió un gemido de satisfacción cargado de una cierta sexualidad y se despidió.

El día transcurrió bastante deprisa, tuve que resolver un montón de asuntos habituales. Improvisé un hechizo para encontrar un anillo de boda, y rechacé a un cliente que quería lanzar un conjuro de amor sobre su señora. (El anuncio que aparece en la guía telefónica dice específicamente: «Nada de pócimas de amor», pero por alguna razón la gente siempre cree que su caso es especial). Fui al banco, le aconsejé a una persona que llamó que contactara con un detective privado que yo conocía y tuve un encuentro con un pirómano novato para enseñarle a que no quemase a su gato accidentalmente.

Estaba cerrando el despacho cuando oí que alguien salía del ascensor y empezaba a caminar por el pasillo en dirección a donde estaba yo. Los pasos resonaban con fuerza, como si llevara botas y se apresuró.

—¿Señor Dresden? —preguntó la voz de una mujer joven—. ¿Es usted Harry Dresden?

—Sí —dije, cerrando la puerta del despacho—, pero me voy. A lo mejor podemos concretar una cita para mañana.

Los pasos se detuvieron a unos metros de mí.

—Por favor, señor Dresden, tengo que hablar con usted. Solo usted puede ayudarme.

Suspiré sin mirarla. Había pronunciado las palabras que necesitaba para que me desprendiera de mi escudo protector. Pero todavía estaba a tiempo de irme. Mucha gente llega a pensar que la magia les puede sacar de los problemas una vez que se han dado cuenta de que no pueden huir.

—Me gustaría, señora. Será lo primero que haga por la mañana. —Cerré la puerta y me dispuse a irme.

—Espere —dijo. Sentí que se acercaba a mí y me cogía la mano.

Una sensación de cosquilleo y un estremecimiento me subieron por la muñeca hasta el codo. Mi reacción fue inmediata e instintiva. Conseguí frenar esa sensación bloqueándola mentalmente, tiré de la mano para escapar de sus dedos y di unos pasos atrás para apartarme de la joven.

Todavía sentía el cosquilleo en la mano y el brazo por el roce de la energía de su aura. Era una chica delgada ataviada con un vestido de una sola pieza, botas de combate negras y el pelo teñido liso, negro y despeinado. Las líneas de expresión de su cara eran suaves y dulces y alrededor de los ojos, su piel era pálida como la tiza, estaban hundidos, tenía ojeras. Parpadeaban como si sintieran la cautela de un gato callejero.

Doblé los dedos y evité mirar a los ojos de la chica durante más de una fracción de segundo.

—Usted es una profesional del oficio —dije, tranquilamente.

Se mordió el labio y apartó la vista asintiendo.

—Necesito su ayuda. Ellos me dijeron que me ayudaría.

—Doy lecciones a la gente que quiere evitar hacerse daño con un talento incontrolado —dije—. ¿Es eso lo que busca?

—No, señor Dresden —dijo la chica—. No exactamente.

—Entonces ¿por qué me busca a mí? ¿Qué quiere?

—Quiero su protección. —Levantó una mano temblorosa, jugueteando con su pelo moreno—. Y si no la tengo... no estoy segura de poder sobrevivir a esta noche...

Capítulo 4

Volvimos a entrar ambos en el despacho y encendí la luz. La bombilla se fundió. Ocurre muy a menudo. Suspiré y cerré la puerta después de entrar. A través de las persianas se filtraban rayos de luz otoñal dorada que formaban sombras sobre el suelo y las paredes.

Puse una silla delante de mi escritorio para la joven. Me miró unos segundos, pestañeando, confundida y dijo:

—¡Ah! —Y se sentó. Yo di la vuelta a mi escritorio con el abrigo puesto y me senté también.

—De acuerdo —dije—. Si quiere conseguir mi protección, primero tengo que saber algunas cosas.

Ella se echó hacia atrás el pelo de color asfalto con una mano y me miró de forma calculadora. Después, cruzó las piernas para que el corte de su vestido dejara ver una pierna desnuda hasta la mitad del muslo. Con un sutil movimiento de su espalda consiguió que los pezones de sus pechos firmes y jóvenes resaltaran por encima del tejido.

—Por supuesto, señor Dresden. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo.

Conseguir que los pezones se noten cuando ella quiere, eso sí que es saber hacer. Bueno, la verdad es que supongo que era un cañón. Supongo. Cualquier adolescente habría babeado y se la habría tirado, pero yo había visto actuaciones mucho mejores. Puse los ojos en blanco.

—No es eso a lo que me refiero.

Su mirada de gatita en celo titubeó.

—¿No... no es eso? —frunció el ceño mirándome, escudriñándome con su mirada, volviendo a examinarme—. ¿Es...? ¿Es usted...?

—No —dije—. No soy gay pero no quiero comprar lo que usted vende. ¿Ni siquiera me ha dicho su nombre y ya quiere abrirse de piernas para mí? No, gracias. ¡Madre mía! ¿No ha oído hablar del sida? ¿Del herpes?

Se quedó blanca, y apretó los labios hasta que también se quedaron completamente blancos.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

—Respuestas —le dije, señalándola con un dedo—. Y no intente mentirme. No le reportará ningún beneficio. Lo cual era una mentira a medias. El hecho de ser un mago no te convierte en un detector de mentiras, y yo no iba a mirar su alma para descubrir si era sincera, no merecía la pena. Pero otra gran ventaja de ser un mago es que la gente atribuye casi todo a tus enormes y desconocidos poderes. De acuerdo, solo funciona con aquellos que saben lo suficiente como para creer en magos, pero no

lo bastante para entender nuestros límites; el resto del mundo, la gente normal que cree que la magia es una broma, te miran como si en cualquier momento alguien fuera a meterte en un abrigo blanco pequeño.

Se humedeció los labios e hizo un gesto nervioso, sin ninguna intención sexual.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quiere?

—En primer lugar, su nombre.

Dejó escapar una risa fuerte.

—Cree que voy a darle ese dato, ¿debería llamarle mago?

Aclaración. Aquellos que, como yo, tenemos la capacidad de lanzar hechizos serios, podríamos hacer muchas cosas con el nombre de una persona, pronunciado de sus propios labios.

—De acuerdo, entonces ¿Cómo me dirijo a usted?

No se molestó en volver a taparse la pierna. En realidad, era una pierna bastante bonita, con un tatuaje que rodeaba el tobillo. Intenté no prestar atención.

—Lydia —dijo—. Llámeme Lydia.

—De acuerdo Lydia. Es usted una profesional del Arte. Cuénteme algo al respecto.

—No tiene nada que ver con lo que quiero de usted, señor Dresden —dijo. Tragó saliva, escondiendo su odio—. Por favor. Necesito que me ayude.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—. ¿Qué tipo de ayuda necesita? Si está metida en algún tipo de problema relacionado con una banda, le recomiendo que se dirija a la policía. Yo no soy guardaespaldas.

Se estremeció y cruzó los brazos sobre su cuerpo.

—No, no tiene nada que ver con eso. No estoy preocupada por mi cuerpo.

Eso me hizo fruncir el ceño.

Cerró los ojos y tomó aliento.

—Necesito un talismán —dijo—. Algo que me proteja de un espíritu hostil.

Eso me hizo levantarme y ponerme alerta. Dado que la ciudad estaba inmersa en un caos del mundo de los espíritus, no me costaba creer que una chica dotada con talento para la magia pudiera estar experimentando algún fenómeno desagradable. Los fantasmas y los espectros atraen a los que tienen dones para la magia.

—¿Qué tipo de espíritu?

Sus ojos se movían a izquierda y derecha, sin mirarme a mí.

—No lo puedo decir, señor Dresden. Es poderoso y quiere hacerme daño. Ellos... ellos me dijeron que usted podría hacer algo que me pondría a salvo.

Lo cual era verdad hasta cierto punto. En ese momento, llevaba un talismán en mi muñeca izquierda hecho con el sudario de un hombre muerto, plata bendecida, y algún que otro ingrediente más, difícil de encontrar.

—Es posible —le dije—. Eso depende de la razón por la que está en peligro y por

la que cree que necesita protección.

—Eso no... no puedo decírselo —dijo. Su pálida cara adoptó una expresión de preocupación, de verdadera preocupación, ese tipo de preocupación que te hace parecer más mayor y más feo. Por la forma de encogerse parecía más pequeña, más frágil—. Por favor, necesito su ayuda.

Suspiré y me froté una ceja con el dedo pulgar. Mis primeros y desenfrenados instintos fueron darle una taza de chocolate caliente, ponerle una manta por los hombros, decirle que todo iba a ir bien y atarle mi talismán en su muñeca. Sin embargo, intenté reprimirlos. Tranquilo, Don Quijote. Todavía no sabía nada de su situación ni de qué quería protegerse. Por lo que yo sabía, estaba intentando evitar a un ángel vengador que venía a por ella en pago por algún acto tan vil que había incitado a los futuros poderes a actuar inmediatamente.

Incluso los fantasmas buenos algunas veces vuelven para hechizar a alguien por una buena razón.

—Mire, Lydia. No me gusta involucrarme en nada sin saber antes algo sobre lo que ocurre. —Pensé que eso antes no me hacía actuar con más precaución—. A menos que pueda contarme algo sobre su situación, convencerme de que de verdad necesita la protección, no podré ayudarla.

Inclinó la cabeza, su pelo de color asfalto le cayó por encima de la cara durante un largo minuto. Después tomó aliento y preguntó.

—¿Sabe lo que son las lágrimas de Casandra, señor Dresden?

—Es un estado profético —dije—. La persona que lo sufre tiene ataques aleatorios, visiones del futuro pero siempre ocurren en condiciones que hacen que las explicaciones de los sueños parezcan increíbles. Algunas veces, los médicos lo confunden con la epilepsia en los niños y prescriben un montón de medicinas. Son unas profecías bastante precisas, pero nadie está dispuesto a creer en ellas. Algunos lo llaman don.

—Pero yo no —susurró—. Usted no sabe lo horrible que es. Ver que algo va a ocurrir e intentar cambiarlo, pero nadie le cree.

La observé detenidamente durante un minuto, en silencio, escuchando como en el reloj de mi pared pasaban los segundos.

—De acuerdo —dije—. Usted dice que tiene este don. Supongo que quiere que me crea que una de estas visiones le avisó de que un espíritu malvado la persigue ¿verdad?

—Uno, no —dijo—, tres. Tres, señor Dresden. Tuve solo una visión cuando intentaron matar al presidente. Tuve dos cuando el desastre de la NASA y el terremoto de Laos. Hasta ahora nunca había tenido tres. Nunca se me había aparecido algo con tanta nitidez...

Cerré los ojos para pensar en ello. De nuevo, mis instintos me volvieron a dictar

que ayudara a la chica, que aplastara al fantasma malvado o lo que fuera y que me fuera caminando hacia la puesta de sol. Si realmente padecía el fenómeno de las lágrimas de Casandra, mi actuación podría hacer algo más que salvarle la vida. Mi fe podría cambiarla y transformarla en algo bueno. Por otra parte, ya me habían tomado por un imbécil antes. La niña era evidentemente una actriz competente. Cuando creyó que le estaba pidiendo que me pagara con favores sexuales, pasó sin problema a representar el papel de una seductora servicial. Que llegara a esa conclusión de forma inmediata basándose solo en mi propia valoración, bastante neutral, decía algo de ella, en realidad todo. No era una niña que estuviera habituada a hacer las cosas de manera justa y decente. A menos que estuviera malinterpretándola, me había ofrecido sexo por mercancías y servicios y era demasiado joven para estar ya de vuelta de todo eso.

La idea de las lágrimas de Casandra era un timo perfecto y ya se había utilizado antes, entre los círculos de los que tenían dotes de mago. La historia no requería ninguna prueba, ninguna representación por parte de la persona que estaba llevando a cabo el timo. Lo único que necesitaría sería una pizca de talento para darle el aura adecuada, puede que la quinesia necesaria para inclinar el dado un poco según caía. Así podría inventar la historia que quisiera sobre sus supuestos dones proféticos, realizar una actuación del nivel de una niña de primaria para poder convencer al bobo de turno, Harry Blackstone Copperfield Dresden.

Abrí los ojos y me di cuenta de que me estaba observando.

—Por supuesto —dijo—, podría estar mintiendo. Las lágrimas de Casandra no pueden analizarse ni observarse. Podría estar utilizándolo como excusa para proporcionar una explicación razonable de por qué tendría que ayudar a una señorita que se encuentra en peligro.

—Eso se parece bastante a lo que estoy pensando, Lydia. Podría ser una bruja de poca monta que ha incitado al demonio equivocado y está buscando cómo salir del atolladero.

Extendió sus manos.

—Lo único que puedo decirle es que no lo soy. Sé que algo va a pasar. No sé el qué, ni sé por qué ni como. Solo sé lo que veo.

—¿Qué es lo que ve?

—Fuego —susurró—. Viento. Veo cosas oscuras y una guerra oscura. Veo que viene la muerte a por mí desde el mundo de los espíritus. Y le veo a usted en medio de todo. Es el principio y el fin. Es usted el único que puede hacer que el camino vaya en diferentes sentidos.

—¿Es esa su visión? Que en Iowa hay menos maíz.

Apartó la mirada.

—Lo que veo es lo que veo.

Era el típico procedimiento. Halagar el ego del blanco fácil, hacerle entrar, hacer que se encuentre cómodo y atraído y desplumarle. Pensé que era sorprendente que alguien estuviera intentado sacarme algo. Mi reputación debía de estar aumentando.

Tranquilo, no tenía sentido ser antipático.

—Mira Lydia. Creo que quizá estás reaccionando de forma desproporcionada. Por qué no nos vemos en un par de días, y vemos si sigues pensando que necesitas mi ayuda.

No me contestó. Se limitó a encogerse de hombros y su cara se quedó flácida por la derrota. Cerró los ojos y yo tuve una persistente sensación de duda. Tuve la incómoda impresión de que no estaba actuando.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Siento haberle entretenido tanto. —Se levantó y empezó a caminar hacia la puerta de mi despacho.

Cambié de opinión y ello me empujó a levantarme de la silla y a cruzar la habitación. Llegamos a la puerta al mismo tiempo.

—Espere un minuto —dije. Me desaté el talismán del brazo, sintiendo el silencioso brote de energía cuando desaté el nudo. Después cogí su mano izquierda y le di la vuelta para atarle el talismán. Tenía cicatrices pálidas en el brazo, que iban en sentido vertical por las grandes venas. Como las que te puedes hacer cuando te tomas en serio lo de suicidarte. Eran antiguas y casi estaban borradas. Debía de habérselas hecho cuando tenía... ¿unos diez años? ¿Más joven?

Me estremecí y aseguré el pequeño galón de tela antigua y la cadena dorada que llevaba en la muñeca, desviando la energía suficiente para que se cerrase el círculo una vez atado el nudo. Cuando terminé, toqué suavemente su antebrazo. Pude percibir el poder del talismán, una sensación de cosquilleo que se extendía formando una capa de un centímetro largo por encima de su piel.

—La magia de la fe funciona mejor contra los espíritus —dije en voz baja—. Si estás preocupada, ve a una iglesia. Los espíritus son más fuertes justo después de la puesta de sol, más o menos a la hora de las brujas, y luego después justo antes de que amanezca. Ve a Santa María de los Ángeles. Es una iglesia situada en la esquina de Bloomingdale con Wood, cerca del parque Wicker. Es enorme, seguro que la encontrarás. Ve a la puerta de servicio y llama al timbre. Habla con el padre Forthill. Dile que un amigo de Michael te ha dicho que necesitas un lugar seguro en el que estar un tiempo.

Ella se limitó a mirarme fijamente con la boca abierta. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Créame —dijo—, créame.

Me encogí de hombros, me sentía incómodo.

—Puede que sí, puede que no. Pero las cosas han ido mal en las últimas semanas y no me gustaría cargar con tu vida en mi conciencia. Será mejor que te des prisa, va

a anochecer enseguida. —Le puse unos billetes en la mano y dije—: Coge un taxi. Santa María de los Ángeles. Padre Forthill. Un amigo de Michael le envía.

—Gracias —dijo—. ¡Oh, Dios!, gracias, señor Dresden. —Con sus dos manos cogió la mía y me dio un beso en los nudillos empapado en lágrimas. Los dedos estaban fríos y sus labios demasiado calientes. Después desapareció por la puerta.

La cerré cuando salió y moví la cabeza.

Harry, eres un idiota. Tú único talismán que te protegería de los fantasmas y acabas de regalarlo. Probablemente sea un agente enemigo. Probablemente la enviaron a sacarte el talismán para que la próxima vez que vayas a estropearles el plan puedan acabar contigo. —Bajé la vista para mirarme la mano, donde todavía sentía el calor del beso de Lydia y la humedad de sus lágrimas. Después suspiré y caminé hasta el armario en el que tenía cincuenta o sesenta bombillas a mano, y cambié la que se había fundido.

Sonó el teléfono. Me levanté de la silla y contesté con voz áspera.

—Dresden.

Hubo silencio y al otro extremo de la línea se oía como chirriaba la electricidad estática.

—Dresden —repetí.

El silencio continuaba y hubo algo que hizo que se me erizaran los pelos de la nuca. Había algo que es difícil de describir, como si una presencia estuviera esperando, regodeándose. La electricidad estática crepitaba y creí oír voces que hablaban con un tono bajo, cruel. Miré a la puerta, por la que había salido Lydia.

—¿Quién es?

—Pronto —susurró una voz—. Pronto, Dresden, volveremos a vernos.

—¿Quién es? —repetí. Me sentía un poco tonto.

Se cortó la línea.

Me quedé mirando fijamente al teléfono antes de colgarlo, después me pasé la mano por el pelo. Un escalofrío me corrió por la columna y se alojó en algún lugar más abajo del estómago.

—De acuerdo —dije. Mi propia voz sonó demasiado fuerte en el despacho. Gracias a Dios no sonó demasiado escalofriante.

La antigua radio de la estantería que había junto a la máquina de café pitó y se puso en funcionamiento, lo que casi me hizo caerme de espaldas. Me acerqué a ella hecho una furia apretando los puños.

—¿Harry? —dijo una voz en la radio—. Eh, Harry, ¿funciona esto?

Intenté que mi corazón, que latía a toda velocidad, se calmase y me concentré en la radio para que se oyera mi voz.

—Sí, Bob, soy yo.

—Gracias a las estrellas —dijo Bob—. Decías que querías saber si había

descubierto si estaba ocurriendo algún otro acontecimiento fantasmagórico.

—Sí, sí, venga.

La radio silbó y la electricidad estática chirrió, era una interferencia espiritual, no física. La radio ya no estaba configurada para recibir en la frecuencia AM/FM. La voz de Bob estaba modificada, pero pude entenderle.

—Mi contacto ha logrado llegar esta noche al hospital Cook County. Alguien ha incitado a Agatha Haggleshorn. Eso es algo malo, Harry. Es una viejecita muy malvada.

Ambos me dieron el resumen de la espeluznante y trágica muerte de Agatha Haggleshorn, y el objetivo que probablemente perseguía en el hospital. Miré mi muñeca izquierda en la que ya no estaba el talismán y de repente me sentí desnudo.

—De acuerdo —dije—. Estoy en ello. Gracias, Bob.

La radio chirrió y se quedó en silencio, y yo salí a toda prisa por la puerta. La puesta de sol llegaría en menos de veinte minutos, hacía rato que estábamos en hora punta y si no estaba en el Cook County antes de que se hiciera de noche, podrían pasar todo tipo de cosas horribles.

Salí volando por la puerta delantera, con la bolsa de polvo para fantasmas bien cargada en el bolsillo, y me di de bruces con Michael, alto y corpulento, quien llevaba una enorme bolsa de deporte en el hombro, en la que yo sabía que no había más que su *Amoracchius* y su capa blanca.

—¡Michael! —espeté—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Su cara sincera esbozó una amplia sonrisa.

—Cuando hace falta, él se ocupa de que esté aquí.

—¡Ah! —dije—. Estás de broma.

—No —dijo con un tono de voz serio. Después se calló—. Por supuesto, has estado en contacto conmigo todas las noches durante las últimas dos semanas. Esta noche, solo pensaba que le ahorraría tener que organizar todo para que pareciera algo casual, así que he venido nada más terminar de trabajar. —Bajó delante de mí y ambos entramos en el Escarabajo azul, él por la puerta roja y yo en la blanca y ambos miramos la capota gris cuando puse en marcha mi viejo VW.

Y así fue como acabamos luchando en la enfermería del Cook County.

De todos modos, ya saben a lo que me refiero cuando hablo de un día bastante normal que se echa a perder. Bueno, puede que no fuera tan normal. Cuando nos pusimos en marcha y puse mi Escarabajo a toda velocidad, tuve la deprimente sensación de que mi vida volvería a ser ajetreada.

Capítulo 5

Michael y yo descendimos por el agujero que había abierto en la realidad para entrar en el Más Allá. Me sentí como si estuviera pasando de una sauna a un despacho con aire acondicionado, salvo que no noté el cambio en mi piel sino en mis pensamientos y sentimientos y en la médula que corría por la base de mi cerebro. Estaba en un mundo distinto del nuestro.

El pequeño saco de piel de polvo para fantasmas que estaba en mi abrigo de repente incrementó su peso, haciéndome perder el equilibrio y cayendo al suelo. Solté una maldición. Lo que ocurría con el polvo para fantasmas era que era algo no real, pesado e inerte y dejaba inmóvil al mundo espiritual cuando lo tocaba. Incluso dentro de la bolsa, se había convertido en una repentina fuente de estrés en el Más Allá. Si abría aquí la bolsa, en el mundo de los espíritus, podría abrirse un agujero en el suelo. Tendría que tener cuidado. Resoplé por el esfuerzo y saqué la pequeña bolsa del bolsillo. Sentía que pesaba entre quince y veinte kilos.

Michael frunció el entrecejo mirándome las manos.

—Ya sabes, hasta ahora nunca he pensado en preguntarlo, pero ¿cual es la composición de este polvo?

—Uranio empobrecido —le dije—. Por lo menos, ese es el ingrediente básico. Tuve que añadir un montón de cosas más. Hierro puro, albahaca, estiércol de...

—No importa —dijo—. No quiero saberlo. —Se apartó de mí, sujetando con los brazos la enorme espada. Recuperé el bastón y la varita y me puse ante él, estudiando la estructura de la zona, por así decirlo.

Esta parte del Más Allá se parecía a Chicago, a finales del siglo XIX, no, en realidad no: era la zona que habitaba el fantasma. Parecía una mezcla de recuerdos del Chicago de Agatha Hagglesworth al final de su vida. En algunas farolas había bombillas como las primeras que se hicieron y en otras había llamas centelleantes de luz de gas. De todas salían haces difusos, que no iluminaban más allá de la zona circundante. Los edificios estaban situados en ángulos relativamente desiguales unos respecto a otros, y faltaban algunas partes. Todo, las calles, las aceras, los edificios eran de madera.

—¡Madre mía! —murmuré—. No es extraño que el Chicago de verdad quedara reducido a cenizas. Este lugar es un polvorín.

Las ratas se movían por las sombras pero aparte de eso la calle estaba vacía y tranquila. La fisura que nos comunicaba con nuestro mundo se tambaleaba y temblaba, la luz fluorescente y el aire estéril del hospital se extendía por las viejas calles de Chicago. A nuestro alrededor, en el aire, se percibía el latido de unas doce vibraciones, las intensas fuerzas vitales de los niños que había en la enfermería, que llegaban hasta el Más Allá.

—¿Dónde está? —preguntó Michael en voz baja—. ¿Dónde está el fantasma?
Me di la vuelta lentamente, mirando las sombras y negué con la cabeza.

—No lo sé, pero más vale que la encontremos rápidamente. Y tenemos que echar un vistazo por aquí si podemos.

—Para intentar averiguar lo que la ha incitado —dijo Michael.

—Exacto, no sé tú, pero yo me estoy empezando a cansar un poquito de buscar todas las noches por toda la ciudad.

—¿No pudiste verla bien?

—No pude verla como debía —dije con una mueca—. Puede que le hubieran echado algún hechizo, algún tipo de magia para informarme de lo que está pasando. No tengo que estar en peligro mortal para examinarla.

—De acuerdo, siempre que no nos mate ella primero. —Michael asintió—. Pero contamos con poco tiempo, y no la veo por ninguna parte. ¿Qué tengo que hacer?

—Odio tener que decirlo —dijo—, pero creo que deberíamos...

Iba a decir: «dividámonos», pero no tuve oportunidad. Las pesadas tablas de madera de la carretera que había debajo de nosotros saltaron por los aires formando una nube mortífera de astillas. Me tapé los ojos con un brazo, protegido por la piel del abrigo, y fui tambaleándome hacia un lado y Michael hacia el otro.

—¡Mis pequeños ángeles! Mío, mío, ¡Mío! —gritó una voz que rugía delante de mi cara y pecho. Mi abrigo volaba como si fuera de gasa.

Levanté la vista para ver al fantasma, que ahora era bastante sólido y real, abriéndose paso con su brazo manco desde el callejón. La cara de Agatha era delgada y huesuda, contraída por la rabia, y el pelo le caía por los lados en una melena enmarañada, que no pegaba nada con su camisa blanca ceñida. Le faltaba el brazo desde el hombro, y la tela que había debajo estaba manchada con un líquido oscuro.

Michael se puso de pie dando un grito. Tenía un corte en una de sus mejillas, estaba sangrando y echó a correr detrás de ella con *Amoracchius*. El espíritu le dio un revés con el brazo que le quedaba como si no pesara más que una muñeca. Michael gruñó y salió volando, rodando por la calle de madera.

Y entonces, gruñendo y babeando, con los ojos muy abiertos por aquella locura desenfrenada, el fantasma se volvió hacia mí.

Me puse de pie y extendí mi bastón frente a mi cuerpo, una barrera delgada entre yo y el fantasma en su territorio.

—Supongo que es demasiado tarde para mantener una conversación razonable, Agatha.

—¡Mis niños! —gritó el espíritu—. ¡Míos! ¡Míos! ¡Míos!

—Sí, eso es lo pensaba. —Suspiré. Reuní todas mis fuerzas y empecé a canalizarlas a través del bastón. La madera pálida empezó a brillar con una luz dorada y naranja, se extendía delante de mí describiendo una sombra con forma de un cuarto

de cúpula.

El fantasma volvió a gritar y se lanzó contra mí a toda velocidad. Yo me levanté con rapidez y grité:

—*¡Reflettum!* —con toda la fuerza de mis pulmones. El espíritu impactó contra mi escudo protector con la rabia de un rinoceronte tratado con esteroides. Hasta ese momento había parado balas y cosas peores con este escudo, pero eso había sido en territorio favorable, en el mundo real. Aquí en el Más Allá, el fantasma de Agatha sobrecargaba mi escudo que estalló causando un inmenso estruendo y me mandó al suelo de un golpe. Una vez más.

Clavé mi bastón chamuscado en el suelo y me quejé por el dolor que sentía mientras me levantaba. Mis temblorosos dedos estaban manchados de sangre, la piel estaba llena de hematomas y de vasos sanguíneos rotos.

Agatha estaba unos pasos más allá, temblando de rabia, o con suerte para mí, de confusión. Sobre su sombra había trozos de mi escudo de fuego que lentamente fueron apagándose. Busqué a tientas mi varita, pero se me habían dormido los dedos y se me cayó. Me incliné para recogerla, me balanceé y volví a levantarme, momento en el que vi una nube roja y puntos brillantes.

Michael rodeó al espíritu aturdido y llegó a donde estaba yo. Tenía cara de preocupación, más que de susto.

—Tranquilo, Harry, tranquilo. Dios bendito, ¿estás bien?

—Lo conseguiré —dije con voz ronca—. Hay buenas y malas noticias.

El caballero volvió a ponerse en guardia con la espada.

—Siempre he preferido las buenas noticias.

—No creo que siga teniendo interés por esos bebés.

Michael esbozó una sonrisa rápida.

—Eso son buenas noticias.

Me limpié el sudor de los ojos. Tenía la mano roja porque en algún momento debía de haberme cortado.

—Las malas noticias son que va a volver y a destrozarnos en un par de segundos.

—No quiero ser negativo pero me temo que las noticias son incluso peores —dijo Michael—. Escucha.

Le miré, e incliné la cabeza a un lado. A lo lejos, pero cada vez más fuerte, podía oír un aullido musical, evocador e inquietante, que resultaba fantasmagórico en mitad de la noche.

—*¡Hostias!* —musité—. Perros demoníacos, la madrina ha salido a cazar. ¿Cómo demonios nos ha encontrado tan rápido?

Michael me miró haciendo una mueca.

—Ya debía de estar cerca. ¿Cuánto tiempo tardará en venir?

—No mucho. Mi escudo hizo mucho ruido al doblarse. Se habrá guiado por el

estruendo.

—Si quieres, Harry —dijo Michael— puedes irte. Yo controlaré al fantasma hasta que atraveses la grieta.

Estuve tentado. No hay muchas más cosas que me asusten más que el Más Allá y mi madrina juntos. Sin embargo, también estaba enfadado. Odio que me pongan en evidencia. Además, Michael era un amigo, y no suelo dejar que los amigos solucionen mis problemas por mí.

—No —dije—. Vamos a darnos prisa.

Michael me sonrió, y se puso en marcha, justo cuando el fantasma de Agatha deshacía los últimos retazos que quedaban de mi magia que había estado acosándola. Michael intentó asestar un golpe al fantasma con *Amoracchius*, pero ella era increíblemente rápida, y eludía cada golpe describiendo una elegante caída en picado. Levanté mi varita y me concentré. Dejé de escuchar el aullido de los perros demoníacos, que ahora estaban bastante más cerca, así como el ruido de cascos al galope que hicieron que mi pulso se acelerara. Borré metódicamente todo excepto al fantasma, a Michael y a la energía que canalizaba hacia la varita.

El fantasma debió de notar que estaba preparando el ataque porque se dio la vuelta y salió volando hacia mí como una bala. Su boca se abrió para gritar y pude ver los dientes recortados y afilados de sus mandíbulas, el fuego blanco y vacío de sus ojos.

—¡Fuego! —grité, y en ese momento el espíritu me atacó con todas sus fuerzas. Un rayo de fuego blanco salió despedido de mi varita y atravesó las fachadas de madera. Ardieron como si estuvieran empapadas en gasolina. Yo caí rodando y el espíritu fue a por mi garganta con sus dientes. Metí el extremo de la varita en su boca y me preparé para volver a disparar, pero ella me lo quitó de las manos con un preocupante movimiento feroz, como el de un perro, y cayó. Yo le di un golpe con mi bastón torpemente y en vano. Se tiró de nuevo a mi garganta.

Le metí mi antebrazo protegido por la piel en la boca y grité:

—¡Michael! —El fantasma se lanzó con sus uñas a mi antebrazo. Lancé el polvo y la busqué a tientas furiosamente con la mano que me quedaba, intentando apartarla, pero conseguí poco más que desordenarle la ropa.

Ella consiguió agarrarme la garganta con la mano y dejarme sin respiración. Yo me retorcí e intenté escapar, pero el fantasma era mucho más fuerte y rápido que yo. Se me nubló la vista y empecé a ver estrellitas.

Michael gritó y le dio al espíritu un golpe con *Amoracchius*. La gran hoja le dio en la espalda, sonó como si tocara madera, lo que le obligó a arquearse hacia arriba gritando de dolor. Fue un golpe mortal. La luz blanca de la hoja tocó la carne de su espíritu y lo encendió, salían chispas de los bordes de la herida. Ella se retorció, gritando furiosa, y el movimiento hizo que la espada cayera de las manos de Michael.

El fantasma en llamas se preparó para lanzarse a su garganta.

Me levanté, cogí la bolsa de polvo para fantasmas y murmurando por el esfuerzo se lo lancé a la nuca. Se oyó un ruido agudo cuando la improvisada porra la golpeó, el pesado artilugio sobre el que yo había lanzado un hechizo golpeó como un mazo en la porcelana. El fantasma se quedó inmóvil un momento, con su brutal boca abierta, y después cayó de lado.

Levanté la vista para mirar a Michael que respiraba con dificultad y me miraba fijamente.

—Harry —dijo—. ¿Has visto?

Levanté una mano para señalarme la garganta dolorida y miré a mi alrededor. Los sonidos de los aullidos de los perros y del golpeteo de los cascos habían desaparecido.

—¿Ver el qué? —pregunté.

—Mira —señaló el cuerpo del fantasma en llamas.

Miré. En mi lucha con el fantasma de Agatha, había roto la impoluta camisa blanca, y ella debía de haberse roto el vestido al golpearse con el pavimento de las aceras mientras estrangulaba a los magos. Me acerqué un poco más al cuerpo arrastrándome. Estaba ardiendo, no despedía llamas, pero *Amoracchius* lo estaba consumiendo poco a poco con su fuego blanco, como si fuera papel de periódico que se va curvando al quemarse. Sin embargo, el fuego no escondía a lo que Michael se refería.

Alambres. Filamentos de mordaces alambres que recorrían la carne del fantasma, por debajo de su ropa rasgada. Las púas se habían clavado en la carne aproximadamente cada cinco centímetros y su cuerpo estaba cubierto de pequeñas y atroces heridas. Hice una mueca, apartándome de la ropa que ardía poco a poco, como a impulsos. Era un único alambre que empezaba en su garganta e iba envolviendo su torso, por debajo de los brazos, dando vueltas y bajando por la pierna hasta el tobillo. En cada extremo, el alambre desaparecía en su interior.

—Cielo santo —suspiré—. No es extraño que se volviera loca.

—El alambre —preguntó Michael, poniéndose en cuclillas junto a mí—. ¿Le estaba haciendo daño al fantasma?

Asentí.

—Eso parece. Lo estaba torturando.

—¿Por qué no vimos esto en el hospital?

Negué con la cabeza.

—Sea lo que sea... no estoy seguro de que fuera visible en el mundo real. No creo que lo hubiéramos visto si no hubiéramos venido aquí.

—Dios está de nuestra parte —dijo Michael.

Me vi mis propias heridas, y después miré con el ceño fruncido los hematomas

que ya se estaban formando en el brazo y la garganta de Michael.

—Si, sea lo que sea. Mira, Michael, este tipo de cosas no ocurren solas. Alguien tuvo que hacerle esto al fantasma.

—Lo cual implica —dijo Michael— que tenían una razón para querer que este fantasma hiciera daño a estos niños —su cara se ensombreció con incredulidad.

—Fuera o no fuera este su objetivo, ha hecho patente que alguien está detrás de esto que acaba de ocurrir, que ni es una cosa ni un estado concreto. Alguien está haciendo esto a los fantasmas de la zona a propósito. —Me levanté y no preste demasiada atención a mí mismo, mientras el cuerpo seguía ardiendo, al igual que los edificios que nos rodeaban. El fuego ardía con furia extendiéndose a todo lo que se alzaba en sentido vertical, y empezó a abrirse paso también por las calles y las aceras. El aire se llenaba de humo, a medida que los dominios del espíritu del Más Allá se hundían junto con sus restos.

—¡Ay! —me quejé. Esa fue toda mi protesta.

Michael cogió el mango de su espada y la sacó de las llamas, moviendo la cabeza.

—La ciudad está ardiendo.

—Gracias, Señor Obviedad.

Sonrió.

—¿Pueden herirnos las llamas?

—Sí —dije poniendo especial énfasis—, es el momento de irse.

Juntos volvimos por la grieta rápidamente. En un momento dado, Michael me apartó para que no me cayera encima de una chimenea, y tuvimos que bordear el montón de ladrillos esparcidos y las maderas ardiendo.

—Espera —dije de repente—. Espera. ¿Has oído eso?

Michael siguió moviéndose deprisa por el suelo camino de la grieta.

—¿El qué? Yo no oigo nada.

—Sí. —Tosió—. Ya no se oyen los aullidos de los perros.

Una mujer muy alta, delgada, de una belleza inhumana, surgió del humo. Su pelo, pelirrojo, caía en ondas hasta más allá de las caderas formando una cascada descontrolada, que hacía juego con su piel impecable, sus altos pómulos, unos labios exuberantes, gruesos, encarnados. Su cara parecía eternamente joven, y sus ojos dorados tenían hendiduras verticales como un gato, en lugar de pupilas. Su túnica era un vestido largo y suelto de color verde fuerte.

—Hola, hijo mío —susurró Lea, evidentemente impávida ante el humo e indiferente ante el fuego. Tres grandes sombras, como mastines surgidos de la oscuridad y el hollín, estaban acurrucadas en torno a sus pies, mirándonos con sus ojos negros fijos. Estaban entre nosotros y la grieta que nos conducía a casa.

Tragué saliva y acallé un sentimiento repentino de pánico infantil que comenzó en mi estómago y amenazaba con salirme por la garganta. Di un paso adelante entre el

hada y Michael y dije, con una voz áspera.

—Hola, madrina.

Capítulo 6

Mi madrina contempló el infierno que la rodeaba y sonrió:

—Esto me recuerda momentos ya vividos. ¿A ti no, mi cielo? —Se inclinó con pereza y acarició la cabeza de uno de los perros que estaban a su lado.

—¿Cómo has conseguido encontrarme tan rápidamente? —pregunté.

Ella le dedicó una sonrisa benévola al perro del infierno.

—¡*Mmm...!* Tengo pequeños secretos, corazón. Solo quería saludar a mi ahijado al que llevaba mucho tiempo sin ver.

—Vale. Hola, me alegro de verte, tenemos que volver a vernos alguna otra vez —dije. El humo me subió por la nariz y empecé a toser—. Tenemos un poco de prisa y...

Lea sonrió, un sonido como de campanas que desentonaba un poco.

—Vosotros los mortales tenéis siempre tanta prisa. Pero Harry, si no nos hemos visto en años. —Se acercó, su cuerpo se movía con agilidad, con una gracia sensual que podría haber resultado cautivadora en otras circunstancias. Los perros se dispersaron en silencio por detrás de ella—. Deberíamos pasar más tiempo juntos.

Michael levantó su espada de nuevo y dijo, tranquilo:

—Señora, ¿nos haría el favor de quitarse de en medio?

—No me apetece —espetó de repente y con malicia. Esos labios brillantes se retrajeron dejando ver unos impresionantes y afilados caninos, y al mismo tiempo los tres fantasmagóricos perros gruñeron nerviosos. Sus ojos dorados nos miraron primero a Michael y luego a mí otra vez—. Caballero, él es mío, por derecho sanguíneo, por ley, y por que no ha cumplido su palabra. Ha llegado a un acuerdo conmigo. Usted no tiene poder sobre eso.

—¿Harry? —Michael me echó una mirada rápida—. ¿Es verdad eso que dice?

Me humedecí los labios y agarré el bastón.

—Entonces yo era mucho más joven y bastante más tonto.

—Harry, si has hecho un pacto con ella por voluntad propia, entonces tiene razón, yo puedo hacer bastante poco para detenerla.

Se derrumbó otro edificio causando un imponente estruendo. A nuestro alrededor ardían fuegos que hacían que el calor fuese bastante fuerte, de hecho era tremendamente fuerte. Hacía mucho calor. La grieta se movió y se hizo más pequeña. No nos quedaba demasiado tiempo.

—*C'mon, hurry*^[1] —susurró Lea casi sin voz, y perdón por el juego de palabras, y de nuevo se tornó sombría—. Deja que el buen caballero del Dios Blanco escoja su camino. Y permite que yo te lleve hasta las aguas que calmarán tus dolores y aliviarán tus enfermedades.

Parecía una buena idea. Sonaba realmente bien. Su propia magia se ocupaba de

eso. Sentía que mis pies se movían hacia ella con un andar pesado, lentamente.

—Dresden —dijo Michael de repente—. ¡Por Dios bendito! ¿Qué haces?

—Vete a casa, Michael —dije. Mi voz era lenta, torpe, como si estuviera bebido. Vi la boca de Lea, su suave y encantadora boca que esbozaba una sonrisita triunfal. No intenté luchar contra el atractivo de la magia. En ningún caso podría haber detenido el avance de mis pies. Lea me conocía desde hacía años, y a mi entender seguiría siendo así durante muchos más. No pude recitar una oración para recuperar el control más que durante unos pocos segundos. El aire se hizo más frío a medida que me acercaba a ella. Podía olería... su cuerpo, su pelo, como las flores salvajes y la tierra con olor a almizcle, embriagadora—. No tenemos mucho tiempo antes de que se cierre la grieta. Ve a casa.

—¡Harry! —gritó Michael.

Lea colocó su esquelética mano de largos dedos en mi mejilla. Un estremecimiento de placer me corrió por todo el cuerpo. Mi cuerpo reaccionó ante ella, indefenso y exigente a la vez, y tuve que hacer un esfuerzo para conseguir dejar de pensar en su belleza.

—Sí, mi dulce hombre —susurró, con sus ojos dorados brillantes de júbilo.

»Corazón, corazón, corazón. Ahora, deja tu varita y tu bastón.

Yo miraba levemente como mis dedos los soltaban. Cayeron al suelo causando un gran estrépito. Las llamas se acercaron más, pero yo no las sentí. La grieta brilló y se estrechó, casi se cerró. Yo cerré los ojos reuniendo todas mis fuerzas.

—¿Vas a cumplir con ese acuerdo ahora, encantador niño mortal? —murmuró Lea, desplazando sus manos por mi pecho y subiéndolas después a mis hombros.

—Iré contigo —contesté, dejando que mi voz saliese espesa, lenta. Sus ojos brillaban de alegría malvada, echó la cabeza hacia atrás y rió, dejando ver algunas partes suaves de la garganta y el pecho.

—Cuando el infierno se congele —añadí, y saqué el saquito con el polvo para fantasmas por última vez. Lo tiré todo por encima del pecho que acabo de mencionar. No hay demasiada información sobre las hadas y el uranio empobrecido pero hay mucha sobre las hadas y el hierro frío. No les gusta y el contenido en hierro de la fórmula del polvo era bastante alto.

La impecable complexión de Lea se deshizo inmediatamente formando franjas encendidas de color rojo, la piel se secaba y se resquebrajaba ante mis ojos. La risa de triunfo se transformó en un grito agónico, y me liberó, arrancándose la túnica de seda del pecho con el susto, dejando ver como su espléndido cuerpo se rompía al contacto con el hierro frío.

—Michael —grité—, ¡ahora! —Le di a mi madrina un fuerte golpe, recogí mi bastón y la varita y me lancé hacia la grieta. Escuché un gruñido, y algo me agarró un pie tirando de mí hacia el suelo. Le lancé mi bastón a uno de los perros y la madera le

dio en un ojo. Rugió de rabia y los otros dos se lanzaron corriendo hacia mí.

Michael intervino y golpeó con su espada a uno de ellos. El hierro golpeó a la bestia de la madrina, y de la herida brotaron sangre y fuego blanco. El segundo se lanzó sobre Michael y hundió las fauces en su muslo, desgarrándolo y tirando de él.

Le asesté a la bestia un fuerte golpe en el cráneo, apartándola de la pierna de Michael, y comencé a tirar de mi amigo hacia la grieta que iba disipándose rápidamente. De las ruinas que ardían a nuestro alrededor aparecieron más perros corriendo.

—¡Vamos! —grité—. ¡No hay mucho tiempo!

—¡Traidor! —espetó mi madrina. Se levantó del suelo, ennegrecida y chamuscada, con su fino vestido hecho trizas alrededor de la cintura, con el cuerpo y los miembros estirados, huesuda e inhumana. Apretó los puños a los lados y el fuego del edificio que nos rodeaba pareció reducirse, como si ella lo hubiera conducido a un par de puntos ardientes de luz violeta y esmeralda—. ¡Niño ponzoñoso, traidor! ¡Eres mío porque tu madre me lo prometió! ¡Y tú también!

—¡No deberías hacer pactos con un menor! —le respondí y tiré de Michael hacia la grieta. Él se tambaleó un momento hacia la grieta abierta, y después la atravesó y desapareció volviendo al mundo real.

—¡Si no me das tu vida, pequeña serpiente, entonces tendré tu sangre! —Lea dio dos zancadas hacia donde estaba yo y extendió sus dos manos. Un rayo de fuerza esmeralda y violeta entrelazada cayó sobre mi cara.

Me eché hacia atrás, hacia la grieta y recé por que todavía estuviera abierta lo suficiente para que pudiera atravesarla. Extendí mi bastón hacia mi madrina e intenté lanzar un escudo de protección con toda la fuerza de que disponía, a pesar de que era poca. El fuego de la madrina se estrelló contra el escudo, lanzándome hacia la grieta como una paja vuela antes de un tornado. Sentí como mi bastón ardía y estalló en llamas en mi mano mientras la atravesaba.

Aparecí otra vez en el suelo de la enfermería en el hospital de Cook County, con mi abrigo de piel arrastrando entre un velo de humo que rápidamente se convirtió en una fina y desagradable capa de ectoplasma residual, mientras mi bastón ardía con un extraño fuego verde y púrpura. A mí alrededor, los bebés, en sus pequeñas cunas de cristal, gritaban con mucha energía. De la sala contigua llegaba un parloteo de voces confusas.

Entonces se cerró la grieta y de nuevo nos encontramos en el mundo real, rodeados de bebés que lloraban. Las luces fluorescentes volvieron a lucir y pudimos oír a las enfermeras que hablaban, preocupadas, desde la sala contigua. Yo apagué el fuego de mi bastón y después me senté allí, jadeando, dolorido. Nada de lo existente en el Más Allá podría haber vuelto al mundo real, pero las heridas que tenía eran muy reales.

Michael se levantó, y miró a su alrededor a los bebés, asegurándose de que todos estaban bien. Después se sentó a mi lado, se limpió la pátina de ectoplasma de una ceja y con la tela de su capa empezó a presionar los cortes profundos que supuraban, los que le había hecho el perro con sus fauces a través de los pantalones. Después me miró meditabundo, con el ceño fruncido.

—¿Qué? —le pregunté.

—Tu madrina. Escapaste de ella —dijo.

Yo me reí apenas.

—Esta vez lo he conseguido. ¿Y qué es lo que te preocupa entonces?

—Le mentiste para hacerlo.

—La engañé —le repliqué—. Es la táctica habitual con las hadas.

Él pestañeó y después usó otro trozo de su capa para limpiar la porquería del ectoplasma de su *Amoracchius*.

—Es que pensaba que eras un hombre honesto, Harry —dijo con cara de estar molesto—. No puedo creer que le mintieras.

Yo empecé a reírme, estaba débil, demasiado agotado para moverme.

—No puedo creer que le hayas mentido.

—Bueno, no —dijo con la voz a la defensiva—. Se supone que somos los buenos, Harry, y que no ganamos así.

Me reí un poco más y me limpié un resto de sangre de la cara.

—¡Bueno, es que lo somos!

Empezó a sonar algún tipo de alarma. Una de las enfermeras entró en la sala de observación, nos echó una mirada y salió corriendo.

—¿Sabes lo que me molesta? —pronuncié.

—¿Qué?

Dejé a un lado mi bastón chamuscado y mi varita.

—Me pregunto cómo pudo estar mi madrina en ese otro mundo, ahí mismo, nada más entrar en el mundo de la fantasía. No es un mundo pequeño. No pasaron más de cinco minutos y ya había aparecido.

Michael envainó su espada y la dejó aparte con cuidado, fuera del alcance de mi brazo. Después se desabrochó la capa haciendo un gesto de dolor.

—Sí, parece una extraña coincidencia.

Cuando llegó una patrulla de la policía del distrito de Chicago, ambos pusimos las manos en la cabeza. El oficial llevaba la chaqueta y los pantalones manchados de café. Entró de golpe en la enfermería esgrimiendo el arma. Ambos nos quedamos allí sentados con las manos en la cabeza, e hicimos todo lo que pudimos para parecer amables y no tener aspecto amenazador.

—No te preocupes —dijo Michael en voz baja—. Déjame hablar a mí.

Capítulo 7

Michael tenía la barbilla entre las manos y suspiraba.

—No puedo creer que estemos en la cárcel.

—Por alterar el orden —resoplé, caminando por la celda en la que estábamos—, por entrar en una propiedad sin permiso, ¡ja! Si no hubiéramos aparecido, habrían sabido lo que es alterar el orden. —Me saqué un puñado de multas del bolsillo de mi pantalón—. Mira esto. Por correr, por hacer caso omiso de las señales de tráfico, por realizar maniobras peligrosas e imprudentes con un vehículo. Y la mejor, por aparcar de forma ilegal. ¡Voy a perder el carné!

—No puedes culparles, Harry. No puedes explicar lo ocurrido en términos que ellos entiendan.

La frustración que sentí me empujó a dar una patada a los barrotes. El dolor me subió por la pierna e inmediatamente lamenté haberlo hecho porque cuando me procesaron me habían quitado las botas. Aparte de que me dolían las costillas, las heridas que tenía en la cabeza y los dedos que los tenía rígidos, esto ya era demasiado. Me senté en el banco que estaba junto a Michael y suspiré.

—Estoy ya un poco harto de esto —dije—. La gente como tú y yo soporta cosas con las que esos bromistas —hice un gesto abarcando todo— nunca soñarían. No nos pagan por ello, y encima casi no nos dan las gracias.

El tono de Michael era sereno, filosófico.

—Es la naturaleza de la bestia, Harry.

—No me importa demasiado. Odio cuando ocurre algo así. —Me levanté, otra vez con sensación de fracaso, y empecé a pasear por el interior de la celda—. Lo que realmente me da rabia es que todavía no sabemos por que estaba tan nervioso el espíritu. Esto es fuerte, Michael. Si no conseguimos detener a quien esté causando todo esto...

—A quien lo está provocando.

—Efectivamente, el responsable de todo esto, el que sabe lo que podría ocurrir.

Michael esbozó una sonrisa a medias.

—El Señor nunca pondrá sobre tus hombros una carga mayor de la que puedas soportar, Harry. Lo único que podemos hacer es afrontar lo que viene y tener fe.

Le eché una mirada esquiva.

—Entonces, los hombros tienen que ensancharse. Alguien en contabilidad debe de haber cometido un error.

Michael dejó escapar una cálida y sonora sonrisa, y movió la cabeza, después se tumbó en el banco y cruzó los brazos poniendo la cabeza encima.

—Hicimos lo que había que hacer, ¿no es bastante?

Pensé en todos esos bebés, gimoteando y emitiendo sonidos lastimeros cuando las

enfermeras se reunieron en torno a ellos, y los llevaron con sus madres. Uno, un pequeño gordito, había soltado un enorme eructo y se había quedado dormido en el hombro de la enfermera. En total, eran una docena de pequeñas vidas con un futuro por vivir, un futuro que podría haber terminado de repente si no hubiéramos intervenido.

Noté que, por las comisuras de mis labios, esbozaba una pequeña sonrisa, y una nimia sensación de satisfacción que mi indignación no había conseguido borrar. Me aparté de Michael para que no me viera sonreír, y me obligué a mí mismo a parecer resignado.

—¿Es suficiente? Supongo que va a tener a tener que serlo.

Michael volvió a sonreír. Le miré con el ceño fruncido y eso no consiguió más que una sonrisa de felicidad, así que dejé de intentarlo y me apoyé en los barrotes.

—¿Cuánto tiempo crees que va a pasar hasta que podamos salir de aquí?

—Yo nunca había estado antes en la cárcel —dijo Michael—. Probablemente tú tengas más elementos de juicio.

—Eh —protesté—. ¿Qué se supone que quieres decir con eso?

La sonrisa de Michael se difuminó.

—A Charity —predijo— no le va a hacer demasiada gracia.

Me estremecí. La mujer de Michael.

—Sí, bueno. Lo único que podemos hacer es afrontar lo que venga y tener fe. ¿No?

Michael gruñó poniendo mala cara.

—Rezaré una oración a san Judas Tadeo.

Recliné la cabeza contra los barrotes y cerré los ojos. Me dolían zonas que ni siquiera sabía que podían doler. Podría haberme quedado dormido allí mismo.

—Lo único que quiero —dije— es irme a casa, lavarme e irme a dormir.

Más o menos una hora después, apareció un oficial uniformado y abrió la puerta. Nos informó de que nos habían concedido la libertad porque alguien había pagado una fianza. Sentí una sensación desagradable en el estómago. Michael y yo salimos de la zona de espera a la sala de espera adyacente.

Nos estaba esperando una mujer con un vestido holgado y una gruesa chaqueta de punto que estaría en su séptimo u octavo mes de embarazo, con los brazos cruzados encima de la tripa. Era alta, tenía un maravilloso pelo rubio dorado como la seda, que le caía hasta la cintura como una cortina, sus rasgos eran fascinantes, no correspondían a la edad que tenía, y tenía los ojos oscuros que ardían con un enfado contenido.

—Michael Joseph Patrick Carpenter —espetó mientras se dirigía hacia nosotros. Bueno, en realidad caminaba balanceándose, pero el conjunto de sus hombros y su expresión de absoluta resolución hacían que pareciese que nos estaba acechando—.

Eres un desastre. Esto es lo que pasa cuando te juntas con malas compañías.

—Hola, ángel mío —dijo Michael, y se inclinó para darle a la mujer un beso en la mejilla.

Ella lo aceptó con la encantadora tolerancia de un dragón de Komodo.

—No me saludes llamándome cariño. ¿Tú sabes lo que me ha costado encontrar una niñera, llegar hasta aquí, conseguir el dinero y después conseguir que te devolvieran la espada?

—Hola, Charity —dije con alegría—. Oye, yo también me alegro de verte. Cuánto ha pasado desde que hablamos la última vez, ¿tres o cuatro años?

—Cinco años, señor Dresden —dijo la mujer, echándome una miradita—. Y si Dios lo quiere, pasarán cinco más antes de volver a soportar su idiotez.

—Pero yo...

Me empujó con su vientre hinchado como un ariete en una guerra griega.

—Cada vez que apareces, metes a Michael en algún lío. ¡Y esta vez, la consecuencia ha sido acabar en la cárcel! ¿Qué van a pensar los niños?

—Verás, Charity, era realmente import...

—¡Señora Carpenter, por favor! —gruñó—. Señor Dresden, siempre se trata de algo muy importante. Bueno, mi marido ha estado haciendo cosas importantes sin lo que yo dudosamente denomino su «ayuda». Pero solo regresa a casa cubierto de sangre cuando está usted implicado.

—Eh —protesté—. ¡Que yo también he resultado herido!

—Vale —dijo—. Puede que esto le haga más prudente en el futuro.

Miré a la mujer frunciendo el ceño.

—Ya se lo haré saber...

Me agarró por la pechera de la camisa y tiró de mí para colocar mi cara frente a la suya. Era sorprendentemente fuerte, y podía mirarme fijamente sin mirarme a los ojos de forma directa.

—Yo seré quien le haga saber a usted —dijo con dureza— que si alguna vez mete a Michael en problemas de una envergadura tal que le impidan volver a casa con su familia, haré que lo lamente.

Por un instante, sus ojos brillaron, llenos de lágrimas que no tenían nada que ver con un gesto de debilidad, y la emoción le hizo estremecerse. Debo admitir, que en ese momento, con esa peculiar forma de caminar por el embarazo, su amenaza me asustó.

Al final me soltó y se giró hacia su marido, tocándole con suavidad una costra de la cara. Michael la abrazó y con un pequeño gemido, ella le abrazó también, enterrando la cara en su pecho y llorando en silencio. Michael la tenía abrazada con mucho cuidado, como si tuviera miedo de romperla, y acarició su pelo.

Me quedé allí durante un segundo como un bobo. Michael levantó la vista para

mirarme y por un instante nuestras miradas se cruzaron. En ese momento se dio la vuelta, cogió a su mujer bajo uno de sus brazos y se marcharon.

Yo les observé a los dos un instante, caminando uno al lado del otro, mientras yo me quedaba ahí solo. Entonces me metí las manos en los bolsillos y me fui. Hasta ahora, nunca me había dado cuenta de lo bien que encajaban el uno con el otro, Michael con esa fortaleza tranquila y su constante fidelidad, y Charity con su ardorosa pasión y la inquebrantable lealtad a su marido.

Ese tema del matrimonio. Algunas veces pienso en ello y me siento como alguno de los personajes de una novela de Dickens, que en medio de una noche fría contempla una cena de Navidad. En realidad, a mí nunca me han funcionado las relaciones. Creo que en parte, es debido a los demonios, los fantasmas y el sacrificio humano.

Mientras reflexionaba, sentí su presencia antes de que pudiera oler su perfume, una calidez y energía que la rodeaban que había aprendido a reconocer durante el tiempo que habíamos pasado juntos. Susan se paró en la puerta de la sala de espera, mirando por encima de su hombro. La observé, nunca me cansaba de hacerlo. Susan tenía la piel oscura, más tostada porque el fin de semana anterior había estado en la playa, y el pelo negro como el azabache con un buen corte que le llegaba a los hombros. Era delgada pero tenía las curvas suficientes como para que el oficial que estaba detrás del mostrador desviara la vista para mirarla. Allí estaba con su pequeña y coqueta falda y su top que dejaba la tripa al aire. Mi llamada de teléfono la cogió justo cuando salía para ir a nuestra cita.

Se dio la vuelta hacia mí y sonrió, sus ojos de color chocolate denotaban preocupación, pero al mismo tiempo calidez. Incluyó la cabeza para mirar el pasillo que tenía a su espalda por el que Michael y Charity se habían ido.

—Son una pareja maravillosa, ¿verdad?

Intenté devolver la sonrisa pero no era fácil.

—Tuvieron un buen comienzo.

Los ojos de Susan se fijaron en mi cara, en las heridas que tenía y la preocupación se hizo más evidente en sus ojos.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—La rescató de un dragón que echaba fuego —me dirigí hacia ella.

—Suenan bien —dijo, y se reunió conmigo a mitad de camino, dándome un largo y amable abrazo que hizo que me dolieran las costillas por los hematomas—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Más encontronazos con fantasmas acompañado de Michael. Cuéntame algo sobre él.

—Extraoficialmente. La publicidad podría hacerle daño porque tiene hijos.

Susan frunció el ceño pero asintió.

—De acuerdo —dijo en un tono melodramático—. Bueno, ¿qué es? ¿Algún tipo de soldado eterno? ¿Puede que sea un caballero de la corte del rey Arturo que está dormido y despierta en esta terrible época para luchar contra las fuerzas del mal?

—Por lo que yo sé, es carpintero.

Susan me miró arqueando una ceja.

—Un carpintero que lucha contra los fantasmas. ¿Es que tiene un arma mágica o algo así?

Intenté no sonreír porque me dolían los músculos de las comisuras de la boca.

—No exactamente. Es un hombre honrado.

—A mí me parece bastante majo.

—No, no es que sea superior moralmente hablando, es honrado. Es todo a la vez. Es honesto, leal, y fiel. Se identifica con sus ideales y eso le confiere poder.

Susan frunció el ceño.

—Parecía bastante normal. Esperaba... no estoy segura, algo. Una actitud distinta.

—Eso es porque también es humilde —dije—. Si le preguntaras si es honesto, se reiría. Supongo que es algo intrínseco. Nunca he conocido a nadie como él. Es un buen hombre.

Arrugó la boca.

—¿Y la espada?

—*Amoracchius* —añadí.

—Le ha puesto nombre a su espada. ¡Qué freudiano por su parte! Pero su mujer casi coge al empleado por el gaznate para recuperarla.

—Para él es importante —dije—. Cree que es una de las tres armas que Dios entregó a la humanidad. Tres espadas. Cada una de las cuales tiene un clavo que se supone pertenece a la cruz que está labrada en ella. Solo los honrados pueden empuñarlas. Los que se hacen llamar los caballeros de la Cruz. Otros los llaman los caballeros de la Espada.

Susan frunció el ceño.

—¿La Cruz? —dijo—. ¿Cómo en la crucifixión, con C mayúscula?

Me encogí de hombros, me sentía incómodo.

—¿Cómo podría saberlo? Michael lo cree. Ese tipo de creencia es un poder en sí mismo. Puede que eso sea suficiente. —Tomé aliento y cambié de tema—. Bueno, se incautaron de mi coche. Tuve que correr y a la policía del distrito de Chicago no le gustó.

Sus ojos oscuros brillaron.

—¿Algo que merezca la pena para escribir una historia?

Me reí, cansado.

—¿Nunca te rindes?

—Tengo que ganarme la vida —dijo, y mientras salía, a mi lado, se tropezó, deslizando su brazo a través del mío.

—Puede que mañana. Solo quiero volver a casa y dormir un poco.

—Supongo que no se trata de ninguna cita. —Me sonrió pero yo noté que había tensión en su expresión.

—Lo siento. Yo...

—Lo sé —suspiró. Reduje el paso un poco y ella aceleró, aunque ninguno de nosotros se desplazaba con rapidez—. Harry, sé que lo que estás haciendo es importante pero es que algunas veces deseo que... —Se calló y frunció el ceño.

—El qué...

—Nada. De verdad. Es egoísta.

—El qué... —repetí. Cogí su mano con mis dedos llenos de hematomas y la apreté suavemente.

Firmó, y se paró en el vestíbulo, volviendo la cara hacia mí. Me cogió las dos manos y no miré cuando dijo:

—Solo me gustaría que yo pudiera ser tan importante para ti, también.

Sentí una punzada incómoda en medio del esternón. ¡Ay! Es que literalmente, duele escuchar eso.

—Susan —tartamudeé—. Oye, no pienses nunca que no eres importante para mí.

—Ah —dijo, sin levantar la vista todavía—. No es eso. Como ya te he dicho, solo es egoísmo. Lo superaré.

—Es que no quiero que te sientas... —fruncí el ceño y tomé aliento—. No quiero que pienses que no... Lo que quiero decir es que yo... —Te quiero. Debería haber sido más fácil de decir. Sin embargo, las palabras dolieron al pasar por mi garganta. Nunca se las había dicho a nadie a quien no hubiera perdido después y cada vez que le decía a mi boca que las articulase, algo ocurría que lo impedía.

Susan me miró, parpadeando. Levantó una mano y tocó la venda que llevaba en la frente, sus dedos eran ligeros, suaves, cálidos. El pasillo estaba en silencio absoluto. Me quedé mirándola fijamente como un tonto.

Al final, me incliné y la besé, con fuerza, como si estuviera intentando que mis palabras salieran de mi inútil boca a la suya. No sé si lo entendió pero se fundió conmigo, todo era calidez, la tensión se disipó, olía como a canela, sentí la dulzura de sus labios que se fundían con los míos. Una de mis manos se desvió hacia la zona baja de su espalda, a las suaves protuberancias que formaban los músculos redondos que tenía a cada lado de la columna, y la acerqué a mí un poco más.

Unos pasos que se oyeron en otra dirección hicieron que ambos sonriéramos y dejáramos de besarnos. Era una mujer policía, sus labios se retorcieron haciendo una pequeña mueca, y sentí que mis mejillas se ponían rojas.

Susan me quitó la mano de la espalda, inclinando la boca para darme un suave beso en mis dedos amoratados.

—No creas que te vas a ir así de fácil, Harry Dresden —dijo—. Voy a conseguir que hables a toda costa. —Pero no volvió a insistir y juntos pedimos que nos dieran mi bastón y nos fuimos.

En el camino de vuelta a casa me quedé dormido, pero me desperté cuando el coche pasó por la grava del aparcamiento junto a las escaleras de piedra que daban a mi guarida, en el sótano de una antigua pensión. Salimos del coche y me estiré, contemplando la noche de verano con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Susan.

—*Mister* —dije—. Es que normalmente viene corriendo enseguida a verme cuando llego a casa. Me fui esta mañana muy pronto.

—Es un gato, Harry —dijo Susan sonriéndome—. Puede que tenga una cita.

—¿Y si le ha atropellado un coche? ¿Y si le ha cogido un perro?

Susan soltó una carcajada y vino hacia mí. Mi libido notó la inclinación de sus caderas bajo su pequeña falda con tal interés que hizo que mis doloridos músculos se encogieran.

—Es tan grande como un caballo, Harry. Pobre del perro que intente meterse con él.

Busqué en el coche mi bastón y mi varita y después la abracé con un solo brazo. La calidez de Susan detrás de mí, el aroma de canela que desprendía su pelo, me parecieron un final fantástico para un largo día. Pero el que *Mister* no viniera corriendo a recibirme y se lanzara a mis espinillas para saludarme, no me hacía sentirme bien. Eso debería haber sido una señal de aviso. Aduciría cansancio, dolor y distracción sexual. Sentí un fuerte estremecimiento al notar como una onda de energía fría se estrellaba contra mi cara junto con una forma fantasmagórica que subía por los escalones que daban a mi apartamento. Me quedé inmóvil y di un paso atrás, y entonces vi otra forma silenciosa que subía por la pared de la pensión y empezaba a andar hacia nosotros. Se me puso la carne de gallina.

Susan se dio cuenta un segundo o dos después de que mi instinto de mago me avisara.

—Harry —susurró—. ¿Qué es eso? ¿Quiénes son?

—Tranquila, saca las llaves del coche —dije mientras se nos acercaban las dos formas, y como consecuencia, las ondas de energía fría aumentaban. La luz de la farola lejana se reflejaba en los ojos de la figura que estaba más cerca, que brillaban enormes y negros.

—Vamos, son vampiros.

Capítulo 8

Uno de los vampiros rió con malicia, y salió de la oscuridad. No era especialmente alto y se movía con una gracilidad peligrosa que hacía difícil ver sus ojos de color azul como el cristal, su pelo rubio bien peinado y sus zapatillas de tenis blancas.

—Bianca nos dijo que estarías nervioso —susurró.

El segundo seguía dirigiéndose hacia nosotros, desde la esquina de la casa de huéspedes. Ella también era de una altura y complexión inofensiva, y tenía los mismos ojos azules y el pelo rubio impecable del hombre y las mismas zapatillas de tenis blancas.

—Pero —susurró, y se humedeció los labios con una lengua como la de un gato—. No nos dijo que estarías tan apetecible.

Susan buscaba las llaves a tientas y se pegaba a mí, rígida por la tensión y el miedo.

—¿Harry?

—No los mires a los ojos —dije—. Y no les dejes que te chupen.

Susan me miró con dureza por debajo de sus cejas negras como el azabache.

—¿Chuparme?

—Sí. Su saliva tiene algún tipo de narcótico adictivo. —Llegamos al coche—.

Entra.

El vampiro masculino abrió la boca, mostrando sus fauces, y se rió.

—Paz, mago. No hemos venido a buscar tu sangre.

—Habla por ti mismo —dijo la chica. Se chupó otra vez los labios y esta vez pude ver las manchas negras de su lengua larga y rosa.

El vampiro masculino sonrió y puso una mano en el hombro de ella. Un gesto que era mitad afecto, mitad limitación física.

—Mi hermana no ha comido esta noche —explicó—. Está a dieta.

—¿Vampiros a dieta? —murmuró Susan entre dientes.

—Sí —contesté en voz baja—. Hace que su sangre sea baja en calorías.

Susan emitió un ruido contenido.

Miré al hombre y alcé el tono de voz.

—Entonces, ¿quién eres? ¿Y por qué estás en mi casa?

Inclinó la cabeza en señal de cortesía.

—Me llamo Kyle Hamilton. Esta es mi hermana. Somos compañeros de madame Bianca, y hemos venido a darte un mensaje. En realidad, una invitación.

—Solo hace falta uno para dar el mensaje.

Kyle miró a su hermana.

—Vamos de camino a nuestra partida de dobles.

Gruñí.

—Sí, claro —le dije—. Sea lo que sea lo que vendéis. No quiero nada. Os podéis ir.

Kyle frunció el ceño.

—Le pido que lo piense mejor, señor Dresden. Usted mejor que nadie debería saber que madame Bianca es el vampiro más influyente de la ciudad de Chicago y rechazar su invitación podría tener consecuencias graves.

—No me gustan las amenazas —contesté. Levanté mi varita y la puse a la altura de los ojos azules de Kyle—. Si continúas así, justo donde tú estás va a quedar una mancha de grasa.

Los dos me sonrieron como ángeles inocentes con dientes afilados.

—Por favor, señor Dresden —dijo Kyle—. Entienda que solo estoy mencionando los peligros potenciales de un incidente diplomático entre la Corte de los Vampiros y el Consejo Blanco.

Gritos. Eso cambió las cosas. Dudé y después bajé la varita.

—¿Es un tema de la corte? ¿Un negocio oficial?

—La Corte de los Vampiros —dijo Kyle, con una cadencia especial— invita formalmente a Harry Dresden, mago, como representante local del Consejo Blanco de magos, para que asista a la celebración de la elevación de Bianca St. Claire al rango de margravine de la Corte de los Vampiros, dentro de tres noches, la recepción empezará a medianoche. —Kyle se calló para darme un sobre blanco con aspecto de ser caro y volvió a sonreír—. Por supuesto, la corte allí reunida garantiza la seguridad a todos los invitados.

—Harry —susurró Susan—. ¿Qué ocurre?

—En un minuto te lo cuento —dije. Di un paso para apartarme de Susan—. Entonces, ¿vienes en calidad de mensajero de la corte?

—Sí —dijo Kyle.

Yo asentí.

—Dame la invitación.

Los dos fueron hacia donde yo estaba. Levanté mi varita y murmuré una palabra. La energía salió por la varita y el otro extremo empezó a brillar con una luz incandescente.

—Ella no —dije, señalando a la hermana del heraldo—. Solo tú.

Kyle siguió sonriendo, pero el enfado hizo que sus ojos, que habían cambiado del azul al negro, fueran extendiéndose hasta anular el blanco.

—Bueno —dijo con la voz tensa—, no somos abogados sin importancia, señor Dresden.

Le sonreí.

—Mira, Sparky, tú eres el representante y deberías conocer los acuerdos tan bien como yo. Tienes licencia para entregar y recibir mensajes y para permanecer sano y

salvo siempre que no seas tú el causante de los problemas. —Agité la punta de la varita hacia la chica que estaba detrás de él—. Ella no. Y ella tampoco está obligada a mantener la paz. Digamos que yo preferiría que dejáramos esto al margen.

Ambos hicieron un sonido sibilante que ningún humano habría sido capaz de repetir. Kyle empujó bruscamente a Kelly detrás de él. Ella se quedó allí, con sus manos, de aspecto suave, junto al estómago, los ojos totalmente negros y exentos de humanidad. Kyle se acercó a mí y me tiró el sobre. Me tragué el miedo y bajé la varita para cogerlo.

—Tu trabajo aquí ha terminado —le dije.

—Será mejor que vayas, Dresden —gruñó Kyle, poniéndose al lado de su hermana—. Mi señora se disgustará mucho si no lo haces.

—Te dije que te largaras, Kyle. —Levanté la mano, utilizando todo mi enfado y mi miedo como fuentes de energía y dije en voz baja—: *Ventas servitas*.

La energía salió de mí. En respuesta a mi orden, el viento rugió y sopló hacia los dos vampiros, transportando una nube de polvo y tierra y desechos. Ambos se tambalearon, levantaron una mano para protegerse los ojos de las partículas en suspensión.

Cuando el viento amainó, yo flaqueé, agotado por el esfuerzo de poner tanto aire en movimiento, y observé como los vampiros se recuperaban y pestañeaban para volver a ver. Sus impolutas zapatillas de tenis estaban manchadas, sus hermosas complexiones estaban modificadas y su pelo perfecto estaba despeinado.

Me silbaron y se agacharon, con el cuerpo en equilibrio por extraño que parezca. Despedían un brillo inhumano. Entonces se vio una masa confusa de zapatillas de tenis blancas y desaparecieron.

No estuve seguro de que se hubieran ido hasta que liberé mis sentidos para que palparan el aire y buscaran la energía fría que los había rodeado. También se había disipado. Solo entonces, cuando estuve absolutamente seguro de que se habían ido, me relajé. Bueno, parecía una relajación sencilla pero normalmente cuando me relajo, me tambaleo y necesito apoyar mi bastón con fuerza en el suelo para evitar caerme. Me quedé así un segundo mientras la cabeza me daba vueltas.

—Vaya. —Susan se acercó a mí, con cara de preocupación—. Harry, está claro que sabes cómo hacer amigos.

Temblé un poco, me era difícil mantenerme de pie.

—No necesito amigos como esos.

Ella se acercó a mí lo suficiente como para apoyarse, y alivió mi ego metiéndose bajo mi brazo como si necesitara protección.

—¿Te encuentras bien?

—Cansado. He estado trabajando duro esta noche y creo que no estoy en forma.

—¿Puedes andar?

Esboqué una sonrisa forzada y empecé a andar hacia las escaleras que conducían a mi apartamento. *Mister*, mi gato negro, apareció de repente de la oscuridad y se lanzó hacia mis piernas. Un gato de quince kilos dando una muestra de cariño desequilibra un poco, por lo que tuve que dejar que Susan me ayudara para no caerme.

—¿Otra vez asustando a los niños pequeños, eh, *Mister*?

Mi gato maulló, y después bajó por las escaleras y tocó la puerta con la pata.

—Entonces —dijo Susan—, los vampiros van a hacer una fiesta.

Saqué mis llaves del bolsillo del abrigo. Abrí la puerta de mi casa y *Mister* entró de un salto. Al entrar, cerré la puerta y me quedé mirando el salón con aire cansado. El fuego se había apagado y solo quedaban unas brasas casi apagadas, pero estaba todavía levemente iluminado con una luz dorada y roja. Había decorado mi apartamento con texturas, no con colores. Me gusta el suave veteado de las maderas viejas, los gruesos tapices en las paredes de piedra desnuda. Todas las sillas están muy acolchadas y tienen aspecto cómodo, hay alfombras esparcidas por el suelo, también de piedra, de varios materiales, formas y tejidos, desde árabes a otras tejidas por los navajos.

Susan me ayudó a entrar cojeando hasta que me derrumbé sobre el sofá lujosamente tapizado. Me cogió el bastón y la varita, arrugó la nariz por el olor a quemado y los colocó en la esquina junto al bastón espada. Entonces vino junto a mí y se arrodilló, dejando ver una buena parte de su bella y desnuda pierna. Me quitó las botas, y yo rezongué al notar la comodidad de tener los pies descalzos.

—Gracias —dije.

Me quitó el sobre de la mano.

—¿Podrías coger las velas?

Gruñí en respuesta y ella dijo con desdén:

—Eres como un niño grande. Solo quieres ver cómo ando con esta falda.

—Culpable —dije. Ella me miró sonriendo y fue a la chimenea. Cogió unos troncos del cubo del carbón, los echó y después removi6 las ascuas con un atizador hasta que salieron llamas. No tengo luces eléctricas en el apartamento. Los aparatos se estropean con tanta facilidad que no tiene sentido estar reemplazándolos constantemente. Mi nevera es de las antiguas, de las que funcionan con hielo. Me estremecí al pensar en lo que podría hacer con los tubos de gas.

Así que vivía sin más fuentes de calor que la chimenea y sin agua caliente, sin electricidad. Es la maldición de un mago. Tengo que admitir que ahorras en facturas, pero puede llegar a ser realmente incómodo.

Susan tuvo que pegarse al fuego para acercar la punta de un candelabro largo a las llamas pequeñas. La luz naranja describió una sombra curva por los músculos de sus piernas, a mi entender, de forma absolutamente fascinante, a pesar de lo cansado que me encontraba.

Susan se levantó con la vela encendida en la mano y me sonrió.

—Te has quedado mirándome fijamente, Harry.

—Culpable —dije otra vez.

Encendió todas las velas que había en la chimenea, y después abrió el sobre blanco, frunciendo el ceño.

—¡Ah! —dijo, y puso a la luz la invitación que estaba dentro. No pude leer las palabras pero ese brillo amarillo blanquecino solo podía ser oro de verdad—. «Por el presente, el portador, el mago Harry Dresden, y los acompañantes que él decida quedan invitados a una recepción...» No creía que se siguiesen utilizando invitaciones como esta.

—Vampiros. Puede que haga doscientos años que estén obsoletos y no se dan cuenta.

—Harry —dijo Susan. Dio un golpecito con la invitación contra la palma de la mano un par de veces—, algo me está pasando.

Mi cerebro intentaba despertarse de su abotargamiento. Dentro de mí, algún instinto me avisaba que a Susan le iba a pasar algo.

—¡Ejem! —dije, entreabriendo los ojos haciendo un esfuerzo por aclarar mis pensamientos—. Espero que no estés pensando en que sería una oportunidad fantástica para pasar un buen rato.

Le brillaron los ojos con algo parecido al deseo.

—Piensa en ello, Harry. Podría haber seres de más de cien años. En media hora, podría conseguir historias con las que tendría bastante hasta...

—Espera, Cenicienta —dije—. En primer lugar, no voy a ir a la fiesta y en segundo lugar, aunque fuera, no irías conmigo.

Se puso derecha y se colocó una mano en la cadera.

—¿Y eso que se supone que quiere decir?

Me estremecí.

—Mira, Susan. Son vampiros. Se comen a la gente. Precisamente por esa razón no tienes ni idea de lo peligroso que sería para mí o para ti estar allí.

—¿Y qué hay de lo que dijo Kyle? ¿La garantía de tu seguridad?

—Es fácil hablar —dije—. Verás, todos los que están en los círculos antiguos les dan importancia a las viejas leyes de la cortesía y la hospitalidad. Pero lo único que puedes hacer es confiar en que cumplan la ley. Si me sirvieran una bandeja de setas en mal estado, o alguien apareciera y acribillara a balazos el lugar erróneo y yo fuera el único mortal que hubiera allí, dirían: «Vaya, qué mala suerte. Lo lamento profundamente, no volverá a ocurrir».

—Así que dices que van a matarte —dijo Susan.

—Bianca me guarda rencor —dije—. No podría aparecer de repente y abrirme la garganta, pero podría encargarse de que me ocurriese algo de forma indirecta.

Probablemente sea eso lo que tiene en mente.

Susan frunció el ceño.

—Te he visto encargarte de cosas mucho más complicadas que esos dos de ahí fuera.

Dejé escapar un suspiro de enfado.

—Seguro que sí, pero ¿qué sentido tiene tentar a la suerte?

—¿No te das cuenta de todo lo que esto podría significar para mí? —dijo—. Harry, esas tomas que hice del hombre lobo...

—*Loup-garou* —interrumpí.

—Me da igual, sea lo que sea. Fueron diez segundos de secuencia que fueron transmitidos solo durante tres días antes de que desapareciera, y con eso adelanté más que si hubiera realizado durante cinco años un trabajo preliminar. Si pudiera publicar entrevistas reales con vampiros...

—Venga, Susan. Estás leyendo demasiados superventas. En el mundo real, los vampiros te comen antes de que puedas darle al botón de grabar.

—Ya he tenido otras oportunidades, igual que tú.

—No voy por ahí buscando problemas —dije.

Le brillaban los ojos.

—Maldita sea, Harry. ¿Cuánto tiempo he estado dejando pasar las cosas que te ocurren a ti? Como esta noche, cuando se supone que estaba pasando la tarde con mi novio y en vez de eso, voy a sacarle de la cárcel.

¡Ay! Bajé la vista.

—Susan, créeme. Si hubiera podido hacer otra cosa...

—Esta podría ser una oportunidad fantástica para mí.

Ella tenía razón. Y había conseguido sacarme de problemas con tanta frecuencia que puede que le debiera esa oportunidad, por peligrosa que fuera. Era una chica responsable y podía tomar sus propias decisiones. Pero maldita sea, no podía asentir, sonreír y dejar que se metiera en una trampa. Sería mejor que la siguiera de cerca.

—No —dije—. Ya tengo suficientes problemas sin cabrear otra vez al Consejo Blanco.

Frunció el ceño.

—¿Qué es ese Consejo Blanco? —Kyle habló contigo como si hubiera algún tipo de gobierno. ¿Es como la Corte de los Vampiros, pero para magos?

Es exactamente eso, pensé. Susan no había llegado tan lejos nunca.

—En realidad no —le dije.

—Mientes fatal, Harry.

—El Consejo Blanco es un grupo compuesto por los hombres y mujeres más poderosos del mundo, Susan. Son magos. Su gran importancia radica en los secretos y no les gusta que la gente les conozca.

Sus ojos brillaron, como un perro al percibir un olor distinto.

—¿Y tú eres algo así como... un embajador suyo?

Tuve que reírme al escuchar eso.

—No, por Dios, no, pero soy miembro. Es como llevar un cinturón negro. Es una señal de estatus, de respeto. Estar en el consejo significa que puedo votar cuando surgen temas, y que tengo que respetar las normas.

—¿Estás autorizado a representarles en una función de este tipo?

No me gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—Esto... En realidad, en este caso, obligado.

—Así que si no apareces, tendré problemas.

Fruncí el ceño.

—No tantos como si voy. Lo peor de lo que me podría acusar el consejo es de no ser educado. Puedo vivir con eso.

—¿Y si apareces? Venga Harry. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

Levanté las manos.

—¡Me podrían matar! O algo peor, Susan, realmente no sabes lo que me estás pidiendo.

Me levanté del sofá para ir hacia ella. No fue buena idea. Me daba vueltas la cabeza y se me nubló la vista.

Me habría caído pero Susan tiró la invitación y me cogió. Me ayudó a volver a tumbarme en el sofá, y seguí abrazándola, tirando de ella para que se tumbara conmigo. Estaba suave y cálida.

Estuvimos un minuto allí tumbados, le acaricié la mejilla con el abrigo. La piel sonaba al roce con su piel. La oí suspirar.

—Lo siento Harry. No debería estar molestándote con esto ahora.

—No importa —dije.

—Es solo que creo que es algo grande. Si pudiéramos...

Me di un poco la vuelta, acaricié su suave y oscuro pelo y la besé.

Sus párpados se abrieron del todo un segundo y después se cerraron. Sus palabras quedaron reducidas a un balbuceo y su boca se dulcificó al encontrarse con la mía, cada vez más cálida. A pesar de mis dolores y hematomas, el beso me sentó bien. Muy bien. Su boca sabía bien, sentía la dulzura de sus labios bajo los míos. Sentí como deslizaba un dedo entre los botones de mi camisa, acariciándome, y una sensación especial recorrió todo mi cuerpo.

Nuestras lenguas se encontraron y la acerqué más. Ella volvió a gemir, de repente me echó hacia atrás lo suficiente para sentarse a horcajadas sobre mi cadera con esas largas y dulces piernas y empezó a besarme como si quisiera beber de mí. Yo pasé mis manos por su cintura, entreteniéndome en la parte baja de la espalda, y ella la movió restregándose contra mí. Moví las manos para palpar la fuerte tensión de sus

muslos y las deslicé por la piel suave y desnuda, levantando la falda, dejando las piernas al desnudo, sus caderas.

Sentí un estremecimiento que me duró medio segundo al darme cuenta de que no llevaba nada debajo de la falda..., pero... entonces, habíamos estado pensando en pasar la noche juntos. El cansancio se mezclaba con el deseo y el hambre. La agarré, volví a sentir como jadeaba, deseándolo y con tantas ganas como yo, su cuerpo se tensaba contra el mío, bajo mis manos.

Empezó a tirar de mi cinturón, excitada, notaba su aliento cálido en mi cara.

—Harry, no seas tonto, no creas que esto me va distraer para siempre.

Al poco tiempo, nos aseguramos de que ninguno de nosotros pudiera pensar en nada, y después de pasar un buen rato nos quedamos dormidos, enganchados, con nuestros miembros entrelazados, su pelo negro y las delicadas mantas delante del fuego.

Hasta ahí bien. Hasta ese momento, el día había sido un auténtico infierno. Pero como parecía, el infierno reapareció por la mañana temprano.

Capítulo 9

Soñé.

La pesadilla me resultaba conocida, casi me sentía cómodo a pesar de que habían pasado años desde la última. Empezaba en una cueva cuyas paredes eran de cristal translúcido, que brillaban a la tenue luz del fuego que ardía bajo el caldero. Las esposas de plata me apretaban las muñecas y estaba demasiado mareado para mantener el equilibrio. Miré a izquierda y derecha y observé como la sangre me bajaba por las esposas que me atravesaban las muñecas como espinas y después caían en un par de cacharros de barro que estaban colocados debajo.

Llegaba mi madrina, pálida e imponente a la luz del fuego, el pelo le caía por los lados como una nube de seda. La señora era hermosa más allá de lo tolerable por los mortales, sus ojos eran cautivadores, su boca era más tentadora que la fruta más exquisita. Me besó el pecho desnudo. Sentí estremecimientos de placer por todo mi cuerpo.

—Enseguida —susurró entre besos—, solo un par de noches más de luna llena, mi cielo y recuperarás las fuerzas suficientes.

Siguió besándome y mi visión empezó a nublarse. Un placer frío, magia de hadas, una maldición procedente de sus labios como una droga tan dulce que casi era una agonía en sí misma, entonces hizo que el tormento de los vínculos, la pérdida de sangre, casi mereciera la pena. Casi. Sentí que estaba jadeando, y me quedé mirando fijamente al fuego, concentrado, intentando evitar caer en la oscuridad.

El sueño cambió. Soñé con fuego. Alguien a quien una vez amé como un padre estaba en medio del fuego, gritando de dolor. Eran gritos sombríos, horribles, insoportables para el oído humano y exentos de orgullo y dignidad humana. En el sueño, como en la vida, me obligué a ver cómo la carne se ennegrecía y caía del músculo crepitante y del hueso que se estaba asando, vi cómo los músculos se contraían a espasmos mientras estaba sobre el fuego y hablando metafóricamente, desaparecía entre los carbones.

—Justin —susurré. Al final, ya no pude seguir mirando. Cerré los ojos e incliné la cabeza, escuchando el latido de mi corazón en mis propios oídos, latía con fuerza, mi corazón latía con fuerza.

Me desperté del sueño, abrí los ojos. El marco de la puerta vibraba debido a los golpes que algo le estaba propinando, algo que sonaba como un martillo. Susan se levantó al mismo tiempo, se incorporó, la manta en la que estábamos enrollados colgaba de las curvas de su pecho. Todavía estábamos a oscuras. La vela más larga todavía no se había apagado pero el fuego había quedado reducido a ascuas.

Me dolía todo el cuerpo, el dolor típico de las articulaciones y los músculos cansados que piden un tiempo de recuperación. Me levanté, seguía oyendo como

llamaban y me dirigí al cajón de la cocina. Mi revolver del 38 se había perdido en la batalla con los licántropos medio locos del año pasado, y lo había sustituido por uno de cañón medio del 357. Aquel día debía de sentirme inseguro.

En mi mano, el arma pesaba unos mil kilos. Me aseguré que estaba cargada y me dirigí a la puerta. Susan se quitó el pelo de los ojos, pestañeó mirando el arma y se echó hacia atrás, asegurándose completamente de que estaba fuera de la línea de tiro. Chica inteligente, Susan.

—No vas a tener demasiada suerte si echas abajo esa puerta —grité. Todavía no había apuntado con el arma a la puerta. Nunca se debe apuntar con un arma a nada que no estés seguro de que quieras que muera—. Sustituí la original por una puerta de acero y un marco también de acero. Ya sabes, los demonios.

Dejaron de llamar.

—Dresden —dijo Michael desde el otro lado de la puerta—. He intentado hablar contigo por teléfono pero debía de estar descolgado. Tenemos que hablar.

Fruncí el ceño y volví a poner el arma en el cajón.

—Vale, vale, Michael. ¿Sabes que hora es?

—Hora de ir a trabajar —contestó. Enseguida saldrá el sol.

—Lunático —dije entre dientes.

Susan observó que nuestra ropa estaba tirada por todos lados, las mantas, almohadas y cojines estaban por el suelo.

—Creo que quizá debería esperar en tu habitación —dijo.

—De acuerdo. —Abrí el armario de la cocina y saqué la bata gruesa, la que utilizo para trabajar en el laboratorio y me la puse—. Tápate bien, ¿vale? No quiero que caigas enferma.

Me dedicó una sonrisa somnolienta y se levantó desplazándose con gracilidad, dejando ver las líneas del bronceado y después desapareció en mi pequeña habitación y cerró la puerta. Yo crucé la habitación y abrí la puerta para Michael.

Allí estaba, con pantalones vaqueros azules, una camisa de franela y una chaqueta de algodón de forro polar. Llevaba colgada del hombro su enorme bolsa de deporte, y en su interior, *Amoracchius* despedía una tensión mínima que casi no podía notar. Desvié la mirada de la bolsa a su cara y pregunté.

—¿Problemas?

—Podría ser. ¿Enviaste anoche a alguien a ver al padre Forthill?

Me froté los ojos, intentando despertarme. Café. Necesito café. O una Coca-Cola. Algo que tenga cafeína.

—Sí, una chica llamada Lydia. Estaba preocupada porque un fantasma la perseguía.

—Esta mañana me llamó. Algo estuvo toda la noche intentando entrar en la iglesia.

Le miré pestañeando.

—¿Qué? ¿Y entró?

Negó con la cabeza.

—No tuvo tiempo de decirme mucho más. ¿Puedes ir conmigo y echar un vistazo?

Asentí y volví a entrar.

—Dame un par de minutos. —Me dirigí al refrigerador y saqué una lata de cola. Por lo menos, pude abrirla con los dedos a pesar de que estaban rígidos. Mi estómago me recordaba que me había olvidado de él y cogí un plato con un poco de fiambre.

Bebí un trago y me preparé un gran sándwich. Levanté la vista un minuto más tarde y vi como Michael contemplaba el desastre en el que se había convertido el salón. Le dio una patada a uno de los zapatos de Susan y levantó la vista como pidiéndome perdón.

—Lo siento. No sabía que había alguien.

—No pasa nada.

Michael sonrió brevemente y después asintió.

—Bueno. ¿Tengo que darte una clase sobre las relaciones sexuales prematrimoniales?

Mascullé algo sobre visitas matutinas, visitantes incómodos y tipos odiosos. Michael se limitó a negar con la cabeza, sonriendo mientras yo devoraba la comida.

—¿Se lo has contado?

—¿Contarle el qué?

Levantó una ceja y me miró.

Yo puse los ojos en blanco.

—Casi.

—Casi se lo cuentas.

—Sí, me distraje.

Michael empujó con el pie el otro zapato de Susan y tosió suavemente.

—Entiendo.

Terminé el sándwich y parte de la bebida, y después atravesé el salón y entré en el dormitorio. Vi que Susan estaba helada, hecha una bola bajo las gruesas mantas de mi cama. *Mister* se había tumbado con la espalda pegada a la suya y cuando entré me miró con ojos somnolientos y ufano.

—Encima restriégamelo, bola de pelo —le gruñí, y me vestí rápidamente. Calcetines, pantalón vaquero, camiseta, y encima de todo una camisa gruesa de franela de trabajo. El amuleto de mamá en el cuello y un pequeño brazalete de plata del que colgaban media docena de escudos, me lo coloqué en la muñeca izquierda en sustitución del fetiche que le había dado a Lydia. Un anillo sencillo de plata, en cuya superficie interna llevaba inscritas unas cuantas runas, en la mano derecha. Ambas

piezas de joyería se estremecían por los conjuros que yo había lanzado hacía aún relativamente poco.

Me apoyé en la cama y le di un beso a Susan en la mejilla. Ella emitió un sonido como un murmullo, somnolienta todavía y se hundió todavía más bajo las mantas. Pensé en meterme allí con ella y asegurarme que estaba caliente y cómoda antes de marcharme, pero en lugar de eso me fui, cerrando la puerta con cuidado al salir.

Michael y yo salimos, subimos a su camión, una furgoneta Ford (blanca, por supuesto) con ruedas de repuesto y con fuerza suficiente para mover montañas y nos dirigimos hacia Santa María de los Ángeles.

Santa María de los Ángeles es una gran iglesia. Desde hace más de ochenta años, sobresale por encima de cualquier otro edificio de la zona del parque Wicker, y ha presenciado el aumento de la vecindad desde que en sus inicios, cuando no era más que un grupo de casas baratas para los inmigrantes hasta las mansiones de los ricos de la *Little Bohemia* de hoy en día, llena de *yuppies* y artistas bohemios, historias de éxito y de principiantes. Me han dicho que la iglesia se hizo a imagen y semejanza de la Basílica de San Pedro de Roma, lo que es lo mismo, enorme, distinguida y puede que un poco recargada. Ocupa una manzana entera.

El sol salió cuando entrábamos en el aparcamiento. Sentí como sus rayos dorados se desplegaban por el cielo matutino, el repentino y sutil cambio de fuerzas que tenía lugar en el mundo. En términos de magia, el amanecer es importante. Es un momento en el que todo comienza. La magia no es tan sencilla como decir que hay buenos y malos, luz y oscuridad, sino que hay un montón de correlaciones entre los poderes relacionados con la noche y el uso de la magia negra.

Fuimos conduciendo por el aparcamiento de la iglesia y salimos del camión. Michael iba delante de mí, con su bolsa. Yo metí las manos en los bolsillos de mi abrigo mientras le seguía. Me sentía incómodo a medida que nos acercábamos a la iglesia, pero no se debía a una razón casi mágica de que me sintiera un bicho raro. Era porque en general nunca me había sentido cómodo en las iglesias. En un momento dado, la iglesia había matado a un montón de magos, creyendo que estaban asociados con Satán. Resultaba raro acercarse solo por temas de trabajo. Hola, Dios, soy yo, Harry. Por favor no me conviertas en una columna de sal.

—Harry —dijo Michael sacándome de mi ensueño—, mira.

Se había parado junto a un par de coches antiguos que estaban aparcados en la parte trasera. Alguien los había dejado en un estado lamentable. Habían aplastado las ventanas, el cristal de seguridad estaba hecho añicos y hundido. Las capotas estaban también abolladas. Casi todos los faros estaban en el suelo delante de los coches y todos los neumáticos estaban pinchados.

Di una vuelta por la parte trasera de los coches, frunciendo el ceño al contemplar aquello. Las luces estaban hechas trizas en el suelo. Habían arrancado la antena y no

había rastro de ella. Había grandes arañazos en tres filas paralelas que iban por los laterales de ambos coches.

—¿Y bien? —me preguntó Michael.

Levanté la vista para mirarle y encogí los hombros.

—Probablemente ese algo se sintió frustrado al no poder entrar a la iglesia.

Gruñó.

—¿Eso crees? —Se ajustó la bolsa de deporte hasta que la empuñadura de *Amoracchius* sobresalió un poco por la cremallera—. ¿Es posible que todavía esté por aquí?

Negué con la cabeza.

—Lo dudo, los fantasmas normalmente se van al Más Allá.

—¿Normalmente?

—Normalmente. Casi sin excepción.

Michael me miró y con una mano cogió la empuñadura de su espada. Seguimos subiendo hasta la puerta de servicio. Comparado con la grandiosidad de la parte frontal de la iglesia, parecía sorprendentemente modesta. Alguien se había tomado la molestia de plantar y cuidar media docena de rosales a ambos lados de las puertas dobles. Y otro se había tomado también la molestia de hacerlos trizas. Los habían arrancado planta por planta y habían esparcido las ramas con espinas en un radio de unos doce metros cuadrados en torno a la puerta.

Me agaché junto a varias ramas caídas cogiéndolas una por una, entrecerrando los ojos al recibir la luz sombría del amanecer.

—¿Qué buscas? —me preguntó Michael.

—Sangre en las espinas —dije—. Las espinas de la rosa pueden abrir pequeños agujeros en casi todo, y fuera lo que fuera el ser que las rompió así se debió de herir con ellas.

—¿Sangre?

—No. En la tierra tampoco hay huellas.

Michael asintió.

—Entonces es un fantasma.

Bizqueé mirando a Michael.

—Espero que no.

Tiré una rama y extendí las manos.

—Normalmente un fantasma solo puede mover cosas físicamente, a golpes, por ejemplo, lanzar cacharros y sartenes. Puede que incluso tirar cosas y amontonar libros o algo parecido. —Señalé las plantas arrancadas y después a los coches destrozados—. No solo eso sino que está limitado a un determinado lugar, tiempo o acontecimiento. El fantasma, si es que lo era, siguió a Lydia hasta aquí y después arrasó el suelo sagrado destrozando cosas. Bueno, es tremendo. Este ser es mucho

más fuerte que cualquier fantasma del que haya oído hablar hasta ahora.

Michael frunció el ceño con más fuerza.

—¿Qué quieres decir, Harry?

—Quiero decir que puede que estemos saliendo de nuestro campo de acción. Mira, Michael, sé un montón sobre fantasmas y sorpresas desagradables, pero no son para nada mi especialidad.

Me miró frunciendo el ceño.

—Puede que tengamos que ver más.

—Me levanté sin hacer caso.

—Esa —dije— es mi especialidad. Vamos a hablar con el padre Forthill.

Michael llamó a la puerta. Abrieron enseguida. El padre Forthill, un hombre canoso de complexión delgada y estatura media, pestañeó nervioso mirándonos a través de sus anteojos de borde metálico. Normalmente sus ojos eran una sombra de azul tan fuerte como los huevos de un petirrojo, pero ese día estaban muy hundidos, entornados.

—Ah —dijo—. Ah, Michael, gracias a Dios —abrió más la puerta y Michael entró en el umbral. Los dos se abrazaron. Forthill besó a Michael en las dos mejillas y dio un paso atrás para mirarme—. Y Harry Dresden, mago profesional. Nunca antes me habían pedido que bendijera el agua de un bidón de veinte litros, señor Dresden.

Michael me miró, mostrando su evidente sorpresa de que el sacerdote y yo nos conociéramos. Me encogí de hombros, un poco avergonzado y dije.

—Me dijiste que podía contar con él si lo necesitaba.

—Y claro que puedes —dijo Forthill, echando chispas un momento por detrás de sus anteojos—. ¿Apuesto a que no tiene quejas sobre el agua bendita?

—Ninguna —dije—. Háblanos sobre tus demonios necrófagos.

—Harry —me regañó Michael—. Otra vez con secretos.

—Michael, al contrario de lo que opina Charity, no salgo corriendo al teléfono cada vez que tengo un problemilla. —Le di una palmada a Michael en el hombro al pasar y le extendí la mano al padre Forthill quien la estrechó con fuerza. *A mí no me iba a dar ni abrazos ni besos en las dos mejillas.*

Forthill me sonrió.

—Deseo que llegue el día en el que dedique su vida a Dios, señor Dresden. Él puede utilizar a hombres con su valor.

Intenté sonreír pero probablemente pareciera un poco enfermizo.

—Mire, padre. Me encantaría charlar con usted de esto en cualquier otro momento pero hoy hemos venido por una razón concreta.

—Claro —dijo Forthill. El brillo de sus ojos se disipó y se puso absolutamente serio. Empezó a caminar por un pasillo limpio con pesadas y oscuras vigas de madera vieja y cuadros de santos por las paredes. Fuimos detrás de él—. La joven llegó ayer

justo antes del anochecer.

—¿Estaba bien? —pregunté.

Levantó ambas cejas.

—¿Qué si estaba todo bien? Debería decir que no. Tenía todos los signos de haber sufrido maltratos, rozaba la desnutrición. También tenía unas décimas de fiebre y no se había bañado recientemente. Parecía como si estuviera huyendo de algo.

Fruncí el ceño.

—Sí. Parecía que estaba en unas condiciones bastante penosas. —Conté brevemente mi conversación con Lydia y mi decisión de ayudarla.

El padre Forthill negó con la cabeza.

—Le di de comer y ropas nuevas y estaba preparando una cama libre a espaldas de la rectoría cuando ocurrió.

—¿Qué es lo que ocurrió?

—Empezó a temblar —dijo Forthill—. Se le quedaron los ojos en blanco. Estaba sentada en la mesa del comedor y derramó la sopa en el suelo. Creía que estaba sufriendo un ataque de algo e intenté cogerla y meterle algo en la boca para evitar que se mordiera la lengua. —Suspiró agarrándose con las manos la espalda al andar—. Me temo que fui de poca ayuda. Parecía que el ataque había pasado pero seguía temblando y se había quedado totalmente pálida.

—Las lágrimas de Casandra —dije.

—O el retraimiento provocado por un narcótico —dijo Forthill—. En cualquier forma, necesitaba ayuda. La llevé a la cama. Me suplicó que no me marchara así que me senté y empecé a leerle una parte del evangelio de san Mateo. Parecía que en cierta medida se había calmado, pero su mirada... —El viejo sacerdote suspiró—. Esa mirada de resolución que tienen cuando están seguros de que lo han perdido todo. La desesperación, y en alguien tan joven.

—¿Cuándo comenzó el ataque? —pregunté.

—Unos diez minutos más tarde —dijo el sacerdote—. Empezó con el viento huracanado más terrible que yo haya visto nunca. Que Dios me proteja pero estaba seguro de que las ventanas se iban a salir de los marcos. Entonces comenzamos a oír ruidos que venían del exterior. —Tragó saliva—. Eran ruidos terribles. Algo que iba hacia delante y hacia atrás. Pasos fuertes. Y entonces empezó a decir su nombre. —El sacerdote cruzó los brazos y los frotó con las palmas de las manos.

—Me levanté y me dirigí hacia ese ser y le pregunté su nombre pero se limitó a reírse. Empecé a hablarle en nombre de la Palabra Sagrada y se volvió loco. Pudimos oír como rompía cosas en el exterior. No me importa decirte que fue casi la experiencia más terrible que he tenido en toda mi vida.

—La chica intentó marcharse, salir a su encuentro. Dijo que no quería que me hiciese daño a mí, que solo la buscaba a ella. Bueno, por supuesto, se lo prohibí, y le

impedí que pasara por delante de mí. La situación en el exterior era la misma y yo seguía leyendo en alto la Palabra de Dios. Estaba afuera esperando, lo notaba. Era tal la oscuridad, que no veía nada por las ventanas. Y cada poco tiempo volvía a romper algo y escuchábamos el ruido que hacía.

—Después de varias horas, parecía que se había calmado. La chica se fue a dormir. Yo paseé por las habitaciones para asegurarme que todas las puertas y las ventanas estaban cerradas y cuando volví se había ido.

—¿Se refiere a que se fue? —pregunté—. ¿O más bien se desvaneció?

Forthill me sonrió de forma poco sólida.

—La puerta de atrás no estaba cerrada con llave, aunque ella la cerró cuando salió. —El hombre negó con la cabeza—. Por supuesto, enseguida llamé a Michael.

—Tenemos que encontrar a esa chica —dije.

Forthill negó con la cabeza, con expresión seria.

—Señor Dresden, estoy seguro de que aquí anoche, solo el poder del Todopoderoso nos salvó.

—No voy a discutir con usted, padre.

—Señor Dresden, si hubiera sentido el enfado de ese ser, su... rabia. No me gustaría volver a encontrarme con él fuera de una iglesia donde no tenga la protección de Dios.

Le hice una seña a Michael con el dedo.

—Yo sí que busqué la ayuda de Dios, ¡qué demonios! ¿No es bastante tener a un caballero de la Cruz? Siempre podría contactar con los otros dos con la señal de los murciélagos.

Forthill sonrió.

—Eso no es a lo que me refiero y lo sabes, pero como tú quieras. Debes llegar a tu propia conclusión. —Se giró hacia Michael y hacia mí y dijo—. Caballeros, espero que pueda confiar en su discreción en este tema. Indudablemente, en el informe de la policía figurará que se trataba de personas desconocidas que siguen haciendo actos vandálicos.

Resoplé.

—¿Una mentira piadosa, padre? —Nada más decirlo me sentí mal pero ¡qué demonios! Estoy harto de que cada vez que aparezco por una iglesia hagan esfuerzos denodados por convertirme.

—El mal se fortalece con el miedo, señor Dresden —contestó Forthill—. Dentro de la Iglesia tenemos organismos que se encargan de estos asuntos. —Puso una mano en el hombro de Michael un momento y dijo—: Pero el hecho de hacer correr la voz a todos, a todos los hermanos, solo supondría aterrorizar a mucha gente y por ende hacer que el enemigo pueda causar más daño.

Asentí con la cabeza mirando al sacerdote.

—Me gusta esa actitud, padre. Casi parece un mago.

Arqueó las cejas, pero en ese mismo instante sonrió tranquilo y cansado.

—Tened cuidado y que Dios os acompañe. —Hizo la señal de la cruz sobre nuestras cabezas y percibí esa corriente de energía como la que a veces giraba alrededor de Michael. Fe. Michael y Forthill intercambiaron unas palabras en voz baja sobre la familia de Michael mientras yo merodeaba por el patio. Forthill lo organizó todo para bautizar al niño al que Charity diera a luz. Volvieron a intercambiarse los abrazos de rigor; Forthill me estrechó la mano con seriedad y amabilidad y nos fuimos.

Afuera, Michael me miraba mientras ambos nos dirigíamos hacia su camión.

—¿Bueno? —preguntó—. ¿Y ahora qué hacemos?

Fruncí el ceño y me metí las manos en los bolsillos. El sol ya estaba más alto, tiñendo el cielo de color azul y las nubes de blanco.

—Conozco a alguien que está en estrecho contacto con los fantasmas que rondan por aquí. Ese vidente de Oldtown.

Michael frunció el ceño y espetó.

—El nigromante.

Yo gruñí.

—No es nigromante. Apenas puede invocar a un espectro y hablar con él. Tiene que fingir casi siempre. —Además, si hubiera sido un nigromante de verdad, el Consejo Blanco ya le habría dado caza y lo habría decapitado. Sin duda, el hombre en el que estaba pensando ya había sido visitado al menos por un guardián y advertido de las consecuencias de realizar muchos escarceos por las artes oscuras.

—Si es tan inepto, ¿para qué vamos a hablar con él?

—Probablemente esté más cerca del mundo de los espíritus que ninguna otra persona de la ciudad. Es decir, sin contar conmigo. Enviaré también a Bob y veré que tipo de información puede obtener. Tenemos que confiar en varios contactos.

Michael frunció el ceño, mirándome.

—Harry, no confío en esto de comunicarse con los espíritus. Si el padre Forthill y los demás saben que este conocido tuyo...

—Bob no es un conocido —respondí.

—Es como si lo fuera ¿no?

Gruñí.

—Los conocidos trabajan gratis y a Bob tengo que pagarle.

—¿Pagarle? —preguntó con tono sospechoso—. ¿Pagarle el qué?

—Principalmente en novelas románticas. Algunas veces despilfarro en una...

Michael parecía afligido.

—Harry, no quiero saberlo, de verdad. ¿No hay forma de que puedas hacer algún hechizo en lugar de confiar en esos seres profanos?

Suspiré y negué con la cabeza.

—Lo siento Michael. Si fuera un demonio, tendría que haber dejado huellas e incluso puede que algún tipo de pista que yo pudiera seguir. Pero estoy casi seguro de que fue un espíritu y además con una fuerza impresionante.

—Harry —dijo Michael con un tono de voz serio.

—Lo siento, se me olvidó. Normalmente, los fantasmas no viven en un cuerpo mágico. Solo son energía. No van dejando huellas físicas, y menos una que perdure horas. Si estuvo aquí, probablemente pudiera contarte montones de cosas sobre él, y hacer magia con él. Pero no está aquí, así que...

Michael suspiró.

—Muy bien, haré correr la voz para que todos los que conozco busquen a la chica. Dijiste que se llamaba Lydia, ¿verdad?

—Sí. —Se la describí a Michael—. Y lleva un amuleto en la muñeca, el que yo llevaba estas últimas noches.

—¿La protegerá? —preguntó Michael.

Me encogí de hombros.

—De algo tan perverso como... No lo sé. Tenemos que averiguar quien era este fantasma cuando estaba vivo e inmovilizarlo.

—Así seguiremos sin saber quién o qué está removiendo a los espíritus de la ciudad. —Michael abrió el camión y entramos.

—Eso es lo que me gusta de ti, Michael, que siempre pienses de forma tan positiva.

Me sonrió.

—Ten fe, Harry. Dios tiene una forma especial de hacer que las cosas vuelvan a su ser.

Empezó a conducir, y yo me apoyé en el asiento y cerré los ojos. Lo primero sería ir a ver al vidente, después enviar a Bob a que averiguase más cosas sobre el que parecía ser el fantasma más peligroso que había visto nunca. Y después seguir buscando a quien estuviera detrás de todas estas confabulaciones espectrales y darle collejas hasta que parase. Seguro que sería tan fácil como contar «un, dos, tres».

Gimoteé, me hundí más en el asiento y deseé haberme quedado en la cama para cuidarme las heridas.

Capítulo 10

Mortimer Lindquist había intentado darle a su casa un estilo gótico. En las esquinas del tejado había gárgolas grisáceas. En la parte delantera había unas puertas de hierro negro resplandecientes y el camino de entrada estaba jalonado de estatuas que conducían hasta la puerta principal. En el patio había crecido mucho la hierba. Si esta casa no hubiera tenido el tejado rojo, y unas paredes forradas de estuco blanco traídas de algún lugar del sur de California, a lo mejor no hubiera estado mal.

Todo en su conjunto tenía más el aspecto de la mansión encantada de Disneyland que de morada de un portavoz de los muertos que no presagiaba nada bueno. Las puertas de hierro negro estaban rodeadas por una alambrada. Las gárgolas, vistas de cerca, parecían reproducciones en plástico. Las estatuas también tenían la áspera silueta de la escayola en lugar del aspecto arrollador y limpio del mármol. Si se hubiera dejado caer un flamenco rosa en medio de la hierba sin podar, habría encajado con la decoración. Pero imaginé que de noche, con la luz y la predisposición adecuadas, alguien podría habérselo creído.

Negué con la cabeza y levanté la mano para llamar a la puerta.

Se abrió antes de que mis nudillos la tocaran y por la entrada aparecieron gruñendo un par de hombros equilibrados bajo una cabeza brillante y pelada. Me hice a un lado. Un hombre pequeño tiraba de una enorme maleta hasta el porche, sin darse cuenta en ningún momento de que yo estaba allí, con esa rubicunda cara plagada de sudor.

Yo me acerqué sigilosamente a la entrada mientras él iba tirando de su maleta hacia la puerta, murmurando algo entre dientes. Moví la cabeza y seguí andando hacia la casa. La puerta era una entrada de servicio, y no tuve la sensación de hormigueo de estar cruzando el umbral de una casa sin haber sido invitado. Había montones de cortinas colgadas sobre las paredes y las entradas. Por todas partes había velas rojas y negras. Una calavera humana sonriente miraba de forma lasciva desde una estantería mientras sujetaba unos ejemplares de la *Enciclopedia Británica* cuyos títulos resaltaban en los lomos. La calavera también era de plástico.

Morty había colocado una mesa en la habitación, y a su alrededor varias sillas, una de respaldo alto, en la madera había muchos seres monstruosos tallados... Me senté en una silla, crucé los brazos en la mesa delante de mí y esperé.

El hombre, de escasa estatura, entró limpiándose la cara con un trapo, sudando y jadeando.

—Cierra la puerta —dije—. Tenemos que hablar, Morty.

Él se quejó y se puso a dar vueltas.

—Tú, tú —tartamudeó—. Dresden ¿A qué has venido?

Me quedé mirándole fijamente.

—Entra, Morty.

Él se acercó, pero dejó la puerta abierta. A pesar de su corpulencia, se movía con la energía nerviosa de un gato asustado. Su camisa de trabajo blanca tenía manchas bajo los brazos que le llegaban hasta el cinturón.

—Mira, Dresden. Ya os he dicho que cumplo las normas, ¿vale? No he estado haciendo nada de lo que tú dices.

¡Ajá! El Consejo Blanco había enviado a alguien a verle. Morty era un profesional. No había pensado en que pudiera obtener de él respuestas sinceras sin que ello me costase poco esfuerzo. A lo mejor debía probar y ahorrarme mucho trabajo.

—Déjame que te cuente algo, Morty. Cuando entro en un sitio y no digo nada más que: «vamos a hablar», y lo primero que escucho es: «yo no lo he hecho», eso me hace pensar que esa persona sí que ha hecho algo. Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Su cara rubicunda adoptó un tono bastante más pálido.

—De ninguna manera. Mira. No tengo nada que ver con lo que está pasando. No es culpa mía, no es competencia mía.

—Con lo que está pasando —dije. Me miré las manos un instante, las tenía cruzadas y después le miré a él—. ¿Para qué es esta maleta, Morty? ¿Has hecho algo que quiere decir que tienes que irte de la ciudad un tiempo?

Tragó saliva, lo cual le costó.

—Mira, Dresden, señor Dresden. Mi hermana se ha puesto enferma. Solo voy a ayudarla.

—Seguro —dije—. Eso es lo que estás haciendo, salir de la ciudad para ayudar a tu hermana.

—Juro por Dios —dijo Morty levantando una mano con la cara seria.

Señalé la silla que estaba enfrente de mí.

—Siéntate, Morty.

—Me gustaría pero viene un taxi a buscarme. —Se dio la vuelta hacia la puerta.

—*Ventas servitas* —dije entre dientes con mucha seriedad, y concentré mi voluntad en la puerta. Un viento repentino la cerró justo delante de sus ojos. Chilló y dio varios pasos atrás, mirando fijamente a la puerta, y después se volvió para mirarme.

Utilicé los restos del mismo conjuro para empujar una silla que estaba delante de mí.

—Siéntate Morty. Tengo unas cuantas preguntas. Ahora, si dejas de incordiar, te podrás ir en el taxi. Y si no... —Dejé la frase sin acabar. Lo que tiene la intimidación es que la gente siempre puede pensar que les podrías hacer algo peor de lo que realmente puedes si dejas lugar a la imaginación.

Se me quedó mirando fijamente, y volvió a tragar saliva, riéndose con la parte inferior de los carrillos. Después caminó hacia la silla como si esperara que en cualquier momento salieran volando unas cadenas que rodearan su cuerpo en cuanto se sentara. Equilibró su cuerpo al borde de la silla, se humedeció los labios y me miró probablemente intentando encontrar cuál sería la mejor mentira que me podría contestar cuando le preguntara.

—Ya sabes —dije—, he leído tus libros, Morty, *Fantasmas de Chicago. El factor espectro*. Dos o tres más. Buen trabajo.

Su expresión cambió, frunció el ceño en tono de sospecha.

—Gracias.

—Me refiero a hace veinte años, eras un investigador bastante bueno. Tenías sensibilidad hacia las energías espirituales y las apariciones, los fantasmas. Lo que en nuestro negocio se denomina ectomancia.

—Sí —dijo. Sus ojos se suavizaron un poco, aunque su voz no. Evitó mirarme directamente a la cara. La mayoría de la gente hace lo mismo—. Eso ocurrió hace mucho tiempo.

Mantuve mi voz en el mismo tono, la misma expresión.

—¿Y ahora qué? Haces sesiones de espiritismo para la gente. ¿Cuántas veces entras en contacto con espíritus de verdad? ¿Una de cada diez? ¿Una de cada veinte? Debe de ser un fiasco respecto a las de verdad. El teatro que le echas.

Era bueno disimulando lo que sentía. Eso es verdad, pero estoy acostumbrado a observar a la gente. Por la forma de colocar los hombros y el cuello, me di cuenta de que estaba enfadado.

—Ofrezco un servicio legítimo a los que lo necesitan.

—No. Te aprovechas de su pena para sacarles todo lo que puedes. En el fondo, sabes que no estás obrando bien. Puedes justificarlo como quieras pero no te gusta lo que estás haciendo. Si te gustara, tus poderes no habrían desaparecido como lo han hecho.

Su mandíbula estaba tensa, no quería seguir escondiendo el enfado por más tiempo, la primera reacción honesta que había visto en él desde que gritó de sorpresa.

—Si has llegado a una conclusión, Dresden, cuéntamela rápidamente. Tengo que coger un avión.

Puse los dedos extendidos sobre la mesa.

—En las últimas dos semanas —dije—, los espectros se han vuelto locos. Deberías ver los problemas que han causado. *Ese poltergeist* de la casa de los Campbell. La bestia del sótano de la Universidad de Chicago. Agatha Haggleshorn, en Cook County.

Morty hizo una mueca y volvió a limpiarse la cara.

—Sí, oigo cosas. Tú y el caballero de la espada habéis estado luchando contra la

mayor parte.

—¿Qué más está ocurriendo, Morty? Con lo poco que estoy durmiendo, me estoy poniendo de muy mal humor, así que venga, dímelo ya.

—No lo sé —dijo huraño—. He perdido mis poderes, recuerdas.

Fruncí el ceño.

—Pero tú oyes cosas, Morty. Todavía tienes algunas fuentes de información en el Más Allá. ¿Por qué te vas de la ciudad?

Se rió con un tono que denotaba una falta de seguridad.

—¿Dijiste que habías leído todos mis libros? ¿Leíste *Ellos volverán*?

—Le eché un vistazo, es de esos que hablan sobre el fin del mundo. Supuse que habías estado hablando demasiado con los espíritus equivocados. Les encanta intentar vender a la gente el Armageddon. Muchos son timadores como tú.

Me ignoró.

—Entonces leíste mi teoría sobre la barrera existente entre nuestro mundo y el Más Allá. Se está debilitando poco a poco.

—¿Y tú crees que está haciéndose trizas ahora? Morty, ese muro ha estado ahí desde el principio de los tiempos. No creo que vaya a caerse ahora mismo.

—Muro —dijo en tono despectivo—. Algo más parecido al papel de cocina transparente, mago. Como gelatina. Se dobla y se contonea y se remueve. —Se frotó las palmas con los muslos, temblando.

—¿Y se está cayendo ahora?

—¡Mira a tu alrededor! —gritó—. Dios bendito, mago. En estas dos últimas semanas, la frontera se ha estado moviendo hacia atrás y hacia delante como una prostituta en una convención de estibadores. ¿Por qué demonios crees que se han estado moviendo todos estos fantasmas?

No dejé que el repentino volumen de su voz me hiciera pestañear.

—¿Dices que esta inestabilidad ha hecho más fácil que los fantasmas vengan del Más Allá?

—Y que sea más fácil que haya fantasmas más fuertes y más grandes cuando la gente muere —dijo—. ¿Crees que ahora hay algunos fantasmas cabreados? Verás cuando alguna banda tirotee accidentalmente a alguna estudiante de licenciatura que sale del ala sur con un título universitario en la mano, o espera a que algún pobre infeliz que contrajo el sida por una transfusión de sangre exhale su último suspiro.

—Fantasmas más grandes y malvados —dije—, superfantasmas. Eso es de lo que hablas.

Soltó una risa malvada.

—También llega una nueva generación de virus. Las cosas empeoran por todas partes. De hecho, esa frontera va a estrecharse lo suficiente para atravesarla, y tendrás más problemas de ataques de demonios que de violencia de pandillas.

Negué con la cabeza.

—De acuerdo —dije—. Digamos que me creo que la barrera es más fluida que el cemento, que hay turbulencia en el interior, y que es más fácil atravesarla en ambos sentidos. ¿Podría estar originando algo esa turbulencia?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —gruñó—. Dresden, tú no sabes como funciona esto. Hablar con seres que existieron en el pasado y en el futuro igual que ahora. Hacer que se levanten del bufé de ensaladas y que empiecen a contarte por qué asesinaron a su esposa dormida.

—Me refiero a que piensas que controlas algunas cosas, que entiendes, pero al final todo se desmorona. Un timo es más sencillo, Dresden. Tú lo haces como quieres. A la gente no le importa una mierda si el tío Jeffrey les perdona por no asistir a su última fiesta de cumpleaños. Quieren saber que el mundo es un lugar en el que el tío Jeffrey puede y deberá perdonarles. —Tragó saliva y miró alrededor, hacia los tomos y la calavera falsificados—. Y eso es lo que les vendo. Se acabó. Como lo hacen en la tele. Quieren saber que al final todo va a salir bien y están contentos de pagar por ello.

Afuera, un coche tocó el claxon. Morty me miró fijamente.

—Hemos acabado.

Yo asentí con la cabeza.

Él se puso de pie. Tenía las mejillas enrojecidas.

—Dios, necesito beber algo. Salir de la ciudad, Dresden. Anoche pasó algo aquí que me hizo sentir como nunca antes me había sentido.

Pensé en coches destrozados y rosales plantados en suelo sagrado.

—¿Sabes lo que es?

—Es algo importante —dijo Morty—. Y está cabreado. Va a empezar a matar. Dresden. Y no creo que ni tú ni nadie podáis detenerlo.

—Pero ¿es un fantasma?

Me sonrió enseñándome los caninos. Era una imagen espeluznante en esa cara rubicunda de ojos muy separados.

—Es una pesadilla. —Se dispuso a marcharse. Yo quería dejarle ir, pero no podía. Se había convertido en un mentiroso, un timador que lloriqueaba, pero no siempre lo había sido.

Me levanté y corrí hacia la puerta, cogiéndole el brazo con una mano. Él se giró para ponerse frente a mí. Evité que nos miráramos de frente. No quería echar un vistazo al alma de Mortimer Lindquist.

—Morty —dije en voz baja—. Aléjate de tus sesiones de espiritismo durante un tiempo. Vete a un lugar tranquilo. Lee, relájate. Ahora eres más viejo y más fuerte. Si te das la oportunidad, el poder volverá.

Volvió a reírse, cansado y hastiado.

—Seguro, Dresden. Exactamente.

—Morty...

Se apartó de mí y se dirigió hacia la puerta a toda prisa. No se molestó en cerrar con llave. Vi como se dirigía hacia el taxi que esperaba en la curva. Metió su maleta en el asiento trasero y después se metió él.

Antes de que el taxista arrancase, bajó la ventanilla.

—Dresden —me llamó—. Debajo de mi silla hay un cajón, allí están mis apuntes. Si quieres suicidarte intentando sobrevivir a este ser, también deberías saber en lo que te vas a meter.

Volvió a subir la ventana mientras el taxista se iba. Le vi irse, y después volví a entrar. Encontré el cajón escondido en la base de la silla de madera tallada y dentro encontré un trío de libros antiguos, encuadernados en piel, páginas de papel de vitela llenas de letras que al principio eran muy nítidas y en los apuntes más recientes se convertían en garabatos. Me acerqué los libros a la boca y percibí el olor de la piel, la tinta, el papel, el moho y la legitimidad.

Morty no tenía por qué haberme dado las notas. Puede que en él quedara algo de la persona que fue, algún resquicio, algo que todavía no había muerto. Puede que le hubiera venido bien ese consejo que le di. Me gustaría pensar que fue así.

Dejé escapar un suspiro, busqué un teléfono y llamé a un taxi para mí. Necesitaba sacar el Escarabajo del depósito municipal. Probablemente Murphy me lo pudiera arreglar.

Recogí los libros y fui al porche a esperar al taxi, cerrando la puerta tras de mí. Morty había dicho que por la ciudad merodeaba algo de mucha envergadura.

—Una pesadilla —dije en voz alta.

¿Podría tener razón Morty? ¿Podría estar derrumbándose la barrera entre el mundo espiritual y el nuestro? Esa idea me hizo estremecer. Se había formado algo grande y malvado. Y mi instinto me decía que con un fin concreto. Todo el poder, no importaba lo malo o lo bueno que fuera si el que lo empuñaba lo sabía o no, tenía un objetivo.

Así que esta pesadilla había llegado por algo. Me preguntaba lo que haría.

Y me preocupaba el hecho de que lo iba a averiguar demasiado pronto.

Capítulo 11

En el camino de entrada a mi casa había un coche sin matrícula con dos hombres que al parecer no tenían nada de particular.

Salí del taxi, pagué al taxista y saludé con la cabeza al detective Rudolph. El aspecto muy cuidado de Rudy no había cambiado en todo el año desde que comenzó con las «Investigaciones Especiales», la respuesta tácita de Chicago al mundo de lo sobrenatural no reconocido de forma oficial. Pero esa época era más dura para él y había hecho que su globo ocular estuviese un poco menos blanco.

En respuesta, Rudolph también movió la cabeza sin tratar de esconder su ceño fruncido. Yo no le caía bien. Puede que tuviera algo que ver con la redada de hacía unos meses. Rudy había puesto pies en polvorosa en lugar de quedarse junto a mí. Antes de eso, yo había escapado de la custodia de la policía cuando se suponía que él estaba vigilándome. Tenía una muy buena razón para escapar, y no fue muy justo por su parte presentar eso en contra mía, pero lo hizo, no sé lo que le pasó.

—¡Eh!, agente —dije—. ¿Qué ocurre?

—Entra en el coche —dijo Rudolph.

Planté los pies en el suelo y me metí las manos en los bolsillos con una cierta despreocupación.

—¿Estoy detenido?

Rudolph frunció el ceño y empezó a hablar de nuevo, pero el hombre del asiento del pasajero le interrumpió.

—¡Eh!, Harry —dijo el sargento oficial John Stallings señalándome.

—¿Cómo estás, John? ¿Qué te ha hecho salir hoy?

—Murphy quería que te pidiéramos que fueras a ver algo.

Se levantó y se rascó la barba que llevaba varios días sin afeitarse, con su corte de pelo mal hecho y unos ojos oscuros inteligentes.

—Espero que tengas tiempo. Intentamos buscarte en tu despacho, pero no estabas, así que ella nos envió aquí a esperarte.

Me puse los libros de Morty Lindquist en los brazos.

—Hoy estoy ocupado. ¿Puede esperar?

Rudolph espetó.

—La teniente dice que quiere que vayas ahora mismo, que te pongas en marcha ya mismo.

Stallings echó un vistazo a Rudolph y después puso los ojos en blanco poniéndose a mi lado.

—Mira, Harry. Murphy me dijo que te dijera que esto es personal.

Fruncí el ceño.

—Así que personal, ¿eh?

Extendió sus manos.

—Eso es lo que dijo ella. —Frunció el ceño y añadió—. Es Micky Malone.

Tuve una sensación desagradable en el estómago.

—¿Muerto?

La mandíbula de Stallings se movió.

—Será mejor para ti que vengas a verlo tú mismo.

Cerré los ojos e intenté no sentirme frustrado. No tenía tiempo de dar rodeos. Tardaría horas en echar un vistazo a las notas de Morty y el atardecer, el momento en el que los espíritus pueden cruzar desde el Más Allá, llegaría pronto.

Pero Murphy hizo mucho por mí. Se lo debo. Me salvó la vida un par de veces y yo a ella también. Además, era mi principal fuente de ingresos. Karrin Murphy estaba al frente del Departamento de Investigaciones Especiales, un puesto que le había hecho andar de cabeza durante un par de meses y después una salida rápida del cuerpo de policía. Murphy no había ido dando tumbos, todo lo contrario, había contratado los servicios del único mago profesional de Chicago como consultor. Estaba metiéndose en un asunto en el que controlaba bastante los depredadores sobrenaturales de la zona, al menos los más habituales, pero cuando las cosas se ponían más feas contaba conmigo. Técnicamente, yo aparecía en el papeleo como consultor investigador. Supongo que el sistema informatizado de archivos no dispone de códigos para barras para demonios, conjuros de adivinación ni exorcismos.

El Departamento de Investigaciones Especiales había estado a la altura de las cosas más horribles que nadie excepto un mago como yo podía presenciar, por ejemplo el año pasado, media tonelada de fantasmas indestructibles. Habían dejado varios heridos graves. Seis muertos incluido el compañero de Murphy. Micky Malone había quedado incapacitado. Había recibido terapia y había hecho aparición para realizar un último trabajo cuando Michael y yo quitamos de en medio a aquel brujo invocador de demonios. Después de eso, sin embargo, decidió que su cojera le impediría ser un buen policía y se jubiló por incapacidad.

Yo me sentía culpable por aquello, puede que fuera algo irracional pero si hubiera sido un poco más listo o más rápido, a lo mejor habría podido salvar la vida de esa gente. Y quizá habría salvado la salud de Micky. Nadie más lo creía, pero yo sí.

—De acuerdo —dije.

El paseo fue tranquilo excepto una pequeña conversación sin sentido de Stallings. Rudolph me ignoraba. Cerré los ojos y fui todo el camino dolorido. La radio de Rudolph sonó y después, de repente, se quedó en silencio. Pude percibir el olor a goma quemada o algo parecido y supe que probablemente fuera culpa mía.

Abrí un ojo y vi a Rudolph echándome la bronca por el espejo. Esbocé una sonrisa sin ganas y volví a cerrar los ojos. *Estúpido.*

El coche se paró en un barrio residencial cerca de West Armitage, en Bucktown.

La zona debía su nombre al número de hogares de inmigrantes que había y a las cabras que poblaban los jardines. Los hogares eran minúsculos, llenos de familias demasiado grandes y de niños.

Bucktown había estado habitada durante todo el último siglo y había crecido, literalmente, a lo alto. Las casas en sus minúsculos terrenos no tenían mucho espacio hacia el que expandirse, así que en su lugar habían crecido hacia arriba, dando al barrio un aspecto estirado, alargado. Los árboles eran robles y plátanos centenarios que decoraban los minúsculos patios y los llenaban de esplendor, a excepción de los que habían podado para apartarlos de los cables y los tejados. Las sombras caían inclinadas desde todos los árboles y las casas altas, convirtiendo las calles y los paseos en barras de caramelo de luz y oscuridad.

Una de las casas, de dos pisos, de blanco reluciente, tenía su pequeña entrada llena de coches y otra media docena de ellos estaban aparcados en la calle, además de la motocicleta de Murphy que estaba apoyada en su soporte en el patio delantero. Rudolph dejó el coche en la curva del otro lado de la calle y paró el motor, que siguió vibrando y sonando un momento antes de quedarse en silencio definitivamente.

Salí del coche y noté que ocurría algo. Algo me intranquilizó, era como una sensación de picor que arrancaba en la nuca y bajaba por la columna vertebral.

Me quedé allí un minuto, frunciendo el ceño, mientras Rudolph y Stallings salían del coche. Miré el barrio intentando localizar la fuente de esas sensaciones raras. Las hojas de los árboles, cada una de un color, susurraban movidas por el viento, y a veces se caían. Las hojas secas sonaban y pasaban rozando el suelo de las calles. A lo lejos, pasaban los coches. Pasó un avión organizando un gran estruendo encima de nuestras cabezas, era un sonido fuerte y lejano.

—Dresden —dijo Rudolph—, vamos.

Levanté una mano para agudizar mis sentidos, haciendo que mi sagacidad se aliase con mi voluntad.

—Espera un segundó —dije—. Tengo que... —Evité hablar y busqué el origen de que me sintiera así. ¿Qué demonios era?

—Maldito fanfarrón —gruñó Rudolph. Oí como lo decía dirigiéndose a mí.

—Espera, chaval —dijo Stallings—. Déjale trabajar. Ambos hemos visto lo que es capaz de hacer.

—No he visto nada que no se pueda explicar —gruñó Rudolph, pero se quedó.

Crucé la calle hasta el patio de la casa en cuestión, y encontré el primer cuerpo entre las hojas caídas, a metro y medio, a mi izquierda. Allí estaba, un gato pequeño amarillo y blanco, sucio, retorcido de forma que sus patas delanteras miraban hacia un lado y las traseras hacia el contrario. Algún ser le había roto el cuello.

Sentí náuseas. La muerte nunca es agradable. Es peor con la gente pero los animales están bastante cerca de nosotros, parece un poco más horrible de lo que lo

sería en el reino salvaje. El gato era bastante joven, puede que a principios de la primavera fuera un gatito que paseara por el barrio. No llevaba collar.

A su alrededor noté algo raro, ese tipo de energía psicológica que queda después de que ocurran acontecimientos traumáticos, atroces y de tortura. Pero esta pequeña cosa, la muerte de un animal, no debería ser bastante para que ya en el asiento del coche de policía lo hubiera notado.

Un metro y medio más adelante, encontré un pájaro muerto y un poco más lejos vi las alas. A continuación, dos pájaros más sin cabeza. Después, algo que una vez fue pequeño y peludo y ahora era pequeño, peludo y aplastado, puede que fuera un ratón de campo o una ardilla de tierra. Y había más, mucho más, puede que una docena de animales muertos en el patio delantero y una docena de pequeñas parcelas de energía violenta que todavía persistía. Ninguno de ellos habría sido suficiente para perturbar mi perspicacia de mago, pero todos juntos lo habían conseguido.

¿Y qué demonios era lo que había estado matando a estos animales?

Me froté las palmas con los brazos, sentía una sensación desagradable de pánico. Levanté la vista para mirar a Rudolph y Stallings que iban detrás de mí. Sus caras se habían tornado algo grisáceas.

—Dios bendito —dijo Stallings. Le dio una patada al gato con la puntera—. ¿Quién hizo esto?

Negué con la cabeza y encogí los hombros.

—Puede que tarde un tiempo en averiguarlo. ¿Dónde está Micky?

—Dentro.

—Entonces —dije y me levanté sacudiéndome las manos—. Vámonos.

Capítulo 12

Me paré a la entrada. Micky Malone tenía una bonita casa. Su mujer daba clases en primaria. No habrían podido permitirse vivir aquí solo con un sueldo, pero juntos lo consiguieron. Los suelos de madera noble brillaban. En una de las paredes del salón, junto a la entrada, vi un cuadro original. Había un montón de plantas que junto con las vetas de la madera de los suelos conferían al lugar un brillo natural y cálido. Era uno de esos lugares que son más que una casa, son un hogar.

—Vamos Dresden —dijo Rudolph—. El teniente espera.

—¿Está aquí el teniente Malone? —pregunté.

—Sí.

—Vaya a buscar a su esposa. Necesito que me invite a entrar.

—¿Qué? —dijo Rudolph—. Dame tiempo. ¿Quién eres, el conde Drácula?

—La última vez que lo comprobamos, Drácula todavía estaba en el este de Europa —contesté—, pero necesito que ella o Micky me pidan que entre si es que quieres que haga algo por ti.

—¿De qué demonios estás hablando?

Suspiré.

—Mira. Los hogares, los lugares en los que la gente vive y se quiere y ha construido una vida, tienen un tipo de energía especial. Si un puñado de extraños hubiera estado entrando y saliendo todo el día, no habría tenido ningún problema con el umbral, pero resulta que no es así porque vosotros sois amigos.

Como Murphy había dicho, esto era algo personal.

Stallings frunció el ceño:

—¿Así que no puedes entrar?

—Ah, podría entrar —dije—, pero gran parte de lo que puedo hacer se quedaría en la puerta. El umbral no me permitiría ejercer ningún poder en la casa.

—Pues vaya mierda —gruñó Rudolph—, el conde Drácula.

—Harry —dijo Stallings—. ¿Podemos invitarte a entrar nosotros?

—No, tiene que ser alguien que viva allí. Además, es lo que se hace normalmente por educación —dije—. No me gusta ir a sitios en los que no soy bienvenido. Me sentiría mucho mejor si supiera que a la señora Malone no le importa que esté aquí.

Rudolph abrió la boca para volver a lanzarme su veneno, pero Stallings le interrumpió.

—Hazlo, Rudy. Ve a por Sonia y tráela aquí.

Rudolph frunció el ceño pero hizo lo que le habían dicho, es decir, entrar en la casa.

Stallings sacó un cigarrillo y lo encendió. Dio una calada y dijo:

—¿Así que no puedes hacer magia dentro de una casa a menos que alguien te

pidas que entres?

—En una casa no —dije—, en un hogar. Es distinto.

—¿Y que hay de la casa de Víctor Sells? He oído que te enfrentaste a él, ¿no? Negué con la cabeza.

—Había fastidiado su umbral. Estaba viviendo de ello, utilizando el lugar para celebrar ceremonias oscuras. Ya no era un hogar.

—¿Así que no puedes meterte con cualquier ser en su propio territorio?

—No, con los mortales no puedes meterte en líos. Los monstruos no tienen umbral.

—¿Por qué no?

—¿Cómo demonios lo voy a saber yo? —dije—. Simplemente no lo tienen. No puedo saberlo todo, ¿no?

—Supongo —dijo Stallings y un minuto después asintió—. Claro, ya entiendo lo que quieres decir. ¿Así que eso impide que actúes?

—No del todo, pero hace que sea más difícil hacer algo. Es como llevar un traje de plomo. Por esa razón los vampiros y otros seres malvados no pueden acercarse. Si se topan con un inconveniente de ese tipo, tienen problemas para seguir vivos y por supuesto muchos más para hacer uso de sus poderes.

Stallings negó con la cabeza.

—Estas tonterías de mago. Hasta que no llegué aquí no me lo creía. Todavía tengo mis dudas.

—¿Sí? Eso está bien. Eso significa que no te topas con la magia demasiado a menudo.

Exhaló dos columnas de humo por ambos senos nasales.

—Podría estar cambiando. Los últimos dos días hemos perdido a algunas personas. Vagabundos, gente de la calle, gente a la que algunos policías y detectives conocen.

Fruncí el ceño.

—¿Sí?

—Sí. Hasta ahora todo han sido rumores. Y esa gente no puede desaparecer de un día para otro. Pero desde que empecé a trabajar para Investigaciones Especiales, ese tipo de cosas me pone nervioso.

Fruncí el ceño y hablé con Stallings sobre lo que sabía de la fiesta de Bianca. Sin duda, habría toda una multitud de vampiros entrando y saliendo de la ciudad para la ocasión. Puede que ella y sus esbirros estuvieran buscando un primer plato. Sin embargo, no tenía pruebas, porque por lo que yo sabía, las desapariciones, si es que lo eran, podrían estar relacionadas con los disturbios del Más Allá. Si era así, los policías no podrían hacer nada al respecto. Y si se trataba de algo distinto, yo iba a ser el origen de un problema con Bianca. No quería azuzar a los policías contra ella

sin razón. Estoy bastante seguro de que Bianca tenía los recursos para hacer que se volvieran contra mí y probablemente haría que pareciera que me lo merecía.

Aparte de eso, en los círculos de la comunidad sobrenatural reinaba un código de conducta del viejo mundo. Cuando tienes un problema, lo afrontas cara a cara dentro del círculo. No utilizas como armas a los policías ni a otros mortales. Son los misiles nucleares del mundo sobrenatural. Si a la gente le dejas ver que se está causando un alboroto importante, se van a morir de miedo y enseguida te vas a enterar de que lo siguiente que hacen es quemar todo y a todos los que tengan a su alrededor. A la mayoría le da igual que uno de esos terroríficos seres tenga razón y el otro no. Ambos dan miedo y lo mejor es vencer a los dos para poder irte a dormir tranquilo.

Había venido ocurriendo así desde los albores del siglo de las Luces y el aumento de poder de los mortales. Y desde que la gente comenzó a tener más poder. Odiaba a todos esos matones, vampiros, demonios y antiguas deidades sedientas de sangre que iban por ahí como si dominaran el mundo obviando el hecho de que hace solo unos siglos, lo tuvieran de verdad.

En cualquier caso, decidí mantener la boca cerrada respecto a la reunión de Bianca hasta que supiera que era seguro por ambas partes.

Stallings y yo mantuvimos una pequeña charla hasta que Sonia Malone apareció en la puerta. Era una mujer de mediana estatura, con algo de sobrepeso y de aspecto fuerte. De joven debía de haber sido de una belleza impresionante, y todavía conservaba parte de ella, suavizada por los años de confianza en sí misma y sólida fiabilidad. Tenía los ojos enrojecidos, no iba maquillada, y parecía serena. Llevaba un vestido sencillo con un estampado de flores, y su única joya era el anillo de boda.

—Señor Dresden —dijo con educación—. Micky me dijo que el año pasado le salvó la vida.

Tosí y bajé la vista. Aunque supongo que era verdad, técnicamente, yo no lo veía así.

—Todos hicimos lo que pudimos, señora. Su marido es muy valiente.

—El detective Rudolph me ha dicho que tengo que invitarle a entrar.

—No quiero entrar donde no soy bienvenido, señora —contesté.

Sonia arrugó la nariz y miró a Stallings.

—Apague eso, sargento.

Stallings tiró el cigarrillo y lo aplastó en el suelo con el pie.

—De acuerdo, señor Dresden —dijo. Por un momento, su serenidad se turbó y sus labios empezaron a temblar. Cerró los ojos y tomó una fuerte inspiración relajando así la cara y después volvió a abrirlos—. Si puede ayudar a mi Micky, por favor entre. Le invito.

—Gracias —dije. Di un paso adelante y entré. Sentí la tensión silenciosa del umbral que me rodeaba como una cortina de cuentas ribeteada de escarcha.

Atravesamos un salón en el que había varios policías sentados hablando tranquilamente, a quienes conocía del Departamento de Investigaciones Especiales. Aquello me recordaba a un funeral. Los saludé con la cabeza y continuamos hasta una escalera que llevaba al segundo piso.

—Anoche se quedó hasta tarde —me dijo en voz baja—. A veces no puede dormir y no viene a la cama hasta tarde. Yo me levanté pronto, pero no quería despertarle así que le dejé dormir. —La señora Malone se paró en lo alto de las escaleras y señaló al final del pasillo una puerta cerrada—. Allí —dijo—. Lo siento. Yo no puedo... —Tomó otra fuerte inspiración—. Tengo que preparar la comida. ¿Tiene hambre?

—Ah, sí, claro.

—De acuerdo —dijo y se retiró bajando por las escaleras.

Tragué saliva y miré la puerta que había al final del pasillo y después me dirigí hacia allí. Tenía la sensación de que mis pasos resonaban con fuerza. Llamé con suavidad a la puerta.

Karrin Murphy la abrió. No tenía el aspecto de alguien que era el jefe de un grupo de policías encargados de resolver todos los delitos extraños que violaban el cumplimiento de la ley. Tampoco parecía alguien que fuera a plantarse y disparar balas de plata minúsculas a un tren de mercancías fantasma que se aproxima poco a poco, pero sí que lo era.

Karrin levantó la vista para mirarme desde su metro cincuenta de altura. Sus ojos azules, normalmente claros y brillantes, parecían hundidos. Su pelo rubio estaba tapado por una gorra de béisbol y llevaba pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Su arnés de hombro, en el que llevaba la pistola, arrugaba el algodón en la axila justo a la altura en la que llevaba el arma colgada. Alrededor de la boca y de los ojos tenía arrugas como las grietas de un campo tostado por el sol.

—Hola, Harry —dijo. Su voz era demasiado baja y áspera.

—Hola, Murph. No tienes buen aspecto.

Intentó sonreír. Tenía un aspecto horrible.

—No... no sabía a quien llamar.

Preocupado, fruncí el ceño. En cualquier otro momento, Murphy habría contestado a mi comentario insultante mostrando un interés exacerbado. Abrió la puerta un poco más y me dejó entrar.

Recordaba a Micky Malone como un hombre robusto de mediana estatura, algo calvo, con una sonrisa abierta y la nariz pelada por el sol matutino cuando salía a comprar el periódico. El bastón y la cojera eran cosas demasiado recientes para que se me hubieran fijado en la memoria. Micky llevaba trajes de calidad, antiguos y siempre se cuidaba mucho de no mancharse las chaquetas para que su mujer no se enfadara.

No recordaba que Micky tuviera esa sonrisa fija en la que se veía que le faltaban dientes y unos ojos que tenían esa mirada perdida con el brillo que da la locura. No recordaba que estuviera cubierto de pequeñas cicatrices ni de que sus uñas estuvieran llenas de su propia sangre ni que sus muñecas y tobillos estuvieran esposados a la cama de estructura de hierro. Jadeaba, sonriendo mientras miraba la pequeña habitación de cuidada decoración en la que olía a sudor y orina. No había luces, y habían quitado las cortinas de las ventanas, lo que proporcionaba un color como de neblina marrón.

Giró la cabeza para mirarme y sus ojos se abrieron más. Tomó aliento y echó la cabeza para atrás dando un prolongado grito con un tono de falsete como el de un coyote. Después empezó a reírse y a mecerse hacia atrás y hacía delante, dando tirones de las correas de acero, haciendo que la cama temblase a un ritmo constante y chirriante.

—Sonia nos llamó esta mañana —dijo Murphy, con un tono apagado—. Se había encerrado en su armario y tenía un móvil. Llegamos aquí justo antes de que Micky tirara abajo la puerta del armario.

—¿Llamó a la poli?

—No, me llamó a mí. Dijo que no quería que vieran a Micky así. Que eso le destrozaría.

Negué con la cabeza.

—Maldita sea. Una señora valiente. ¿Y así ha estado desde entonces?

—Sí. Era... un loco perverso que gritaba, escupía y mordía.

—¿Ha dicho algo? —pregunté.

—Ni una palabra —dijo Murphy—. Solo emite ruidos animales —ella cruzó los brazos y me miró a los ojos un segundo antes de apartar la vista—. ¿Qué le pasó, Harry?

Micky se rió y empezó a balancear las caderas arriba y abajo en la cama mientras se acunaba, haciendo que sonara como si una pareja de adolescentes radiantes de energía estuviesen copulando. Se me revolvió el estómago. No es extraño que la señora Malone no quisiera volver a entrar en esta habitación.

—Será mejor que me des un minuto para averiguarlo —dije.

—¿Podría ser que... bueno ya sabes, que esté poseído? ¿Cómo en las películas?

—Todavía no lo sé, Murph.

—¿Podría ser algún tipo de conjuro?

—Murphy, no lo sé.

—Maldita sea, Harry —dijo bruscamente—. Más vale que averigües de lo que se trata. —Apretó los puños y tembló por la furia contenida.

Le puse la mano en el hombro.

—Lo haré. Déjame un rato con él.

—Harry, juro que si no puedes ayudarlo... —Se le quebró la voz en la garganta, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Maldita sea, es uno de los míos.

—Tranquila Murph —le dije, haciendo que mi voz fuese todo lo dulce que podía. Abrí la puerta—. Ve a por café ¿vale? Veré lo que puedo hacer.

Levantó la vista hacia mí y después hacia Malone de nuevo.

—Vale, Micky —dijo—. Todos estamos aquí para ayudarte. No estarás solo.

Micky Malone la miró con esa sonrisa fija y después se humedeció los labios antes de romper a reír otra vez. Murphy se estremeció y después salió de la habitación con la cabeza agachada.

Y me dejó solo con el loco.

Capítulo 13

Acerqué una silla junto a la cama y me senté. Micky se me quedó mirando con los ojos en blanco. Hurgué en el bolsillo interior de mi abrigo, tenía una tiza por si necesitaba trazar un círculo, una vela y unas cerillas. Un par de viejos trucos. En términos de magia no era mucho.

—Hola, Micky —dije—. ¿Me oyes?

A Micky le dio otro ataque de risa. Me aseguré de no mirarle en ese momento. ¡Madre mía! No quería sentirme atraído a mirarle el alma a Micky Malone justo en ese momento.

—De acuerdo, Micky —dije, con un susurro, en voz baja, como con los animales—. Voy a tocarle..., ¿vale? Creo que si lo hago, podré decir si hay algo dentro de ti. No voy a hacerte daño así que no tengas miedo. —Mientras hablaba extendí una mano hacia su brazo desnudo y la coloqué con suavidad sobre la piel de Micky.

Al tocarlo noté que estaba caliente como si tuviera fiebre, pude notar que en su interior había algún tipo de fuerza que no tenía nada que ver con la sensación de hormigueo que me produciría percibir la energía del aura de un profesional ni el poder inmensamente profundo de Michael, pero estaba claro que había algo. Algún tipo de energía fría que ardía en su interior.

¿Qué demonios?

No se parecía a ningún hechizo de los que había visto hasta ahora. No estaba poseído, de eso estaba seguro. Habría notado la presencia de algún ser espiritual solo con el contacto físico.

Micky se me quedó mirando fijamente un segundo y después lanzó su cabeza hacia mi mano, chasqueando los dientes. Me eché hacia atrás aunque no podía alcanzarme. Si alguien intenta morderte, tu reacción es más fuerte que si te dan un puñetazo. Morder es mucho más primitivo, es algo aterrador.

Micky empezó a reírse otra vez, balanceando la cama hacia delante y hacia atrás.

—De acuerdo —suspiré—. Voy a tener que ponerme serio. Si no fueras amigo mío, Micky... —Cerré los ojos un momento, armándome de valor y focalicé mi energía en un punto situado entre mis cejas pero un poco más arriba. Noté como la tensión, la presión se acumulaba y cuando volví a abrir los ojos, también había abierto mi visión de mago.

* * *

La Vista es una bendición y una maldición. Te permite ver cosas, cosas que normalmente no ves. Con ella puedo ver hasta los espíritus más etéreos. Puedo ver como se mueven y agitan las energías de la vida, como circulan por el mundo, como

la sangre, entre la tierra y el cielo, entre el agua y el fuego. Los encantamientos están ahí como si fueran las cuerdas trenzadas de cables de fibra óptica o puede que de neón como en Las Vegas, dependiendo de lo intrincados o poderosos que sean. Algunas veces puedes ver que los demonios se pasean entre la humanidad adoptando forma humana. O los ángeles. Ves las cosas como realmente son, en espíritu y alma, así como en cuerpo.

El problema es que todo lo que ves se queda contigo. No importa lo horrible que sea, no importa lo repugnante ni lo que pueda inducir a la locura o lo terrorífico que sea, permanece contigo para siempre. Siempre se queda ahí en tu mente, en tecnicolor, nunca se difumina ni se hace más fácil de soportar. Algunas veces ves cosas que son tan bellas que quieres que se queden contigo para siempre.

Pero en mi trabajo ves cosas como a Micky Malone.

Estaba vestido con calzoncillos y una camiseta blanca, manchada de sangre y sudor y de algo peor. Pero cuando le observé con mi visión, vi algo distinto.

Lo habían saqueado, destrozado. Le faltaba carne por todas partes. Algo le había atacado y se había llevado grandes trozos a mordiscos. Había visto imágenes de gente que había sido atacada por tiburones, a quien le faltaban pedazos de carne. Ese era el aspecto de Micky. No era visible, pero algo había destrozado su mente, y puede que su alma, y habían dejado trozos manchados de sangre. Sangraba y sangraba sin fin, sin manchar las sábanas.

Y tenía, desde la garganta hasta un tobillo, una tira de alambre negro enredada en su cuerpo, tenía púas descomunales clavadas en la carne, cuyos extremos desaparecían sin dejar rastro en la piel.

Igual que Agatha Haggleshorn.

Me quedé mirándole, horrorizado, tenía el estómago revuelto y me daban arcadas. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo por no vomitar. Micky levantó la vista para mirarme y parecía que hubiera cambiado porque enseguida se quedó quieto. Su sonrisa ya no parecía de alguien loco. Parecía desesperado, como si el dolor le hiciese retorcerse y le tirase de los músculos de su cara, como si estuvieran a punto de romperse.

Movió los labios. Tembló, tenía la expresión retorcida de dolor.

—Esto, esto, esto... —gimió.

—Tranquilo, Micky —dije. Puse las manos juntas para evitar que temblaran—. Estoy aquí.

—Duele —dijo por fin casi como un susurro—. Duele, duele, duele, duele, duele, duele... —Siguió repitiéndolo hasta que se quedó sin aliento. Después cerró los ojos. Las lágrimas surgieron y volvió a sumirse en otro ataque de risa como un loco.

¿Qué demonios podía hacer yo? El alambre retorcido tenía que ser algún tipo de hechizo, pero no se parecía a nada de lo que yo había visto. La magia normalmente

emitía vibraciones y despedía luz, vida, aunque fuera utilizada para fines malvados. La magia nace de la vida, de la energía de nuestro mundo y de la gente, de sus emociones y su voluntad. Eso es lo que siempre me habían enseñado.

Pero ese alambre con púas era algo apagado, plano, de color negro mate. Me estiré para tocarlo, y el frío que despedía casi me quema los dedos. Micky, ¡Dios! No podía imaginarme lo mal que lo debía de estar pasando.

Lo inteligente habría sido irse. Podía encargar a Bob que lo hiciese él, que investigase, que averiguase como sacar el alambre de Micky sin hacerle daño. Pero ya llevaba horas sufriendo y puede que no lo soportara mucho más tiempo, su cordura iba a sufrir una fuerte presión para sobrevivir a ese ataque a su espíritu. Un día más de tortura podría hacer que fuese a algún otro lugar del que nunca volvería.

Cerré los ojos y tomé una fuerte inspiración.

—Confío en estar en lo cierto, Micky —le dije—. Voy a intentar que esto deje de hacerte daño.

Dejó escapar una risa, algo parecido a un gemido y levantó la vista para mirarme.

Decidí empezar por el tobillo. Tragué saliva, armándome de valor, y me puse a la tarea colocando mis dedos entre el alambre retorcido que quemaba por el frío y su piel. Apreté los dientes, imprimiéndole voluntad y energía, la suficiente para tocar el material del hechizo que tenía a su alrededor. Después empecé a tirar, al principio lentamente y después más deprisa.

Los filamentos de alambre me quemaban. Mis dedos nunca se entumecían, sino que de repente empezaban a doler cada vez más. El alambre de espino resistía, las púas se enganchaban en la carne de Micky. El pobre gritaba de desesperación al tiempo que emitía una risa torturada.

Sentía que los ojos se me llenaban de lágrimas al oír el grito de Micky, pero seguí tirando. El final del alambre se soltó de la carne. Seguí tirando. Púa a púa, centímetro a centímetro, liberé la maldición del alambre, tirando de él hacia arriba poco a poco a través de la carne, sacando esa energía muerta de Micky. Gritó hasta que se quedó sin aliento y escuché un llanto procedente de alguien más que estaba en la habitación. Supongo que debía de ser yo. Empecé a usar las dos manos, luchando contra la fría magia.

Al final, el otro extremo se deslizó dejando libre el cuello de Micky. Mis ojos se abrieron del todo y cuando sus fuerzas flaquearon, dejó escapar un gemido de agotamiento en voz baja. Me caí de la cama jadeando con el alambre en las manos.

De repente se enroscó y giró como una serpiente y un extremo se me metió en la garganta.

Hielo. Frío. Infinito, amargo, un dolor helado atravesó mi cuerpo y grité. Escuché unos pasos que venían por el pasillo y una voz que llamaba. El alambre se agitó y se sacudió, el otro extremo cayó al suelo, lo agarré con las dos manos, lo retorcí y lo

aparté atándolo al otro extremo. Los filamentos sueltos que había cerca de la garganta empezaron a rizarse, las púas frías se me clavaban por la ropa, por la piel, como si aquella energía oscura intentara agarrarse a mí.

La puerta se abrió de golpe y entró Murphy, sus ojos eran llamas vivas de azul celeste, su pelo sujeto por una diadema dorada iba de lado a lado. Llevaba una espada reluciente en la mano y parecía tan brillante, hermosa y terrible por lo enfadada que estaba que era difícil de ver. Vagamente me di cuenta de que era la Vista. Vi quien era en realidad.

—¡Harry! ¿Qué demonios?

Luché contra el alambre, sabiendo que ella no podía verlo ni sentirlo, jadeando.

—¡La ventana, Murph, abre la ventana!

No dudó ni un minuto, atravesó la habitación y abrió la ventana. Yo fui tambaleándome detrás de ella, enrollándome el alambre helado en una mano, al tiempo que mi mente gritaba de desesperación. Conseguí vencerlo, lo arrastré formando un rulo y al hacerlo, encogí la cara emitiendo un gruñido. Sentí odio, un fuerte odio, e intenté coger esa energía mientras me sacaba el alambre de la garganta y lo lanzaba por la ventana con todas mis fuerzas al aire.

Gruñí, lo cogí con un dedo y con todo el odio y el miedo tiré de él hacia fuera pronunciando una palabra contra el oscuro conjuro:

—¡Fuego!

El fuego acudió a mi llamada, salió de las puntas de mis dedos y envolvió el alambre. Se retorció y después desapareció provocando una detonación que hizo estremecerse la casa y me lanzó al suelo.

Me quedé ahí un minuto, conmocionado, intentando comprender lo que estaba pasando. Maldita sea la Vista. Comienza borrando la estrecha franja que separa lo real de lo que no lo es. Así cualquiera se volvería loco rápidamente. Si se deja siempre abierta para que entre todo, puedes ver siempre la parte real de todo. Parecía una buena idea. Simplemente durante un tiempo te deleitas con toda la belleza y el horror, te empapas de todo y dejas que eso elimine lo demás, toda la incomodidad y la preocupación por que la gente pueda resultar herida o no...

* * *

Me vi sentado en el suelo, dolorido por ese frío que yo sentía pero que no era real, riéndome de mí mismo emitiendo algo parecido a un grito agudo, acunándome hacia atrás y hacia delante. Tuve que intentar con todas mis fuerzas volver a cerrar mi Vista y a continuación, todo pareció volver a su ser, las cosas volvían a su ser. Miré hacia arriba, de mis ojos brotaban las lágrimas, respiraba entrecortadamente. Afuera, había perros ladrando por todas partes y pude oír como saltaban las alarmas de los coches

por la fuerza del estallido.

Murphy estaba de pie a mi lado, con los ojos muy abiertos, con el arma en una mano apuntando a la puerta.

—Dios —dijo en voz baja—. Harry ¿qué ha pasado?

Los labios se me quedaron entumecidos y estaba muerto de frío, temblando.

—Un hechizo. A...algo le atacó. L...lanzó un hechizo sobre él. T...tuve que quemarlo. El fuego arde incluso en el mundo de los espíritus. Lo siento.

Apartó el arma y me miró fijamente.

—¿Estás bien? —Volví a temblar—. ¿Cómo está Micky?

Murphy cruzó la habitación para ponerle a Micky la mano en la frente.

—Ya no tiene fiebre. —Suspiró—. ¿Mick? —dijo con suavidad—. Eh, Malone. Soy Murph, ¿puedes oírme?

Micky se movió y abrió los ojos.

—¿Murph? —preguntó en voz baja—. ¿Qué ocurre? Sus ojos se volvieron a cerrar, agotados—. ¿Dónde está Sonia? La necesito.

—Iré a por ella —suspiró Murphy—. Espera aquí, tranquilo.

—Me duelen las muñecas —farfulló Micky.

Murphy me miró y yo asentí.

—Ahora parece que está bien —le desató las esposas, pero parecía como que hubiera caído en un sueño muy profundo por el agotamiento.

Murphy le tapó con las mantas y le acarició el pelo quitándoselo de la frente. Después se arrodilló en el suelo a mi lado.

—Harry —dijo—. Pareces...

—Diablos —dije—. Sí, lo sé. Necesita descansar, Murph, tener paz. Algo se ha roto en su interior.

—¿Qué quieres decir?

Fruncí el ceño.

—Es como cuando alguien muy cercano a ti se muere. O cuando rompes una relación con alguien. Sientes que algo se rompe en tu interior. Es un dolor emocional. Es algo parecido a lo que le ha pasado a Micky. Algo se ha roto en su interior.

—¿Cuál fue la causa? —preguntó Murphy. La voz era tranquila, firme.

—Todavía no lo sé —dije. Cerré los ojos temblando y apoyé la cabeza en la pared—. Le he puesto el nombre de «la Pesadilla».

—¿Cómo podemos acabar con ella?

Negué con la cabeza.

—Lo estoy pensando. De momento está a solo unos pasos de mí.

—Maldita sea —dijo Murphy—. Me estoy cansando de jugar al ratón y al gato.

—Sí, yo también.

Se oyeron más pasos procedentes del pasillo, y Sonia Malone irrumpió en la

habitación. Vio a Micky que estaba tranquilo y se acercó a él como si temiera hacer ruido al desplazarse, ejecutando cada movimiento con suavidad. Le tocó la cara, su pelo lacio, y él se despertó lo suficiente como para coger su mano. Ella la agarró con fuerza, y le besó los dedos, inclinando la cabeza para dejar su mejilla encima de la suya. La oí llorar.

Murphy y yo intercambiamos una mirada y nos levantamos de mutuo acuerdo para dejar tranquila a Sonia. Murphy tuvo que ayudarme a levantarme. Me dolía todo el cuerpo, era como si los huesos se me hubieran quedado como una piedra. Me resultaba difícil andar pero Murphy me ayudó.

Eché una última mirada a Sonia y Micky y después cerré la puerta despacio.

—Gracias Harry —dijo Murphy.

—Murph, siempre estás a mi lado cuando te necesito. Y yo siempre estoy dispuesto a ayudar a una señora que se encuentra en peligro.

Levantó la vista para mirarme. Bajo su gorra de béisbol se veía un brillo especial en sus ojos.

—Eres un cerdo machista, Dresden.

—Deberías comer más a menudo, te estás quedando como un espárrago — Murphy me sentó en el escalón de arriba y dijo—. Quédate ahí. Te traeré algo.

—No tardes demasiado, Murph. Tengo mucho que hacer. El ser que provocó esto sale al ponerse el sol.

Me apoyé contra la pared y cerré los ojos. Pensé en animales muertos y coches aplastados y en las amarguras que envolvían el alma torturada de Micky Malone.

—No sé qué demonios es esta Pesadilla, pero la voy a encontrar y voy a matarla.

—Eso suena bien —dijo Murphy—. Si puedo ayudar, me lo dices.

—Gracias, Murph.

—Gracias. Esto, ¿Harry?

Abrí los ojos. Me estaba mirando con una cara rara.

—Cuando entré te quedaste mirándome fijamente un momento con una expresión rarísima. ¿Qué viste? —preguntó.

—Te reirías en mi cara si te lo dijera —dijo—. Ve a buscar algo para comer.

Ella gruñó y se dio la vuelta para bajar por las escaleras y organizarlo todo con los oficiales del servicio de Investigaciones Especiales que estaban en el primer piso, nerviosos. Sonreí, acordándome de la imagen, con claridad y nitidez. Murphy, el ángel guardián, atraviesa la puerta con una neblina de ira. Era una imagen que no me importaba retener en la memoria. Algunas veces tienes suerte.

Y después pensé en ese alambre con púas, el espantoso tormento que acababa de sentir. Los fantasmas que habían estado apareciendo sufrían el mismo tormento. Pero ¿quién podía estar haciendo eso? ¿Y como? Las fuerzas utilizadas en ese hechizo cruel no se parecían a nada de lo que había visto o sentido hasta ahora. Nunca había

oído que hubiera algún tipo de magia que se pudiera realizar en el mundo de los espíritus o en el de los mortales con los mismos resultados. No creía que eso fuese posible. ¿Cómo se estaba produciendo?

Y lo que es más, ¿quién o qué lo estaba haciendo?

Me senté ahí temblando, solo y dolorido. Estaba empezando a tomarme esto como algo personal. Malone era un aliado, alguien que había estado conmigo en los malos tiempos para luchar contra los malos. Cuanto más pensaba en ello, más enfadado y más seguro estaba.

Encontraría esta Pesadilla, este ser que había aparecido y la destrozaría.

Y después encontraría a quien o lo que lo creó.

A menos, Harry —pensé— que ellos te encuentren antes.

Capítulo 14

—No —dije por teléfono. Dejé mi abrigo en una silla y me tiré en el sofá. Mi apartamento estaba lleno de sombras, la luz del sol se filtraba por las ventanas bajadas dibujando formas en las paredes—. Todavía no he tenido oportunidad. Perdí un par de horas porque tuve que desviarme para deshacer una maldición que le habían hecho a Micky Malone, del Departamento de Investigaciones Especiales. Alguien le había enrollado un alambre de espino alrededor de su espíritu.

—¡La madre de Dios! —dijo Michael—. ¿Está bien?

—Lo estará, pero he perdido cuatro horas de luz solar. —Le conté lo de Mort Lindquist y sus diarios y lo que había ocurrido en la casa del detective Malone.

—No tenemos mucho más tiempo para encontrar a Lydia, Harry —dijo Michael—. El sol se pone dentro de seis horas.

—Estoy en ello y cuando consiga mandar a Bob a que eche un vistazo, veré si puedo vigilar las calles yo solo. Ya me han dado el Escarabajo.

Parecía sorprendido.

—¿No estaba requisado en el depósito municipal?

—Murphy lo arregló todo.

—Harry —dijo decepcionado—, ¿se saltó la ley para conseguir que te devolvieran el coche?

—Tampoco es para tanto —dije—. Me debía un favor. Oye, amigo, que a mi el Todopoderoso no me ayuda a estar a tiempo en todas partes. Necesito ruedas para moverme.

Michael suspiró.

—Ahora no podemos discutir eso. Te llamaré si la encuentro, pero esto no tiene buena pinta.

—Es que no puedo ver qué relación puede tener. ¿Qué tendría que ver esto con esa chica? Tenemos que encontrarla y descubrirlo.

—¿Podría ser Lydia la responsable de este alboroto?

—No lo creo. Ese maleficio con el que me he encontrado hoy, nunca he visto nada parecido. Era... —Me estremecí recordándolo—. Era horrible, Michael. Era frío, era...

—¿Malvado? —sugirió.

—Sí, puede.

—Harry, a pesar de lo que mucha gente dice, existe algo llamado el mal. Acuérdate de que también existe la bondad.

Me aclaré la voz, me sentía incomodo.

—Murphy ha corrido la voz entre sus agentes, así que si alguno de sus amigos ve mientras está de patrulla a una chica que encaja con la descripción de Lydia, nos lo

dirá.

—Impresionante —dijo Michael—. ¿Lo ves, Harry? El hecho de desviarte para ayudar al detective Malone nos va a servir de mucho. ¿No es una coincidencia muy positiva?

—Sí, Michael, la divina fortuna, *blablablá*... Llámame.

—No, Harry no le digas *blablablá* al Señor. Es irrespetuoso. El Señor está contigo —y colgó.

Guardé el abrigo, saqué mi bata de franela gruesa, me la puse y fui hacia la alfombra que estaba en la pared orientada al sur. La levanté del suelo y luego la puerta con bisagras que allí había. Cogí una lámpara de queroseno, la encendí e invoqué al pabilo para conseguir una llama fuerte; después, me dispuse a bajar por la escalera de madera plegable hacia el subsótano.

El teléfono volvió a sonar.

Pensé en no cogerlo. Volvió a sonar de forma insistente. Suspiré, cerré la puerta, volví a colocar la alfombra y lo cogí a la quinta llamada.

—¿Qué? —dije de forma poco caritativa.

—He de decirte, Dresden —dijo Susan—, que realmente sabes como agradar a una chica a la mañana siguiente.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Lo siento, Susan. He estado trabajando y... no me ha ido demasiado bien. Tengo demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

—¡Ay! —contestó. Alguien le había dicho algo y ella murmuraba una respuesta—. No quiero empeorar las cosas pero ¿te acuerdas del nombre del tipo que tú e Investigaciones Especiales cogisteis hace un par de meses? ¿El asesino ritual?

—Ah sí. Ese. —Cerré los ojos y escarbé en mi memoria—. Se llamaba Leo no sé qué más, Cravat, Camner, Conner. Kraven *el Cazador*. No conseguí su nombre. Lo localicé por el demonio al que estaba invocando y así pude cogerlo. Después de eso, Michael y yo tampoco nos quedamos a conseguir más información.

—¿Kravos? —preguntó Susan—. ¿Leonid Kravos?

—Sí, eso podría ser.

—Bien —dijo—, estupendo. Gracias, Harry. —Su voz parecía algo tensa, nerviosa.

—¡Eh! ¿Te importa decirme lo que pasa? —le pregunté.

—Es un punto de vista en el que ya estoy trabajando —dijo—. Mira, lo único que tengo ahora son rumores. Intentaré contarte más en cuanto tenga algo concreto.

—Está bien. De todas formas, ahora estoy trabajando en otro asunto.

—¿Es algo en lo que necesitas ayuda?

—Dios, espero que no —dije. Me acerqué el teléfono un poco más a la oreja—. ¿Dormiste bien anoche?

—Es posible —bromeó—. Es difícil relajarse cuando te quedas así de insatisfecha, pero en tu apartamento hace tanto frío que es como hibernar.

—Sí, bueno, vale. La próxima vez, me aseguraré que haga mucho más frío.

—Ya estoy temblando —murmuró—. ¿Te llamo esta noche si puedo?

—A lo mejor no estoy.

Suspiró.

—Ya entiendo. Entonces, me conformaré. Gracias otra vez, Harry.

—Hasta pronto.

Nos despedimos, colgué y volví a las escaleras que conducían al subsótano. Descubrí la trampilla de entrada, la abrí, cogí mi linterna y bajé pisando fuerte por la empinada escalera abatible.

Aunque me organizara, nunca conseguía que mi laboratorio estuviera menos atestado de cosas. Cada vez había más trastos. En las tres paredes había mostradores y estanterías. En el centro de la habitación había una gran mesa con espacio suficiente para que cupiese tumbado de costado. Junto a la escalera había un calentador de queroseno que amortiguaba el frío que hacía en el sótano. En el extremo más alejado de la mesa, había colocado un anillo de latón en el suelo, un círculo de invocación. Tuve que aprender por las malas a mantenerlo limpio del resto de la basura del laboratorio.

Trastos. En términos técnicos, todo en el laboratorio era útil, y servía para algo. Los libros antiguos con sus tapas de piel borradas en estado de descomposición y el olor a húmedo que todo lo impregnaba, los contenedores de plástico con tapas que se podían volver a cerrar herméticamente, las botellas, las jarras, las cajas, todas tenían algo que o bien necesitaba o había necesitado en algún momento. Cuadernos, docenas de bolígrafos y lapiceros, sujetapapeles y grapas, resmas de papel llenas de apuntes garabateados, los cuerpos de animales pequeños disecados, un cráneo humano rodeado de novelas encuadernadas en rústica, velas, un hacha antigua de lucha, todo tenía algún significado. No era capaz de recordar para qué servían la mayor parte de las cosas.

Quitó la tapa de la lámpara y la utilizó para encender una docena de velas por la sala, y después el calentador de queroseno.

—Bob —dije—. Bob, despierta, venga, tenemos trabajo que hacer —la luz dorada y el olor de la cera caliente impregnaba la habitación—. En serio, tío, no tenemos mucho tiempo.

En la estantería, la calavera tembló. Unos puntos iguales de llama naranja se iluminaron en las órbitas de los ojos. Las mandíbulas blancas se abrieron como bostezando, y de ellas salió un ruido inapropiado.

—Por Dios bendito, Harry —murmuró la calavera—. Eres inhumano. Todavía no se ha puesto el sol.

—Deja de quejarte, Bob. No estoy de humor.

—Humor. Yo estoy agotado. No creo que pueda ayudarte más.

—Es inaceptable —dije.

—Incluso los espíritus se cansan, Harry. Necesito descansar.

—Cuando esté muerto, tendré todo el tiempo del mundo para descansar.

—Entonces, de acuerdo —dijo Bob—. Si quieres trabajar, haremos un trato. La próxima vez que venga Susan, yo quiero salir.

Bufé.

—¡Madre mía!, Bob, ¿nunca piensas en otra cosa que no sea el sexo? No. No te voy a dejar que te metas en mi cabeza cuando esté con Susan.

La calavera soltó un juramento.

—Debería haber un sindicato. Podríamos renegociar mi contrato.

Gruñí.

—Cuando quieras ir a tu lugar de origen, Bob, te puedes ir.

—No, no, no —murmuró la calavera—. Está bien.

—Es decir, que todavía hay un malentendido con la reina del Invierno, pero...

—He dicho que vale.

—Probablemente ya no necesites mi protección. Estoy seguro de que ella estará deseando sentarse contigo y arreglar las cosas, en lugar de hacer que lo pases mal los próximos cien años...

—¡Vale ya! —Las órbitas de los ojos de Bob brillaron—. Dresden, te juro que puedes llegar a ser un auténtico imbécil.

—Sí —contesté—. ¿Todavía despierto?

La calavera se inclinó hacia un lado haciendo un gesto como si estuviera pensando.

—Ya sabes —dijo— que lo estoy. —Las órbitas de los ojos volvieron a mirarme—. El odio hace que salga todo lo que está acumulado. Eso ha sido un golpe certero.

Saqué un cuaderno relativamente nuevo y un lápiz. Tardé un momento en hacer un hueco en la mesa del centro.

—He descubierto algo. A lo mejor me puedes ayudar a averiguarlo. Necesito buscar a una persona que está perdida.

—Vale, tocado.

Me senté en un taburete de madera viejo y me ceñí más el abrigo. Creedme, los magos no llevan abrigos para tener un aspecto más impresionante sino porque en sus laboratorios no hay forma de entrar en calor. Conocí algunos tipos en Europa que todavía trabajaban en torres de piedra. Me estremece pensarlo.

—De acuerdo —dije— cuéntame lo que puedas. —Y le relaté los hechos por encima, empezando con Agatha Haggleshorn, lo de Lydia y su desaparición, pasando por mi conversación con Morty Lindquist y su mención de la Pesadilla hasta el

ataque del pobre Micky Malone.

Bob silbó, no era un truco fácil para un tipo que no tenía labios.

—A ver si lo pilló. Esta criatura, esta cosa, ha estado torturando a espíritus poderosos durante un par de semanas con el hechizo ese del alambre con púas. Destrozó un montón de cosas en suelo sagrado y después atravesó el umbral de alguien y destrozó su espíritu y le echó una cruel maldición que le torturase.

—Eso es —dije—. Entonces, ¿a qué tipo de fantasma nos enfrentamos, y quién podría haberlo invocado? ¿Y qué relación tiene la chica con esto?

—Harry —dijo Bob con tono serio—. A ella, déjala aparte.

Lo miré parpadeando.

—¿Qué?

—A lo mejor nos podemos ir de vacaciones a Fort Lauderdale. Están celebrando allí la competición de trajes de baño y a lo mejor podemos...

Suspiré.

—Bob, no tengo tiempo para...

—Conozco a un tipo que se ha metido unos días en el cuerpo de un agente de viajes y podría hacernos un descuento importante en el billete. ¿Qué dices?

Miré detenidamente a la calavera. Si no le hubiera conocido mejor, habría pensado que Bob parecía nervioso... ¿Era posible? Bob no era un ser humano. Era un espíritu, un ser del Más Allá. La calavera era su hábitat, su hogar, porque estaba lejos del suyo. Le dejé que se quedase, lo protegí, y le llevaba novelas románticas baratas de vez en cuando en pago por su ayuda, su prodigiosa memoria, y su afinidad con las leyes de la magia. Bob era un ordenador que contenía documentos y ayuda personal todo en uno, siempre que pudieras conseguir que su mente se centrara en lo que tenía entre manos. Conocía miles de seres en el Más Allá, cientos de recetas de conjuros, una veintena de fórmulas para pociones y encantamientos e interpretaciones de magia.

Ningún espíritu podía tener ese tipo de conocimiento sin transformarlo en una energía considerable. Y entonces, ¿por qué estaba tan asustado?

—Bob. No sé por qué estás tan enfadado, pero tenemos que dejar de perder el tiempo. El sol se pondrá dentro de pocas horas y este ser va a poder traspasar el Más Allá y hacer daño a alguien. Necesito saber lo que es, a dónde podría dirigirse y cómo darle una patada en el culo.

—Vosotros los humanos —dijo Bob—, nunca estáis satisfechos. Siempre queréis averiguar lo que hay detrás de la montaña siguiente, abrir la siguiente caja. Harry, tenéis que aprender a reconocer cuando sabéis demasiado.

Lo miré fijamente un momento, y después negué con la cabeza.

—Empezaré por lo más fácil e iremos paso a paso.

—Maldita sea, Harry.

—Fantasmas —dijo—. Los fantasmas son seres que viven en el mundo de los espíritus. Son las huellas que deja una persona en el momento de morirse. No son como las personas o los espíritus sensibles como tú. No cambian, no crecen, están ahí, experimentando lo que sintieron cuando morían. Como la pobre Agatha Hogglethorn que estaba chiflada.

La calavera apartó la mirada de las órbitas de los ojos y no dijo nada.

—Son seres espirituales. Normalmente no son visibles, pero pueden construir un cuerpo de ectoplasma y manifestarse en el mundo real cuando así lo quieren y tienen la fuerza suficiente. Y algunas veces, casi no tienen una existencia física, son solo un punto frío, o una ráfaga de viento o incluso un sonido, ¿es así?

—Déjalo Harry —dijo Bob—. No te hablo.

—Pueden hacer todo tipo de cosas. Pueden lanzar cosas y apilar muebles. Hay documentos sobre casos de fantasmas que llegaron a tapar el sol un momento, originando terremotos a pequeña escala, todo tipo de cosas, pero nunca ocurre al azar. Siempre hay un objetivo, algo relacionado con sus muertes.

Bob tembló, estaba a punto de añadir algo, pero volvió a cerrar sus huesudos dientes golpeteando las mandíbulas. Le sonreí. Era un rompecabezas. Ningún espíritu de un cerebro podía resistir un rompecabezas.

—Entonces, si alguien deja una huella suficientemente fuerte cuando se va, tienes un fantasma fuerte, es decir antipático. Puede que como esta Pesadilla.

—Puede —admitió Bob a regañadientes y después giró la calavera para apartarse completamente de mí—. Sigo sin querer hablar contigo, Harry.

Di unos golpecitos con mi lápiz en el trozo de papel vacío.

—Vale. Sabemos que este ser está agitando la frontera entre nuestro mundo y el Más Allá. Está facilitando que los espíritus puedan atravesarla y esa es la razón de que últimamente se haya originado tanto alboroto.

—No necesariamente —dijo Bob—. Puede que estés pensando en ello desde un punto de vista equivocado.

—¿Qué? —pregunté.

Se giró para mirarme otra vez, los huecos de sus ojos brillaban y su voz dejaba traslucir su entusiasmo.

—Alguien más ha estado agitando a estos espíritus, Harry. Puede que empezaran a torturarles para hacerles saltar a la piscina y que empezara a haber oleaje.

Pensamos en algo.

—Te refieres a pinchar a los grandes espíritus para que se muevan y creen esa agitación.

—Exacto —dijo Bob, negando con la cabeza y después se calló; seguía teniendo la boca abierta. Giró la calavera hacia la pared y empezó a golpear la frente huesuda contra ella—. Soy un idiota.

—Agitar el Más Allá —dije reflexionando—. Pero ¿quién podría estar haciendo eso? ¿Y por qué?

—Ahí me has pillado. Es un gran misterio que nunca sabremos. Es hora de tomarse una cerveza.

—Agitar el Más Allá hace que sea más fácil que algo pueda atravesarlo —dije—. Entonces... quienquiera que haya realizado esos crueles hechizos debe de haber estado preparando el camino para algo. —Pensé en los animales muertos y los coches aplastados—. Algo grande. —Pensé en cómo temblaba Micky Malone y su locura—. Y se está haciendo cada vez más fuerte.

Bob volvió a mirarme y después suspiró.

—De acuerdo —dije—. Dios. ¿Alguna vez te das por vencido, Harry?

—Nunca.

—Entonces te ayudaré. No sabes de qué se trata. Y si te metes en esto a ciegas, vas a morir antes de que salga el sol.

Capítulo 15

—Muerto antes de que salga el sol —dije—. Las estrellas, Bob, ¿por qué no te pones melodramático del todo y me dices que me vas a mandar a dormir el sueño eterno?

—No estoy seguro de que quede tanto de ti —dijo Bob, en tono serio—. Harry, mira esto. Mira lo que ha hecho. Cruzó un umbral.

—¿Y qué? —pregunté—. Muchos seres lo pueden hacer. ¿Te acuerdas del demonio sapo? Llegó a mi umbral y lo destrozó todo.

—En primer lugar, Harry —dijo Bob—, eres soltero. Para empezar, tu umbral no es tan grande. Este Malone, sin embargo, era un hombre de familia.

—¿Y?

—Y eso significa que su hogar tenía mucha más importancia. Y además, el demonio sapo entró y después todo fue una pura interacción física. Arrasó todo, escupió saliva ácida, ese tipo de cosas. No intentó destrozarte tu alma ni sumirte en un sueño mágico.

—Esto va a ser bastante distinto, Bob.

—Lo es. ¿Pediste que te invitaran antes de entrar en la casa de Malone?

—Sí —dije—. Supongo que lo hice. Es lo educado y...

—Es más difícil para ti hacer magia en un hogar al que no te han invitado a entrar. Si cruzas el umbral sin haber sido invitado, dejas una buena parte de tu poder en la puerta. No te afecta tanto porque eres mortal, Harry, pero en cierto modo sí que te afecta.

—¿Y si fuera un ser con espíritu solo? —dije.

Bob asintió.

—Te haría más daño. Si como dices, esta Pesadilla es un fantasma, el umbral debería haberlo dejado inmóvil, y aunque hubiera pasado, no podría haber tenido el tipo de energía que necesita para hacerle tanto daño a un mortal.

Fruncí el ceño, dando un golpecito más con el lápiz e hice varias anotaciones en el papel, intentando poner todo en orden.

—Y no lo suficiente para lanzar un hechizo tan fuerte sobre Malone.

—Seguro.

—Y entonces ¿cuál podría ser la causa, Bob? ¿De qué se trata?

Los ojos de Bob se movieron sin parar por la habitación.

—Podrían ser un par de cosas del mundo espiritual. ¿Estás seguro de que quieres saberlo? —Le miré con odio—. Vale, vale. Podría ser algo muy grande. Algo tan grande que incluso una pequeña parte fuera suficiente para atacar a Malone y echarle una maldición. Puede que sea un dios que alguien haya desenterrado. Hecate, Kalu o uno de los viejos.

—No —dije rotundamente—. Bob, si ese ser fuera tan fuerte, no estaría

rompiendo los coches de la gente y destrozando gatitos. No es esa mi idea de un demonio divino. Es solo que está cabreado.

—Harry, atravesó el umbral —dijo Bob—. Los fantasmas no lo hacen porque no pueden.

Me levanté, y empecé a caminar hacia delante y hacia atrás por el pequeño espacio del suelo de mi círculo de invocación.

—No es uno de los de siempre. Los guardianes de conjuros de todo el mundo deben de estar alucinando, poniendo sobre aviso al vigilante de la puerta y al Consejo. No, esto está en el ámbito local.

—Harry, si estás equivocado...

Le di a Bob con el dedo.

—Si tengo razón, entonces hay un monstruo ahí afuera en mi ciudad, y yo estoy obligado a hacer algo antes de que alguien sufra.

Bob suspiró.

—Cruzó un umbral.

—Y... —dije andando y dando vueltas—. Puede que tuviera otra forma de pasar por el umbral. ¿Y si tenía una invitación?

—¿Cómo la consiguió? —dijo Bob—. Hola, soy el servicio de entrega a domicilio de comedores de almas ¿puedo entrar?

—¡Vete a tomar por culo! —dije—. ¿Y si engañó a Lydia? Una vez fuera de la iglesia podría haber sido vulnerable.

—¿Qué la hubiera poseído? —dijo Bob—. Es posible, supongo, pero ella llevaba tu talismán.

—Si pudo atravesar un umbral, puede que también fuera capaz de sortear eso. Va a casa de Malone, con aspecto de que no ha roto nunca un plato y consigue que lo inviten.

—Puede. —Bob hizo una mueca como si se estuviera estrujando los ojos—. Pero entonces, ¿por qué estaban desmembrados todos esos animales ahí fuera? Solo estamos contemplando una posibilidad, probablemente haya un montón.

Negué con la cabeza.

—No, no. Tengo un presentimiento sobre esto.

—Eso ya lo has dicho antes. ¿Te acuerdas de cuando querías hacer «dinamita inteligente» para esa compañía minera?

Puse mala cara.

—Esa semana no había dormido mucho. Y en todo caso las válvulas contribuyeron.

Bob se rió.

—¿O cuando intentaste hacer un hechizo al palo de la escoba para poder volar? ¿Te acuerdas? Pensé que tardarías un año en sacarte el barro de las cejas.

—¿Podrías concentrarte por favor? —me quejé. Me puse las manos a ambos lados de la cabeza para evitar que me estallara con tantas posibles teorías y me ceñí a las que se ajustaban a los hechos—. Solo hay un par de posibilidades. A saber, A: estamos ante algún tipo de ser divino en cuyo caso, estamos jodidos.

—¡Y el premio al Eufemismo Absurdo es para Harry Dresden!

Le fulminé con la mirada.

—O —dije, levantando un dedo—, B: este ser es un espíritu, algo que ya hemos visto antes y está utilizando el humo y los espejos valiéndose de las reglas que ya conocemos. En cualquier caso, creo que Lydia sabe más de lo que dice.

—Vaya, una mujer aprovechándose del capitán de la Caballería. ¿Qué probabilidades tenemos?

—¡Bah! —dije—. Si puedo encontrarla y averiguar lo que sabe, podría acabar hoy con él.

—Olvidas la tercera posibilidad —dijo Bob amablemente—. C: es algo que ninguno de nosotros entiende y te estás metiendo sin saber absolutamente nada en la boca de Caribdis.

—Eres fantástico dando ánimos —dije apretando el brazalete y poniéndome el anillo, sintiendo la energía tranquila que ambos irradiaban.

Bob movió en cierta medida los huecos de las cejas.

—Eh, nunca has salido con Caribdis. ¿Qué plan propones?

—Presté a Lydia mi talismán del hombre muerto —dije.

—No me lo creo, con todo el trabajo que nos costó, y vas y se lo das a la primera chica que pasa contoneándose.

Reprendí a Bob.

—Si todavía lo tiene. Debería poder hacer un conjuro para recuperarlo, como cuando encuentro los anillos de boda de la gente.

—Bien —dijo Bob—. Hazles pasarlo mal, Harry. Diviértete asaltando el castillo.

—No tan rápido —dije—. Puede que no lo tenga. Si está conchabada con la Pesadilla, entonces podía haberlo tirado después de dárselo. Ahí es donde entras tú en escena.

—¿Yo? —chilló Bob.

—Sí. Vas a salir, recorrer las calles y hablar con todos tus contactos para ver si puedes dar con ella antes de que se ponga el sol. Solo nos quedan un par de horas.

—Harry —dijo Bob—. Está luciendo el sol. Estoy agotado. No puedo ir por ahí como si fuera un hada subida en una gota de rocío.

—Llévate a *Mister* —dije—. No le importa llevarte por ahí. Y le vendría bien hacer ejercicio. Preocúpate de que no le maten.

—Para el carro —dijo Bob—. Otra vez en la recámara, queridos amigos ¿eh? Harry, no dejes tu trabajo para convertirte en un orador cuyo objetivo es motivar. ¿Me

das tu permiso para salir?

—Sí —dije— sólo para cumplir con esta misión. Y no gastes tiempo en merodear por ahí en los armarios de las mujeres.

Apagué las velas y el calentador y subí por la escalera. Bob salió de las órbitas de los ojos de la calavera y me siguió en forma de nube brillante del color de la llama de la vela y subió por los escalones detrás de mí. La nube se deslizó hasta donde *Mister* dormía cerca del fuego, que casi estaba apagado, y se metió en la piel gris del gato. *Mister* se puso de pie y me miró pestañeando con sus ojos verde amarillentos, se estiró y sacudió su cola antes de soltar un maullido de reproche.

Regañé a *Mister* y a Bob, me encogí de hombros dentro de mi abrigo, recogí mi varita y mi bolsa de exorcismos y mi viejo maletín negro lleno de cosas.

—Vamos, chicos —dije—, vamos detrás de la pista. Tenemos ventaja. ¿Qué podría ir mal.

Capítulo 16

Es difícil encontrar a la gente, sobre todo cuando no quieren que los encuentres. De hecho, es tan difícil que según un cálculo aproximado, en Estados Unidos, las personas que desaparecen sin dejar rastro se cuentan con una cifra de siete dígitos. A la mayoría de estas personas no se las encuentra nunca.

No quería que Lydia entrara a formar parte de esas estadísticas. Una de dos, ella era de los malos y me había tomado por un imbécil o era una víctima que necesitaba mi ayuda. En el primer caso, quería enfrentarme a ella, me ocurre siempre con la gente que me miente e intenta que me meta en problemas. En el segundo, probablemente, yo era el único en Chicago que podía ayudarla. Podría haber sido poseída por uno de los espíritus más grandes y musculosos que necesitaba, perdón por el juego de palabras, algo de «exorcismo».

Cuando se separó del padre Forthill, Lydia se fue andando y no creo que tuviera mucho dinero suelto. Vamos a pensar un poco, no tenía demasiados recursos, por lo que probablemente estaría en la zona de Bucktown/parque Wicker así que me dirigí con mi Escarabajo azul a la zona. En realidad, el Escarabajo ya no es azul. Tuvieron que cambiar ambas puertas cuando las destrozaron y dejaron la capota hecha un desastre con un gran agujero. Mi mecánico, Mike, quien consigue que el Escarabajo funcione la mayor parte de los días, no me había hecho demasiadas preguntas. Había sustituido las piezas por otras de otros coches de la marca Volkswagen, de forma que el Escarabajo azul era técnicamente azul, rojo, blanco y verde, pero yo lo seguía llamando de la misma forma.

Mientras conducía, intenté calmarme todo lo que pude. Mi propensión como mago a hacer saltar por los aires cualquier artilugio de tecnología avanzada parece empeorar cuando me disgusto, me enfado o tengo miedo. No me preguntéis por qué. Así que hice todo lo que pude para relajarme hasta llegar a mi destino, los aparcamientos pegados al parque Wicker.

Una brisa fresca hizo que mi abrigo se moviese al salir. En un lado de la calle, las casas altas y un par de edificios de apartamentos refulgían con la luz del sol que se estaba poniendo por el occidente. Por otra parte, las sombras de los árboles del parque Wicker eran alargadas como dedos negros que subían hacia mi garganta. Gracias a Dios, mi subconsciente no es demasiado consciente en términos simbólicos. En el parque había un montón de gente, jóvenes, madres con niños, mientras que por las calles había ejecutivos que empezaban a llegar ataviados con sus ropas de negocios, que se dirigían a alguno de los múltiples restaurantes elegantes, bares o cafeterías que había en la zona.

Saqué de mi bolsa de exorcismo un pedazo de tiza y un diapasón. Miré alrededor y después me puse en cuclillas en una acera y dibujé un círculo a mi alrededor,

deseando que se cerrara cuando las marcas de tiza se juntaran en el cemento. Noté una sensación de tensión, como si algo crepitara, cuando el círculo se cerró encerrando las energías mágicas de la zona, comprimiéndolas, agitándolas.

La mayor parte de la magia no se realiza de forma rápida y despreciable. El tipo de trucos que puedes conseguir cuando algo malo está a punto de saltarte a la cara se llama evocación. Esta tiene una capacidad bastante limitada, y es difícil de controlar. Solo era capaz de hacer bien un par de evocaciones, y casi todo el tiempo necesitaba la ayuda de focos artificiales, como por ejemplo mi varita o alguno de mis otros chismes encantados para asegurarme que no pierdo el control del hechizo y salgo volando junto con el monstruo baboso.

La mayor parte de la magia implica una pérdida de concentración y un trabajo duro. Ese tema es el que realmente se me da bien, la taumaturgia. La taumaturgia es la magia tradicional, todo lo relacionado con la creación de vínculos simbólicos entre objetos o personas y después conferirles energía para conseguir el efecto que quieres. Con la taumaturgia se puede conseguir mucho, siempre que tengas el tiempo suficiente para planear las cosas y más tiempo para preparar un ritual, los objetos simbólicos y el círculo mágico.

Todavía tengo que reunirme con un monstruo baboso que tenga la educación suficiente para esperar a que termine.

Me quité el brazalete protector que utilizaba de la muñeca y lo dejé en el centro del círculo, ese era mi canal. El talismán que había entregado a Lydia había sido construido de forma similar, y las dos pulseras sonarían en la misma frecuencia. Cogí el diapasón y lo coloqué junto al brazalete y con sus dos extremos en contacto con cada una de las púas, tracé un círculo completo.

Después cerré los ojos y acumulé la energía reunida en el círculo. La atraje hacia mí, la modelé, le di forma con el efecto que estaba buscando con mis pensamientos e imaginé con todas mis fuerzas el talismán que le había dado a Lydia mientras lo hacía. La energía aumentaba cada vez más, noté un zumbido en mis oídos, una sensación de picor en la nuca. Cuando estuve preparado, extendí las manos sobre los dos objetos, abrí los ojos y dije con fuerza.

—*Duo et unum.* —Al pronunciar las palabras, la energía salió de mí de forma tan súbita que me dejó un poco mareado. No había chispas, ni luminosidad ni nada más que hubiese que imputar a un presupuesto de efectos especiales, solo la sensación de haber terminado un trabajo y un murmullo minúsculo, casi inaudible.

Cogí el brazalete y me lo volví a poner, después levanté el diapasón y emborroneé el círculo con mis pies deseando que se rompiera. Sentí el pequeño estallido que producían las energías residuales que se liberaban, me levanté y cogí la bolsa del exorcismo del Escarabajo. Después me fui por la acera sujetando el diapasón delante de mí. Cuando me hube alejado varios pasos, me di la vuelta trazando un lento

círculo.

El diapasón seguía en silencio, y entonces, de repente, tembló en mi mano y emitió un sonido cristalino cuando lo orienté hacia el noroeste. Levanté la vista y miré las puntas, caminé otros doce pasos más y describí un triángulo lo más perfecto que pude. El tenedor cambió de dirección y al sonar la segunda vez se oyó bien, a pesar de no tener ningún tipo de instrumento; Lydia debía de estar bastante cerca.

—Sí —dije y empecé a andar a paso enérgico, moviendo el diapasón hacia delante y hacia atrás, colocando mis pies en la dirección en la que sonaba. Seguí así hasta el otro extremo del parque donde el diapasón apuntaba directamente a un edificio que debía de haber sido algún tipo de fábrica, pero que ahora estaba abandonada.

En el piso bajo había un par de puertas de garaje y una puerta central cerrada con tablas. En los dos pisos más bajos, la mayor parte de las ventanas estaban tapiadas. En el tercer piso, algunos vándalos, ya sea por aburrimiento o por afán de destrucción, habían lanzado piedras a los cristales y los trozos fragmentados presentaban bordes afilados y polvorientos que destacaban frente a la oscuridad que había detrás, como si fueran hielo sucio.

Tomé otras dos referencias a un metro y medio a cada lado de la primera. Todas apuntaban directamente al edificio. Sentí como este me fulminaba con la mirada, silencioso, aterrador.

Me estremecí.

Sería conveniente llamar a Michael. Puede que incluso a Murphy. Podría llegar hasta un teléfono, intentar ponerme en contacto con ellos y no tardarían mucho en llegar.

Por supuesto, sería mejor después de la puesta de sol. Si la Pesadilla estaba dentro de Lydia, en ese momento podría salir de su interior. Si pudiera llegar hasta ella, y exorcizar ahora a ese ser podría acabar con la ola de destrucción.

Sí, sí, sí. Tenía un montón de posibilidades. El sol se estaba ocultando rápidamente. Busqué en mi abrigo, saqué la varita, y me cambié la bolsa de exorcismo a la misma mano que el diapasón. Después crucé la calle, camino de las puertas del garaje del edificio. Probé con una y para mi sorpresa subió. Miré a izquierda y derecha y después me adentré en la oscuridad, cerrando la puerta detrás de mí.

Tardé un momento en adaptarme a la falta de luz. La habitación solo estaba iluminada por una tenue luz que se colaba por debajo de la chapa de encima de las ventanas, y los bordes de las puertas del garaje. Supuse que era un muelle de carga que abarcaba casi toda la primera planta. Las columnas de piedra lo mantenían en pie. El agua goteaba en algunas zonas, caía de una tubería rota, y había charcos por todo el suelo.

Todavía se oía el motor de una camioneta nueva con paneles laterales mientras se enfriaba. Estaba aparcada en el otro extremo del muelle de carga, junto a un contrafuerte de piedra de metro y medio de alto, en el que los camiones se apoyaban para cargar y descargar mercancías. Una señal colgaba de una bisagra, por encima de la camioneta, en la que se leía «Summer's Textiles MFG».

Me acerqué despacio a la camioneta, con la varita pegada al costado, rastree con el diapasón y con los ojos el espacio en sombras. El diapasón sonaba cada vez que lo pasaba cerca de la camioneta.

La camioneta blanca brillaba en la luz tenue. Tenía las ventanas tintadas, y no podía ver el interior, a pesar de estar a solo trescientos metros aproximadamente.

Algo, algún sonido u otro impulso que no percibí de forma consciente me erizó el pelo de la nuca. Me giré para enfrentarme a la oscuridad que tenía a mi espalda, con la punta de la varita levantada, mis dedos amoratados apretaban con fuerza el mango. Concentré mis sentidos en la oscuridad, y escuché, prestando la mayor atención posible a mi alrededor.

Oscuridad.

Un goteo de agua.

Encima de mí se oyó el crujido del edificio.

Nada.

Me guardé el diapasón en el bolsillo del abrigo. Después me volví hacia la camioneta, me acerqué rápidamente y abrí la puerta lateral, apuntando con mi varita al interior.

Había un bulto envuelto en una manta, aproximadamente del tamaño de Lydia, dentro de la camioneta y de él caía una mano pálida en cuya muñeca estaba mi talismán chamuscado y manchado de sangre.

Se me puso el corazón en la garganta.

—¿Lydia? —pregunté. Me acerqué y toqué la muñeca. Noté el débil y lento pulso. Dejé escapar un suspiro, le quité las mantas de su pálida cara. Tenía los ojos abiertos, miraba fijamente, las pupilas estaban dilatadas hasta tal punto que casi había perdido todo el color. Moví la mano delante de sus ojos y volví a decir—: Lydia. — No respondía. *Está drogada* —pensé.

¿Qué demonios estaba haciendo aquí? Tumbada en una camioneta, tapada con mantas, drogada y colocada con sumo cuidado. No tenía sentido a menos que...

A menos que fuera...

Una forma de distraerme. El cebo de una trampa.

Me giré, pero antes de que pudiera dar media vuelta, esa oleada de energía fría que había sentido la noche antes me había cubierto un lado de la cara, la garganta. Algo rubio e increíblemente rápido me golpeó con la fuerza de la embestida de un toro, me levantó y me lanzó dentro de la camioneta. Me giré sobre los codos y vi que

el vampiro Kyle Hamilton venía a por mí, con los ojos negros y oscuros, haciendo una mueca en la que se veía el hambre que tenía. Todavía llevaba las zapatillas de tenis. Le di una patada en el pecho y no sé si empujado por una fuerza sobrehumana o sin ella, lo levanté del suelo un segundo, lo cual me dio un respiro. Levanté la mano derecha en la cual brillaba el anillo de plata, y grité:

—*¡Assantius!*

El anillo se llenó de energía, toda la energía cinética que recuperaba cada vez que movía el brazo fue a parar a la cara del vampiro con una furia inusitada. Aquella fuerza fue suficiente para romperle los labios, pero no sangró. Se metió por el rabillo de los ojos y le arrancó la piel, pero seguía sin sangrar. Rasgó la piel de sus mejillas, que bajo el color rosa típico anglosajón de su piel, apareció de color negro gomoso, trozos de carne que se agitaban como si fueran banderas ondeadas al viento.

El cuerpo del vampiro salió despedido hacia atrás y hacia arriba. Se dio con el techo provocando un ruido sordo y después cayó al suelo con un golpazo. Conseguí salir de la camioneta, sentía un dolor extraño en el pecho. Me había dejado el maletín de médico, me quité el brazalete protector y extendí el brazo izquierdo.

Kyle se movió un momento y después se desplomó poniéndose a cuatro patas; su cuerpo se contorsionaba de forma extraña, con los hombros demasiado levantados, tenía la espalda doblada y se contorsionaba. De su cara colgaban fragmentos de piel, de aspecto resbaladizo detrás de los cuales se veía el color negro parecido al plástico. Alrededor de sus ojos también tenía la piel arrancada, eran como trozos de una máscara de goma, y sobresalían negros, enormes e inhumanos. Las mandíbulas estaban abiertas, dejando ver como goteaba saliva que caía al suelo húmedo.

—Tú —susurró el vampiro en voz tranquila y desconcertante al mismo tiempo.

—¡Vaya! Eso ha sido original —murmuré, concentrando todas mis fuerzas—. Sí, soy yo. ¿Qué demonios haces tú aquí? ¿Dónde crees que vas con Lydia?

Su expresión inhumana cambió.

—¿Quién?

Sentí punzadas en el pecho, fuertes, intensas, sentía calor, era como si se me hubiera roto algo. Tenía una buena fractura. Me quedé de pie, pero sin dejar que se diera cuenta de que estaba débil.

—Lydia. El pelo mal teñido, con los ojos hinchados, en tu camioneta, con mi talismán en su muñeca.

Dejó escapar una carcajada.

—¿Es así como te dijo que se llamaba? Te han utilizado, Dresden.

Volví a estremecerme, y fruncí el ceño. No había recibido ningún aviso previo pero mi instinto me hizo pegar un salto hacia un lado rápidamente.

La hermana del vampiro, Kelly, tan rubia y hermosa como lo era antes, se lanzó al espacio que yo ocupaba. Ella también se puso de rodillas dando un bufido y soltando

babas, enseñando las mandíbulas, con los ojos abultados. Llevaba un ceñido traje blanco, que marcaba sus curvas, botas y guantes blancos y una capa blanca corta con una capucha grande. Su ropa estaba manchada, imperfecta, tenía motas rojas y el pelo rubio despeinado. Su boca estaba manchada de sangre, como si fuera un lápiz de labios corrido o la mancha que queda después de beber una gran taza de zumo. Un bigote de sangre. ¡Madre mía!

Apuntaba con mi varita a Kelly y llevaba la mano derecha extendida.

—¿Así que los dos habéis estado tratando de agarrar a Lydia, eh? ¿Por qué?

—Déjame matarle —gruñó la hembra, con los ojos negros, vacíos y hambrientos—. Kyle, tengo hambre.

Bueno, me da igual que me demanden pero en cuanto oigo hablar de que me van a comer me quedo inmóvil. Apunté con la varita a la cara de Kelly y empecé a lanzar energía hacia ella, haciendo que la punta brillase.

—Sí, Kyle —dije—. Deja que lo intente.

Miré a Kyle, con su cara desgarrada y aquello fue bastante para revolverme el estómago. Aunque sepas lo que hay detrás, esto no está bien.

—Esto no es asunto tuyo, mago.

—La chica está bajo mi protección —dije—. Si os vais ahora no seré muy duro con vosotros.

—Eso no va a ser posible —dijo Kyle, con un tono sepulcral en su voz.

—Kyle —gimió de nuevo la hembra. De su boca goteaba más baba que caía al suelo. Empezó a temblar, a estremecerse como si estuviera a punto de salir volando en alguna dirección o hacia mí. Se me quedó la boca seca, y me preparé para dispararle.

Vi como Kyle desaparecía de mi ángulo de visión. Levanté el brazalete protector hacia él, concentré mi voluntad en él, pero solo me dio tiempo a desviar en cierta medida el trozo de hormigón roto que me lanzó a la cabeza y se estrelló contra mi sien lanzándome por los aires. Vi como Kelly venía hacia mí, con la capa blanca al vuelo y levanté la varita hacia ella gritando.

—¡Fuego!

De la punta de la varita salió fuego, y aunque me faltaron unos treinta centímetros para dar a Kelly, la varita estaba a suficiente temperatura como para que el dobladillo de su capa ardiera. La llama cambió de dirección describiendo un arco en el techo y bajó por la pared a medida que yo empezaba a caer, atravesando la madera y el ladrillo y la piedra como una inmensa soldadura de arco.

Ella se lanzó encima de mí, sentándose a horcajadas sobre mis caderas con sus muslos, gimiendo de excitación. Le di con la varita, pero ella se echó a un lado, riéndose con un tono histérico, salvaje, quitando la capa con la otra mano. Se lanzó a mi garganta pero levanté las manos para cogerla por la melena. Sabía que era un

gesto inútil y ella era demasiado fuerte. No podría sostenerla mucho tiempo, como mucho unos segundos. Me latía el corazón a toda prisa en el pecho dolorido e intenté, jadeando, conseguir respirar.

Y entonces unas gotas de su baba me cayeron en la garganta, la mejilla, la boca. Y ya nada importó.

Era una sensación fantástica que recorrió todo mi cuerpo proporcionándome calidez, seguridad, paz. El éxtasis empezó en mi piel y fue extendiéndose, liberando la tremenda tensión de mis músculos. Mis dedos languidecieron en el maravilloso pelo de Kelly y ella gruñó, contoneando sus caderas contra las mías. Acercó su boca hacia mí, y noté su aliento en mi piel, cómo sus pechos se apretaban contra mí a través del fino tejido de su traje.

Algo, un pensamiento acuciante, me molestó durante un instante. Probablemente fueran las perfectas cavidades de sus ojos sin luz, o la forma en que sus mandíbulas se frotaban contra mi garganta, a pesar de que me resultaba placentero. Pero entonces noté sus labios en mi piel, noté la atracción en su aliento con una estremecedora anticipación y ya nada importaba. Solo quería más.

Luego llegó ese estruendo y percibí de forma difusa como se derrumbaba el muro oeste del edificio, caían trozos de madera en llamas y ladrillos. La explosión que había lanzado hacia Kelly había abierto el techo, las paredes y las vigas de apoyo. Debía de haber debilitado la estructura de todo el inmueble.

¡Uy!

La luz del sol entraba a raudales entre los ladrillos que iban cayendo y las nubes de polvo y los últimos rayos de luz cálidos y dorados que me daban en la cara me hacían daño en los ojos.

Kelly gritó, porque había zonas de piel que no estaban tapadas por la ropa, y de la barbilla hacia arriba, ardió en llamas. Le llegó la luz como si fuera un golpe físico, apartándola de mí. Fui consciente del dolor, del calor incómodo que sentía en la mejilla, la garganta toda la zona en la que su saliva me había corrido por la piel.

Por un momento todo fue luz, calor, dolor y noté que alguien estaba gritando. Un momento después pude levantarme con gran esfuerzo, y miré el interior del edificio. El fuego se extendió, un ruido sordo, como algo que se resquebraja en los pisos que había por encima de mí, y a través del trozo de pared que faltaba podía oír los sonidos de las sirenas a lo lejos. Había manchas de algo negro y grasiento en el suelo de cemento, que conducían a la camioneta blanca. La luz del sol alcanzaba casi la ventana trasera del vehículo. La puerta lateral estaba abierta del todo y Kyle, de cuya cara todavía colgaban trozos irregulares de carne, parecía algo grotesco; y su hermana: su verdadera forma ya no estaba cubierta por su máscara de carne. Al lanzarla a la parte trasera de la camioneta, la vampira emitía lamentos agónicos. Cerró la puerta de golpe, con los labios rotos fue capaz de esbozar un gruñido. Dio un

paso hacia mí, después cerró las mandíbulas mostrando su frustración, y se paró justo en el límite al que llegaba la luz del sol.

—Mago —susurró—, nos las pagarás. Te haré pagar por esto. —Y a continuación se dio la vuelta hacia la camioneta, con sus ventanas de cristales tintados y se metió de un salto. Al instante, el motor se puso en marcha y la camioneta salió a toda velocidad hacia las puertas del garaje, y se estrelló contra una de ellas, haciendo que salieran volando fragmentos de madera y fue dando tumbos por la calle, desapareciendo de la vista a toda velocidad.

Yo me quedé donde estaba, aturdido, chamuscado, dolorido y con la cabeza entumecida. Después me puse de pie y fui tambaleándome hacia el agujero que había en la pared para ver la tenue luz. Las sirenas se acercaron.

—Maldita sea —murmuré contemplando cómo se extendían los fuegos—. Me cuesta esto de los edificios.

Moví la cabeza para despejarme. Estaba oscuro, anochecía. Tenía que volver a casa. Los vampiros podían salir después del anochecer. *A casa* —pensé—, *a casa*.

Fui tambaleándome hacia el Escarabajo.

Al hacerlo, detrás de mí, el sol se iba poniendo por el horizonte, dejando libres a todos los seres que sembraban el pánico.

Capítulo 17

No recuerdo como conseguí volver otra vez a casa. Tengo una imagen difusa de los coches rodeándome y circulando a mi alrededor a toda velocidad y a continuación el ronroneo de *Mister* cuando me recibió al entrar en el apartamento. Al entrar cerré la puerta.

La saliva narcótica del vampiro se había filtrado por mi piel inmediatamente y se había extendido por mi cuerpo enseguida. Me sentía aturdido y débil. La habitación no se movía pero cuando yo movía los ojos, las cosas parecían algo borrosas y cuando enfocaba algo, vibraba. Con cada latido de mi corazón, todo mi cuerpo latía con una punzada suave y lenta que me proporcionaba una sensación agradable.

Había algo dentro de mí que hacía que no pudiera evitar que aquella sensación me resultara agradable. Era la mejor droga que había probado nunca, a pesar de que en los hospitales me habían pinchado en innumerables ocasiones.

Me fui tambaleándome hacia mi estrecha cama y me dejé caer. *Mister* llegó y merodeó por mi cara, esperando que me levantara y le diera de comer.

—Vete de aquí —me oí a mí mismo murmurar—. Maldita bola de pelo. Venga. — Me puso una pata en la garganta y tocó la zona de la piel quemada donde la luz del sol me había dado en la mancha de la saliva de Kelly Hamilton. El dolor me hizo saltar y gruñí esforzándome por llegar a la cocina. Cogí un poco de fiambre del refrigerador y lo dejé caer en el plato de *Mister*. Después fui tambaleándome al baño y encendí la luz.

Dolía.

Me tapé los ojos y me miré en el espejo. Mis pupilas estaban totalmente dilatadas, la garganta, las mejillas estaban rojas y brillantes, como si me acabara de levantar de una siesta en una tarde de verano, me dolía pero eso era todo. No pude encontrar ninguna marca en la garganta. Entonces, el vampiro no me había mordido. Estaba bastante seguro de que eso era bueno. Si te mordía, eso significaba que establecía un vínculo con la víctima. Si me hubiera mordido, se podría haber metido en mi cabeza. El típico encantamiento mediante el control de la mente. La infracción de una de las leyes de la Magia.

Me dejé caer en la cama intentando volver a poner en orden mi cabeza. Mi maravilloso y dolorido cuerpo hacía que esto fuese tarea complicada. *Mister* llegó dándome con el hocico pero lo aparté con una mano y me obligué a ignorarle.

—Concéntrate, Harry —susurré para mí—. Tienes que concentrarte.

Había aprendido a olvidar el dolor cuando era necesario. Para estudiar con Justin eso era imprescindible. Mi profesor no creía en prescindir de la varita y malgastar la magia potencial. Aprendes muy rápido a no cometer errores si tienes el incentivo adecuado para evitarlos.

Mantener el placer a raya era un ejercicio bastante más difícil pero me las apañé para conseguirlo. Lo primero que tenía que hacer era esquivar mi sentido del placer. Tardé, pero poco a poco pude delimitar las partes de mi cuerpo a las que les gustaban todas las sensaciones maravillosas, cálidas, la felicidad en sí misma. Encontré la frecuencia del latido del corazón y lo ralentiqué un poco, aunque ya iba lento de por sí, después comencé a reducir la percepción de mis miembros poniéndolos detrás de las barreras con el resto de mí que no estaba haciendo nada bueno. A continuación tuve una sensación de placer instantáneo. Ya solo estaba algo mareado, era algo inevitable.

Cerré los ojos, suspiré e intenté recordar todo.

Lydia había huido de la protección que le proporcionaba la iglesia y el padre Forthill. ¿Por qué? Recapitulé pensando en los detalles de todo lo que sabía sobre ella. Sus ojos hundidos. La sensación de cosquilleo al tocar su aura. ¿Le temblaban un poco las manos? Creo que sí. Pensé en lo que había visto de ella en la camioneta, la pulsera de la muñeca. Su pulso. ¿Era lento? Eso creía en aquel momento pero el mío estaba acelerado. Me concentré en el momento en el que la había estado tocando.

Sesenta, pensé. Tenía unas sesenta pulsaciones por minuto. Mi propio corazón latía a un sexto de esa velocidad en ese momento. Antes de ralentizarlo para que la droga se extendiera más lentamente en la sangre, latía a la mitad de esa velocidad.

(Sensación, dulce sensación, por qué demonios tenía que luchar contra ella cuando podía simplemente dejarme llevar, escuchar la música, y quedarme ahí feliz y tranquilo y sentirme, sin más sentirme...).

Tardé un momento en ponerme en guardia otra vez. El ritmo cardíaco de Lydia era el habitual de un corazón humano. Pero estaba lacia y sin vida, como yo ahora. Estaba seguro de que Kyle y Kelly la habían envenenado como a mí. Entonces, ¿por qué su corazón latía tan rápidamente comparado con el mío?

Salió de la iglesia y quizá la atrapó la Pesadilla. Después con ella fue a casa de Malone y consiguió que la invitaran. Pero ¿por qué en casa de Malone? ¿Qué tenía que ver eso?

Malone y Lydia. Ambos habían sido atacados por la Pesadilla. ¿Qué relación había? ¿Cuál era la conexión?

Más preguntas. ¿Qué querían sus vampiros? Si Kyle y su hermana iban detrás de Lydia, eso significaba que Bianca la quería. ¿Por qué? ¿Estaba Bianca relacionada con la Pesadilla? Y si lo estaba, ¿por qué demonios querría utilizar a sus matones más poderosos para secuestrar a la chica, si ya estaba poseída por el aliado de Bianca?

¿Y cómo demonios había conseguido la Pesadilla atravesar el umbral? Y una pregunta mejor que esa: ¿Cómo había conseguido traspasar la protección ofrecida a Lydia por mi talismán del Hombre Muerto? Ningún fantasma debería haber podido hacerle ningún daño directo ni haber tenido contacto con ella. No tenía sentido.

¿Y por qué tendría que tenerlo? ¿Por qué tendría que significar algo? Siéntate,

Harry, tumbate y siéntete bien y relájate y deja que tu sangre fluya, que tu corazón lata, sumérgete en la maravillosa, cálida y arrolladora oscuridad y deja de preocuparte, deja de ocuparte, déjate llevar y flota y...

Los muros defensivos empezaron a caer.

Yo luché, pero un miedo repentino hizo que mi corazón se acelerara. Luché contra la fuerza del veneno que invadía mi sangre pero esa lucha solo consiguió hacerme más vulnerable, más susceptible. Ahora no podía fallar. No podía. La gente dependía de mí. Tenía que luchar...

Los muros cayeron y un gemido invadió mi sangre.

Me sumí en un sueño.

Y me gustaba.

Me dejé llevar y me sumí en el sueño, un sueño dulce y oscuro. Y al dormirme llegaron los sueños.

En el sueño, me encontraba en el almacén en el Puerto de Burnham. Era de noche y había luna llena. Llevaba el abrigo, una camiseta negra y pantalones vaqueros, mis zapatillas, que eran mejor para..., bueno, no hacer ruido. Michael estaba detrás de mí vestido con su capa, su cota de malla y su sobrecapa encarnada. Con el frío invernal se veía su aliento. Llevaba a *Amoracchius* en la cadera, una fuente de poder constante y tranquila. Murphy y los demás miembros de Investigaciones Especiales llevaban ropa oscura y suelta y chalecos antibalas y todos tenían un arma en una mano y algo más, como por ejemplo frascos de agua bendita y crucifijos de plata en la otra.

Micky Malone levantó la vista para mirar la luna y cogió la escopeta con ambas manos, era el único que confiaba plenamente en el destrozo que podía causar la potencia del fuego. Bueno, tenía razón.

—De acuerdo —dijo—. Entramos y ¿qué?

—Este es el plan —dijo Murphy—. Harry piensa que los seguidores del asesino estarán fuera de juego por la droga y se habrán quedado dormidos. Los rodeamos, los esposamos y nos vamos. —Murphy hizo una mueca, sus ojos azules brillaban con la luz plateada—. Harry, diles lo que viene ahora.

Hablé en voz baja.

—El tipo al que perseguimos es un brujo. Es algo parecido a un mago solo que gasta su energía en hacer cosas que son en gran parte destructivas. No hace nada bien que no sea joder a alguien.

—Lo cual le convierte en un antipático —gruñó Malone.

—Bastante —confirmé—. El chaval tiene fuerza pero no tiene clase. Voy a entrar para bloquear su magia. Creemos que podríamos estar hablando de un demonio... por eso ha habido asesinatos. Son parte de su pago para conseguir que el demonio trabaje para él.

—Demonio —susurró Rudolph—, Dios ¿Qué te parece esta mierda?

—Jesús creía en los demonios —dijo Michael en voz baja—. Si ese ser está allí, no te acerques a él. No lo dispaes. Déjamelo a mí. Si se me adelanta, tírale el agua bendita y corre mientras él grita.

—Ese es más o menos el plan —confirmé—. Evitar que cualquier esbirro con cuchillo me dé a mí a o a Michael. Yo me encargaré de quitarle los poderes a Kravos y vosotros le cogéis en cuanto estemos seguros de que el demonio no nos comerá. De todos los demás asuntos sobrenaturales me encargo yo, ¿alguna pregunta?

Murphy negó con la cabeza.

—Vamos. —se inclinó y lanzó el brazo al aire, haciendo una seña al resto del equipo de Investigaciones Especiales y nos dirigimos hacia el almacén.

Todo marchaba conforme al plan. En la parte delantera del almacén, una docena de jóvenes, todos con esa típica mirada perdida, estaban durmiendo rodeados de tanto humo que me sentí mareado. Por todas partes había restos de lo que había sido una buena fiesta, latas de cerveza, ropa, colillas de porros, agujas vacías, absolutamente de todo. Los policías se lanzaron sobre los chavales como un enjambre, los esposaron y los llevaron a una camioneta que los esperaba en menos de noventa segundos.

Michael y yo avanzamos hacia la parte trasera del almacén, a través de montones de cajas y cajones para la expedición. Murphy, Rudy y Malone nos seguían de cerca. Abrí la puerta del muro trasero y miré por una rendija.

Vi un círculo de velas negras encendidas, una figura iluminada de rojo vestida con plumas y sangre arrodillada a su lado y algo oscuro y horrible agachado en el interior.

—Bingo —susurré. Me di la vuelta hacia Michael—. El diablo está ahí con él.

El caballero se limitó a asentir, y desenvainó la espada.

Saqué el muñeco del bolsillo de mi abrigo. Era un muñeco Ken, desnudo y anatómicamente incorrecto, pero valdría. El único pelo que los forenses habían recuperado de la última escena del crimen lo habían pegado con celofán a la cabeza del muñeco y le habían vestido con el atuendo normal de alguien que se adentra en la magia negra, pentagramas invertidos, algunas plumas y algo de sangre (de un pobre ratón que *Mister* había pillado).

—Murphy —susurró—. ¿Estás absolutamente seguro de este pelo? ¿De que pertenece a Kravos? —Si no era así, el muñeco no le haría nada al brujo, a menos que consiguiera lanzárselo a los ojos.

—Estamos razonablemente seguros —susurró—, sí.

—Razonablemente seguros. Estupendo. —Sin embargo, me arrodillé y tracé el círculo a mi alrededor, y después otro alrededor del muñeco Ken y lancé mi hechizo.

El pelo era de Kravos. Se dio cuenta del efecto del hechizo unos segundos antes de que pudiera cerrar todo su poder y en esos pocos segundos, extendió la mano y rompió el círculo que rodeaba al demonio con su voluntad y su mano, y después dio

un grito de rabia con el que le ordenó atacar.

El demonio se lanzó hacia nosotros, todo estaba sumido en una oscuridad estremecedora, todo eran sombras y ojos rojos brillantes. Michael entró empuñando a *Amoracchius*, el repentino resplandor de luz y de furia mágica fue como un vendaval en medio de esa oscuridad.

En la vida real, yo había terminado el hechizo y despojé a Kravos de sus poderes. Michael había convertido al demonio en fiambre. Kravos había intentado correr detrás de él pero Malone había disparado su escopeta al suelo y a los pies de Kravos a una distancia bastante grande y alcanzó su objetivo dándole en las piernas y dejándolo tirado retorciéndose, sangrando, pero vivo. Murphy le había quitado el cuchillo de las manos al brujo y los buenos habían ganado la partida.

En mi sueño no pasaba así.

Noté que la estructura del hechizo que rodeaba a Kravos empezaba a fallar. En tan solo un instante estaba dentro de él, atrapado por mi magia y al siguiente ya no estaba, y el hechizo cayó por su propio peso.

Michael gritó. Levanté la vista y le vi suspendido en el aire, su espada daba vueltas en las sombras y delante de él solo había oscuridad, no podía hacer nada. Eran unas manos oscuras, unos dedos largos propios de una pesadilla que agarraron la cabeza de Michael tapándole la cara. Hubo un giro inesperado, se oyó un débil crujido, como de algo que se quebraba y el cuello del caballero se rompió. Su cuerpo dio una sacudida y después se quedó lacio y sin vida. La luz de *Amoracchius* se apagó. El demonio chilló, fue un minúsculo sonido agudo, y dejó que el cuerpo cayera al suelo.

Murphy gritó y le lanzó su jarra de agua sagrada al demonio. El líquido se prendió y se vio una luz dorada como si hubiera chocado con algo en esa tremenda oscuridad que era el demonio. Aquella forma se volvió hacia nosotros. Tenía las garras encendidas y Murphy se echó hacia atrás con los ojos abiertos del todo por el susto, porque las garras habían atravesado su chaqueta de *kevlar*, su camisa, su piel, rasgando su vientre. De él brotó sangre y algo peor y ella dejó escapar un débil sonido entrecortado apretándose con ambas manos la herida.

Malone empezó a soltar ráfagas con su escopeta. La oscuridad demoníaca se volvió hacia él, con una mirada lasciva y las fauces rojas abiertas y esperó hasta que el arma se quedó sin balas. Entonces, se rió, cogió el extremo de la escopeta y golpeó a Malone contra una pared, empujando la empuñadura de madera contra el vientre del hombre hasta que gritó, hasta que la carne empezó a abrirse, hasta que las costillas empezaron a romperse y después siguió empujando, hasta que pudo oír, incluso por encima del ruido de las arcadas de Malone, como las vértebras empezaron a astillarse y a romperse. Malone también cayó al suelo moribundo.

Rudolph gritó, pálido y demacrado y salió corriendo.

Me dejó solo con el demonio.

El miedo hizo que mi corazón se acelerase y temblara como una hoja ante aquel ser. Todavía estaba dentro del círculo. Todavía me estaba protegiendo el círculo. Intenté echar mano de mi poder, invocar un golpe que podría aniquilar a ese ser.

Y encontré algo por mí mismo. Un muro. El mismo hechizo que había intentado lanzarle a Kravos.

El demonio me acechó y como si mi círculo no estuviera, se estiró y me lanzó boca abajo en el aire. Aterricé en el suelo haciendo un ruido sordo.

—No —tartamudeé, e intenté apartarme del ser—. No, no está ocurriendo. ¡Así no ocurrió!

Los ojos rojos del demonio brillaron. Levanté mi varita, apunté y grité.

—¡Fuego!

No hubo ningún atisbo de calor. Ni un chisporroteo de energía. Nada.

El demonio volvió a reír, intentando cogerme y noté como me levantaba en el aire.

—¡Esto es un sueño! —grité. Con ese nivel de conciencia, intenté salir del sueño, modificarlo, pero no había preparado nada antes de dormirme y estaba ya demasiado asustado, demasiado distraído para concentrarme—. ¡Esto es un sueño! ¡Así no ocurrió!

—Eso era antes —murmuró el demonio con la voz aterciopelada— y ahora ocurre de otra forma. —Entonces sus fauces se abrieron y se cerraron sobre mi vientre, eran unas fauces horribles que se hundían, me hostigaban, me arrancaban las entrañas. Movié la cabeza, y yo exploté, salieron volando fragmentos de mi carne, mi sangre brotaba mientras me esforzaba y luchaba inútilmente gritando.

Y entonces un gato atigrado gris con su cola cortada salía de la nada y me daba un zarpazo con una pata, azotándome en la nariz como si fuera fuego.

* * *

Volví a gritar y me di cuenta de que estaba en el extremo opuesto de mi habitación, de vuelta en mi apartamento, enrollado en posición fetal, hecho una bola. Había estado vomitando. *Mister* estaba rondando a mi alrededor y entonces, casi diplomáticamente, me dio otro arañazo en la mejilla. Me oí gritar á mí mismo y me estremecí por el golpe.

Algo me tensó la piel. Algo frío, oscuro y nauseabundo. Noté que estaba intentando despertarme, intentando escapar de los restos del veneno del vampiro y del suelo para concentrarme en aquello, pero ya no estaba.

Sufrí un fuerte estremecimiento. Estaba aterrorizado, no asustado ni con aprensión sino brutal y pertinazmente aterrorizado. No tenía ningún sentido, era un

terror que nacía del cerebro, ese tipo de terror que sobrepasa el pensamiento racional y va directamente al alma. Me sentí terriblemente violado, utilizado. Inútil. Débil.

Fui a gatas a mi laboratorio, tanteando en la oscuridad. Sabía que *Mister* venía conmigo. Ahí abajo estaba oscuro, hacía frío. Fui dando tumbos por la habitación, golpeándome con las cosas a diestro y siniestro hasta llegar al círculo de invocación construido en el suelo. Me lancé a él, sollozando, palpé el suelo con los dedos temblorosos hasta que localicé el anillo. Después deseé que el círculo se cerrase. Luchaba, se resistía con lo que tuve que concentrarme más, hasta que al final noté que se cerró a mi alrededor formando un muro invisible.

Me hice un ovillo poniéndome de lado, manteniendo cada parte de mi cuerpo dentro del círculo y lloré.

Mister merodeaba alrededor del círculo, emitía un fuerte y tranquilizador ronroneo. Después escuché al gran gato gris saltar sobre la mesa de trabajo y después sobre una de las estanterías. Su sombra tenue se escondió junto al pálido cráneo. De su boca empezó a salir una luz naranja, hacia las órbitas de los ojos de la calavera, hasta que la llama de los ojos de Bob brilló y la calavera empezó a mirarme.

—Harry —dijo Bob, en voz baja, seria—. Harry ¿puedes oírme?

Temblando, levanté la vista. Me sentí tremendamente agradecido por escuchar una voz familiar.

—Harry —dijo Bob con suavidad—, lo he visto. Creo que sé lo que pasó con Malone y los demás. Creo que sé como lo hizo. Intenté ayudarte pero no te despertabas.

Mi mente daba vueltas, confundida.

—¿Qué? —pregunté. Mi voz era un gemido—. ¿De qué hablas?

—Lo siento, Harry —la calavera guardó silencio y aunque su expresión realmente no podía cambiar, parecía preocupado—. Creo que sé lo que ha tratado de comerte.

Capítulo 18

—Comerme —susurré—. No...no entiendo nada.

—Ese ser que ha estado persiguiéndote, la Pesadilla, creo que ha estado aquí.

—La Pesadilla —dije. Bajé la cabeza y cerré los ojos—. Bob. No puedo pensar con claridad. ¿Qué está ocurriendo?

—Bueno. Viniste hace unas cinco horas completamente drogado con saliva de vampiro, y balbuceando como un loco. Creo que no te diste cuenta de que estaba dentro de *Mister*. ¿Te acuerdas de eso?

—Sí, algo.

—¿Qué pasó?

Le conté mi experiencia con Kyle y Kelly Hamilton a Bob. Parece que hablar ayudó a que todo dejara de dar vueltas a mi alrededor y que mi estomago se asentase. El corazón empezó a latirme más despacio y ya no latía como el de un conejillo asustado.

—Parece raro —dijo Bob—. Tenía que ser algo importante para que se arriesgaran a salir a la luz del sol, aunque fuera en una camioneta preparada.

—Ya me hago cargo, Bob —dije, y me limpié la cara con una mano.

—¿Te sientes mejor?

—Sí... supongo.

—Creo que has salido bastante bien parado en lo que respecta al espíritu. Es una suerte que empezaras a gritar. Llegué lo más rápido que pude pero no querías despertarte. Supongo que fue por el veneno.

Me senté, con las piernas cruzadas y me quedé dentro del círculo. —Recuerdo que tuve un sueño, Dios y fue terrible. —Sentí que las tripas se me revolvían y empecé a temblar otra vez—. Intenté cambiarlo, pero no estaba preparado. No podía.

—Un sueño —dijo Bob—. Sí, eso tiene sentido.

—¿Qué tiene sentido? —pregunté.

—Sí, claro —dijo Bob.

Negué con la cabeza, puse los codos en las rodillas y me cogí la cara con las manos. No quería hacer esto. Debía hacerlo otro. Yo debería irme de la ciudad.

—¿Fue un espíritu el que me asaltó?

—Sí.

Negué con la cabeza.

—Eso no tiene sentido. ¿Cómo consiguió atravesar el umbral?

—Para empezar, tu umbral no está tan caliente, solterón.

Saqué las fuerzas suficientes para regañar a Bob.

—Y qué hay de las medidas de seguridad. Tengo todas las puertas y las ventanas vigiladas. Y no tenemos espejos que podría haber utilizado.

Si Bob hubiera tenido manos, habría estado frotándoselas.

—Justo —dijo—. Sí, exactamente.

Volví a sentir que el estómago se me revolvía y un nuevo estremecimiento me hizo ponerme las manos en el regazo. Me apetecía tumbarme en algún sitio, llorar, vomitar los retazos de dignidad que me quedaban en el estómago y después meterme en un agujero y cerrarlo. Tragué saliva.

—No... no llegó a entrar en mí, si eso es lo que dices. Nunca llegó a cruzar esos límites.

Bob asintió, los ojos brillaban con fuerza.

—Exactamente, ahí queríamos llegar.

—¿Cuándo estaba soñando?

—Sí, sí, sí —balbuceó Bob—. Ahora todo encaja, ¿no lo ves?

—En realidad, no.

—Sueños —dijo la calavera—. Cuando un mortal sueña, ocurren todo tipo de cosas extrañas. Cuando un mago sueña, puede ser incluso más raro. Algunas veces, los sueños pueden ser tan intensos como para crear su propio mundo pequeño y temporal. Es como una burbuja en el Más Allá. ¿Te acuerdas de lo que me contaste de Agatha Haggglethorn que era un fantasma tan fuerte que tenía su propio lugar en el Más Allá?

—Sí, era como el viejo Chicago.

—Bueno, pues la gente a veces hace lo mismo.

—Pero Bob, yo no soy un fantasma.

—No —dijo—. No lo eres. Pero tienes todo lo que se necesita para meter un fantasma dentro de ti, excepto las circunstancias adecuadas. Los fantasmas solo son imágenes congeladas de gente, Harry, las últimas impresiones de una personalidad. —Bob se calló y se puso a pensar—. Con la gente siempre puedes tener más problemas que con cualquier ser con el que te encuentres en el Otro Lado.

—No me había dado cuenta —dijo—. Vale, entonces dices que cada vez que sueño, se crea para mí en el Más Allá una pequeña zona.

—No siempre —dijo Bob—. De hecho la mayor parte de las veces no ocurre. Solo en los sueños más profundos, supongo que sacan la energía necesaria de la gente. Pero si la frontera es tan turbulenta y fácil de atravesar...

—Los sueños de la mayoría de la gente consisten en hacer burbujas en el otro lado. Eso debe de ser lo que le ocurrió al pobre Micky Malone. Mientras estaba durmiendo. Su mujer dijo que había tenido insomnio esa noche. Entonces la cosa está por ahí merodeando fuera de su casa esperando a que se durmiera y empezó a matar animales peludos para pasar el rato.

—Podría ser —dijo Bob—. ¿Recuerdas tu sueño?

Me estremecí.

—Sí... lo recuerdo.

—La Pesadilla debe de haberse metido en tu interior.

—¿Mientras mi espíritu estaba en el Más Allá? —pregunté—. Debería haberme hecho trizas.

—No —dijo Bob—. El terreno de tu espíritu, ¿te acuerdas? Aunque solo sea temporal significa que cuentas con ventaja. No ayudó, porque llegó antes que tú, pero tú ya la tenías cogida. —Ah.

—¿Te acuerdas de algo concreto, alguien del sueño que no habría actuado como tú pensabas que debería haberlo hecho?

—Sí —dije. Mis manos temblorosas agarraron el vientre buscando marcas de dientes—. Madre mía, estuve soñando con esa redada hace un par de meses, cuando cogimos a Kravos.

—Ese brujo —musitó Bob—. Vale, esto podría ser importante. ¿Qué pasó?

Tragué saliva intentando no vomitar.

—Esto. Todo fue mal. Ese demonio al que había invocado. Era más fuerte de lo que lo había sido en vida.

—¿El demonio era?

Pestañeé.

—Bob, ¿es posible que un demonio deje un fantasma?

—Ah —dijo Bob—. No lo creo, a menos que muriera allí en realidad. Me refiero a que esté muerto para siempre, no solo que haya perdido al ser en el que estaba.

—Michael lo mató con *Amoracchius* —dije.

La calavera de Bob se estremeció.

—Ah —dijo—. *Amoracchius*. Entonces no estoy seguro. No lo sé. Esa espada podría matar un demonio, incluso atravesando su capa física. La magia de la fe tiene un gran poder.

—Entonces, de acuerdo. Podría tratarse del fantasma de un demonio —dije—. Un demonio que murió mientras estaba entusiasmado luchando. Puede que eso fuera lo que lo convertía en algo tan... malo.

—Podría ser —asintió Bob con alegría.

Negué con la cabeza.

—Pero eso no explica las maldiciones del alambre de espino que hemos estado encontrando en esos fantasmas y en esas personas—. Abordé el problema, los hechos que estaban interconectados, con desesperación, en silencio, como un hombre que está a punto de ahogarse y no puede malgastar el aliento gritando. Aquello me ayudó a ponerme en marcha.

—Puede que las maldiciones sean trabajo de otra persona —dijo Bob.

—Bianca —dije de repente—. Ella y sus lacayos estaban involucrados en esto en cierta medida. ¿Te acuerdas que secuestraron a Lydia? Y estaban esperándome esa

primera noche, cuando volví de la comisaría porque me habían detenido.

—No creo que por entonces ella fuera una profesional —dijo Bob.

Me encogí de hombros.

—Desagraciadamente, no lo era. Pero acaban de ascenderla. Puede que lo haya estado estudiando. Siempre ha tenido más de un sucio truco de vampiro guardado en la manga, y si eso fue en el Más Allá, ahora será más fuerte.

Bob silbó por entre los dientes.

—Sí, eso podría ser. Bianca remueve todo al torturar a un grupo de espíritus, consigue que se ponga en marcha toda la turbulencia para poder azuzar a la Pesadilla contra ti. Después la deja suelta, se sienta y disfruta con el espectáculo. ¿Tenía un motivo?

—La venganza —dije, recordando una nota que leí hace más de un año—. Me culpa de la muerte de uno de los suyos, Rachel. Quiere que me arrepienta.

—Bien —dijo Bob—. ¿Y podría haber estado en todos los sitios en cuestión?

—Sí —dije—. Sí podría haberlo estado.

—Medios, oportunidad, motivo.

—Maldita lógica. Pero en cualquier caso no es nada que yo pueda justificar ante el Consejo con el fin de conseguir su apoyo. No tengo ninguna prueba.

—¿Y? —dijo Bob—. Pues venga, ve a matarla y problema resuelto.

—Bob —dije—. No puedes ir por ahí matando a la gente.

—Lo sé. Por eso deberías hacerlo.

—No, no. No, y aunque fuera así, tampoco puedo ir por ahí matando a la gente.

—¿Por qué no? Ya lo has hecho antes. Y tienes un arma nueva y todo.

—No puedes acabar arbitrariamente con la vida de alguien por algo que es posible que hayan hecho.

—Bianca es un vampiro —adujo Bob alegremente—. No está viva en sentido estricto. Me meteré dentro de *Mister* e iré a conseguir las balas y...

Suspiré.

—No, Bob. Está rodeada de mucha gente. Es probable que hubiera que matar a alguno de ellos para llegar hasta ella.

—Ah, maldita sea. Esto es una de las situaciones en las que hay que elegir entre el bien y el mal, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Estoy algo confundido con este tema de la moralidad, Harry.

—Únete al club —murmuré. Di un suspiro tembloroso y me eché hacia delante para pasar mi mano por encima del círculo y deseé con todas mis fuerzas que se rompiera. Casi me estremecí cuando su escudo protector desapareció de mi alrededor pero me esforcé por no hacerlo. Mi recuperación dependía de las ganas que tuviera de conseguirlo. Tenía que concentrarme en el trabajo.

Me levanté y caminé hasta mi mesa de trabajo, los ojos ya se habían adaptado a la luz tenue. Cogí la vela más cercana, pero no había cerillas a mano así que la señalé con mi dedo, fruncí el ceño y pronuncié las palabras.

—*Flickum vicus*.

Mi hechizo, uno minúsculo que había utilizando miles de veces, fue dando trompicones y salió, la energía salió de un tirón en lugar de fluir. La punta de la vela humeó pero no se encendió.

Fruncí el ceño, cerré los ojos, me esforcé un poco más y repetí el conjuro. Esta vez, sentí un pequeño mareo y la vela se encendió. Puse una mano en el borde de la mesa.

—Bob —pregunté—. ¿Has visto eso?

—Sí —dijo Bob con un tono de desaprobación.

—¿Qué ha pasado?

—Esto... La primera vez no cargaste el conjuro con la cantidad suficiente de magia.

—He puesto la misma de siempre —protesté—. Venga ya, he hecho ese conjuro un millón de veces.

—Mil setecientas cincuenta y seis veces que yo sepa.

Le ofrecí una burda versión de mi forma habitual de fruncir el ceño.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sin suficiente energía —dijo Bob—. Lo digo como lo siento.

Me quedé mirando fijamente a la vela un segundo. Después murmuré para mis adentros.

—*¿Por qué tuve que hacer un esfuerzo para encenderlo?*

—Probablemente porque la Pesadilla te quitó una buena parte de tus poderes, Harry.

Me di la vuelta muy lentamente para mirar a Bob pestañeando.

—¿Qué hizo qué?

—Cuando te atacó en tu sueño, ¿quería alcanzar alguna zona concreta de tu cuerpo?

Me puse la mano en la base del estómago, apretando y sentí que mis ojos se abrían más.

Bob se estremeció.

—*Aaaaah*, el tema del *chakra*. Eso no es bueno. Te ha dado justo en el *chi*.

—Bob —susurré.

—Menos mal que no iba detrás de tu magia, ¿verdad? Me refiero a que tienes que ver lo bueno de esto...

—Bob —dije en voz alta—. ¿Quieres decir que... que se comió mi magia?

Bob puso cara de estar a la defensiva.

—Toda no, porque yo te desperté tan rápido como pude. Harry, no te preocupes por ello, te curarás. Seguro, puede que estés algo bajo unos meses. O quizá años. Bueno, probablemente décadas, pero solo hay una posibilidad muy remota...

Le interrumpí con un golpe de mi mano.

—Se comió parte de mi poder —dije—. ¿Eso significa que la Pesadilla es ahora más poderosa?

—Bueno, pues..., claro, Harry. Eres lo que comes.

—Maldita sea —gruñí, apretándome la frente con una mano—. Vale, vale. Tenemos que encontrar ya a este ser. —Empecé a moverme de un lado para otro—. Si está utilizando mi poder, me convierto en responsable de lo que haga.

Bob se burló.

—Harry, eso es irracional.

Le eché una mirada.

—Eso no hace que sea menos verdad —dije bruscamente.

—Vale —dijo Bob dócilmente—. Acabamos de salir del cruce entre la Cordura y la Locura. Próxima parada el Pueblo de los necios.

—*Aaaah* —dije mientras seguía moviéndome—. Tenemos que averiguar donde va a atacar a continuación. Tiene toda la noche por delante para moverse.

—Seis horas y trece minutos —me corrigió Bob—. No será difícil. Mientras tú dormías he estado leyendo todos esos diarios que cogiste de casa del ectomante. Ese ser puede aparecer en las pesadillas pero todo tendrá una relación. Los fantasmas solo pueden tener el tipo de poder que tiene esta Pesadilla mientras actúan dentro de los parámetros de su zona concreta de influencia.

—¿Su qué?

—Míralo de esta forma, Harry. Un fantasma solo puede afectar a algo que esté relacionado en cierta medida con su muerte. Agatha Haggleshorn no podría haber aterrorizado a un conjunto de jóvenes exploradores. No es ahí donde está su poder. Podía causar problemas en temas relacionados con niños, con maridos que insultan, puede que incluso con mujeres que hayan sufrido malos tratos...

—Y con magos entrometidos —murmuré.

—Seguro que te pusiste en la línea de tiro —dijo Bob—. Pero Agatha no podía salir corriendo hacia ningún sitio así por las buenas y causar un desastre.

—La Pesadilla tiene que estar jugándose algo personal —dije—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Bueno, en cierta medida tiene que estar relacionado con su fallecimiento. Bueno, sí, supongo que eso es lo que quiero decir. Más concretamente, es lo que decía Morty Lindquist en sus diarios.

—Y yo —dije—, y Lydia y Micky Malone. ¿Qué relación tenemos nosotros con esto? No había visto a Lydia en toda mi vida. —Fruncí el ceño—. Al menos, no lo

creo.

—Ella es un bicho raro —asintió Bob—. Déjala un momento fuera del planteamiento de esta ecuación.

Lo hice, y me pareció tan obvio como la luz del sol.

—Maldita sea —dije. Me di la vuelta y corrí hacia las escaleras sobre mis inestables piernas, y empecé a correr hacia el teléfono.

—¿Qué? —me dijo Bob—. ¿Qué, Harry?

—Si ese ser es el fantasma del demonio sé lo que quiere, es venganza —grité por las escaleras—. Tengo que encontrar a Murphy.

Capítulo 19

Hay un tipo de matemáticas que encaja con la salvación de las vidas de las personas. Te encuentras a ti mismo haciendo números sin darte cuenta, como un médico en un campo de batalla donde hay un paciente que no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir y otro sí, pero solo si dejas morir a un tercero.

Para mí, la ecuación se descomponía en elementos bastante sencillos. El demonio, sediento de venganza, perseguiría aquellos que le hubieran hecho daño. El fantasma solo recordaría a quienes hubieran estado allí, en los que estuviera concentrado en esos últimos momentos. Eso quería decir que Murphy y Michael serían los objetivos que le quedaban. Michael tenía una oportunidad de protegerse a sí mismo de aquel ser, qué demonios, puede que tuviera más posibilidades que yo, y Murphy no tenía ninguna.

Llamé por teléfono a casa de Murphy. No contestó nadie. Llamé a la oficina, y contestó con tono de agotamiento.

—Murphy.

—Murph —dije—. Mira, necesito que confíes en mí esta vez. Voy para allá, llegaré en unos veinte minutos. Podrías estar en peligro. Quédate donde estás y mantente despierta hasta que llegue.

—¿Harry? —preguntó Murphy. Oí que empezaba a regañarme—. ¿Me estás diciendo que vas a llegar tarde?

—¿Tarde? No, maldita sea. Mira, haz lo que te he dicho, ¿vale?

—No me gusta esta mierda, Dresden —gruñó Murph—. No he dormido en dos días. Si me dices que llegas en diez minutos espero.

—Veinte, he dicho veinte minutos, Murph.

Podía sentir su mirada a través del teléfono.

—No seas cabrón, Harry. Eso no es lo que dijiste hace cinco minutos. Si esto es algún tipo de broma, no me divierte nada.

Pestañeeé, y sentí que algo frío se alojaba en mi vientre, en el agujero que la Pesadilla me había abierto. Se interrumpió la comunicación, se oyó un chispazo y hubo una pequeña detonación. Intenté calmarme antes de que la conexión se cortara.

—Espera Murphy. ¿Dices que hablaste conmigo hace cinco minutos?

—Estoy a punto de matar al siguiente que me cabree, Harry. Y todo lo que me saca de la cama me cabrea. No formes parte de la lista. —Y me colgó.

—¡Maldita sea! —grité. Colgué el teléfono y volví a marcar el número de Murph, pero me daba comunicando.

Algo había hablado con Murphy y la había convencido de que estaba hablando conmigo. La lista de cosas que era capaz de hacer delante de alguien era terriblemente larga pero las posibilidades eran limitadas: o bien otra bestia

sobrenatural había entrado en escena o (tragué saliva) la Pesadilla se había hecho con tanto poder que podía organizar una buena.

Los fantasmas podían adoptar forma física, si tenían el poder de adoptar una nueva forma sacada del Más Allá, y si se sentían suficientemente cómodos con esa forma. La Pesadilla se había comido una buena parte de mi magia. Y tenía el poder que necesitaba y además estaba cómoda...

¡Madre mía! Estaba haciéndose pasar por mí.

Colgué el teléfono y empecé a moverme por la casa con movimientos frenéticos, cogí las llaves del coche y un equipo de exorcismo improvisado con cosas de la cocina: sal, una cuchara de madera, un cuchillo, un par de velas para tormentas, cerillas y una taza de café. Las metí en una antigua fiambarrera de Scooby-Doo y después, se me ocurrió otra cosa, cogí una bolsa de arena que tengo en el armario de la cocina para la caja de *Mister* y eché un puñado en una bolsa de plástico. Añadí todos los artilugios para las quemaduras y la varita junto con el montón de trastos que llevaba en los brazos y me lancé hacia la puerta.

Sin embargo, dudé. Después fui al teléfono y marqué el número de Michael, me temblaban los dedos al marcar. Dejé escapar un grito de pura frustración, colgué el teléfono y salí por la puerta hacia el Escarabajo azul.

* * *

Era tarde. El tráfico podía haber sido peor. Llegué allí en menos de veinte minutos, lo que le había dicho a Murphy y aparqué el coche en uno de los sitios reservados a visitantes.

La comisaría del distrito en la que trabajaba Murphy estaba entre otros edificios más altos que la rodeaban, era sólida y cuadrada y un poco estropeada como un viejo y duro sargento en medio de un grupo de jóvenes y altos reclutas. Subí corriendo las escaleras, con la varita y mi fiambarrera de Scooby-Doo en la mano derecha.

El viejo sargento entrecano que había detrás del mostrador me miró pestañeando cuando entré jadeando por la puerta.

—¿Dresden?

—Hola —dije jadeando—. ¿Por dónde he ido?

El pestañeó también.

—¿Qué?

—¿He venido hace un minuto?

Su bigote grueso y gris se movía a pequeños impulsos. Echó un vistazo a su sujetapapeles.

—Sí. Hace solo un minuto que subiste a ver a la teniente Murphy,

—Estupendo —dije—. Tengo que verla otra vez. ¿Avisa por el interfono de que

estoy aquí?

Me miró, un poco más de cerca, y fue a avisar de que había llegado.

—¿Qué está ocurriendo, señor Dresden?

—Créame —dije—. En cuanto lo averigüe se lo diré. —Abrí la puerta y me dirigí escaleras arriba hacia las oficinas de Investigaciones Especiales situadas en el cuarto piso. Atravesé las puertas y fui corriendo por las filas de mesas hacia el despacho de Murphy. Cuando pasé por delante de Stallings y Rudolph se levantaron de la silla de golpe, pestañeando.

—¿Qué demonios? —soltó Rudy con los ojos abiertos del todo.

—¿Dónde está Murphy? —grité.

—En su despacho —balbuceó Stallings—, contigo.

El despacho de Murphy estaba en la parte de atrás de la sala, formada por paneles y una puerta barata que al final tenía una placa metálica de verdad con su nombre y título. Me eché hacia atrás y di con el talón en el picaporte. La puerta se hizo astillas pero tuve que volver a darle otra patada para que se abriera.

Murphy estaba sentada en su despacho con la misma ropa que llevaba la última vez que nos vimos. Se había quitado el sombrero, tenía el pelo corto despeinado. Los círculos que tenía bajo los ojos estaban tan oscuros como si fuesen hematomas. Estaba totalmente tranquila, mirando fijamente con sus ojos azules, con cara de terror.

Me puse de pie detrás de ella, vestido totalmente de negro, con la misma ropa que llevaba la noche que detuvimos a Kravos junto a su demonio. La Pesadilla era como yo. Tenía las manos colocadas en ambos lados de la cara de Murphy, con las puntas de los dedos en las sienes, pero había ejercido presión en estas hasta entrar en el interior de la cabeza llegando a atravesar la piel y los huesos como si estuviera dando un suave masaje al cerebro. La Pesadilla estaba sonriendo, con la cabeza un poco inclinada sobre ella, como si estuviera escuchando música. No sabía yo que fuera capaz de poner una expresión como esa, tranquila, malvada y aterradora.

Me quedé mirando durante un segundo con cara de terror aquella extraña imagen y después dije.

—¡Apártate de ella!

Los ojos oscuros de la Pesadilla se movieron con rapidez, brillaban con una inteligencia fría y tranquila. Levantó los labios dejando al aire los dientes con un gruñido repentino.

—Silencio, mago —murmuró. Sus palabras eran penetrantes como las hojas de cuchilla y el acero—, o te destrozo como ya he hecho esta noche.

En algún lugar profundo de mi tembloroso vientre se produjo un grito de terror, tartamudeé, pero me negué a dejar que saliera. Escuché a Rudy y Stallings que venían detrás de mí. Levanté la varita y apunté a la cabeza de la Pesadilla.

—He dicho que la dejes.

La Pesadilla hizo una mueca y sonrió. Apartó sus manos de Murphy, los dedos salían de su piel como del agua y me enseñó las palmas de las manos.

—Has olvidado algo, mago.

—Ah sí, ¿el qué? —pregunté.

—Me he convertido en parte de ti. Soy lo que tú eres —susurró la Pesadilla. Movié las muñecas orientándolas hacia mí—. *Ventas servitas*.

El viento rugió con furia repentina y me levantó del suelo lanzándome al aire. Choqué con Rudolph y Stallings mientras salían corriendo. Todos fuimos a parar al suelo amontonados.

Me quedé allí aturdido un momento. Oí que la Pesadilla se iba. Pasó por delante de nosotros, con un andar tranquilo, en silencio y salió de la habitación. Poco a poco nos fuimos juntando todos y nos levantamos.

—¿Qué demonios...? —dijo Rudolph.

Me dolía la nuca. Debí de golpearme con algo. Me apreté la cabeza con una mano y gruñí.

—Ah, Dios —murmuré—. Debería haber hecho algo mejor que lanzarle un golpe directo como ese.

A Stallings le salía sangre por la nariz y su bigote grisáceo también estaba manchado. Su camisa tenía manchas de rojo.

—Eso... por Dios bendito, Dresden. ¿Qué era eso?

Me puse de pie. Por un momento todo se movía a mi alrededor. Mi cuerpo entero se estremeció y me sentí como si fuera a caerme y a llorar como un niño. Había utilizado mi magia. Había robado mi cara y mi magia y las había utilizado para hacer daño a la gente. Hizo que me dieran ganas de gritar y de romper algo.

En lugar de eso, fui tambaleándome hacia el despacho de Murphy.

—Esto es lo que cogió a Malone —le dije a Stallings—. Es algo complicado.

Murphy estaba quieta en su silla con los ojos muy abiertos y con la mirada fija de terror, tenía las manos dobladas en su regazo.

—¿Murph? —pregunté—. ¿Karrin? ¿Me oyes?

No se movía, pero su pecho se hinchó un poco como si hubiera intentado hablar. Respiraba, gracias a Dios. Me arrodillé y le cogí las manos con las mías. Estaban frías como el hielo.

—Murph —susurré. Moví la mano delante de sus ojos y chasquéé los dedos con fuerza. No hizo más que pestañear.

La hermosa cara de Rudolph estaba pálida.

—Llamaré abajo y les diré que no le dejen salir. —Oí como iba al teléfono más cercano y se disponía a llamar. No se molestó en decirles que aquel ser no tenía buenas intenciones. La Pesadilla podía salir a través de las paredes si tenía que hacerlo.

Stallings se reunió conmigo en la sala, parecía agitado y un poco mustio. Se quedó mirando fijamente a Murphy durante un momento y preguntó.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre con ella?

La miré a los ojos. Las pupilas estaban totalmente dilatadas. Me preparé y miré más profundamente por sus ojos. Cuando un mago mira en el interior de tus ojos, no puedes esconderte. Puede ver muy profundamente, ver las partes más reales de tu carácter, los lugares oscuros y la luz y a su vez, tú ves los suyos. Los ojos son como las ventanas del alma. Busqué a Murphy detrás de todo ese terror y esperé a que comenzara la vista del interior del alma.

No pasó nada.

Murphy estaba ahí sentada, sin más, mirando al frente. Respiró otra vez, sin hacer ningún ruido pero reconocí el esfuerzo que estaba haciendo.

Murphy estaba gritando.

No tenía ni idea de lo que estaba viendo, de los horrores que la Pesadilla había puesto ante sus ojos. Lo que le había quitado. Le toqué la garganta con las suaves puntas de los dedos. Pero no pude percibir el frío que helaba los huesos del cruel conjuro como el de Malone. Al menos estaba igual que él. Pero no podía ver en su interior, porque Murphy estaba en otro sitio. Las luces estaban encendidas, pero no había nadie en casa.

—Está... Este ser se ha metido en su cabeza. Creo que está consiguiendo que vea cosas. Cosas que no están aquí. No creo que ella sepa donde se encuentra y parece que no puede moverse.

—¡Que Dios nos ampare! —susurró Stallings—. ¿Qué podemos hacer?

—John —dije en voz baja—. Necesito que saques del archivo las pruebas del caso de Kravos. Necesito ese libro de piel grande que encontramos en su apartamento.

Stallings se sobresaltó y después se quedó mirándome fijamente.

—¿Qué necesitas qué?

Repetí lo que quería.

Cerró los ojos.

—Dios, Dresden. No lo sé. No sé si podré conseguirlo. Últimamente ha habido bastante trabajo.

—Necesito ese libro —dije—. El causante de todo esto es algo parecido a un demonio. Kravos tendrá el nombre de ese demonio escrito en su libro de hechizos. Si puedo conseguir ese nombre podré coger a ese ser y detenerlo. Puedo hacer que me diga cómo ayudar a Murph.

—No lo entiendes. No va a ser tan fácil para mí. Esto se ha puesto complicado y no voy a poder entrar en el almacén y coger ese maldito archivo para dártelo, Dresden. —Estudió a Murphy con ojos de preocupación—. Podría hacerme perder el

trabajo.

Coloqué la fiambarrera de Scooby-Doo en el suelo y la abrí.

—Escúchame —dije—. Voy a intentar ayudar a Murphy. Necesito que alguien se quede con ella hasta el anochecer y después que la lleve de vuelta a su casa o aún mejor a la casa de Malone.

—¿Por qué? —preguntó Stallings—. ¿Qué estás haciendo?

—Creo que este ser está consiguiendo vivir gracias a que está dentro de algo caótico, como puede ser una pesadilla. Estoy bastante seguro de que puedo detenerlo pero todavía es vulnerable. Así que voy a crear una protección alrededor de ella para que esté segura hasta el anochecer. —Una vez que haya pasado la mañana, la Pesadilla quedará atrapada en el cuerpo mortal que posea o si no tendrá que huir al Más Allá—. Alguien tendrá que vigilarla, en caso de que se despierte.

—Rudolph puede hacerlo —dijo Stallings y se levantó—. Hablaré con él.

Levanté la vista para mirarle.

—John, necesito ese libro.

Fruunció el ceño, escudriñando el suelo que había delante de mí.

—Dresden, ¿vamos a poder atrapar a ese ser? —Y al decir vamos, se estaba refiriendo a la policía. Pude notarlo en su tono de voz.

Negué con la cabeza.

—Si consigo el libro —dije—. ¿Puedes ayudar a la teniente?

Asentí.

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo —susurró. Y salió. Le oí hablar con Rudolph un momento después.

Me di la vuelta para mirar a Murphy, cogiendo la bolsa de tierra de la fiambarrera. Saqué un trozo de tiza y aparté la silla de Murphy de la mesa para poder dibujar un círculo a nuestro alrededor y deseé que se cerrase. Me costó más de lo habitual y por un momento me sentí mareado.

Tragué saliva y empecé a acumular energía, a concentrarme tanto y con tanto esmero como me fue posible. Se fue formando lentamente, mientras Murphy seguía aspirando, y dando gritos que quedaban en meros susurros. Puse mi mano en sus dedos fríos y mi pensamiento rodeando todo eso que compartíamos, el vínculo de amistad que había crecido entre nosotros. Tanto en los buenos y como en los malos tiempos, el corazón de Murph había estado siempre en el sitio adecuado. No se merecía este tipo de tormento.

Una gran furia empezó a agitarse en mi interior, no era algo etéreo, un enfado que se disipara rápidamente sino algo mucho más profundo, oscuro, tranquilo y más peligroso. Rabia. Rabia de que le pasara esto a alguien tan desinteresado y humanitario como Murphy. Rabia de que la criatura hubiera usado mi poder, mi cara, para engañarla y poder acercarse para hacerle daño.

De esa rabia me llegó la fuerza que necesitaba. La reuní con esmero y le di forma con mis pensamientos al hechizo más suave que pude preparar para que no le causara daño. Suavemente, envié el poder por mi brazo hacia los granos de arena que podía abarcar en un pellizco. Después subí el brazo con suavidad, el hechizo se mantenía en precario mientras espolvoreaba un poco de arena sobre cada uno de sus ojos.

—*Dormius, dorme* —susurré— ...*Murphy dormius*.

El poder salió de mí, bajó por mi brazo como si fuera agua. Noté que caía con los granos de arena. Murphy dejó escapar un largo y estremecedor suspiro y sus ojos fijos empezaron a cerrarse. Su expresión se relajó, pasó del horror al sueño profundo y silencioso y se desplomó en la silla.

A medida que mi hechizo comenzaba a funcionar, dejé escapar un suspiro e incliné la cabeza, temblando, alargué la mano y acaricié con mi mano el pelo de Murphy. Después la coloqué sobre algo que parecía más cómodo.

—Descansa Murph —le susurré—, allá donde no existen los sueños. Resolveré esto por ti.

Con un esfuerzo de voluntad, difuminé el círculo y lo rompí. Después salí de él, utilicé la tiza para cerrarlo otra vez y deseé que se cerrase alrededor de Murphy. Esta vez tuve que esforzarme más de lo que nunca había tenido que hacerlo desde que era un niño. Pero el círculo se cerró con ella dentro. Una tenue neblina que no se levantaba más que unos pocos centímetros del círculo de tiza, bailaba como las oleadas de calor que desprenden las carreteras en verano. El círculo evitaría que entrara algo del Más Allá y el sueño encantado continuaría hasta el amanecer, evitaría que soñara y haría que la Pesadilla tuviera que buscar otra forma de hacerle daño.

Salí de su despacho arrastrando los pies hasta el teléfono más cercano. Rudolph me observó. Stallings no estaba por allí. Marqué el número de Michael. Estaba comunicando.

Quería irme a casa arrastrándome y lanzar un conjuro sobre mí mismo para dormir. Quería esconderme en algún lugar cálido y tranquilo y descansar algo. Pero la Pesadilla todavía seguía ahí fuera, buscando su venganza, persiguiendo a Michael. Tenía que llegar hasta donde estaba, encontrarla, pararla. O al menos prevenirle a él.

Colgué el teléfono y empecé a recoger mis cosas. Alguien me tocó el hombro. Levanté la vista para mirar a Rudolph. Parecía vacilante, pálido.

—Será mejor que no mientas, Dresden —dijo en voz baja—. No estoy muy seguro de lo que está ocurriendo aquí. Pero que Dios me ayude, si a la teniente le pasa algo por tu culpa...

Examiné su cara como atontado y después asentí.

—Volveré a por Stallings. Necesito ese libro.

La expresión de Rudolph era seria. En cualquier caso yo nunca le había caído muy bien.

—Lo digo en serio, Dresden. Si dejas que algo le ocurra a Murphy, te mataré.

—Chaval, si algo le pasa a Murphy por mí... —suspiré—. Creo que te dejaré hacerlo.

Capítulo 20

Nunca habría pensado que se podía encontrar un barrio tan tranquilo a las afueras de la ciudad de Chicago. Michael lo había conseguido, a poca distancia al oeste de Wrigley Field. Ambos lados de la calle estaban jalonados de árboles antiguos que le conferían un magnífico esplendor. Los hogares eran en su mayor parte antiguas casas de estilo Victoriano, restauradas a raíz de una economía en estado de cambio y que después de un siglo, se habían convertido en unos edificios que en caso de incendio entrañaban peligro. La casa de Michael parecía estar hecha con pan de jengibre. Tenía una decoración extravagante, una pintura elegante en marfil y burdeos y, quizá algo inevitable, una cerca que rodeaba la casa y un jardín en la parte frontal. La luz del porche formaba un círculo de resplandor blanco sobre el césped de la entrada, casi hasta el borde al que llegaba la finca.

Hice girar bruscamente el Escarabajo en la curva que había delante de la casa y entré por la puerta de vaivén. Subí a trompicones por las escaleras para llamar al timbre que había en la puerta delantera. Pensé que Michael tardaría un minuto en salir de la cama y bajar por las escaleras pero en vez de eso, escuché un golpazo, un par de pasos largos y después las cortinas de la ventana que había junto a la puerta se movieron. Un segundo después, la puerta se abrió y apareció Michael, intentando despertarse. Llevaba unos pantalones y una camiseta en la que se podía leer «JUAN 316». Llevaba a uno de los niños en su musculoso brazo, uno al que yo no conocía todavía, puede que tuviera un año, con un parche de pelo rubio y rizado, con la cabeza recostada contra el pecho de su padre mientras dormía.

—Harry —dijo Michael. Sus ojos se abrieron—. Por Dios bendito, ¿qué te ha pasado?

—Ha sido una noche larga —dije—. ¿He estado aquí ya?

Michael se me quedó mirando.

—No estoy seguro de lo que quieres decir, Harry.

—Bien, entonces no he estado. Michael, tienes que despertar a tu familia ahora mismo. Podrían estar en peligro.

Me volvió a mirar pestañeando.

—Harry, es tarde. ¿Qué demonios...?

—Solo escúchame. —Le conté de forma escueta lo que sabía sobre la Pesadilla y sobre cómo llegaba hasta sus víctimas.

Michael se me quedó mirando un minuto y después dijo.

—Espera, a ver si lo entiendo. El fantasma de un demonio al que yo maté hace dos meses está merodeando por Chicago, metiéndose en los sueños de la gente, y devorando su cerebro desde el interior.

—Sí —dije.

—Y ahora te ha quitado a ti una parte, se presenta con un cuerpo que es como el tuyo y crees que viene hacia aquí.

—Sí —dije—, justo eso.

Michael arqueó los labios un momento.

—Entonces, ¿cómo sé que no eres tú la Pesadilla, que está intentando que le invite a entrar?

Abrí la boca y la cerré de nuevo y después dije.

—En cualquier caso, es mejor que me quede aquí fuera. Charity probablemente me arranque los ojos por aparecer a estas horas.

Michael asintió.

—Entra Harry. Déjame que acueste al niño.

Entré a un pequeño vestíbulo cuyo suelo de madera noble estaba barnizado. Michael señaló su comedor a la derecha y dijo.

—Siéntate, volveré en un segundo.

—Michael —dije—. Deberías despertar a tu familia.

—Dijiste que este ser es un cuerpo sólido ¿verdad?

—Lo era hace unos minutos.

—Entonces no está en el Más Allá. Está aquí, en Chicago. No puede entrar en los sueños de la gente desde aquí.

—No lo creo pero...

—Y va a perseguir a la gente que estaba cerca cuando murió. Viene a por mí.

Me mordí el labio un segundo y después dije.

—También tiene parte de mí.

Michael me miró frunciendo el ceño.

—Michael, si viniera a por ti —dije—, no habría empezado contigo.

Miró a la niña que llevaba en brazos. Se puso serio y dijo en tono suave.

—Harry, siéntate. Vendré enseguida.

—Pero podría...

—Ya me las arreglaré —dijo en el mismo tono de voz suave y tranquilo. Me asustó. Me senté. Cogió a la niña y caminando con suavidad, desapareció por la escalera.

Me había sentado un momento en una butaca grande y cómoda, como una mecedora. Había una toalla y una botella medio vacía a mi izquierda, en la mesita de la lámpara. Michael debía de haber estado acunando a la niña para que se durmiera.

Junto a la botella había una nota. Me eché hacia delante y la leí.

«Michael. No quería despertaros a ti y al bebé. El pequeño quiere pizza y helado. Volveré en un par de minutos, probablemente antes de que te despiertes y leas esto. Te quiero, Charity».

Me levanté y me dirigí a las escaleras. Michael apareció en lo alto con la cara

pálida.

—Charity —dijo—. No está.

Le enseñé la nota.

—Ha ido a comprar pizza y helado. Supongo que serán antojos del embarazo.

Michael bajó las escaleras y pasó por delante de mí rozándome. Después fue al armario de la entrada y sacó una chaqueta azul de Levis y a *Amoracchius* en su funda negra.

—¿A qué esperas, Harry? —Vamos a buscarla.

—Pero tus hijos...

Michael puso los ojos en blanco, se dirigió hacia la puerta y la abrió sin apartar la vista de mí. El padre Forthill estaba al otro lado, con su fino pelo movido por el viento, detrás de sus anteojos de borde metálico se veían sus brillantes ojos azules.

—Ah, Michael. No quería venir tan tarde, pero mi coche se ha parado a una manzana de aquí cuando volvía de casa de la señora Hamish y creí que quizá podría tomar prestado... —Se calló mirándome a mí y luego a Michael y luego a mí otra vez—. Necesitas una niñera otra vez, ¿verdad?

Michael se puso la cazadora y la cinta de la funda de la espada en el hombro.

—Ya están dormidos. ¿Le importa?

El padre Forthill entró.

—No, para nada —hizo la señal de la cruz sobre los dos y murmuró—, Que Dios os acompañe.

Salimos de la casa hacia el camión de Michael.

—¿Lo ves Harry?

Fruncí el ceño.

—Contamos con una ventaja adicional.

Michael conducía el gran camión blanco causando un gran estruendo al circular por las calles mientras se dirigía hacia una tienda de barrio situada en la calle Byron, a poca distancia del famoso cementerio de Graceland. Las nubes bajas restallaron y empezó a caer una lluvia fuerte y constante sobre la ciudad, haciendo que todas las luces despidieran halos dorados y dejando sobre las calles húmedas reflejos fantasmagóricos.

—A estas horas de la noche —dijo Michael—, Walsham es el único sitio abierto. Estará allí. —Volvió a oírse un trueno justo al terminar la frase. Tamborileé con los dedos sobre mi equipo para incendios, y me aseguré que tenía la varita colgada de la correa en la cintura.

—Ahí está su camioneta —dijo Michael. Paró el camión en la fila de aparcamiento que había delante de la tienda, junto a la línea de autobuses blancos que circulaban por las afueras. Casi no tuvo tiempo de coger las llaves, pero sacó a *Amoracchius* de su funda mientras se abría paso hacia las puertas de la tienda, con el

ceño fruncido y la mandíbula apretada. Enseguida, la lluvia hizo que el pelo se le pegara a la cabeza y empapara su cazadora Levis, con lo que el color azul se oscureció. Le seguí, haciendo gestos al notar que mi abrigo de piel se estaba estropeando y pensando que el antiguo de lona habría aguantado mejor con este tiempo.

Michael golpeó la puerta con el puño y esta se abrió mientras sonaban unas minúsculas campanillas. Entró dando grandes zancadas, barrió con los ojos los expositores que estaban a la vista y las cajas registradoras y después gritó.

—¡Charity! ¿Dónde estás?

Un par de cajeras adolescentes le miraron pestañeando, y una mujer de avanzada edad, que leía detenidamente la composición de unas vitaminas, se dio la vuelta para mirarle boquiabierto a través de sus anteojos. Suspiré, después señalé a la cajera más cercana, una chica demasiado huesuda y demasiado rubia que parecía impaciente por hacer una pausa para fumarse un cigarrillo.

—Ah, hola —dije—. ¿Me has visto venir hace un momento?

—O a una mujer embarazada —dijo Michael—. Más o menos así de alta. —Puso la mano más o menos al nivel de su oreja.

La cajera intercambió una mirada con su compañero.

—¿Qué si le he visto, señor?

Asentí.

—Otro tipo, como yo. Alto, flaco, de negro, con una chaqueta como la mía pero por dentro todo de negro.

La chica se humedeció los labios y nos miró de forma calculadora.

—Puede —dijo—. ¿Qué gano yo con esto?

Michael dio un paso. Por su garganta iba a salir un gruñido. Le cogí del hombro y me eché hacia atrás.

—Michael —grité—. Tranquilo.

—No hay tiempo de tranquilizarse —murmuró Michael—. Tú detectas la presencia de alguien y yo miro. —Al decir eso, se dio la vuelta y se adentró más en la tienda llevando con toda naturalidad la espada en su mano izquierda. La derecha la tenía colocada en la empuñadura del arma.

—¡Charity!

Murmuré algo no muy agradable y me volví hacia la cajera. Busqué en mi bolsillo la cartera y conseguí sacar tres billetes de cinco dólares arrugados. Los puse en alto y dije:

—Vale, mi gemelo del demonio o una mujer embarazada. ¿Has visto algo?

La chica miró los billetes y después a mí y puso los ojos en blanco. Después salió de la caja y me los quitó de las manos.

—Sí —dijo—. Ella estuvo en el pasillo 5 hace unos minutos. En la zona de los

congelados.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Entonces qué?

Sonrió.

—¿Qué? ¿Es tu hermano el que va detrás de tu mujer? ¿Voy a ver esto mañana en el espectáculo de Larry Fowler?

Fruncí el ceño.

—Es complicado —dije—. ¿Qué más viste?

Se encogió de hombros.

—Pagó algo y salió hacia esa camioneta de ahí fuera. No arrancaba. Te vi, bueno a ti o al tipo ese que se parece a ti, que ibas hacia ella y empezabas a hablarle. Parecía bastante cabreada, pero se fue con él. No sé nada más.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Qué se fueron? —dije—. ¿Por dónde?

La cajera se encogió de hombros.

—Mire, señor, parecía como que la llevaban a algún sitio. Ella no se resistía.

—¿Por dónde? —grité. La cajera pestañeó y por un momento tembló. Señaló la calle camino de Graceland.

—¡Michael! —grité—. ¡Vamos! —Después me di la vuelta y di un portazo mientras salía adentrándome en la lluvia y la oscuridad. Me paré en la camioneta de Charity un segundo y toqué el capó. Se abrió sin ofrecer resistencia, mostrando un amasijo de cables retorcidos y correas hechas trizas y unos trozos de metal. Me estremecí y me protegí los ojos de la lluvia, intentando explorar la calle que llevaba al cementerio.

A lo lejos, pude distinguir dos figuras, una, desaliñada, con pelo largo y la otra, alta, delgada, que caminaba hacia el cementerio sujetando a la primera con fuerza por el pelo.

Desaparecieron en las sombras a los pies del muro de piedra que rodeaba Graceland. Tragué saliva y miré a mi alrededor.

—¡Michael! —volví a gritar y miré por las ventanas de la tienda, pero no le pude ver.

—¡Maldita sea! —dije y le di una patada al parachoques frontal de la camioneta. No me encontraba bien para ir detrás de la Pesadilla yo solo porque ese ser estaba hinchado del poder que me había robado a mí. Contaba con el factor sorpresa. Y tenía a la mujer de mi amigo y a su hijo como rehenes.

Madre mía, y yo lo único que tenía era un dolor de cabeza y un reloj de arena que se vaciaba a toda prisa y un caso para echarse a temblar. El cementerio más grande de Chicago en una noche lluviosa y oscura cuando la frontera entre este mundo y el de los espíritus tenía más agujeros que un colador. Estaría lleno de espectros y seres reptando y yo estaría solo.

—Sí —murmuré—. Eso parece.

Salí corriendo hacia la zona oscura por la que había visto que la Pesadilla y Charity habían desaparecido.

Capítulo 21

He hecho cosas más inteligentes en mi vida. Por ejemplo, una vez, me tiré de un coche en marcha para poder subirme a una camioneta llena de licántropos con una sola mano. Eso había sido más inteligente. Al menos yo estaba bastante seguro de que podía matarles si tenía que hacerlo en ese momento.

Lo cual me colocó a un paso por delante de donde estaba ahora. Ya había matado a la Pesadilla o al menos había ayudado a matarla. Había algo que no me parecía justo. Debería haber algún tipo de norma contra la necesidad de matar a un ser más de una vez.

Lo que caía era una cortina de agua y no unas cuantas gotas. Me entraba el agua a raudales por los ojos. Tenía que limpiarme sin parar la ceja para apartar el agua y poder ver. Allí mismo, en la acera, empecé a plantearme en serio lo que sería ahogarse.

Crucé la calle hacia la valla del cementerio. La valla, con una altura de dos metros y pico de ladrillo, se elevaba cada trescientos metros aproximadamente en forma de escalera como si estuviera recortada para salvar la suave pendiente de la calle en la zona sur y hacia el oeste. En un punto concreto, un enorme tramo de oscuridad tapaba la zona exterior de la valla por lo que al acercarme aminoré el paso. Habían destrozado los ladrillos como si fueran papel, y allí estaban los escombros que había dejado un agujero de sesenta centímetros en el muro. Intenté mirar más adentro y lo único que vi fue lluvia, hierba verde, y las sombras de los árboles reflejadas en un terreno bien cuidado.

Me detuve a la entrada del cementerio. Notaba la presión a mi alrededor de un flujo de energía turbia e incansable, como cuando se mezclan el agotamiento y la cafeína a las tres y media de la madrugada. Se estrellaba contra mi piel y la escuché, en realidad las escuché, a través de la lluvia, eran voces, docenas de voces, cientos de susurros, era un susurro aterrador. Puse la mano en el muro y me di cuenta de que allí se notaba la tensión. Siempre había vallas alrededor de los cementerios. Siempre, ya fueran de piedra, ladrillo o alambre. Era una de esas cosas que todo el mundo da por sentado. Cualquier tipo de muro supone una barrera, no solo física. Hay montones de cosas que son más de lo que parecen por su aspecto puramente físico.

Los muros en general evitan la entrada y los que rodean los cementerios evitan la salida.

Miré hacia atrás, con la esperanza de que Michael me hubiera seguido, pero no le vi ni pude distinguirlo en la lluvia. Todavía me sentía débil, tembloroso. Las voces susurraban, todas agrupadas junto al punto débil del muro, por donde había entrado la Pesadilla. Aunque solo una muerte de cada mil hubiera hecho aparecer un fantasma (y de hecho apareció más de uno) podría haber docenas de espíritus incansables

pululando por allí, algunos podrían ser demasiado fuertes para aquellos que no fueran profesionales del Arte.

Esta noche no había docenas, ese número habría sido un buen número. Cerré los ojos y pude notar la energía que generaban, la forma de agitar el aire y de estremecerse con la presencia de cientos de espíritus, que cruzaban con facilidad desde el turbulento Más Allá. Hizo que mis rodillas temblaran, que mi estómago se estremeciera, tanto por las heridas que me había hecho la Pesadilla como por el miedo que, desde tiempos remotos, suscita en los humanos la oscuridad, la lluvia y un cementerio.

Los habitantes de Graceland notaban que tenía miedo. Se arremolinaban cerca del hueco del muro, y empecé a escuchar gemidos físicos reales.

—*Debería esperar aquí* —murmuré para mis adentros, temblando en la lluvia—. *Debería esperar a Michael. Eso sería lo más inteligente que podría hacer.*

En algún lugar, en la oscuridad del cementerio, gritó una mujer. Charity.

Lo que habría dado por tener otra vez mi talismán del Hombre Muerto. Hijo de puta.

Agarré mi bastón con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos y saqué mi varita. Después me metí por el agujero del muro y me adentré en la oscuridad.

Los noté en cuanto entré en el cementerio, en el instante en que mis pies pisaron el suelo. Fantasmas, sombras, apariciones, como quiera que se llamen, estaban muertos y ya no iban a resucitar. Eran espíritus débiles, cada uno de ellos, algo que cualquier otra noche me habría producido un mínimo escalofrío, cualquier otra, pero no esta.

Sentí un frío repentino como cuando sopla el primer viento del invierno, di un paso hacia delante y noté resistencia, pero no era como si alguien estuviera intentando que no entrara. Era más bien como esas películas en las que hay turistas luchando por atravesar multitudes de mendigos en las polvorientas ciudades de Oriente Medio. Eso fue lo que experimenté, espeluznante y espectral, gente que me empujaba, intentando sacar algo de mí, algo que no estaba seguro de tener y que no creía que les sirviera de nada aunque se lo diera.

Reuní toda mi voluntad y me quité el amuleto de mi madre del cuello. Lo levanté en alto en aquella oscuridad asfixiante, pegajosa y lo llené de energía.

La luz de mago azul empezó a brillar, a lanzar un resplandor débil, no tan brillante como de costumbre. El pentagrama dorado de dentro del círculo era el símbolo de mi fe en la magia, si queremos denominarlo así. Era un concepto de fuerza controlada, organizada, utilizada para un propósito constructivo. Por un momento, me pregunté si la penumbra era un reflejo de mis heridas o si era algo relacionado con mi fe. Intenté pensar en la frecuencia con la que había tenido que encender algo, los últimos años, cuántas veces había tenido que hacer saltar algo por

los aires. O aplastar un edificio o desbaratar cualquier otra cosa.

Relajé los dedos y me estremecí. Puede que fuera mejor que empezara a tener un poco más de cuidado.

Los espíritus se apartaban de esa luz, pero los pocos que todavía estaban cerca me susurraban cosas a los oídos. No les hice ningún caso ni me paré a escuchar porque eso me haría enloquecer. Me lancé hacia delante, con más fuerza en el alma que en el cuerpo y empecé a buscar.

—¡Charity! —grité—. Charity, ¿dónde estás?

Oí un ruido breve, una llamada, a mi derecha pero enseguida dejó de oírse. Me di la vuelta y empecé a moverme hacia delante a un paso largo y prudente, con el pentágono brillante sujeto en el aire como la lámpara de Diógenes. Volvió a oírse un trueno. La lluvia ya había empapado la hierba y había hecho que bajo mis pies la tierra estuviera suave y blanda. Una breve e inquietante imagen de los muertos abriéndose camino a través de la tierra reblandecida me hizo estremecerme por un instante y una docena de espíritus se agruparon en torno a ella como si les fuera a dar de comer. Conseguí apartar el miedo, la situación difícil, los dedos ocultos, dejé de lado los dedos ocultos, y avancé.

Encontré a Charity tumbada en un féretro dentro de un panteón de mármol que tenía todo el aspecto de un templo griego con el techo abierto al cielo. La mujer de Michael estaba tumbada de espaldas con las manos sobre la tripa. Se le veían los dientes mientras intentaba gruñir.

La Pesadilla estaba de pie encima de ella, con el pelo oscuro como el mío pegado a su cabeza, mis ojos negros reflejaban el brillo de mi pentágono. Puse una mano en el aire sobre el vientre de Charity y la otra sobre la garganta. Giró la cabeza y vio como me acercaba. En los confines de mi luz de mago, las sombras se movían, revoloteaban, los espíritus giraban en remolino como si fueran polillas.

—Mago —dijo la Pesadilla.

—Demonio —respondí sin más. No me apetecía dar la charla.

Sonrió mostrando los dientes.

—¿Es eso lo que soy? —dijo—. Interesante, no estaba seguro. —Levantó su mano de la garganta de Charity, me señaló con un dedo y murmuró—. Adiós, mago. *Fuego.*

Noté la energía antes de que surgiera el fuego y me llegara a través de la lluvia. Levanté el bastón con mi mano izquierda en sentido horizontal, y lancé la energía de modo temerario para hacer un escudo.

—¡Refletum!

—El fuego y la lluvia confluyeron provocando un sonido sibilante y una nube de vapor que se quedó a treinta centímetros de mi bastón estirado al máximo. Supongo que la lluvia ayudó. Nunca habría sido tan estúpido de intentar lanzar una llama con

un aguacero como este. Lo vencí con demasiada facilidad.

Charity se movió en el instante en el que la Pesadilla se distrajo. Hizo girar sus pies hacia la Pesadilla y dando un grito feroz, puso los dos talones en lo alto del pecho de aquel ser de un empujón.

Charity no era una mujer débil. La criatura gruñó y se echó hacia atrás apartándose de ella y al mismo tiempo el movimiento sacó el cuerpo de Charity de la tumba. Cayó al otro lado, gritando y curvándose para proteger al niño que llevaba dentro.

Di un salto hacia delante.

—Charity —grité—. ¡Sal! ¡Corre!

Volvió la cabeza hacia mí y vi lo enfadada que estaba. Por un momento me enseñó los dientes pero su cara estaba llena de confusión.

—¿Dresden? —dijo.

—¡No hay tiempo! —grité. Al otro lado de la tumba, la Pesadilla volvió a levantarse, ya no tenía los ojos oscuros pero estaba tremendamente indignada. No tuve tiempo de pensar en ello, y corrí hacia delante—. ¡Corre, Charity!

Sabía que sería un suicidio luchar contra un ser que había roto una pared de ladrillo hacía unos minutos, pero tenía la deprimente sensación de que me habían superado en términos de magia. Si conseguía rechazar otro hechizo, no creo que pudiera contraatacar. Cogí mi bastón con las dos manos y lo puse en la base de la tumba y salté hacia arriba, golpeando con mis pies la cara de la Pesadilla.

Contaba con el factor de la velocidad y la sorpresa. Le di un fuerte golpe y se tambaleó hacia atrás. Mi bastón salió volando de las manos y me golpeé la cadera con el borde de la tumba y al avanzar me rocé las costillas mientras tiraba a aquel ser hacia el suelo de mármol. Mi concentración desapareció, la luz azul de mago se apagó y me sumí en la oscuridad.

Caí al suelo resollando y volví a ponerme de pie. Si la Pesadilla me cogía, iba a ser de esa forma. Había llegado al borde de la tumba cuando algo me agarró por la pierna, justo por debajo de la rodilla, como si fuera un anillo de hierro. Luché por apartarme pero no había nada a lo que agarrarme excepto el mármol resbaladizo.

La Pesadilla se levantó, y un relámpago reveló sus ojos oscuros, su cara igual que la mía. Estaba sonriendo.

—Y así acaba todo, mago —dijo—. Por fin me libero de ti.

Intenté escaparme pero la Pesadilla me agarró por una pierna y me agitó en círculo. Después salí volando por los aires y vi como me acercaba a una de las columnas.

Entonces hubo un rayo de luz y noté un dolor agudo en el centro de mi frente. El impacto con el suelo llegó como algo secundario, relativamente agradable comparado con lo primero.

Si me hubiera quedado inconsciente, habría sido una bendición. Pero al contrario, la lluvia fría me mantuvo despierto lo suficiente para sentir como, segundo a segundo, el terrible dolor se iba extendiendo hasta mi cerebro. Intenté mover los miembros pero no pude y por un momento pensé que debía de haberme roto el cuello.

Después, por el rabillo del ojo, vi cómo los dedos se movían y tuve la certeza, abatido, de que todavía no había terminado la pelea.

Con un gran esfuerzo conseguí bajar la mano al suelo. Con otro esfuerzo más me levanté, la cabeza me daba vueltas, tenía el estómago revuelto. Me eché hacia atrás contra la columna, jadeando para respirar a través de la lluvia e intenté recuperar fuerzas.

No tardé mucho, no había mucha fuerza que recuperar. Abrí los ojos, y poco a poco enfoqué. Noté una fuerte punzada en la boca. Me toque la boca con la mano; la mejilla y mis dedos se mancharon de algo cálido y oscuro. Sangre.

Intenté levantarme pero no podía, simplemente no podía. Todo giraba demasiado. El agua me caía por encima, dejándome helado, acumulándose en la base del pequeño montículo sobre el que estaba el mausoleo-templo griego, formando un arroyo que bajaba a su vez hacia otro arroyo.

—Tanta agua —susurró una voz femenina a mi lado—. Tantas cosas fluyendo. Me pregunto si no se estarán desperdiciando algunas.

Giré los ojos lo suficiente como para comprobar que mi madrina estaba a mi lado con su vestido verde. Obviamente, la piel de Lea había emergido del polvo de fantasma que yo le había lanzado el día de la escaramuza con Agatha Hagglesworth. Sus dorados ojos de gato escudriñaron mi cuerpo con su antigua y familiar calidez, su pelo caía en una melena que parecía no verse afectada por la lluvia. Sin embargo, parecía que no le importaba empaparse el vestido. Lo tenía pegado a las curvas de su cuerpo, y dejaba ver la perfección de su pecho, cuyos pezones resaltaban claramente en el tejido de seda cuando se arrodilló a mi lado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —murmuré.

Sonrió, alargó un dedo y me lo pasó por la frente y después se lo llevó a la boca y lo deslizó entre los labios y lo chupó con suavidad. Sus ojos se cerraron y dejó escapar un suspiro estremecedor.

—¡Qué niño tan dulce! Eras un chico tan dulce.

Intenté ponerme de pie pero no podía. Tenía algo en la cabeza que parecía estar roto.

Me miró con la misma sonrisa benévola.

—Tu fuerza está desfalleciendo, mi cielo. Aquí en la residencia de los muertos, puede que te falle.

—Esto no es el Más Allá, madrina —dije con aspereza—. Aquí no tienes ningún poder.

Hizo una mueca con los labios que para un humano habría resultado seductora. Mi sangre los había manchado de un tono más oscuro.

—Mi cielo. Sabes que no es verdad. Solo tengo lo que me han dado, por lo que he luchado de forma justa.

Le enseñé los dientes.

—Entonces vas a matarme.

Echó la cabeza hacia atrás riendo.

—¿Matarte? Nunca he querido matarte, mi cielo, a excepción de algunos momentos de frustración. Nuestro trato era por tu vida, no por tu muerte. —Uno de sus sabuesos salió de la oscuridad y se agachó junto a ella, fijando los ojos oscuros en mí. Puso una mano con cariño sobre su enorme cabeza y se estremeció de placer.

Sentía como me quedaba frío, al contemplar a aquel sabueso.

—No me quieres muerto. Me quieres... —No pude terminar la frase.

—Domesticado —sonrió Lea. Le rascó al perro en las orejas con dulzura—. Pero no así —su boca se retorció poniendo una sonrisa despectiva—, no como estás. Patético, Harry, dejando que te devoren vivo. ¿Eh? Justin y yo te enseñamos algo mejor.

Charity volvió a gritar desde algún lugar cercano. Los truenos seguían restallando por encima de nuestras cabezas.

Gruñí e intenté levantarme. Lea me miraba con sus ojos dorados rasgados como los de un gato, interesada e indiferente. Conseguí ponerme de pie, y dejé el peso de la espalda y la mayor parte del cuerpo en la columna. En la lluvia, casi no podía ver a Charity de rodillas. La Pesadilla estaba sobre ella y con una mano le agarraba el pelo y con la otra le empujaba la cabeza. Ella luchaba, inútilmente, temblando en la lluvia. Los dedos estaban hundidos en el cráneo y de repente, los esfuerzos de Charity pararon.

Gruñí e intenté ir, acercarme para hacer algo. Todo giraba a mi alrededor y volví a caerme estrepitosamente.

—Que tierno —suspiró Lea—, pobre niño. —Se arrodilló junto a mí otra vez y me acarició el pelo. Me gustaba a pesar de las náuseas y el dolor. Creo que definitivamente las náuseas y el dolor desaparecieron con ese poder seductor—. ¿Te gustaría que te ayudara?

Me las apañé para poder mirar su encantadora cara.

—¿Ayudarme? —pregunté— ¿Cómo?

Sus ojos brillaron.

—¿Puedo darte lo que necesitas para salvar a la mujer del caballero blanco?

Levanté la vista para mirarla fijamente. Todo el dolor, el terror, la absurda y fría lluvia me hicieron sentir un terrible malestar. Escuché el gemido de Charity. Lo había intentado. Maldita sea, había hecho todo lo que había podido para ayudar a la mujer.

Ni siquiera le caía bien. No era culpa mía si moría, ¿no? Había hecho todo lo que estaba en mis manos.

—¿No?

Me tragué todo el horrible sabor de la bilis y del ácido y pregunté.

—¿Qué quieres, madrina?

Ella se estremeció y dejó escapar un suspiro rápido.

—Lo que siempre he querido, dulce niño. Esta oferta no es diferente de la que te hice hace años. De hecho, forma parte de ella. Te doy poder y a cambio me quedo contigo. —Sus ojos brillaron—. Quiero tu promesa, mago. Quiero que me prometas que cuando la mujer esté a salvo, tú vendrás conmigo. Estrecharás mi mano, aquí, esta noche.

—Quieres que vuelva contigo —susurré—. Pero no me quieres así, madrina, todo destrozado. Estoy vacío por dentro.

Sonrió y acarició la cabeza del sabueso infernal.

—Sí, con el tiempo te curarás. Y haré que ese tiempo pase rápido. Se apoyó más cerca de mí, con sus ojos dorados encendidos—. Te mostraré tantos placeres que ningún hombre deseará una muerte más feliz. —Volvió a levantar la vista por encima de la tumba que tapaba mi imagen de Charity y de la Pesadilla—. La mujer del caballero blanco está viéndolo ya. Enseguida estará atrapada como lo está la mujer policía.

—¿Cómo has sabido lo de Murphy? —pregunté.

—Sé muchas cosas. Sé que puedes morir si no haces nada, mi cielo. Puedes morir aquí con frío y solo.

—No me importa —dije—. Yo...

Charity dejó escapar un sollozo como de que se estaba ahogando y Lea sonrió y murmuró.

—El tiempo vuela, niño. No espera para nadie, ni hombres ni sidhes ni magos.

Lea me tenía ya entre la espada y la pared. Si hacía que nuestro pacto fuese más grande, si lo reconfirmaba, estaría permitiendo que lo estrechara y lo cerrara conmigo dentro. Pero no podía levantarme. No podía hacer nada para salvar a Charity sin ayuda.

Cerré los ojos y vi a la hija pequeña de Michael. Pensé en ella, en que crecería sin madre.

Maldita sea.

—Acepto tu oferta, madrina. —Cuando pronuncié las palabras algo se movió contra mí, noté que algo se cerraba.

Lea dio un grito ahogado cerrando primero los ojos mientras se estremecía otra vez, y después abriéndolos con un brillo salvaje. Se inclinó y murmuró.

—La respuesta, mi cielo, está a tu alrededor. —Me besó en la frente y desapareció

en las sombras.

Me di cuenta de que volvía a pensar con claridad. Todavía me dolía, Dios, claro que me dolía, pero lo conseguí. Me puse de pie, me apoyé en la tumba y miré para que la lluvia me quitase la sangre de los ojos.

La respuesta estaba a mi alrededor. ¿Y qué tipo de consejo estúpido era ese? Miré a mi alrededor pero no había nada excepto césped, árboles y tumbas. Montones de tumbas. Lápidas sencillas y cruces de mármol, tumbas rodeadas de estanques, tumbas con luces, tumbas con fuentes pequeñas. Muertos. Eso era lo que había alrededor.

Me concentré en Charity y en la Pesadilla y pude notar como el odio crecía en mi interior. Me moví por el borde de la tumba, consiguiendo un poco de estabilidad y equilibrio mientras andaba y gritaba:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Feo!

La Pesadilla movió la cabeza para mirar pestañeando en dirección a donde estaba yo, sorprendido. Después volvió a sonreír y dijo:

—Vos no estáis muerto. Qué interesante. —Soltó a Charity, los dedos salieron de su cráneo como del de Murphy y cayó sin fuerzas a su lado—. Puedo acabar esto por placer. Pero vos, mago. Acabaré con usted para siempre.

—Blablablá —murmuré. Me agaché, recuperé el bastón y levantándome con él en ambas manos dije—: La gente como tú ya no habla así, con esa forma de dirigirte a mí, esos vos y tes. Madre mía, por lo menos las hadas están al día en esto de los dialectos.

La Pesadilla me miró frunciendo el ceño y empezó a andar hacia mí.

—No te das cuenta ¿tonto? Esta es tu muerte que viene a buscarte.

Una bota cayó con fuerza sobre el mármol que había detrás de mí. Después la otra. *Amoracchius* lanzó una luz blanca brillante por encima de mi hombro y Michael dijo:

—No lo creo.

Miré a Michael.

—Tú —gruñí—, vas un poquito mal de hora.

Me enseñó los dientes con cara de desagrado y enfado.

—¿Mi esposa?

—Está viva —dije—. Pero será mejor que la saquemos de aquí.

Asintió —Lo mataré otra vez —dije. Me dio algo frío y duro, un crucifijo—. Tú ve con ella, dale esto.

La Pesadilla se paró, frunciendo el ceño al mirarnos.

—Vos —dijo a Michael—. Sabía que vendríais.

—Ah, ¡cállate! —grité enfadado—. Michael ¡Mata ya a este ser!

Michael avanzó, con el fuego blanco de la espada en la mano como si fuera una linterna halógena. La Pesadilla gritó de furia y se lanzó a un lado, esquivando la hoja

y después se lanzó hacia Michael con los dedos colocados como garras. Michael los esquivó y le asestó un golpe en la tripa y lo apartó, giró y le lanzó la espada. *Amoracchius* le dio a la Pesadilla en el centro y de la herida salió fuego blanco.

Yo fui corriendo por detrás de Michael hacia Charity. Ella ya se estaba moviendo, intentando levantarse.

—Dresden —me susurró—. ¿Mi marido?

—Está ocupado repartiendo mandobles —dije y le puse el crucifijo en los dedos—. Coge esto. ¿Puedes caminar?

—Cuide su lengua, señor Dresden. —Cogió el crucifijo e inclinó la cabeza un segundo. —No lo sé —dijo—. Ah, que Dios me ayude. Creo... —Todo su cuerpo se puso rígido y dejó escapar un suspiro apagado, apretándose el vientre con la mano.

—¿Qué? —dije. ¿Estaba herida? Detrás de mí, oía como Michael gruñía, veía como el fuego blanco de *Amoracchius* dibujaba sombras en la noche—. ¿Qué pasa, Charity?

Dejó escapar un leve gruñido.

—El niño —dijo—. Creo... creo que he roto aguas cuando me he caído. —Tenía el gesto crispado, de color rojo fuerte y volvió a gemir.

—Ah —dije—. ¡Ah!, no, no. Esto no puede estar pasando ahora. —Me puse la palma de la mano en la frente—. Esto no está bien. —Miré al cielo con mirada acusadora—. Alguien ahí arriba tiene un sentido del humor muy especial.

—*Grrrrr* —gruñó Charity—. Ah, que Dios nos ampare, señor Dresden. No hay mucho tiempo.

—No —suspiré—, claro que no. —Me agaché para recogerla pero me caí de bruces. Intenté evitar sentarme encima de ella pero me tambaleé cuando volví a levantarme. Charity no era ligera como una florecilla. No había forma de sacarla de allí.

—¡Michael! —grité—. ¡Michael, tenemos un problema!

Michael se puso detrás de una de las tumbas cuando de repente una piedra salió de la oscuridad y se hizo añicos contra ella.

—¿Qué?

—¡Charity! —grité—. ¡El niño está a punto de nacer!

—¡Harry! —gritó Michael—. ¡Cuidado!

Me di la vuelta y la Pesadilla había surgido de la oscuridad por detrás de mí, moviéndose casi más con más rapidez de lo que yo alcanzaba a ver. Se agachó, arrancó una lápida de la tierra y la levantó en alto. Me interpuse entre ella y Charity pero al hacerlo sabía que sería un gesto inútil, tenía la fuerza suficiente para aplastarla aunque me llevara a mí por delante. Pero en cualquier caso lo hice.

—¡Ahora! —gritó la Pesadilla—. ¡Deponga la espada, caballero! ¡Bájela o los aplasto a los dos!

Michael vino hacia nosotros con la cara pálida.

—Ni un paso más —gruñó la Pesadilla—, ni un centímetro.

Michael se paró. Se quedó mirando a Charity, quien volvió a gemir, jadeando con los ojos apretados con fuerza.

—¿H... Harry? —dijo.

Yo podía quitarme de en medio. Podía lanzar fuego. Pero si me movía aplastaría a Charity, No tenía ninguna posibilidad.

—La espada —dijo la Pesadilla, con la voz tranquila—, lanzadla.

—Ah, Dios —susurró Michael.

—No lo hagas, Michael —dije—. Nos va a matar de cualquier forma.

—Vos, callaos —dijo la Pesadilla—. Mi pelea es con vos, mago y con el caballero. La mujer y el niño no significan nada para mí siempre que os tenga a los dos.

Durante un buen rato en el que reinó el silencio la lluvia se convirtió en aguanieve. Entonces, Michael cerró los ojos.

—Harry —dijo. Bajó la gran espada. Y después la echó a un lado, dejándola caer al suelo—. Lo siento. No puedo.

La Pesadilla buscó mi mirada, sus ojos brillaban como el fuego y sus labios se curvaron sonriendo llena de alegría.

—Mago —dijo susurrando—. Su amigo debería haberos escuchado a vos. —Vi como la lápida venía hacia mí.

El brazo de Charity se levantó de repente con el crucifijo que yo le había dado. El símbolo brilló y entonces ardió con un fuego blanco que lanzó unas sombras típicas de una película de miedo sobre la cara de la Pesadilla. Se retorció y se apartó de la luz, gritando y la lápida cayó al suelo, rasgando el húmedo y vulnerable suelo.

Todo se ralentizó y volví a ver con claridad. Podía ver la tierra con nitidez, las sombras de los árboles. Pude oír a Charity detrás de mí, juramentando, y por el rabillo del ojo vi las sombras incansables que se movían por el cementerio. Pude notar la frialdad de la lluvia, noté como recorría mi cuerpo, fluyendo por las suaves laderas formando riachuelos y arroyos hasta el estanque cercano.

Agua corriente. La respuesta estaba alrededor de mí.

Avancé hacia la Pesadilla. Se giró hacia mí agitando un brazo, y noté como me agarraba el hombro mientras se arrastraba. Después me lancé al cuerpo de la Pesadilla y la golpeé con fuerza. Ambos caímos rodando por la ladera hacia el arroyo que se acababa de formar.

¿Alguna vez habéis oído hablar de la leyenda de Sleepy Hollow? ¿Recordáis la parte en la que el pobre Ichabod cabalga a toda velocidad hacia la protección y la seguridad que le proporciona el puente? El agua corriente transporta energías mágicas. Las criaturas del Más Allá, los cuerpos espirituales no pueden cruzarlo sin

perder toda la energía que necesitan para seguir viviendo aquí en esos cuerpos. Esa era la respuesta.

Caí rodando por la pendiente con la Pesadilla y sentí que me arañaba con las manos. Caímos juntos al arroyo, justo en el momento en el que una mano suya me agarró por la garganta y me cortó la respiración.

Y después empezó a gritar. Se detuvo y se revolvió poniéndose encima de mí sobre unos veinte o veintidós centímetros de agua corriente mientras gritaba. El cuerpo de aquel ser empezó a derretir como si fuera azúcar disuelto en el agua, empezando por los pies y subiendo poco a poco. Lo miré, sentí como aquello me producía una fascinación malsana. Se retorció, se convulsionaba y se revolvía.

—Mago —dijo con la voz como burbujeando—. Esto no ha terminado. Cuando el sol vuelva a ponerse, ¡volveré a por vos!

—Ya te habrás derretido —murmuré. Y, segundos más tarde, la Pesadilla desapareció, dejando solo una sustancia pegajosa en mi abrigo y mi garganta.

Me levanté del agua, empapado y temblando, y subí por la pequeña colina con gran esfuerzo. Michael se había ido junto a su mujer y estaba agachado junto a ella. Puso sus brazos debajo y la levantó con la misma facilidad que a una cesta de ropa sucia. Como ya he dicho, Michael es un tío muy fuerte.

—Harry —dijo—, la espada.

—La tengo —contesté. Subí con dificultad a donde había dejado caer a *Amoracchius* y la recogí. La gran hoja pesaba menos de lo que creía, y su energía casi vibraba entre mis dedos. No tenía funda, así que simplemente me la puse en un hombro y confié en que no se cayera y me cortara la cabeza o algo parecido. Recuperé todo lo demás y me di la vuelta para salir con Michael.

Entonces fue cuando llegó Lea, apareció delante de mí con tres de sus perros demoníacos.

—Mi cielo —dijo—. Es hora de cumplir tu trato.

Di un grito y un salto hacia atrás.

—No —dije—. No, espera. He vencido a este ser pero todavía anda suelto. Vendrá del Más Allá mañana por la noche.

—Eso a mí no me preocupa —dijo Lea y se encogió de hombros—. Nuestro acuerdo consistía en que tú salvabas a la mujer con lo que yo te di.

—No me has dado nada —dije—. Solo hiciste desaparecer el dolor, no creaste el agua, madrina.

Se encogió de hombros sonriendo.

—Semántica. Te lo dije, ¿no?

—Me habría dado cuenta yo solo —dije.

—Quizá, pero tenemos un trato. —Bajó la cara, sus ojos despedían un brillo dorado que daba miedo—. ¿Vas a intentar escapar una vez más?

Había dado mi palabra. Y las promesas incumplidas causan problemas. Pero todavía no habíamos vencido a la Pesadilla. La habíamos echado, sí, pero volvería la noche siguiente.

—Iré contigo —dije—. Cuando haya vencido a la Pesadilla.

—O vienes —sonrió Lea— en este instante o pagas el precio. —Los tres perros demoníacos dieron un paso hacia mí, enseñándome los dientes mientras hacían una mueca silenciosa.

Solté todo lo que tenía agarrado excepto la espada y la sostuve con fuerza. No sé nada de espadas, pero pesaba y estaba afilada, sin contar con su enorme poder. Estaba bastante seguro de que podía asestarle un golpe con el filo a uno de aquellos perros.

—No puedo hacerlo —dijo—, todavía.

—¡Harry! —gritó Michael—. ¡Espera! ¡No se puede utilizar así!

Uno de los perros saltó hacia mí y levanté la hoja. Se vio un resplandor de luz y noté un dolor que me bajó por los brazos y las manos. La hoja se giró y se soltó cayendo y girando al suelo. El perro se lanzó a por mí, yo caí hacia atrás, con las manos entumecidas e indefenso.

La risa de Lea retumbó en las tumbas como campanillas.

—¡Sí! —cantó alegremente, dando un paso adelante. Se inclinó y con un movimiento rápido cogió la gran espada—. Sabía que intentarías engañarme, muchacho. —Me sonrió enseñándome los caninos—. Debo darte las gracias, Harry. Nunca habría podido tocar esto si el que la empuñaba no hubiera traicionado a su propósito.

Al darme cuenta de mi propia estupidez, me sentí furioso.

—No —tartamudeé—, espera. ¿No podemos hablar de esto, madrina?

—Volveremos a vernos, muchacho. Os veré pronto a los dos. —Lea volvió a reírse, le brillaban los ojos. Y entonces se dio la vuelta con los perros demoníacos que la rodeaban, dio un paso hacia delante y desapareció en la noche. Y con ella la espada.

Me quedé allí en la lluvia, cansado, helado y con sensación de ser idiota. Michael se me quedó mirando fijamente un segundo con cara de susto, con los ojos totalmente abiertos. Charity se acurrucó pegándose a él, temblando y gimiendo en silencio.

—Harry —susurró Michael. Creo que estaba llorando pero no pude ver las lágrimas por la lluvia—. Dios mío ¿qué has hecho?

Capítulo 22

Todas las puertas de emergencia del hospital tienen el mismo aspecto. Todas tienen los mismos tonos apagados, monótonos, y sus bordes son romos para que resulten más cómodos pero en realidad no lo son. También el mismo olor penetrante que despiden un aroma mezcla de antisépticos, una fría calma, ansiedad y puro miedo.

Lo primero que hicieron fue llevarse a Charity en una silla de ruedas, con Michael a su lado. Por una cuestión de prioridades me pusieron en el principio de la fila. Sentía como si tuviera que pedir disculpas a una niña de cinco años que tuviera un brazo roto. Lo siento, cielo, pero los golpes en la cabeza van antes que los miembros rotos.

La doctora que me examinó llevaba una placa en la que se podía leer «Simmons». Tenía una fuerte complexión y aspecto de dura; el pelo se le estaba poniendo canoso, lo cual contrastaba mucho con su piel oscura y brillante. Se sentó en un taburete delante de mí y se inclinó poniendo sus manos a ambos lados de mi cabeza. Eran unas manos grandes, cálidas y fuertes. Cerré los ojos.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó, soltándose al instante y cogiendo lo que necesitaba de una mesa que tenía al lado.

—Como te sientes cuando un malo malísimo te estampa contra una pared.

Dejó escapar una ligera carcajada.

—Más concretamente, ¿le duele? ¿Se siente mareado? ¿Con náuseas?

—Sí, bueno no, bueno un poco.

—¿Se ha dado un golpe con la pared?

—Sí —noté que empezaba a embadurnarme la frente con un trapo frío; quitándose la mugre y la sangre aunque ya no quedaba mucha gracias a la lluvia.

—Esto... bueno. Aquí queda algo de sangre. ¿Está seguro de que es suya?

Abrí los ojos y la miré pestañeando.

—¿Mía? ¿Y de quien iba a ser si no?

La doctora arqueó una ceja mirándome con sus ojos oscuros que brillaban por debajo de las gafas.

—Señor... —Miró el informe— Dresden. —Frunció el ceño y después me espetó—. ¿Harry Dresden? ¿El mago?

Pestañeé. Realmente no soy famoso, a pesar de ser el único mago de la guía telefónica. Lo que tengo es más bien triste fama. La gente no suele reconocer mi nombre de forma espontánea.

—Sí. Soy yo.

Volvió a fruncir el ceño.

—Ya veo. He oído hablar de usted.

—¿Bien?

—En realidad no. —Dejó escapar un suspiro de enojo—. Aquí no hay ningún corte. No me gustan las bromas, señor Dresden. Hay gente que necesita atención.

Me quedé boquiabierto.

—¿Qué no hay herida? —Pero en algún momento he tenido un corte profundo en la cabeza del que me goteaba sangre en los ojos y la boca. Casi podía incluso notarlo todavía. ¿Cómo podía haber desaparecido?

Pensé en la respuesta y me estremecí. La madrina.

—No hay ningún corte —dijo—. Nada que pueda haber estado roto desde hace un par de meses.

—Eso es imposible —dije más para mis adentros que contestándole a ella—. No puede ser.

Me enfocó los ojos con una luz. Yo me eché hacia atrás. Me miró cada ojo (de forma mecánica y profesional, sin la intimidad que desencadena una mirada hacia el alma) y negó con la cabeza.

—Si usted ha tenido una conmoción cerebral, yo soy Winona Ryder. Bájese de esta cama y salga de aquí. Asegúrese de hablar con contabilidad al salir. —Me puso una toallita húmeda en la mano—. Le dejaré que se limpie usted solo esta porquería, señor Dresden. Tengo bastante trabajo.

—Pero...

—No se debe venir a urgencias a menos que sea absolutamente necesario.

—Pero yo no...

La doctora Simmons no se paró a escucharme. Se dio la vuelta y se fue a buscar al siguiente paciente, la niña del brazo roto.

Me levanté y me fui todo magullado hacia el baño. Tenía la cara llena de sangre seca. Se había quedado incrustada en las arrugas y las líneas de expresión, lo cual me hacía parecer un poco más viejo, era una mezcla de sangre y edad. Me estremecí y empecé a limpiarme, intentando evitar que mis manos temblaran.

Me sentía asustado, realmente asustado. Me habría sentido mucho más feliz si hubiera necesitado que me dieran puntos y analgésicos. Me quité la sangre y me miré la frente. Había una débil línea rosa que empezaba a unos dos centímetros por debajo del pelo y que se adentraba en él formando una esquina. Estaba muy sensible y cuando accidentalmente lo toqué con el trapo, me dolió tanto que casi gritó. Pero la herida se había cerrado y estaba curada.

Magia. La magia de mi madrina. Ese beso en la frente había curado la herida.

Si creéis que debería haberme hecho feliz que se me cerrara una herida tan desagradable, probablemente no seáis conscientes de las consecuencias. Hacer magia directamente sobre un cuerpo humano es difícil. Es muy difícil. Invocar a los poderes, como mi escudo protector, o manifestaciones de elementos como el fuego o el viento, es facilísimo comparado con la complejidad y la energía necesarias para

cambiar de color el pelo de alguien o hacer que las células de cada lado de una herida vuelvan a juntarse, cerrándola.

La herida curada era un mensaje para mí. Ahora mi madrina tenía tanto poder sobre mí en la tierra como en el Más Allá. Había hecho un trato con alguien del mundo de las hadas y lo había roto. Eso le daba poder a ella sobre mí, lo cual, por cierto, demostraba que había realizado un trabajo tan complejo y de tal magnitud en mí que ni siquiera me había dado cuenta de que había ocurrido.

Eso era lo que me asustaba. Siempre había sabido que Lea me superaba, era una criatura con una experiencia y conocimientos de más de mil años, había nacido para la magia como yo había nacido para respirar. Sin embargo, durante el tiempo que yo permaneciera en el mundo real, ella estaría en desventaja. Nuestro mundo era un lugar extraño para ella, como el suyo lo era para mí. Yo tenía la ventaja de jugar en mi campo.

«Tenía» era la palabra clave. Tenía.

Madre mía.

Me di por vencido y dejé que mis manos temblaran mientras me limpiaba. Tenía una buena razón para tener miedo. Además, mis ropas estaban empapadas por la lluvia y sentía un frío atroz. Terminé de limpiarme la sangre y me puse delante del secador de manos eléctrico. Tuve que golpear el botón una docena de veces para que se pusiera en marcha.

Conseguí poner hacia arriba la boquilla del aparato dirigiendo el aire caliente hacia mi camisa, cuando llegó Stallings, por primera vez sin Rudolph. Parecía como si no hubiera dormido nada. Su traje estaba arrugado, su pelo gris un poco más gris, y su bigote era casi del mismo color que las bolsas de debajo de sus ojos. Fue al lavabo y se echó agua fría en la cara sin mirarme.

—Dresden —dijo—. Oímos que estabas en el hospital.

—Eh, John, ¿cómo está Murphy?

—Está dormida, acabamos de traerla.

Le miré pestañeando.

—Dios, ¿ya ha amanecido?

—Hace unos veinte minutos. —Se puso junto al secador a mi lado. Empezó a darle al botón—. Todavía duerme. Los médicos están planteándose si está en coma o bajo el efecto de algún tipo de droga.

—¿Les has dicho lo que pasó? —pregunté.

Gruñó.

—Sí, claro. Les digo que un mago le hizo una maldición y que está adormilada —me miró—. ¿Cuándo se va a despertar?

Negué con la cabeza.

—Mi hechizo no le durará mucho. Puede que como mucho un par de días. Cada

vez que salga el sol, lo irá destruyendo un poco más.

—Entonces, ¿qué ocurrirá?

—Empezará a gritar. A menos que encuentre al ser que se lo hizo y averigüe cómo deshacerlo.

—Es por eso por lo que quieres el libro de Kravos —dijo Stallings.

Asentí.

—Sí.

Buscó en el bolsillo y sacó un libro, un pequeño diario, grueso pero estrecho, encuadernado en piel oscura. Estaba sellado en una bolsa de plástico para pruebas. Intenté cogerlo pero Stallings lo retiró.

—Dresden. Si lo tocas, si lo abres, vas a dejar tus huellas. Células epiteliales, todo tipo de cosas. A menos que desaparezca.

Fruncí el ceño mirándole.

—¿Y qué hacemos con esto? Kravos está bien encerrado. ¿No? Entonces, le cogimos con el arma homicida, y había un cuerpo. No hay nada en el diario que pueda superar eso, ¿no?

Hizo una mueca.

—Si se tratara solo de su juicio, no habría problema.

—¿Qué quieres decir?

Negó con la cabeza.

—Tonterías de orden interno. No puedo hablar de ello. Pero si coges este libro, Dresden, tiene que desaparecer.

—Vale —dije al extender la mano para cogerlo—. Ya no está.

Volvió a apartarlo.

—Lo digo en serio —dijo—. Promételo.

Algo en su forma de hablar me impactó.

—Vale —dije—. Lo prometo.

Se quedó mirando el libro fijamente un momento y después me lo puso en la palma de la mano.

—Que le den —dijo—. Si puedes ayudar a Murph, hazlo.

—John —dije—. Eh, tío. Si no creyera que lo necesito... ¿Qué está pasando aquí?

—Asuntos internos —dijo Stallings.

—¿Otra vez pensando en el Departamento de Investigaciones Especiales? ¿No tienen nada mejor que hacer? ¿En qué están trabajando ahora?

—Nada. —Stallings mentía. Se dio la vuelta para irse.

—John —dije—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Se detuvo en la puerta e hizo una mueca.

—Están interesados en el caso Kravos. Eso es lo único que te puedo decir. Sabrás

algo en un día más o menos. Lo sabrás cuando lo oigas.

—Espera —dije—. ¿Le ha pasado algo a Kravos?

—Tengo que irme, Harry. Buena suerte.

—Espera, Stallings...

Se dirigió hacia la puerta. Yo eché unas cuantas maldiciones y fui detrás de él pero lo perdí. Acabé en el pasillo, temblando como un cachorro empapado.

Maldita sea. Los policías son duros, forman una especie de hermandad. Pueden trabajar contigo pero si no eres policía, consideran que estás fuera de mil y una formas, una de las cuales es que no te cuentan los secretos del departamento. ¿Qué le podía haber pasado a Kravos? Algo grave. Maldita sea, puede que la Pesadilla se hubiera vengado de él también si estaba por ahí fuera merodeando. Sin embargo, si hubiera sido así, le habría dado su merecido.

Me quedé ahí un minuto, intentando ver qué podía hacer. No tenía dinero, ni coche, ni forma de irme.

Necesitaba a Michael.

Le pregunté a alguien y me dirigí a maternidad. Di una vuelta bastante grande para mantenerme apartado de todo lo que parecía tecnología o de un precio elevado. Lo último que quería era hacer saltar por los aires el pulmón de hierro de algún abuelo.

Encontré a Michael esperando en un pasillo. El pelo se le había secado y lo tenía todo rizado y despeinado. Parecía que tenía más canas de lo habitual. Su barba tenía aspecto de necesitar un buen corte. Los ojos hundidos. Las botas y los pantalones estaban manchados de barro hasta las rodillas. La funda negra de *Amoracchius* le colgaba del hombro, vacía.

Michael estaba delante de un gran ventanal. Detrás de él había filas de pequeñas criaturas en cunas, encima de los cuales había unas lámparas de calor para evitar que cogieran frío. Me quedé allí en silencio un momento junto a él, mirando a los bebés. Una enfermera levantó la vista y entonces reaccionó mirándonos fijamente antes de salir corriendo de la sala.

—Ajá —dije—. La enfermera nos ha reconocido. No me di cuenta de que estábamos otra vez en el Cook County. No me acordaba del sitio ahora que no había nada ardiendo.

—El médico de Charity está aquí.

—Uf —dije—. Entonces, ¿cuál es el nuevo Carpenter?

Michael se quedó en silencio.

Me sentí un poco mal y le miré.

—¿Michael?

Cuando hablé, su voz era de agotamiento, adormecida.

—Ha sido complicado. Tenía frío, y es posible que se haya puesto mala por algo.

Rompió aguas, pero en la tumba. Supongo que eso hace que el niño lo esté pasando peor.

Me limité a escucharle y cada vez me sentía peor.

—Tuvieron que hacer un corte en forma de C, pero... creen que es posible que haya habido daños. Creen que recibió un golpe en el estómago en un momento dado. No saben si podrá volver a tener niños.

—¿Y el niño?

Silencio.

—¿Michael?

Se quedó mirando a los niños y dijo:

—El médico dice que si dura treinta y seis horas, podría tener alguna posibilidad, pero está cada vez más débil. Están haciendo todo lo que pueden. —Las lágrimas empezaron a aflorar a sus ojos y cayeron por sus mejillas—. Hubo complicaciones. Complicaciones.

Intenté buscar algo que decir, y no pude. Maldita sea. La frustración que sentía se reflejaba en mi estómago. Esto no debería haber ocurrido. Si me hubiera dado más prisa, o si hubiera sido más inteligente, o hubiera tomado una decisión mejor, puede que hubiera evitado que Charity se hubiera hecho daño. O el niño, puse la mano en el hombro de Michael y apreté con fuerza. Solo quería que supiera que estaba ahí. Por todo lo que había hecho.

Suspiró.

—El médico cree que yo la golpeé, que se hizo así los hematomas. No lo ha dicho pero...

—Eso es absurdo —dije—. Por Dios, Michael, eso es lo más estúpido que nunca he oído.

Su voz sonó dura, amarga. Se quedó mirando su propio reflejo en el cristal.

—También podría haber sido yo, Harry. Si no me hubiera metido, este demonio no habría ido detrás de ella. —Oí como sus nudillos crujían al cerrar los puños—. Debería haber venido a por mí.

—Tienes razón —dije—. Diablos, Michael, tienes razón.

Me lanzó una mirada.

—¿De qué hablas?

Me froté las manos intentando que las ideas brillaran en mi cabeza como si fueran luces de neón.

—Este ser al que perseguimos es un demonio, ¿verdad? Es el fantasma de un demonio. —Un ordenanza que pasaba por allí empujando una bandeja me lanzó una mirada rara. Le sonreí, me sentía algo frenético. El pasó rápidamente.

—Sí —dijo Michael.

—Los demonios son fuertes, Michael. Son peligrosos y dan miedo pero son

bastante negados para un montón de cosas.

—¿Y eso?

—Es que no entienden a la gente. Entienden cosas como la lujuria, la codicia y el ansia de poder, pero no entienden cosas como el sacrificio y el amor. Para la mayoría es algo ajeno, no tiene ningún sentido para ellos.

—No sé a donde quieres llegar.

—¿Te acuerdas de lo que te dije, sobre que yo sabía que la mejor forma de llegar a ti era tu familia?

Frunció todavía más el ceño pero asintió.

—Sé esto porque soy humano. Sé lo que supone preocuparse por alguien que no soy yo. Los demonios no lo saben, sobre todo los demonios matones que hacen pactos con brujos de tres al cuarto como Kravos. A pesar de saber que yo creía que la mejor forma de llegar a ti sería alguien cercano, no creo que el demonio haya entendido el contexto de esa información.

—Entonces lo que dices es que este demonio no habría tenido ninguna razón para perseguir a mi mujer y mi hijo.

—Digo que es inconsecuente. Si era un tema de que el fantasma de un demonio persigue a la gente que lo ha matado, entonces nos habría pegado una paliza hasta que hubiéramos muerto y con eso habría sido suficiente. No creo que nunca se le haya ocurrido dispararle a alguien que nos importe, aunque supiera que tú y yo nos conocemos. Tiene que haber algo más.

Los ojos de Michael se abrieron un poco más.

—La Pesadilla es un mero instrumento —dijo—. Algo más está utilizándolo para atacarnos.

—El que lanzó esas crueles maldiciones del alambre de espino —dije—. Y hemos estado persiguiendo a la herramienta en lugar de ir a por la mano que la maneja.

—Por la Sangre de Cristo —juró Michael. Era el segundo juramento más fuerte que había utilizado—. ¿Quién podría ser?

Negué con la cabeza.

—No sé. Alguien que ambos tengamos en común, supongo. ¿Cuántos enemigos tenemos?

Se limpió los ojos con la manga y puso cara de concentración.

—No estoy seguro. Nos hemos granjeado enemigos por todo el país.

—*Ditto* —dije con aire taciturno—. Incluso a algunos magos no les importaría verme caer unos cuantos peldaños. Sin embargo no me molesta tanto no saber la identidad de nuestro agresor como otra cosa.

—¿El qué?

—¿Por qué todavía no ha acabado con nosotros?

—Primero quiere herirnos, por venganza —dijo con la ceja caída—. ¿Podría estar

tu madrina detrás de esto?

Negué con la cabeza.

—No lo creo. Es un hada. Normalmente no son tan metódicas ni organizadas. Y tampoco son impacientes. Este ser ha estado actuando todas las noches como si no pudiera esperar a ponerse en marcha.

Michael me miró un momento y después dijo.

—Harry, sabes que no me gusta juzgar a los demás.

—Me parece que vas a soltar un «pero».

Asintió.

—Pero ¿cómo te relacionaste con los esbirros de ese hada? Es malvada, Harry. Algunos están alienados, pero ella es... malévola. Disfruta haciendo daño.

—Sí —dije—. Realmente yo no la escogí.

—¿Quién lo hizo?

Me encogí de hombros.

—Creo que mi madre. Era la que tenía poder. Mi padre no era mago. No estaba en su mundo.

—No entiendo por qué le haría eso a su hijo.

Algo en mi interior se quebró y noté que las lágrimas afloraban a mis ojos. Fruncí el ceño. Eran lágrimas de un niño acorde con el dolor que siente un niño.

—No sé —dije—. Sé que conocía a gente bastante malvada, seres malos. Sea lo que sea. Puede que Lea sea uno de sus aliados.

—Lea es la abreviatura de Leanandsidhe, ¿verdad?

—Sí. No sé su nombre verdadero. Coge sangre de los muertos y a cambio les otorga la inspiración. Artistas, poetas y otros seres. Así es como consiguió gran parte de su poder.

Michael asintió.

—Lo he oído. Este acuerdo que tienes con ella, ¿qué es?

Negué con la cabeza.

—No es importante.

Algo cambió dentro de Michael, se puso más serio.

—Para mí es importante, Harry, dímelo.

Me quedé mirando fijamente a los bebés un instante antes de decir.

—Era un chaval. Me peleé con mi viejo profesor. Justin. Envió un demonio a matarme y escapé. Hice un trato con Lea. Ella me daría el poder suficiente para vencer a Justin a cambio de servirle a ella. Mi lealtad.

—Y fuiste desleal.

—Más o menos. —Negué con la cabeza—. Nunca me ha presionado hasta ahora, y yo me he cuidado mucho de apartarme de ella. Normalmente no se mete tanto con los mortales.

Michael movió su mano para tocar la funda vacía de *Amoracchius*.

—Sin embargo, se llevó la espada.

Hice un gesto de dolor.

—Sí, supongo que fue culpa mía. Si no la hubiera usado para escabullirme del trato...

—No lo sabías —dijo Michael.

—Debería haberlo sabido —dije—. No debería haberme costado averiguarlo.

Michael se encogió de hombros aunque su expresión era más superficial que su gesto.

—Eso no se puede cambiar. Pero no sé si puedo servirte de ayuda sin esa espada.

—La recuperaremos —dije—. Lea no puede evitarlo, hace tratos. Encontraremos una forma de recuperarla.

—Pero lo haremos en su momento —dijo Michael. Movié la cabeza con tono serio—. La espada no se quedará en sus manos para siempre. El Señor no lo permitirá. Pero puede que el momento de empuñarla haya pasado.

—¿De qué hablas? —pregunté.

—Puede que sea una señal. Quizá ya no merezca la pena servir a Dios de esta forma. O quizá su poder haya pasado a otro. —Hizo una mueca mirando a los niños a través del cristal—. Mi familia, Harry. Quizá sea el momento de que me convierta en padre las veinticuatro horas del día.

Ah, magnífico. Eso es lo que necesitaba ahora, una crisis de fe y un caso de duda del puño de Dios. Necesitaba a Michael. Necesitaba que alguien vigilase mi retaguardia, alguien que estuviera acostumbrado a tratar con el mundo sobrenatural. Con espada o sin espada, tenía la cabeza bien amueblada y su fe era una sutil energía en sí misma. Él era la diferencia entre que el ser que andaba por ahí me matara o lo venciera yo. Además, tenía ruedas.

—Vamos. Estamos perdiendo el tiempo.

Frunció el ceño.

—No puedo, me necesitan aquí.

—Mira Michael. ¿Hay alguien con tus hijos en casa?

—Sí, llamé a la hermana de Charity anoche y fue. El padre Forthill se iba a dormir y después volvería.

—¿Hay algo más que puedas hacer aquí por Charity?

Negó con la cabeza.

—Solo rezar. Ahora está descansando y su madre viene hacia aquí.

—Entonces, tenemos trabajo que hacer.

—¿Quieres que me vuelva a ir?

—No, no, dejarles no. Pero tenemos que encontrar a la persona que está detrás de la Pesadilla para cuidar de ellos.

—Harry ¿Qué vamos a hacer? ¿Matar a alguien?

—Si es necesario, pues sí. Madre mía, Michael, podrían haber asesinado a tu hijo.

Su cara se tornó seria y supe entonces que contaba con él, que me seguiría hasta el infierno para encontrar al que hubiera hecho daño a su mujer y su hijo. Contaba con él y me odiaba a mí mismo por ello. *Vamos Harry. Tira de todas esas fibras sensibles como si fueras un maldito titiritero.*

Sostuve en alto el libro.

—Creo que tenemos una pista sobre el nombre de la Pesadilla. Te apuesto lo que quieras a que Kravos lo grabó en este libro de las sombras. Si estoy en lo cierto, podría utilizarlo para ponerme en contacto con la Pesadilla y después tirar de la cuerda para saber quién está manejándola.

Michael se quedó mirando por el cristal a los niños que había al otro lado.

—Necesito que me lleves a casa. Desde mi laboratorio, podría averiguar qué está pasando antes de que algo más se nos escape de las manos. Y después vamos a por ella.

No dijo nada.

—Michael.

—Vale —dijo en voz baja—. Vamos.

Capítulo 23

De vuelta en mi laboratorio, sentía algo de miedo al estar trabajando a la luz de la vela. Racionalmente, sabía que todavía era totalmente de día, pero la última noche había hecho aflorar mi instinto común a todos los humanos del miedo a la oscuridad. Me habían herido. Todo, cada sombra, cada ruido me hacía moverme, dar un brinco y mirar.

—Tranquilo, Harry —me dije a mí mismo—. Tienes tiempo antes de la puesta de sol. Solo relájate y concéntrate.

Buen consejo. Michael y yo habíamos estado dando vueltas casi toda la mañana recogiendo lo que creía necesitar para hacer el conjuro. Me había leído el diario de Kravos mientras Michael conducía. Era un poco asqueroso. Había estado muy pendiente de apuntar cada paso de sus rituales, completados con notas sobre el éxtasis físico que había experimentado durante los asesinatos, en total nueve. La mayor parte habían sido mujeres o niños que había matado con un cuchillo curvo. Había conseguido engatusar a un buen grupo de gente joven en su redil con drogas y con chantajes y después había hecho orgías en las que o bien había participado él o había canalizado la energía que surgía mediante toda esa lujuria hacia su magia. Ese parecía ser el proceso habitual para tipos como Kravos. Situaciones en las que siempre salía ganando.

Un hombre concienzudo. Riguroso en sus esfuerzos para matar y destrozar vidas para adquirir más poder, a través del conocimiento de sus placeres morbosos, y cuidadoso en apuntar sus esfuerzos por conseguir un demonio conocido con el nombre de Azorthragal.

El nombre había sido escrito con esmero, marcando especialmente cada sílaba.

La magia es un poco como el lenguaje: consiste en ir uniendo cosas, una con otra, una idea con otra. Una vez que estableces los vínculos, pones el poder y haces que algo ocurra. Eso es lo que en este negocio llamamos taumaturgia, crear vínculos entre cosas pequeñas y grandes. Entonces, haces que algo ocurra a pequeña escala y ocurre también a gran escala. Los muñecos de vudú son un ejemplo típico.

Pero los simulacros como un muñeco de vudú no son la única forma de crear vínculos. Un mago puede usar recortes de uñas, o pelo o sangre, si es lo suficientemente reciente o cualquier otra parte del cuerpo que sirva para crear un vínculo con el ser original.

O puedes utilizar tu nombre. O quizá debería decir su nombre.

Los nombres tienen poder. El nombre de cada uno dice algo de él, lo sepan o no. Un mago puede utilizar ese nombre para forjar un vínculo con alguien. Es difícil con la gente. Los conceptos que la gente tiene de sí misma están siempre cambiando, evolucionando, de forma que si consigues que alguien te diga su nombre completo, si

intentas establecer el vínculo cuando están de un humor tan distinto o algún acontecimiento que cambia la vida que altere la percepción que tienen de sí mismos, podría no funcionar. Un mago puede conseguir el nombre de una persona solo de sus propios labios, pero si no lo utiliza con la suficiente rapidez, no le vale.

Sin embargo, los demonios son algo distinto, no son personas. No tienen el problema de tener alma, y no se preocupan por cosas tontas como lo bueno y lo malo, lo que está bien y lo que está mal. Los demonios simplemente son. Si un demonio está predispuesto a comerte, lo hará ahora y dentro de mil años.

En cierto sentido es casi reconfortante y los hace vulnerables. Una vez que sabes el nombre de un demonio, puedes llegar hasta él siempre que quieras. Yo tenía el nombre de Azorthragal. Aunque ahora era un fantasma, en vez de un demonio, debería responder a la memoria de su nombre como mínimo.

Tiempo para llegar a él.

Cinco velas blancas rodeaban mi círculo de invocación, eran los puntos de un pentágono invisible. Blancas para que me protegieran y también porque es el color más barato en Wal-Mart. Es que el hecho de ser mago no hace que el dinero crezca en los árboles.

Entre cada vela había un objeto de alguien a quien la Pesadilla había tocado. Mi brazalete protector estaba allí. Michael me había dado su anillo de boda, y el de Charity. Yo había ido a la estación y había cogido la placa escrita a mano que Murphy se había empeñado en tener en la puerta de su despacho hasta que el año pasado, los políticos municipales le consiguieron una de verdad por la notoriedad que adquirió con el caso. Estaba en el suelo junto a ellos. Una visita al hogar del agradecido Malone había hecho que consiguiera el reloj que le regalaron a Micky cuando se jubiló. Este completaba el círculo, situado entre el último par de velas.

Di un suspiro y revisé mis herramientas. No necesitas velas y cuchillos y yo que sé que más para hacer magia, pero ayuda. Hace más fácil concentrarse. En mi estado debilitado, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

Así pues, encendí el incienso y caminé rodeando la zona exterior del círculo de invocación, dejando suficiente espacio para poder trabajar dentro del círculo de incienso y fuera del círculo de cobre. Puse un poco de fuerza de voluntad y cuando lo hice, lo suficiente para cerrar el círculo, sentí como los niveles de energía aumentaban a medida que la magia perdida se fusionaba.

—Harry. —Michael llamó desde la sala que estaba encima—. ¿Has terminado?
Escondí una ola de irritación.

—Acabo de empezar.

—Quedan cuarenta y cinco minutos hasta la puesta de sol —dijo.

No pude esconder la irritación en mi tono de voz.

—¡No me digas! Gracias. No me presiones, Michael.

—¿Puedes hacerlo o no, Harry? El padre Forthill está en mi casa con los niños. Si no puedes detener esto ahora, tengo que volver con Charity.

—Estoy totalmente seguro de que puedo hacerlo sin que sienta tu aliento en mi nuca. Madre mía, Michael, vete de aquí y déjame trabajar.

Gruñó algo para sus adentros, algo sobre la paciencia o sobre poner la otra mejilla o algo así. Sentí sus pasos encima mientras se alejaba de la puerta que daba a mi laboratorio.

Michael no bajó al laboratorio conmigo porque todo el concepto de utilizar la magia sin que el Todopoderoso estuviese a su lado no le parecía bien, a pesar de lo que habíamos pasado juntos. Podía tolerarlo pero no lo aprobaba.

Volví al trabajo, cerrando los ojos e intenté con todas mis fuerzas pensar con mayor nitidez y concentrarme en lo que tenía entre manos. Empecé a dirigir mi atención hacia el círculo de cobre. El humo del incienso me producía una sensación de cosquilleo en los sentidos, y giraba dentro del perímetro del círculo exterior sin parar. La energía aumentó lentamente, mientras me concentraba, y entonces cogí el cuchillo en mi mano derecha y un puñado de agua de un cuenco que tenía a mi izquierda.

Ahora vamos a dar los tres pasos.

—Enemigo, mi enemigo —dije llenando de energía las palabras—. Te busco. —Pasé el cuchillo sobre el círculo con el filo hacia abajo. No podía ver sin abrir mi Vista, pero podía notar la tensión silenciosa mientras hacía una hendidura entre el mundo mortal y el Más Allá.

—Enemigo, enemigo mío —dije de nuevo—. Te busco. Enséñame tu cara. —Eché el agua sobre el círculo donde la energía del conjuro lo pulverizó formando una fina neblina que se movía, llena de los colores procedentes de las velas, cambiando las formas.

Ahora la parte dura.

—¡Azorthragal! —grité—. ¡Azorthragal! ¡Azorthragal! ¡*Appare!* —Utilicé el cuchillo para cortarme un dedo y manché de sangre el borde del círculo de cobre.

La energía salió de mi interior, hacia el círculo por el agujero del tejido de la realidad y a medida que lo hacía, el círculo se elevaba como una pared entorno a la cinta de cobre del suelo. Sentí el dolor agudo del corte, brutal, el suficiente para hacer que de mis ojos brotaran las lágrimas mientras brotaba la energía, alimentada por la energía del círculo, guiado por los artículos que había extendidos a su alrededor.

El conjuro salió en busca del Más Allá, como el tentáculo ciego de un *Kraken* haciendo una batida por la cubierta, en busca de algún alma desafortunada. No debería haber ocurrido de esa forma. Debería haber pasado volando hacia la Pesadilla como un lazo y traerla tambaleándose. Extendí la mano y dediqué más energía al hechizo, dibujando el ser con el que había estado luchando, los resultados de su

trabajo, intentando dar más orientación al conjuro. El conjuro no se aferró a algo hasta que el terror que había inspirado no impactó justo en el sentido de la Pesadilla, a falta de una palabra mejor. Hubo un momento de calma interrumpida y después una oleada de energía desenfundada, una resistencia, que hizo que el corazón se me saliese del pecho, el corte de mi dedo ardía como si alguien me hubiera puesto sal encima.

—*¡Appare!* —grité, impregnando mi voz de toda mi energía y canalizándola hacia el conjuro—. *¡Os ordeno que aparezcáis!* —Utilicé un término arcaico en el momento más apropiado. Bueno, que me juzguen por ello.

La neblina de colores entremezclados se balanceó y flaqueó, como si algo medio sólido se estuviera agitando en el círculo de invocación. Luchó como un toro enloquecido, intentando romper mi conjuro.

—*¡Appare!*

Arriba sonó el teléfono. Oí como Michael cruzaba el salón mientras yo pasaba apuros varios segundos en silencio, la Pesadilla intentaba escapar de la red que mi concentración estaba tejiendo.

—Hola —dijo Michael. Había dejado la puerta abierta y lo oí con claridad.

—*¡Appare!* —volví a gritar. Sentí como ese ser se escurría y yo tiré de él para acercarlo sintiendo el violento triunfo. Las neblinas y las luces giraban, empezaron a adoptar forma, vagamente humana.

—Ah, sí, pero está... ocupado —dijo Michael—. Ah, Bueno, no exactamente. Creo... que... sí, pero... —suspiró Michael—. Un minuto. —Escuché como se acercaba a la trampilla otra vez.

—Harry —dijo Michael con la voz grave—. No sé lo que estás haciendo ahí abajo, pero parece muy disgustada. Dice que ha estado intentando ponerse en contacto contigo bastante rato sin conseguirlo.

La Pesadilla empezó a apartarse de mí. Apreté los dientes y continué.

—¡Ahora no!

—De acuerdo —dijo Michael. Se retiró de la puerta que conducía al laboratorio y oí como hablaba tranquilamente de nuevo por teléfono.

La bloqueé, bloqueé todo excepto mi hechizo, el círculo y lo que había en el otro extremo. Estaba cansándome pero ella también. Tenía todos los objetos, la energía y el foco del círculo, era fuerte pero yo tenía la sartén por el mango y al cabo de otro minuto, minuto y medio, grité:

—*¡Appare!* —por última vez.

La neblina del círculo comenzó a girar adoptado una forma vagamente humana. La figura gritó, fue un sonido ligero y lleno de vida, que indicaba que todavía intentaba escapar.

—¡No puedes escapar! —grité—. ¡Quién te ha hecho venir! ¡Quién te ha enviado!

—Mago —gritó el ser—. ¡Libérame!

—Sí, vale. ¿Quién te envió? —Cargué mi voz con más energía, como coaccionando.

Gritó, fue un sonido imperfecto, como una radio que tiene interferencias. La forma se negó a ser más clara o más sólida.

—¡Nadie!

—¿Quién te ha enviado? —dije concentrándome con mi voluntad en el conjuro y la Pesadilla—. ¿Quién te ha obligado a hacer daño a esta gente? Madre mía ¡Me vas a contestar ya!

—Nadie —gruñó la pesadilla. Intentaba irse con todas sus fuerzas pero yo la agarré con más fuerza.

Y entonces, lo sentí, un tercero en discordia que se adentraba por el otro lado. Sentí ese frío y horrible poder que estaba detrás del cruel maleficio que le hicieron a Micky Malone y al fantasma de Agatha Haggleshorn. Se metió en la Pesadilla como el ácido nítrico en un motor, cargándola al máximo. La Pesadilla pasó de ser un toro encabritado a un elefante frenético y noté como empezaba a romper mi conjuro, a soltarlo.

—¡Mago! —gruñó sintiéndose ganador—. ¡Mago, el sol se está poniendo! ¡Voy a destrozarte el corazón! ¡Cogeré a tus amigos y a sus hijos! ¡Voy a asesinarlos a todos!

—Es tu corazón —gruñí—. Y no vas a hacerlo. —Levanté la mano izquierda y la lancé hacia la neblina centelleante, salpicándola con gotas de sangre—. Salta —gruñí. Intenté coger a aquel ser, y encontré la parte de mí que todavía estaba dentro, una sensación cálida, como cuando vuelves a casa de un largo viaje. Solo pude rozarla pero fue lo suficiente para lo que quería—. Ningún otro ser te hará daño, no derramarás más sangre. Ahora vos os estáis peleando conmigo. Entra, ¡os lo ordeno! ¡Entra! —Y al repetir la palabra por tercera vez, sentí como el conjuro se cerraba, como rodeaba a la Pesadilla como si fueran bobinas de acero. No podía evitar apartarme, tampoco podía echarla del mundo mortal, pero podía estar totalmente seguro de que la única persona con la que se metería sería conmigo—. Ahora veamos cómo te comportas en una pelea justa, imbécil.

Gritó, pero no rompió mi conjuro, el sonido reverberó en toda la habitación. Levanté el cuchillo que tenía en la otra mano y lo moví en el aire con rapidez encima del círculo, liberando el conjuro, echando el resto con el golpe. Vi como la magia entró en el círculo, y como la Pesadilla se desvanecía. Dividió la niebla multicolor en dos como si hubiera recibido el azote del hacha de algún leñador y una vez más la Pesadilla volvió a gritar.

Entonces la neblina se reagrupó a una enorme velocidad, algo estalló en el espacio y aquel ser desapareció. Al suelo cayó un charco de agua y se apagaron las velas.

Yo me caí hacia delante sobre los antebrazos respirando con dificultad, casi sin

aliento, me temblaban los músculos. Había herido a aquel cabrón. No era invencible, lo había herido. Puede que no le hubiera infligido mucho más daño que el corte que yo me había hecho en el dedo o un tortazo, pero no se lo esperaba.

No había conseguido sacarle la persona que estaba detrás pero había sentido algo, había notado su presencia, un aroma claro de su perfume, en sentido metafísico. A lo mejor podía utilizarlo.

—Ahí va esa, imbécil —murmuré. Me quedé ahí respirando entrecortadamente unos minutos, mareado por el esfuerzo del conjuro. Después aparté mis cosas y salí del laboratorio arrastrando los pies hacia la habitación de arriba.

Michael me ayudó a sentarme. Había hecho fuego y me dejé envolver por su calidez. Fue a la cocina y me trajo un refresco de cola y un sándwich. Bebí y comí con ansia. Solo cuando di el último sorbo me preguntó.

—¿Qué ha pasado?

—La invoqué, a la Pesadilla. Alguien la ayudó a irse pero no antes de que le pudiera echar el gancho.

Frunció el ceño mirándome, estudiándome con sus ojos grises.

—¿Qué tipo de gancho?

—Evité que fuera detrás de ti, o de Murphy, o de tu familia. No pude eliminarla pero limité sus objetivos.

Michael me miró pestañeando un momento y después dijo lentamente.

—Haciendo que te persiga.

Le sonreí, enseñándole los dientes y asentí. Un toque de orgullo empañó mi voz.

—Tuve que hacerlo en el último segundo, cuando ya se iba. No lo tenía pensado pero funcionó. Mientras yo viva, no podrá incordiar a nadie más.

—¿Mientras vivas, Harry? —dijo Michael. Frunció el ceño y puso sus gruesos antebrazos en las rodillas, juntando las palmas de las manos.

—¿Qué?

—¿No significa eso que realmente va a matarte? Sin crueldad, sin torturas sádicas, ni mutilación, matarte sin más.

Asentí con calma.

—Sí.

—Y... quien esté detrás de la Pesadilla, quien quiera que la ayudara a escapar... Eso quiere decir que te has interpuesto en su camino. No pueden utilizar su arma hasta que te hayan quitado de en medio.

—Sí.

—Y... si no te necesitaban muerto antes, ahora no se van a parar ante nada.

Me quedé en silencio un momento pensando en ello.

—He tomado una decisión —dije al final—. Pero ¡Qué demonios! Una vez que estoy en el agua, qué más da que me hunda más. Deja que la Pesadilla y mi madrina

se peleen por conseguir el primer puesto en la fila.

Sus ojos miraron los míos esbozando una sonrisa.

—Ah, Harry. No deberías haber hecho eso.

Le regañé.

—Eh, eso es lo mejor que hemos podido hacer hasta ahora. Tú habrías hecho lo mismo si hubieras podido.

—Sí —dijo Michael—. Pero mi familia está bien preparada. —Se calló y añadió en voz baja—. Estoy seguro de a donde irá mi alma cuando me vaya.

—Ya me preocuparé por el infierno cuando tenga que hacerlo. Además, creo que tengo un plan.

Hizo una mueca.

—No te preocupa la salvación de tu alma, pero tienes un plan.

—No tengo intención de que te maten en este momento. Tenemos que atacar nosotros, Michael. Si nos sentamos y esperamos, podrá destrozarnos.

—Quieres decir destrozarte a ti —dijo. Su cara mostraba mayor preocupación—. Harry, sin *Amoracchius*... no sé en qué voy a poder ayudarte.

—Sabes lo que estás haciendo, Michael. Y no creo que el Todopoderoso vaya a dejar el equipo solo porque se nos ha caído la pelota, ¿verdad?

—Por supuesto que no Harry. Siempre es leal.

Me incliné hacia él, y le puse una mano en el hombro, mirándole directamente a los ojos. No hago eso muy a menudo con la gente. No hay muchos con los que lo pueda hacer.

—Michael, este ser es grande y malo, y me aterroriza. Pero puede que sea el único capaz de acabar con él ahora. Te necesito. Necesito tu ayuda. ¡Coño tío! Necesito saber que estás detrás de mí, que crees en lo que estoy haciendo. ¿Estás conmigo o no?

Me miró a la cara.

—Has perdido una buena parte de tu poder, tú mismo lo has dicho. Y ya no tengo la espada. Nuestros enemigos lo saben. Nos podrían matar a los dos. O algo peor.

—Si nos quedamos aquí sin hacer nada, nos van a matar igual. Y puede que a Murphy y a Charity y a tus hijos con nosotros.

Inclinó la cabeza y asintió.

—Tienes razón, no tenemos mucho donde elegir. —Su mano cogió la mía un instante, era grande, llena de callos y fuerte, y después se levantó otra vez, con la cabeza enhiesta y los hombros cuadrados—. Tenemos que tener fe. El Señor no nos daría más de lo que pudiéramos soportar.

—Espero que tengas razón —dije.

—¿Cuál es el plan, Harry? ¿Qué vamos a hacer?

Me levanté y me dirigí hacia la repisa de la chimenea pero lo que necesitaba no

estaba allí. Fruncí el ceño mientras buscaba por la habitación y lo vi en la mesita de café. Me incliné y cogí el sobre blanco, saqué la invitación con las letras doradas que Kyle y Kelly Hamilton me habían entregado.

—Vamos a una fiesta.

Capítulo 24

Michael aparcó su camión en la calle que había a las puertas de la mansión de Bianca. Se guardó las llaves en la bolsa que llevaba en el cinturón y la abrochó con el botón plateado en forma de cruz. Después se enderezó el cuello de su jubón, que se veía por el cuello de la malla, y buscó bajo el asiento el escudo de acero que se puso por la cabeza.

—Harry, dime otra vez por qué es una buena idea. ¿Por qué vamos a una fiesta de disfraces con este atajo de monstruos?

—Todo apunta en esa dirección —dije.

—¿Qué?

Respiré intentando tener paciencia y le di la capa blanca.

—Mira. Sabemos que alguien ha estado creando agitación en el mundo espiritual. Sabemos que lo han hecho para crear esta Pesadilla que ha estado persiguiéndonos. Sabemos que la chica, Lydia, está relacionada de alguna forma con la Pesadilla.

—Sí —dijo Michael—. De acuerdo.

—Bianca —dije— nos envió a sus esbirros para llevarse a Lydia. Y Bianca ha organizado una fiesta para los tipos más malos de la zona. Stallings me dijo que la gente ha estado desapareciendo de las calles. Probablemente los han cogido para que sirvan de comida o algo parecido. Aunque Bianca no esté implicada, y no digo que no lo esté, hay altas probabilidades de que nuestro objetivo acuda a la fiesta de esta noche.

—¿Y crees que vas a poder localizarlos? —preguntó Michael.

—Estoy bastante seguro —respondí—. Lo único que tengo que hacer es acercarme lo suficiente para tocarles, sentir su aura. Percibí al que estaba ayudando a la Pesadilla cuando escapó de mí. Debería poder hacer lo mismo cuando vuelva a sentir su presencia.

—No me gusta la idea —dijo Michael—. ¿Por qué no vino la Pesadilla a perseguirte en cuanto se hizo de noche?

—Puede que la asustara. Le hice un pequeño cortecito.

Michael frunció el ceño.

—Sigue sin gustarme. Allí va a haber un montón de seres que no tienen ningún derecho a existir en este mundo. Será como caminar entre una manada de lobos.

—Lo único que tienes que hacer —dije— es tener la boca cerrada y vigilar mi retaguardia. Esta noche los malos tienen que atenerse a las leyes. Nos han dado la protección de las antiguas leyes de la hospitalidad. Si Bianca no las respeta, perderá su reputación delante de los invitados y de la Corte de los Vampiros.

—Te protegeré, Harry —dijo Michael—. Igual que a todos aquellos a quienes estos seres amenacen.

—No queremos peleas, Michael. No hemos venido a eso.

Miró por la ventana del camión y apretó la mandíbula.

—Lo digo en serio, Michael. Es su territorio. Es muy probable que ahí dentro haya cosas malas, pero tenemos que centrar nuestra atención en lo grande.

—Lo grande —dijo—. Harry, si hay alguien ahí que necesita mi ayuda, la va a tener.

—¡Michael! Si rompemos nosotros las reglas, les damos ventaja. Nos podrían matar.

Se dio la vuelta para mirarme, y sus ojos eran tan firmes como el granito.

—Soy como soy, Harry.

Levanté los brazos al aire, y di un golpe con mi mano en el techo del camión.

—Hay gente a la que pueden matar si la liamos. Aquí solo estamos hablando de nuestras propias vidas.

—Lo sé —dijo—. Mi familia forma parte de ellas. Pero eso no cambia nada.

—Michael —dije—. No te estoy pidiendo que sonrías y charles y te sientas muy agosto. Solo que estés tranquilo y que te quites de en medio. No le claves un crucifijo a nadie en la garganta. Eso es lo que te estoy pidiendo.

—Yo no puedo quedarme sin hacer nada, Harry —dijo. Frunció el ceño y continuó—: Y tampoco creo que tú puedas.

Le fulminé con la mirada.

—Madre mía, Michael. No quiero morir aquí.

—Y yo tampoco. Tenemos que tener fe.

—Estupendo —dije—, eso es estupendo.

—Harry, ¿rezas conmigo?

Lo miré pestañeando.

—¿Qué?

—Una oración —dijo Michael—. Me gustaría hablar con Él un momento. —Me dedicó una leve sonrisa—. No tienes que decir nada. Solo quédate en silencio y quítate de en medio. —Inclinó la cabeza.

Sin decir nada, entorné los ojos mirando por la ventana del camión. No tengo nada contra Dios, lo que pasa es que no lo entiendo. Y no confío en toda esa gente que va por ahí diciendo que hacen las cosas en su nombre. Puedo entender a las hadas y a los vampiros, incluso a los demonios. Algunas veces incluso a los caídos. Puedo entender por qué actúan así.

Pero no entiendo a Dios. No entiendo cómo es capaz de ver como tratan algunos a los demás y no reconoce que la raza humana fue un error.

Supongo que él entiende eso mejor que yo.

—Señor —dijo Michael—. Nos vamos a adentrar en la oscuridad. Estaremos rodeados de enemigos. Por favor ayúdanos a tener la fuerza necesaria para hacer lo

que hay que hacer. Amén.

Solo eso, sin más, ninguna palabra rara, ni súplicas horteras al Todopoderoso para pedir ayuda. Solo unas palabras sosegadas sobre lo que había que hacer, y una súplica a Dios para que estuviera a nuestro lado. Con tan solo unas palabras, quedaba rodeado de un halo de fuerza que me alcanzaba a mí y me subía por los brazos y el cuello. Fe. Me calmé un poco. Nos esperaba mucho por hacer y podíamos hacerlo.

Michael levantó la vista para mirarme y asintió.

—Bueno —dijo—, estoy preparado.

—¿Qué aspecto tengo? —le pregunté.

Sonreí enseñando los dientes blancos.

—Vas a hacer que la gente se dé la vuelta para mirarte. Eso seguro.

Tuve que devolverle la sonrisa.

—Vale, dijo. Vamos a la fiesta.

Salimos del camión y empezamos a caminar hacia las puertas que rodean la finca de Bianca. De camino, Michael se abrochó la capa blanca con la cruz roja. Llevaba botas y protecciones acorazadas en los hombros. Se había puesto un par de guanteletes en las manos y un par de cuchillos en el cinturón, uno a cada lado. Olía a acero y sonaba un poco al andar. Era un sonido reconfortante, agradable, como cuando vas acorazado.

Habría sido más elegante llegar a las puertas en coche y pedir a un mozo que nos aparcara el camión pero Michael no quería dejarles el coche a los vampiros, la verdad es que yo no le culpaba por ello. Yo tampoco me fiaría de un demonio chupasangres que a la caída de la noche surge como aparcacoches en las sombras.

La puerta tenía una garita como debe ser, con un par de guardas en su interior. No parecía que ninguno de los dos llevara armas pero ambos tenían un aspecto arrogante que los dos percibimos. Enseñé la invitación y nos dejaron pasar.

Subimos por el camino de entrada hasta la casa. Una limusina negra se acercó a la entrada al mismo tiempo que nosotros y tuvimos que apartarnos a un lado para dejarla pasar. Cuando llegamos, los ocupantes estaban saliendo del coche.

El conductor se acercó a la puerta trasera de la limusina y la abrió. Empezó a oírse música a un volumen fuerte. Hubo un momento de silencio y después un hombre salió de ella.

Era alto y pálido como una estatua. Su pelo negro azabache le caía desordenado hasta los hombros formando rizos. Estaba vestido con un par de alas de mariposa opalinas que salían de sus hombros, y se enganchaban a él por algún misterioso mecanismo. Llevaba guantes de piel blanca, sus puños enguantados estaban decorados con diseños de plata curvos, y llevaba dibujos parecidos en las pantorrillas que le llegaban hasta las sandalias. De su costado colgaba una espada, cuidadosamente labrada, el mango parecía de cristal. Lo único que llevaba puesto era

un taparrabos realizado con un tejido suave y blanco. Tenía cuerpo para poder llevarlo. Era musculoso aunque no demasiado y tenía un buen par de hombros, pero su piel pálida no estaba dorada por el sol en ninguna zona. Madre mía, ¡qué buen aspecto tenía!

El hombre sonrió, le brillaban los dientes como si fuera a anunciar una pasta de dientes y después extendió una mano para coger algo del coche. Un par de piernas maravillosas con tacones altos rosas salieron del coche, seguidas de una chica esbelta para chuparse los dedos apenas tapadas por pétalos de rosa. Llevaba una falda corta estrecha realizada con ellos y sobre sus pechos también llevaba pétalos como si fueran dos manos. Aparte de eso, y la gipsófila que tenía en la masa alborotada de su pelo negro, no llevaba nada más y eso le favorecía. Con los tacones, podía medir un metro setenta y tenía una cara que me hizo pensar que era dulce y encantadora. Sus mejillas estaban ligeramente enrojecidas, radiantes y llenas de vida, con los labios abiertos y tenía esa mirada en los ojos que me hacía pensar que tenía algo entre manos.

—Harry —dijo Michael—, estás babeando.

—No estoy babeando —dije.

—Esa chica no tendrá más de diecinueve años.

—¡No estoy babeando! —Le regañé, cogí mi bastón en la mano y nos dirigimos hacia el camino de entrada a la casa. Me limpié la boca con la manga, por si acaso.

El hombre se giró hacia mí y arqueó las dos cejas. Me miró de arriba abajo el disfraz y se echó a reír con todas sus fuerzas.

—Ah, madre mía —dijo—. Tú debes de ser Harry Dresden.

Eso me puso furioso. Siempre me molesta cuando alguien me conoce y yo no.

—Sí —dije—. Soy yo ¿Quién demonios eres tú?

Aunque la hostilidad le molestó, no por ello dejó de reírse. La chica que estaba con él se metió bajo su brazo izquierdo y se recostó en él, mirándome con ojos de estar colocada.

—Ah, por supuesto —dijo—. Se me olvida que probablemente sepas muy poco de lo intrincado de la Corte. Me llamo Thomas, de la Casa Raithe, de la Corte Blanca.

—La Corte Blanca —dije.

—Hay tres cortes de vampiros —añadió Michael—. Negra, Roja y Blanca.

—Lo sé.

Michael encogió un hombro.

—Lo siento.

Thomas sonrió.

—Bueno, solo dos, a todos los efectos. La Corte Negra ha caído debido a las dificultades que ha habido últimamente, pobres. —Su tono de voz dejaba entrever que le alegraba más que le apenaba—. Señor Dresden, permítame que le presente a

Justine.

Justine, la chica que estaba bajo su brazo, me sonrió con dulzura. Confiaba en que hubiera extendido la mano para que la besara pero no lo hizo. Solo adaptó su cuerpo al de Thomas de una forma que pareció la más cómoda.

—Encantado —dije—. Este es Michael.

—Michael —susurró Thomas, y estudió al hombre de arriba abajo—. Disfrazado de caballero templario.

—De algo parecido —dijo Michael.

—Qué irónico —dijo Thomas. Volvió a mirarme a mí y la sonrisa se hizo más profunda—. Y usted, señor Dresden. Su disfraz es... va a causar sensación.

—¿Por qué? Gracias.

—¿Entramos?

—Ah, sí vamos. —Nos agolpamos todos en las escaleras centrales lo cual me permitió ver de cerca las piernas de Justine, delgadas y preciosas e indicadas para hacer cosas que no tenían nada que ver con andar. Un par de porteros vestidos con esmoquin que parecían humanos abrieron las puertas de la mansión para que entráramos.

Desde mi última visita, comprobé que habían cambiado el vestíbulo de entrada a la mansión de Bianca. La decoración antigua había sido restaurada magníficamente. Habían colocado mármol en lugar de madera noble. Todas las entradas tenían arcos en lugar de los imperturbables rectángulos lo cual le confería un aire más ligero. Había huecos cada trescientos metros aproximadamente en los que se guardaban estatuas pequeñas y otras obras de arte. Solo había iluminación donde estaban las hornacinas, lo cual creaba enormes sombras entre medias.

—Bastante chabacano —dijo Thomas moviendo las alas de mariposa—. ¿Había venido alguna vez a alguna función de la Corte, señor Dresden? ¿Conoce usted el protocolo?

—En realidad no —dije—. Pero será mejor que no obligue a beberse los fluidos corporales de nadie. Especialmente los míos.

Tomas se rió profundamente.

—No, no. Bueno —admitió—, formalmente no, aunque habrá muchas oportunidades, si así lo desea. —Sus dedos volvieron a acariciar la cintura de la chica, y ella me miró otra vez de esa forma intencionada tan desconcertante.

—No creo. ¿Qué tengo que saber?

—Bueno, todos somos desconocidos porque no somos miembros de la Corte Roja y esto es algo propio de ellos. En primer lugar, nos presentarán a la compañía y tendrán la oportunidad de venir a reunirse con nosotros.

—Mezclarse, ¿no?

—Exacto. Después, nos presentarán a la propia Bianca y ella, a su vez, nos hará

un regalo.

—¿Un regalo? —pregunté.

—Es una fiesta de bienvenida. Por supuesto que dará regalos —me sonrió—. Es de buena educación.

Lo miré. No estaba acostumbrado a que los vampiros hablasen tanto.

—¿Por qué estás siendo tan amable?

Se puso los dedos en el pecho, levantando las cejas con un movimiento de ejecución perfectamente estudiada como diciendo: «¿Quién?, ¿yo? ¿Por qué, señor Dresden? ¿Por qué no iba a ayudarlo?».

—Es usted un vampiro.

—Sí lo soy —dijo—, pero me temo que no soy uno excesivamente bueno. —Me sonrió abiertamente y dijo—. Claro que también podría estar mintiendo.

Gruñí.

—Entonces, señor Dresden. Hay rumores que hablan de que había renunciado a la invitación de Bianca.

—Y lo había hecho.

—¿Y que le ha hecho cambiar de opinión?

—El trabajo.

—¿Trabajo? —preguntó Thomas—. ¿Ha venido por asuntos de trabajo?

Me encogí de hombros.

—Por algo parecido. —Me quité los guantes, intentando parecer despreocupado y le extendí la mano—. Gracias de nuevo.

Su cabeza se inclinó hacia un lado y frunció el ceño. Bajó la vista para mirarme la mano y después antes estrechármela, volvió a mirarme pensativamente.

Hubo un leve parpadeo del aura a su alrededor. Sentí como se movía y se acercaba a mi piel como si fuera un viento frío y suave. Era extraño, distinto de la energía que rodeaba a un profesional humano, y no tenía nada que ver con lo que sentía cuando me acercaba a la Pesadilla.

Thomas no era mi hombre. Se debió de notar que me relajé porque sonrió y dijo.

—He pasado la prueba, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—Bueno, da igual. Eres un tipo con tablas, Harry Dresden. Pero me caes bien. —Y al decir eso, él y su acompañante se dieron la vuelta avanzaron con delicadeza por todo el vestíbulo de entrada atravesando las cortinas que hacían las veces de puertas, que había al fondo.

Miré como se iban.

—¿Algo? —preguntó Michael.

—En términos relativos —dije— está limpio. Debe de ser algún otro.

—Parece que vas a tener la oportunidad de estrechar alguna mano que otra —dijo

Michael.

—Sí ¿Estás preparado?

—Dios mediante —dijo Michael.

Ambos pasamos por el vestíbulo y al pasar por la entrada tapada con cortinas llegamos a la central de las fiestas de vampiros.

Estábamos de pie sobre una cubierta de hormigón, sobreelevada a treinta metros del resto del enorme patio exterior. La música procedía de abajo. La gente se arremolinaba en el patio formando una maraña difusa de color y movimiento, parloteo y disfraces como si fuera una pintura impresionista. Había globos encendidos sobre soportes de alambre, que le conferían al lugar el ambiente místico que dan las antorchas. Un escenario, enfrente de la entrada en la que estábamos, se alzaba varios metros en el aire, era como una silla que tenía un aspecto sospechoso de trono.

Acababa de empezar a percibir los detalles cuando una luz blanca brillante me cegó y tuve que levantar una mano para protegerme los ojos. La música bajó un poco y el parloteo de la gente también se redujo un poco. Obviamente, Michael y yo nos habíamos convertido en el centro de atención.

Un sirviente dio un paso adelante y preguntó con toda tranquilidad.

—¿Me podría dar la invitación, señor? —Se la di y al instante escuché la misma voz que por un sistema de megafonía de andar por casa decía:

—Señoras y señores de la corte. Tengo el gusto de presentarles a Harry Dresden, mago del Consejo Blanco, y mi invitado.

Bajé las manos y las voces se acallaron completamente. Un par de focos que salían de cada lado del trono que teníamos enfrente me iluminaron.

Encogí los hombros para conseguir que mi capa cayera del todo, el forro rojo hecho jirones brillaba frente al algodón negro exterior. El cuello subió un poco más por ambos lados. El foco iluminó el medallón de plástico pintado de color oro que llevaba en la garganta. El esmoquin de color azul pastel gastado que llevaba debajo podía perfectamente haber sido utilizado en un baile del colegio de alguien en los años setenta. Los criados de la fiesta tenían mejores esmóquines que yo.

Me aseguré de reírme, para que pudieran ver las fauces de plástico barato. Supongo que los focos debieron de hacer que mi cara pareciera de un blanco fantasmagórico, especialmente con el maquillaje de payaso que me había puesto. Debía resaltar la sangre de pega que me caía por las comisuras de la boca.

Levanté una mano enguantada y dije, como arrastrando las palabras entre las fauces:

—Hola. ¿Cómo estáis?

Mis palabras resonaron en aquel silencio sepulcral.

—Todavía no me creo —dijo Michael en voz baja— que vinieras a la fiesta de

disfraces disfrazado de vampiro.

—No de un vampiro cualquiera —dije—, de un vampiro cutre. ¿Crees que lo han entendido? —Conseguí mirar pasadas las luces y distinguí a Thomas y Justine a los pies de la escalera. Thomas estaba mirando por el patio sin esconder su alegría, y después me sonrió y me hizo la señal de la victoria con el dedo.

—Creo —dijo Michael—, que acabas de insultar a todo el mundo.

—Estoy aquí para encontrar a un monstruo, no para ser amable con ellos. Además, para empezar, no me apetecía venir a esta fiesta absurda.

—Da igual. Creo que les has fastidiado.

—¿Fastidiado? Venga ya, ¿Cuánto les ha podido molestar? Fastidiados.

Desde el patio que había abajo subían distintos sonidos. Unos cuantos silbidos. El sonido del acero que se produce al desenfundar algunos cuchillos. O puede que fueran espadas. El nervioso *clic-clac* de alguien con una semiautomática intentando sacarla.

Michael se encogió de hombros en su capa y noté, más que verlo, que ponía la mano en la empuñadura de uno de sus cuchillos.

—Creo que estamos a punto de descubrirlo.

Capítulo 25

El patio se sumió en un silencio sepulcral. Agarré mi bastón en espera del primer tiro, o el silbido del lanzamiento del primer cuchillo, o el grito espeluznante de furia. Notaba la presencia de Michael a mi lado impregnado de olor a acero, callado y seguro de sí mismo frente a tanta hostilidad. Madre mía, había intentado burlarme de los vampiros con el traje, pero... No creía que fuera a provocar una reacción tan impresionante.

—Tranquilo, Harry —murmuró Michael—. Son como perros rabiosos, no tiembles ni corras. Eso solo provocará que estallen.

—Normalmente un perro rabioso no tiene armas —le contesté—, ni cuchillos ni espadas. —Pero me quedé donde estaba con una expresión anodina.

Lo primero que se oyó no fue ni un tiro ni un grito de batalla, sino una risa fuerte. El sonido se extendió hacia arriba, era un sonido en cierta medida alegre y burlón, refulgente y despectivo, todo a un tiempo. Miré hacia abajo hacia las luces y vi a Thomas colocado como si fuera una encarnación extraña de Errol Flynn recién salido de una crisálida, subido a unos treinta centímetros en las escaleras, con una mano preparada, y la otra en la empuñadura cristalina de su espada. Su cabeza estaba echada hacia atrás, se veía como todos los músculos de su cuerpo mostraban su indiferencia o un esfuerzo hábil. Las alas de mariposa captaban la luz de las esquinas de los focos y las reflejaban en colores deslumbrantes.

—Siempre había oído —dijo Thomas proyectando su voz con astucia, arrastrando las palabras, en un tono alto para que todos la escucharan—, que la Corte Roja le daba a sus invitados una cálida bienvenida. No pensé que fuera a presenciar una manifestación tan pintoresca. Se volvió hacia el escenario e hizo una inclinación—. Lady Bianca, me aseguraré de contarle a mi padre este enorme derroche de hospitalidad.

Sentí como mi sonrisa se afianzó, y miré más allá de los focos al escenario.

—Bianca, querida, estás ahí. Esta es una fiesta de disfraces, ¿no? ¿Un baile de disfraces? ¿Y se supone que todos podíamos venir vestidos de algo que no somos? Siento haber malinterpretado la invitación.

Escuché el murmullo de la voz de una mujer y los focos se apagaron, me dejaron un minuto a oscuras hasta que mis ojos se pudieron adaptar y pude mirar a la mujer al otro lado de donde estaba yo en el escenario.

Bianca no era alta pero sí escultural, como solo lo son las que aparecen en las revistas eróticas y en los sueños embarazosos. Pálida de piel, de pelo y ojos oscuros, llena de curvas sensuales, desde la boca hasta las caderas, todo tenía una madurez seductora mezclada con una fragilidad que habría hecho que cualquier hombre se fijara en ella. Llevaba un traje de fiesta de llamas titilantes. No es que fuera vestida

de rojo, eran llamas, que la rodeaban formando un traje de fiesta, de color azul en su base que iba disipándose pasando por todos los colores que adopta una vela hasta llegar al rojo en torno a su impresionante pecho. Alrededor de sus elegantes mechones de pelo negro también había llamas. Tenía un par de tacones reales, lo cual le hacía parecer unos centímetros más alta aparte de su ya impresionante estatura. Los zapatos contribuían de forma interesante a la forma de sus piernas. La curva de su sonrisa prometía cosas que probablemente eran ilícitas y nada buenas, y que provocarían que la Dirección General de Salud Pública diera varios avisos, pero que al mismo tiempo se podrían hacer ininterrumpidamente.

A mí no me interesaba. Ya había visto lo que había bajo su máscara una vez. Y no había podido olvidarlo.

—Bueno —ronroneó. Su voz se oyó en todo el patio—. Supongo que no debíamos confiar en su buen gusto, señor Dresden. Aunque quizá podamos ver más cosas sobre su gusto más adelante en la velada —colocó la lengua entre los dientes y me echó una mirada deslumbradora.

La vi, y miré detrás de ella. Un par de figuras con capas negras, que no eran más que unas sombras, estaban colocadas detrás en silencio, como si estuvieran dispuestas a atacar con un simple chasquido de dedos. Supongo que de todas las llamas normales salen sombras.

—Creo que será mejor que no lo intentes.

Bianca volvió a reír. Otros en el salón rieron al unísono, aunque era una risa nerviosa.

—Señor Dresden —dijo—. Muchas cosas pueden cambiar la opinión de un hombre. —Cruzó las piernas lentamente, dejando que se viera su piel desnuda hasta su muslo sedoso y tenso—. Quizá encontremos algo que le haga cambiar de opinión a usted. —Saludó con una mano, perezosa y arrogante—. Música. Estamos aquí para divertirnos. Que comience la fiesta.

La música empezó a sonar otra vez mientras intentaba encontrar el significado de lo que acababa de decir Bianca. Había dado el permiso expreso para que su gente intentara ir a por mí. A lo mejor no podían subir y morderme, pero... Tendría que estar atento. Pensé en los besos narcóticos de Kelly Hamilton en mi garganta, la calidez resplandeciente que me rodeó, me provocó y me hizo temblar. Una parte de mí se preguntaba qué ocurriría si los vampiros me cogieran y si sería tan malo y otra pensaba en todo lo que había visto hasta ese momento esa tarde: era obvio que Bianca tenía algo entre manos.

Moví la cabeza y miré a Michael. Él asintió con un leve movimiento bajo su gran yelmo y ambos bajamos por las escaleras. Me temblaban las piernas, lo cual me hacía bajar de forma inestable. Rezaba por que los vampiros no lo notaran. No quería dejar que se enteraran de mi debilidad. A pesar de que estaba nervioso como un pájaro en

una mina de carbón.

—Haz lo que tengas que hacer, Harry —dijo Michael—. Yo iré a unos pasos detrás de ti, a tu derecha, y vigilaré la retaguardia.

Las palabras de Michael me tranquilizaron, me calmaron y me sentí profundamente agradecido hacia él.

Esperaba que los vampiros descendieran sobre mí en una encantadora y peligrosa nube cuando llegara al patio pero no lo hicieron. Al contrario, Thomas estaba esperándome con una mano en la empuñadura de su espada, mostrando su cuerpo pálido sin vergüenza alguna. Justine estaba a su lado detrás de él. Su cara casi brillaba de júbilo.

—Ah, madre mía, ha sido maravilloso, Harry. ¿Puedo llamarte Harry?

—No —dije. Sin embargo, me contuve e intenté suavizar la respuesta—. Pero gracias, por lo que dijiste y por el momento en que lo dijiste. Las cosas se podían haber puesto muy feas.

Los ojos de Thomas se movieron.

—Todavía podrían, señor Dresden. Pero no podíamos permitir que bajaran y se organizara una reyerta general, ¿verdad?

—No, no podíamos.

—No, por supuesto que no. Habría menos oportunidades para seducir, engañar y apuñalar por la espalda.

Gruñí.

—Supongo que tiene razón.

La punta de su lengua rozó los dientes cuando sonrió.

—Normalmente, la tengo.

—Esto... Gracias, Thomas.

Miró hacia un lado y frunció el ceño. Seguí su mirada. Justine se había apartado de él y ahora estaba sonriendo abiertamente con su dulce cara mientras hablaba con un hombre delgado y sonriente vestido con un esmoquin encarnado y una máscara de dominó. Mientras miraba, el hombre extendió su brazo y le acarició el hombro con los dedos. Hizo algún comentario que provocó que la encantadora chica se riera.

—Perdone —dijo Thomas disgustado—. No soporto a los cazadores furtivos. Disfrute de la fiesta, señor Dresden.

Se fue hacia ellos y Michael se acercó a mí. Yo giré un poco la cabeza hacia él para escucharle murmurar.

—Nos están rodeando.

Miré a mi alrededor. El patio estaba lleno de gente. Muchos eran jóvenes, guapos, vestidos todos de negro con distintos atuendos, chicos de portada para la subcultura de lo siniestro. Piel, plástico y redes de malla parecían los temas principales, todo ello adornado con máscaras de dominó negras, pesadas capuchas sobre las capas y

múltiples maquillajes. Algunos llevaban una cinta de tela roja en el brazo o una gargantilla de color encarnado en el cuello.

Al mirar vi a un joven demasiado delgado que se inclinaba sobre una mesa para inhalar algo por la nariz. Un trío de chicas sonrientes, dos rubias y una morena, todas vestidas como si fueran el equipo de animadoras de Drácula, con los pompones negros y rojos, contaron hasta tres todas juntas y se tragaron un par de pastillas con vasos de vino tinto. Otros jóvenes se movían pegados con un movimiento sensual o simplemente estaban sentados o de pie besándose, tocándose. Unos pocos estaban tumbados en el patio divirtiéndose, sonriendo con ojos soñadores y cerrados.

Hice un repaso de la multitud y enseguida me di cuenta de las diferencias. Moviéndose por entre los jóvenes vestidos de negro había figuras delgadas vestidas de rojo, quizá dos o tres docenas en total. Masculinas y femeninas con multitud de apariencias y trajes, todos compartían el color escarlata, la belleza y se movían seguros de sí mismos, acechando como lo hacen los predadores.

—La Corte Roja —dije. Me humedecí los labios y miré alrededor un poco más. Los vampiros actuaban como despreocupados pero habían formado un círculo a nuestro alrededor. Si nos quedábamos allí más tiempo, no podríamos salir del patio sin pasar a unos pocos metros de alguno de ellos. Los chicos con las pulseras rojas, ¿qué eran? ¿Vampiros jóvenes?

—Yo diría que ganado marcado —dijo Michael. En sus palabras se notaba el enfado, constante y silencioso.

—Tranquilo, Michael. Tenemos que movernos un poco por aquí, hacer que les sea difícil acorralarnos.

—De acuerdo —asintió Michael señalando hacia la mesa donde estaban las bebidas y hacia allí nos dirigimos a paso rápido. Los vampiros intentaron adaptarse a nuestro movimiento para seguirnos, pero no pudieron conseguirlo sin que se notara.

Una pareja vestida de rojo se movió para interceptarnos, encontrándose de cara con Michael y conmigo justo antes de que llegáramos a la mesa. Kyle Hamilton llevaba un conjunto de arlequín, todo eran gamas de color escarlata. Kelly le siguió, vestida con una malla de color escarlata que no dejaba nada a la imaginación, pero con una larga capa que le tapaba los hombros y las clavículas y la capucha bien subida dejando al descubierto solo la cara. Una máscara de color escarlata tapaba sus rasgos, excepto la mejilla y la seductora boca. Creí poder ver como se la arrugaba la piel en un lado de la boca, quizá por las quemaduras que había sufrido.

—Harry Dresden —me saludó Kyle en un tono de voz demasiado alto con una sonrisa demasiado abierta—. ¡Qué agradable volver a verte!

Le di una fuerte palmada en el hombro, haciendo que se tambalease.

—Ojalá fuera mutuo.

La sonrisa se convirtió en crispación.

—Y por supuesto, te acuerdas de mi hermana, Kelly.

—Sí, claro, por supuesto —dijo—. Habéis estado mucho tiempo en la tumbona de los rayos UVA, ¿verdad?

Esperaba que gruñera o bufara o se tirara a mi cuello. Pero no, al contrario, se dirigió a la mesa, cogió una copa de plata y un vaso de vino de cristal del camarero que había allí y nos las ofreció con una sonrisa que imitaba a la de su hermano.

—Es tan agradable volver a verte, Harry. Lamento que esta noche no podamos ver a la encantadora señorita Rodríguez.

Acepté la copa.

—Tenía que lavarse el pelo.

Kelly se giró hacia Michael y le ofreció el vaso. Él aceptó inclinando la cabeza con rigidez y educación.

—Entiendo —murmuró—. No tenía ni idea de que le gustaran los hombres, señor Dresden.

—¿Qué puedo decir? Son tan grandes y fuertes.

—Por supuesto —dijo Kyle—. Si estuviera rodeado de personas que tuvieran tantas ganas de matarme como tengo yo de matarte a ti, yo también querría tener un guardaespaldas.

Kelly se desplazó junto a Michael, con el pecho levantado, tirando de la sutil tela de su malla. Caminó describiendo un círculo lento a su alrededor mientras Michael permanecía inmóvil.

—Es fantástico —murmuró—. ¿Puedo darle un beso, señor Dresden?

—Harry —dijo Michael.

—Está casado, Kelly. Lo siento.

Se rió pegándose más a Michael e intentó captar su atención. Michael frunció el ceño y se quedó mirando al infinito evitando mirarla.

—¿No? —preguntó—. Bueno. No te preocupes, guapo. Te encantará. Todo el mundo quiere disfrutarlo como si fuera la última noche en la Tierra. —Le echó una mirada malvada—. Ahora te toca.

—La joven es demasiado amable —dijo Michael.

—Que duro es. Me gustan los hombres así. —Me echó una mirada desde detrás de la máscara—. Realmente no debería traer a pobres mortales indefensos a estos eventos, señor Dresden. —Miró a Michael de arriba abajo otra vez admirándole—. Este va a estar buenísimo un poco más tarde.

—No muerdas más de lo que puedas comer —la aconsejó.

Ella se rió como de placer.

—Bueno, señor Dresden. Veo sus cruces, pero todos sabemos de lo que valen para casi todos. —Extendió su mano hacia el brazo de Michael con ademán de posesión—. Por un momento casi me has hecho pensar que podía ser de verdad un

caballero templario.

—No —dije diplomáticamente—. No es un caballero templario.

La mano de Kelly tocó el brazo de Michael cubierto de acero y de repente se encendió una llama blanca, tan breve y súbita como un relámpago. Ella gritó, fue un gemido desgarrador y se apartó de él cayendo al suelo. Se quedó allí, retorciéndose, indefensa alrededor de su mano ennegrecida, intentando recuperar el aliento para poder gritar. Kyle saltó a su lado.

Miré a Michael y pestañeeé.

—¡Ah! —dije—. El color me ha impresionado.

Michael miró algo avergonzado.

—Me ocurre a veces —dijo como disculpándose.

Asentí y me lo tomé con calma. Volví la vista hacia los vampiros gemelos.

—Que eso te sirva de lección. Las manos lejos del puño de Dios.

Kyle me dedicó una mirada asesina.

Mi corazón se aceleró, pero no podía dejar que se notase que tenía miedo.

—Adelante Kyle —le reté—. Haz algo. Rompe la tregua que tu propio líder ha establecido. Rompe las leyes de la hospitalidad. El Consejo Blanco quemará este lugar tan rápido que la gente lo llamará la pequeña Pompeya.

Gruñó mirándome y cogió a Kelly.

—Esto no ha terminado —prometió—. De una forma u otra, Dresden, te mataré.

—Vale, vale. —Moví la muñeca mientras le miraba, y puse la mano derecha en su cara—. ¡Venga! ¡Fuera, tengo que mezclarme con los demás!

Kyle gruñó, pero la pareja se retiró y yo volví la mirada lentamente hacia el patio. Todo alrededor se había detenido mientras la gente, los vestidos de negro y rojo, nos miraban. Algunos de los vampiros vestidos de rojo miraban a Michael, tragaban saliva y retrocedían unos pasos.

Sonreí, con toda la chulería y la seguridad en mí mismo que pude mostrar y levanté el vaso.

—Un brindis —dije—, por la hospitalidad.

Se quedaron callados un instante y después rápidamente comenzaron a hablar entre dientes haciéndose eco de mi brindis y dieron un sorbo a sus copas. Me bebí la copa de un solo trago, casi sin darme cuenta del delicioso sabor que tenía y me di la vuelta hacia Michael. Levantó su vaso hasta la boca de su yelmo para hacer que bebía pero no ingirió nada.

—De acuerdo —dije—. Pude tocar a Kyle. Tampoco es él aunque no esperaba que fuera nuestro hombre, o mujer o monstruo.

Michael miró lentamente alrededor a los vampiros vestidos de rojo que se retiraban.

—Parece que por ahora los hemos intimidado.

Asentí pero aún me sentía inquieto. La multitud se apartó a un lado y Thomas y Justine se acercaron a nosotros, eran como manchas de piel pálida y color brillante entre el rojo y el negro.

—Estáis ahí —dijo Thomas. Miró mi copa y dejó escapar un suspiro—. Me alegro de haberte encontrado a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —pregunté.

—De advertirte —dijo. Señaló con una mano la mesa con las bebidas—. El vino está envenenado.

Capítulo 26

—¿Envenenado? —dije asustado.

Thomas me miró la cara y de nuevo miró la copa. Se inclinó sobre ella para asegurarse de que estaba vacía y dijo—: ¡Uy!

—Harry. —Michael se puso a mi lado y apartó su vaso—. Creía que me habías dicho que no podían intentar nada tan evidente.

Se me empezó a encoger el estómago. El corazón me latía a mayor velocidad de la normal aunque no sabía si era por el veneno o por puro miedo al oír las palabras de Thomas.

—No pueden —dije—. Si me desplomo muerto, el Consejo sabrá lo que ha pasado. He corrido la voz de que venía hoy aquí esta noche.

Michael le lanzó una mirada dura a Thomas.

—¿Qué había en el vino?

El hombre pálido se encogió de hombros, deslizando su brazo para abrazar a Justine una vez más. La chica se apoyó en él y cerró los ojos.

—No sé lo que han puesto —dijo—, pero mira a esa gente. —Señaló a todos los que estaban vestidos de negro que yacían felices, en el suelo—. Todos tenían vasos de vino.

Miré un poco más de cerca y me di cuenta de que era verdad. Los criados se movían por el patio, cogiendo vasos de los que estaban en el suelo. Mientras miraba, otra pareja joven que estaba bailando, se desplomó al suelo mientras se daban un largo y profundo beso y después quedaron absolutamente inmóviles.

—Madre mía —juré—. Eso es lo que están haciendo.

—¿Qué? —dijo Michael.

—No me quieren muerto —dijo—, así no.

No tenía mucho tiempo. Pasé deprisa por la mesa de las bebidas hasta un tiesto con helechos y me incliné sobre él. Oí como Michael se ponía detrás de mí protegiendo mi retaguardia. Me metí un dedo en la garganta, un método sencillo, rápido y asqueroso. El vino me quemó la garganta al salir y las hojas de los helechos me hacían cosquillas en la nuca mientras vomitaba en el tiesto. Al levantarme, me daba vueltas la cabeza y cuando miré a Michael, por un momento todo se volvió borroso antes de volver a ganar nitidez. Notaba un lento y dulce adormecimiento en los dedos.

—Todos —murmuré.

—¿Qué? —Michael se arrodilló delante de mí y me cogió el hombro con un brazo—. Harry, ¿estás bien?

—Estoy mareado —dije. Veneno de vampiro. Naturalmente. Me agradaba sentirlo otra vez y me pregunté por un momento por qué estaba tan preocupado. Me hacía

sentir igual de bien. Veneno de vampiro. Así pueden decir que no iba dirigido a mí. —Me tambaleé y después me levanté—. Envenenamiento recreativo que hace que todo el mundo tenga ganas de fiesta.

Thomas murmuró.

—Bastante exagerado supongo, pero efectivo. —Vio que cada vez había más jóvenes que se unían a los primeros que habían caído al suelo en un aletargamiento extático. Sus dedos acariciaron el costado de Justine distraídamente, y ella se estremeció apretándose contra él—. Supongo que tengo prejuicios. Prefiero a mi presa un poco más viva.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Michael.

Apreté la mandíbula e intenté apartar las sensaciones placenteras. El veneno tenía que asimilarse de manera extraordinariamente rápida. Incluso aunque hubiera vomitado el vino, debía de haber absorbido una buena dosis.

—No —dije al instante—. Eso es lo que quieren que haga.

—Harry, casi no puedes mantenerte en pie —dijo Michael.

—Estás un poco paliducho —dijo Thomas.

—¡Bah! Si me quieren incapacitar, eso quiere decir que tienen algo que esconder.

—O solo que quieren matarte —dijo Michael—. O drogarte lo suficiente para que algunos de ellos se alimenten de ti.

—No —contesté—. Si quieren seducirme tendrán que intentar algo distinto. Están intentando que salga corriendo. O evitar que descubra algo.

—Odio tener que decir lo que es obvio —dijo Thomas— ¿pero por qué demonios te invitaría Bianca si no quería que estuvieras aquí?

—Está obligada a invitar al Consejo para que asista. En esta ciudad, soy yo su representante. Y no esperaba que viniera, casi todo el mundo se ha mostrado sorprendido al verme.

—No pensaban que vendrías —murmuró Michael.

—Sí, soy un canalla —tomé dos inspiraciones profundas y dije—: Creo que el que perseguimos está aquí, Michael. Tenemos que aguantar un poco y ver si puedo averiguar quien es exactamente.

—¿Quién es exactamente? —preguntó Thomas.

—No es asunto tuyo, Thomas —dije.

—¿Alguna vez le han dicho, señor Dresden, que es usted un hombre verdaderamente pesado? —Eso me hizo sonreír ante lo cual él puso los ojos en blanco—. Bueno —dijo—. A partir de ahora no me meteré en sus asuntos. Pero dígame si puedo hacer algo por usted. —Justine y él se fueron andando despacio hacia la multitud.

Observé las piernas de Justine apoyándome en el bastón para mantener el equilibrio.

—Es un buen tipo —comenté.

—Para ser un vampiro —dijo Michael—. No confíes en él, Harry. Hay algo en él que no me gusta.

—¡Bah! A mí me cae bien —dijo—. Pero estoy totalmente seguro de que no puedo confiar en él.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Mira a tu alrededor. Hasta ahora tenemos comida vestida de negro, los vampiros de rojo y después estamos tú y yo, y un puñado de gente con distintos disfraces.

—El centurión romano —dijo Michael.

—Sí. Y un tipo que tiene aspecto de Hamlet. Vamos a ver quienes son.

—Harry —preguntó Michael—. ¿Vas a estar bien?

Tragué saliva. Me sentía mareado, un poco débil. Tenía que esforzarme por tener la cabeza lúcida, resistiendo la fuerza del veneno. Estaba rodeado de seres que miraban a la gente como nosotros como si fuéramos vacas, y estaba bastante seguro de que me matarían si me quedaba.

Por supuesto, si no me quedaba, podían morir otros. Si no me quedaba, la gente a la que ya le habían hecho daño seguiría en peligro: Charity, el niño de Michael, Murphy. Si no me quedaba, la Pesadilla tendría tiempo de recuperarse y después ella y quien estuviera detrás, que para mí que estaba presente en esa fiesta, podría seguir disparando, tirando al azar para dar en el blanco.

La idea de quedarme en aquel lugar me asustaba y lo que podría ocurrir si abandonaba ahora, me asustaba aún más.

—Venga —dije—. Acabemos con esto.

Michael asintió mirando a su alrededor, con sus ojos grises serios y firmes.

—Esto es una abominación del Señor, Harry. Son solo unos niños... lo que están haciendo. Están confraternizando con estos seres.

—Michael, cálmate. Hemos venido aquí para recoger información, no para derribar la casa por un puñado de cosas desagradables.

—Sansón lo hizo —dijo Michael.

—Sí y mira como le fueron las cosas ¿Estás preparado?

Murmuró algo y se volvió a poner detrás de mí. Miré a mi alrededor y me orienté mirando al hombre que estaba vestido de centurión romano, dirigiéndome a continuación hacia él. Era un hombre de edad indeterminada, estaba solo y algo apartado del resto de la multitud. Sus ojos eran verdes, de un tono raro, profundo e intenso. Tenía un cigarrillo entre los labios. Su atuendo, hasta la espada corta y las sandalias, parecían auténticos. A medida que me acercaba a él, aminoré el paso y me quedé mirando fijamente.

—Michael —murmuré por encima del hombro—. Mira su traje. Parece real.

—Es de verdad —dijo el hombre con un tono de voz monótono, sin mirarme. Exhaló una columna de humo y después se volvió a colocar el cigarrillo en los labios. Michael casi no podía haber oído mi pregunta y este tipo sí. Tragué saliva.

—Interesante —dije—. Debe de haberle costado una fortuna reunirlo todo.

Me miró. El humo salió en círculo por las comisuras de la boca mientras me echaba una sonrisita de suficiencia sin decir nada.

—Bueno —dije aclarándome la voz—, soy Harry Dresden.

El hombre encogió los labios y dijo reflexivamente y con precisión.

—Harry Dresden.

Cuando alguien, cualquiera, dice tu nombre, te afecta. Casi lo sientes, ese sonido que se distingue entre muchos otros y que exige tu atención. Cuando un mago dice tu nombre, cuando lo dice y lo hace con intención, tiene el mismo efecto, se amplifica mil veces. El hombre vestido de centurión dijo esa parte de mi nombre y la pronunció bien. Sentí como si hubiera sonado un diapasón y me hubiera dado en los dientes con él.

Me tambaleé y Michael me agarró por el hombro sosteniéndome en pie. Dios bendito. Había usado solo una parte de mi nombre completo, mi verdadero nombre, para llegar hasta mí y así como que no quiere la cosa, casi me tumba.

—Madre mía —susurré. Michael me volvió a sujetar. Posé el bastón para tener un apoyo adicional y me quedé mirando fijamente al hombre—. ¿Cómo demonios ha podido hacer eso?

Puso los ojos en blanco, cogió el cigarro de sus dedos y volvió a exhalar humo.

—No lo entendería.

—Usted no pertenece al Consejo Blanco —dije.

Me miró como si acabara de afirmar que los objetos caen al suelo, fue una mirada fulminante e incisiva.

—¡Qué suerte tengo!

—Harry —dijo Michael con un tono de voz tenso.

—Un momento.

—Harry, mira este cigarrillo.

Miré a Michael pestañeando.

—¿Qué?

—Mira su cigarrillo —repitió Michael. Estaba mirando al hombre con los ojos muy abiertos, concentrado y había deslizado una mano hasta la empuñadura del cuchillo.

Miré. Tardé un minuto en darme cuenta de lo que Michael quería decir.

El hombre volvió a echar más humo y me sonrió.

El cigarrillo no estaba encendido.

—Es —dije—, es...

—Es un dragón —dijo Michael.

—¿Un qué?

Los ojos del hombre relumbraron con interés por primera vez, y se fijó, pero no en mí sino en Michael.

—Exactamente —dijo—. Me podéis llamar Ferro.

—¿Por qué no te llamamos Ferrovox? —dijo Michael.

El señor Ferro frunció el ceño y miró a Michael con una mirada desapasionada.

—Mortal, por lo menos tienes algún conocimiento de sabiduría popular.

—Espera un momento —dije—. Dragones... se supone que los dragones son grandes. Tienen escamas, garras, alas. Este tipo no es grande.

Ferro dejó los ojos en blanco y dijo impaciente.

—Somos lo que deseamos ser, maestro Drafton.

—Dresden —solté.

Movió una mano.

—Mortal, no me tienes a que te muestre lo que puedo hacer al decir tu nombre y hacer un esfuerzo. Basta con decir que no serías capaz de comprender el tipo de poder del que dispongo. Que mi verdadera forma destrozaría este patético zoológico y partiría en dos la tierra que pisamos. Si me miraras con tu mirada de mago, verías algo que te sobrecogería, te daría una lección de humildad y con toda probabilidad destrozaría tu sentido común. Soy el más viejo de los de mi especie y el más fuerte. Tu vida es para mí una vela que parpadea y la grandeza y decadencia de tu civilización es como la hierba en verano.

—Bueno —dije—. No sé cuál es tu forma verdadera pero el peso de tu ego seguro que está presionando la corteza de la tierra casi hasta el límite soportable.

Sus ojos verdes se encendieron.

—¿Qué has dicho?

—No me gustan los matones —dije—. ¿Crees que voy a quedarme ahí y a ofrecerte mi primogénito y a sacrificar vírgenes por ti o qué? No estoy tan impresionado.

—Bueno —dijo Ferro—, veamos si podemos hacer que te impresiones.

Agarré mi bastón y concentré toda mi voluntad pero fui muy, muy lento. Ferro solo movió una mano levemente en esa dirección y algo me aplastó contra la tierra como si de repente hubiera engordado unos dos mil kilos. Sentí que mis pulmones se esforzaban por respirar y mi visión se nublaba y de repente todo era negro. Intenté concentrar toda mi magia para devolverle esa energía en su contra pero no podía concentrarme ni hablar.

Michael me miró de forma desapasionada y después le dijo a Ferro.

—Siriothrax debería haber aprendido ese truco. Podría haber evitado que le matara.

La mirada fría de Ferro se volvió hacia Michael, y con ello noté una minúscula disminución de la presión, no mucha pero la suficiente para que pudiera decir jadeando *Refletum* y concentrar mi voluntad en su contra. El hechizo de Ferro se rompió y empezó a desplomarse. Vi cómo me miraba, noté que podía haber renovado el esfuerzo sin dificultad, pero no lo hizo. Me puse de pie jadeando en silencio.

—Entonces —dijo Ferro—. Eres tú —miró a Michael de arriba abajo—, pensaba que eras más alto.

Michael se encogió de hombros.

—No ha sido nada personal. No estoy orgulloso de lo que hice.

Ferro acarició la empuñadura de su espada con un dedo y después tranquilamente dijo:

—Caballero. Le aconsejo que sea más humilde cuando se encuentre ante sus superiores. —Me miró con desdén—. Y podría ir pensando en ponerle un bozal a este hasta que aprenda mejores modales.

Intenté luchar pero no podía respirar todavía. Me apoyé en el bastón con dificultad. Ferro y Michael intercambiaron un leve movimiento de cabeza, en el que ninguno de los dos apartaba la vista del otro. Después Ferro se dio la vuelta y... se esfumó. No se vio ningún destello de luz, ni llamas, desapareció sin más.

—Harry —me reprendió Michael—. No eres el chico más fuerte del barrio. Tienes que aprender a ser un poco más educado.

—Buen consejo —dije casi sin aliento—. La próxima vez, te las arreglas tú con los dragones que aparezcan.

—Lo haré. —Miró a su alrededor y dijo—: Queda poca gente, Harry. —Tenía razón. Al mirar, vi una vampira con un traje rojo ceñido que daba un golpecito en el brazo a un hombre joven vestido de negro. La miró y se encontró con sus ojos. Se miraron el uno al otro un momento, la mujer sonreía, la expresión del hombre se estaba relajando. Después murmuró algo y cogió su mano, y le llevó a la oscuridad. Otros vampiros se llevaban a otros jóvenes con ellos. Alrededor quedaban pocos vestidos de color rojo y más gente en el suelo en estado de éxtasis.

—No me gusta el cariz que está tomando esto —dije.

—A mí tampoco. —Su voz era férrea—. Podemos parar esto si Dios nos ayuda.

—Luego, primero vamos a hablar con el tipo ese vestido de Hamlet. Después nos queda solo Bianca por probar.

—¿Ninguno de los demás vampiros? —preguntó Michael.

—No es posible, todos son subordinados de Bianca. Si fueran tan fuertes, ya la habrían dejado, a menos que estén en su círculo próximo, como Kyle y Kelly. No tiene el aplomo necesario para eso, pero ya está fuera. Así que si no es un invitado probablemente sea Bianca.

—¿Y si no es ella?

—No pensemos en ello aún. Estoy casi convencido de que es ella. —Entrecerré los ojos mirando a mi alrededor—. ¿Ves a Hamlet por alguna parte?

Vi el destello de rojo por el rabillo del ojo y una figura con una capa roja que se dirigía a la retaguardia de Michael desde los helechos. Me di la vuelta hacia Michael y me lancé contra su atacante.

—¡Cuidado! —grité. Michael se giró. En su mano apareció un cuchillo como si fuera un truco de magia. Agarré la figura con capa y la giré para ponerla frente a mí.

La capucha cayó y pude ver la cara de Susan con sus ojos oscuros de sorpresa. Se había recogido el pelo en una cola de caballo. Llevaba una blusa blanca de corte bajo y una falda un poco plisada, con calcetines blancos hasta las rodillas y zapatos de hebilla. Sus manos estaban cubiertas con guantes blancos. Una cesta de mimbre colgaba de la parte interior del codo, y llevaba gafas de espejo enganchadas en el puente de su delgada nariz.

—¿Susan? —dije tartamudeando—. ¿Qué haces aquí?

Dejó escapar un suspiro y quitó el brazo de mi mano.

—¡Dios!, Harry me has asustado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Sabes por qué estoy aquí —dijo—. He venido a conseguir una historia. Intenté llamarte y contártelo, pero no, tú estabas por ahí demasiado ocupado para dedicar cinco minutos a hablar conmigo.

—No me lo puedo creer —murmuré—. ¿Cómo has conseguido entrar aquí?

Me miró con frialdad y abrió la cesta. Buscó en el interior y sacó una invitación blanca, como la mía.

—Conseguí una invitación.

—¿Qué?

—Bueno, mandé que me la hicieran. No creí que te importara prestarme la tuya un momento.

Lo cual explicaba por qué la invitación no estaba en la repisa de mi chimenea en el apartamento.

—Madre mía, Susan, no sabes lo que has hecho. Tienes que salir de aquí.

Gruñó.

—Y una mierda.

—Lo digo en serio —dijo—. Estás en peligro.

—Tranquilo Harry. No voy a dejar que nadie me chupe la sangre, y no voy a mirar a nadie a los ojos. Es como ir a Nueva York. —Se tapó las gafas con un dedo enguantado—. Hasta ahora todo ha ido bien.

—No lo coges —dijo—. Es que no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo qué? —preguntó.

—No lo entiendes —susurró una voz dulce a mi espalda. Se me heló la sangre—.

Al venir sin estar invitada, has perdido tu derecho a estar bajo la protección de las leyes de la hospitalidad. —En ese momento la voz se rió levemente—. Caperucita, eso quiere decir que el lobo malo y grande te va a comer.

Capítulo 27

Me di la vuelta y descubrí que Lea estaba mirándome, con las manos en las caderas. Llevaba un vestido exiguo sin tirantes, de color azul pálido, que bajaba por sus curvas como el agua, hasta llegar al dobladillo hecho de encaje. Llevaba una capa de algún material tan ligero que parecía casi irreal y la rodeaba, captando la luz y formando un brillo cristalino de pequeños arco iris y los hacía reflejarse en su pálida piel. Cuando la gente habla de modelos o estrellas cinematográficas y su glamur, ese término viene del mundo antiguo, de *glamour*, de la belleza de la sidhe, la magia de las hadas. Ojalá las supermodelos tuvieran tanto como Lea.

—¿Por qué, madrina? —dije—. Qué ojos más grandes tienes. ¿Estamos utilizando la metáfora o qué?

Se acercó a mí.

—Harry, yo no hago metáforas. Estoy demasiado ocupada. ¿Estás disfrutando de la fiesta?

Gruñí.

—Sí, claro. Ver como drogan y envenenan a niños o como te propina una paliza cualquier ser extraño y desagradable de Chicago me parece una auténtica fiesta. — Me di la vuelta hacia Susan y dije—. Tenemos que sacarte de aquí.

Susan me miró frunciendo el ceño y dijo.

—No he venido para que me enviases a casa a toda prisa, Harry.

—No es un juego Susan. Ese ser es peligroso. —Miré a Lea. Ella seguía acercándose—. No sé si puedo protegerte.

—Entonces me protegeré yo misma —dijo Susan. Puso la mano sobre su cesta de *picnic*—. He venido preparada.

—Michael —dije—. ¿La sacas de aquí?

Michael dio un paso junto a nosotros y le dijo a Susan:

—Es peligroso. Deberías dejarme que te lleve a casa.

Susan frunció el ceño mirándome con esos ojos oscuros.

—Si es tan peligroso, no quiero dejar a Harry aquí solo.

—Tiene razón, Harry.

—Maldita sea. Hemos venido aquí a descubrir quién está detrás de la Pesadilla. Si me voy antes de hacerlo, quizá nunca volvamos. Iros que yo os cogeré.

—Sí —dijo Lea—. Claro, iros. Yo cuidaré bien de mi ahijado.

—No —dijo Susan en tono apagado—. De ninguna manera. No soy una niña a la que se pueda llevar de un lado para otro y por la que se puedan tomar decisiones, Harry.

La sonrisa de Lea se hizo más fuerte y se dirigió hacia Susan con una mano abierta, tocándole la mejilla.

—Déjame ver esos bonitos ojos, pequeña —susurró.

Lancé mi mano hacia la muñeca de mi madrina, apartándola de Susan antes de que el hada pudiera tocarla. Su piel era suave como la seda, fría. Lea me sonrió con una expresión literalmente apabullante. Me daba vueltas la cabeza, mi cabeza estaba llena de imágenes del hada bruja, esos labios dulces como las bayas apretados contra mi pecho desnudo, manchados de mi sangre, esos pechos con las puntas de color rosa por la luz del fuego y la luna llena, su pelo era una lámina de llamas sedosas sobre mi piel.

Entonces apareció otra imagen, acompañada de una intensa emoción, era yo mismo, mirándola mientras estaba a sus pies. Estiró la mano y tocó mi cabeza con suavidad como un gesto cariñoso e inadvertido. Una sensación arrebatadora de bienestar inundó mi ser como una luz brillante, líquida, que caía sobre mí y llenaba cada lugar vacío de mi interior, calmaba mis miedos, amortiguaba el dolor. Casi lloraba de puro alivio, de notar que de repente estaba libre de preocupación, de dolor. Todo mi cuerpo tembló.

Estaba tan cansado, tan cansado del dolor, del miedo.

—Así será cuando estés conmigo, pequeño, pobre niño solitario —la voz de Lea recorría mi cuerpo de forma tan dulce como la droga que ya había dentro de mí. Sabía que era verdad lo que decía. Era tan consciente que una parte de mí gritaba a mi otro yo para que intentara evitarla.

Tan fácil. Ahora sería tan fácil tumbarse a los pies de mi señora. Tan fácil dejar que ella hiciera desaparecer todo lo malo. Cuidaría de mí. Me reconfortaría. Mi lugar sería aquel, en la calidez de sus pies, contemplando su belleza...

Como un perro bueno.

Es duro decir no a la paz, a la comodidad que ello supone. A lo largo de la historia la gente ha comerciado con dinero, niños, tierras, y vidas para conseguir comprarla.

Pero la paz no se puede comprar, ¿verdad, jefe, primer ministro? Los únicos que la venden siempre quieren algo más, mienten.

Aparté de mis pensamientos el sutil atractivo que mi madrina me había hecho sentir. Me podía haber rallado la piel con un rallador de queso y eso me habría dolido menos. Pero mi dolor, mi cansancio, mis preocupaciones y mi miedo, por lo menos eran míos. Eran honestos. Los recogí como a un grupo de niños llenos de barro y miré fijamente a Lea, endureciendo mi mandíbula y mi corazón.

—No —dije—. No, Lea.

La sorpresa se notó en sus rasgos delicados. Sus finas cejas de color cobre se arquearon.

—Harry —dijo, con voz suave y sorprendida—, el trato ya está hecho. Así debe ser. No hay razón para que sigas sufriendo.

—Hay gente que me necesita —dije. Me tambaleé—. Todavía tengo cosas que hacer.

—La confianza rota te debilita. Te ata más, te debilita cada vez que actúas en contra de tu juramento. —Parecía preocupada, verdaderamente compasiva.

Intentando calmarme, dije:

—Porque si hago esto, tendrás menos que comer ¿verdad? Y podrás llevarte menos poder.

—Sería un desperdicio terrible —me aseguró—. Nadie quiere eso.

—Estamos en una tregua, madrina. No puedes hacer magia sobre mí sin infringir la ley de la hospitalidad.

—Pero no lo he hecho —dijo Lea—. Esta noche no he hecho magia contigo.

—Gilipolleces.

Se rió, radiante y feliz.

—Vaya lenguaje y delante de tu amante...

Me tambaleé. Michael se acercó enseguida y puso mi brazo sobre su hombro para soportar mi peso.

—Harry —dijo—. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Me seguía dando vueltas la cabeza y me empezaron a temblar las piernas. La droga ya se había extendido tanto que casi acaba conmigo. Empecé a ver todo negro y solo con un esfuerzo de voluntad conseguí evitar caer en esa oscuridad o rendirme al loco deseo de lanzarme a los pies de Lea.

—Estoy bien —tartamudeé—. Estoy bien.

Susan se puso al otro lado, mostrando su enfado de la misma manera que una carretera en el desierto despide calor...

—¿Qué le has hecho? —le espetó a Lea.

—Nada —contestó Lea con voz fría—. Se lo ha hecho él mismo, pobrecillo. Uno siempre se arriesga a sufrir consecuencias funestas si rompe su acuerdo con la sidhe.

—¿Qué? —dijo Susan.

Michael hizo una mueca y dijo.

—Sí. Dice la verdad. Anoche Harry llegó a un acuerdo, cuando luchó contra la Pesadilla y la apartó de Charity.

Intenté hablar, advertirles de que no dejaran que Lea los engañase pero estaba demasiado ocupado intentando averiguar donde tenía la boca porque la lengua no me respondía.

—Eso no le da derecho a hacer un conjuro sobre él —espetó Susan.

Michael dijo.

—No creo que lo haya hecho. Normalmente puedo notar cuando alguien ha hecho algo malo.

—Por supuesto que no lo he hecho —dijo Lea—. No necesito hacerlo. Ya se lo ha

hecho él mismo.

¿Qué?, pensé. ¿De qué está hablando?

—¿Qué? —dijo Susan—. ¿De qué hablas?

La voz de Lea adoptó un tono paciente, como disfrazado de amabilidad.

—Pobre encanto. Con todos los esfuerzos que has hecho por aprender y todavía sabes tan poco. Harry hizo un trato conmigo hace tiempo, y lo rompió en aquel entonces; y hace unas cuantas noches lo volvió a hacer. Juró mantenerlo otra vez, anoche y lo rompió por tercera vez. Sus propios poderes se vuelven contra él, pobre, para animarle a cumplir su palabra, a mantener su promesa.

—Hace un minuto no ocurría eso —dijo Susan—, pero cuando tú apareciste sí.

Lea se rió vehementemente.

—Es una fiesta, tesoro. Después de todo hemos venido a una reunión. Y no he levantado ningún arma ni he hecho ningún conjuro contra él. Esto lo ha hecho él solito.

—Pues vete —dijo Susan—. Déjale.

—Ah, esto no le va a dejar tranquilo nunca, tesoro. Ahora es poco, pero con el tiempo irá aumentando. Y le destrozará, pobre chico. Odiaría tanto que eso ocurriese.

—¡Pues páralo ya!

Lea miró fijamente a Susan.

—¿Quieres saldar tú su deuda? No creo que puedas permitirte, tesoro... aunque creo que podríamos llegar a un acuerdo.

Susan me miró rápidamente y después Michael.

—¿Un acuerdo? ¿Cómo?

Michael miró a Lea con tono serio.

—Es un hada...

La voz de Lea restalló por su enfado.

—Una sidhe.

Michael miró a mi madrina y continuó.

—Un hada, señorita Rodríguez, y son propensas a hacer tratos. Y a quedarse con lo mejor de los mortales cuando lo hacen.

La boca de Susan reflejaba su seriedad. Estuvo callada un momento y después dijo.

—¿Cuánto es, bruja? ¿Cuánto quieres por dejar de hacer daño a Harry?

Intenté decir algo, pero mi boca no se movía. Las cosas giraban más rápidamente en lugar de ir más despacio. Me sentí más débil, y Michael intentó mantenerme de pie.

—¿Por qué, tesoro? —susurró Lea—. ¿Qué me ofreces?

—No tengo mucho dinero —comentó Susan.

—Dinero. ¿Qué es el dinero? —Lea negó con la cabeza—. No, muchacha. Esas

cosas no significan nada para mí. Pero déjame ver. —Caminó en un círculo lentamente alrededor de Susan mirándola con el ceño fruncido de arriba abajo—. Esos ojos bonitos, a pesar de que son oscuros, me valdrán.

—¿Mis ojos? —tartamudeó Susan.

—¿No? —preguntó Lea—. Muy bien. Tu nombre, ¿quizá? ¿Tu nombre completo?

—No —dijo Michael enseguida.

—Lo sé —le contestó Susan. Ella miró a Lea y dijo—. Sé que si tuvieras mi nombre podrías hacer lo que quisieras.

Lea tensó los labios.

—Sus ojos y su nombre son demasiado valiosos para permitir que su amado escape de esa trampa. Entonces, vale. Vamos a pedir un precio distinto. —Sus ojos brillaron y se inclinó hacia Susan—. Tu amor —murmuró—, dame eso.

Susan arqueó las cejas y miró por encima de los anteojos.

—Cariño, ¿quieres que te ame? Te vas a llevar unas cuantas sorpresas si crees que esto funciona así.

—No te he pedido que me ames —dijo Lea, ofendida—. Te he pedido tu amor. Pero bueno si eso también es un precio muy alto, quizá la memoria valga.

—¿Mi memoria?

—No toda —dijo Lea. Movié la cabeza hacia un lado y susurró—. Sí, pero solo un poco. Quizá la de un año. Sí, creo que eso valdrá.

Susan parecía insegura.

—No sé...

—Entonces déjale sufrir. No pasará de esta noche con todos esos en su contra. ¡Qué pérdida! —Lea se dio la vuelta dispuesta a irse.

—Espera —dijo Susan y agarró el brazo de Lea—. Haré el trato. Por el bien de Harry. Un año de mi memoria y haces lo que sea para que pare.

—La memoria para aliviarle. Hecho —susurró Lea. Se inclinó hacia delante y le dio un beso a Susan en la frente, después se estremeció conteniendo su aliento haciendo una rápida inhalación, se le endurecieron los pezones bajo la tela de seda de su vestido—. Ah, ah, dulce tesoro. Que hermosa eres. —Entonces se dio la vuelta y me dio una bofetada que resonó con fuerza, y caí al suelo a pesar de los esfuerzos de Michael por mantenerme en pie.

De repente, me sentí despejado. El latido narcótico del veneno del vampiro se amortiguó un poco y noté que los pensamientos volvían a fluir lentamente, como un tren que coge velocidad.

—Bruja —le susurró Michael a Lea—, si haces daño a alguno de ellos de nuevo...

—Por favor, caballero —dijo Lea, con la voz sutil—. No tengo la culpa del trato

que hizo Harry, y tampoco es culpa mía que la chica le ame y que dé cualquier cosa por él. Ni ha sido culpa mía que la espada cayera al suelo delante de mí y que yo la cogiera. —Miró a Michael con una sonrisa deslumbrante—. Si quieres hacer un trato para que te la devuelva, solo tienes que pedirla.

—Yo, por la espada —dijo Michael—, hecho.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y se rió.

—Ah, querido caballero, no. La espada del Redentor estaría otra vez en tus manos, creerías que el estremecimiento que sientes por nuestro pacto es algo fácil. —Sus ojos volvieron a brillar—. Y en todo caso, para mi gusto, estás demasiado limitado. Eres firme en tus modales. Inquebrantable.

Michael se puso rígido.

—Sirvo a Dios como es mi deber.

Lea frunció el ceño.

—Lo ves. Solo eso, lo sagrado. —Su sonrisa se volvió astuta—. Pero hay otros cuyas vidas puedes manejar y hacer tratos con ellas. Tú tienes hijos ¿verdad? —Volvió a estremecerse y dijo—: Los niños mortales son tan dulces. Y pueden doblarse y se les pueden dar tantas formas. Tu hija mayor, creo que valdría...

Michael no gruñó, no rugió, no hizo ningún ruido. Solo agarró la parte delantera del vestido de Lea y la levantó del suelo. Su voz salió como un gruñido.

—Apártate de mi familia, hada. O haré que empiecen a moverse, tantas fuerzas contra ti que te destrozarán para siempre.

Lea se rió, encantada.

—La venganza será mía, dijo el Señor, ¿o algo parecido?, ¿verdad? —Se notó que en el aire hervía un líquido y de repente se elevó sobre el suelo fuera del alcance de Michael mientras le miraba.

—Tu poder se debilita cuando sientes rabia, querido. No vas a llegar a un acuerdo, pero en todo caso yo ya tenía planes para tu espada. Hasta entonces, caballeros, adiós. —Me dedicó una última sonrisa burlona y después desapareció en las sombras hacia la oscuridad.

Conseguí ponerme de pie otra vez y murmuré.

—Esto podría haber ido mejor.

Los ojos de Michael brillaban de enfado bajo su yelmo.

—¿Estás bien, Harry?

—Mejor —dijo—. Por Dios, si esto es algún tipo de conjuro que me hago a mí mismo... tendré que hablar de él con Bob más tarde. —Me froté los ojos y pregunté—. ¿Y tú Michael? ¿Estás bien?

—Bien —dijo Michael—. Pero todavía no hemos encontrado al culpable, y se está haciendo tarde. Tengo el presentimiento de que vamos a tener problemas si no salimos de aquí pronto.

—Tengo el presentimiento de que tienes razón —dije— ¿Susan? ¿Estás bien? ¿Estás preparada para irte?

Susan se retiró el pelo de la cara con una mano y se dio la vuelta para mirarme, frunciendo el ceño un poco.

—¿Qué? —pregunté—. No tenías que hacer lo que has hecho, pero podemos ocuparnos de ello. ¿Vale?

—Vale —dijo. Entonces frunció más el ceño y me miró... Esto va a sonar raro, pero ¿te conozco?

Capítulo 28

Miré fijamente a Susan con cara de absoluta incredulidad.

Parecía que estaba pidiendo perdón.

—De verdad, lo siento. No quería molestarle, señor...

—Dresden —dije susurrando.

—Entonces, señor Dresden. —Frunció el ceño mirándose a sí misma y se pasó una mano por la falda con inquietud y después miró a su alrededor—. Dresden. ¿No es usted el tipo que acaba de abrir un negocio como mago?

El enfado me hizo apretar los dientes.

—Será hija de...

—Harry —dijo Michael—. Creo que deberíamos irnos en vez de estar por aquí diciendo palabrotas.

Mis nudillos se pusieron blancos al apretar los dedos sobre el bastón. No había tiempo de enfadarse. Ahora no. Michael tenía razón. Teníamos que movernos y rápidamente.

—De acuerdo —dijo—. Susan, ¿has venido en coche?

—Eh... —dijo cuadrándose ante mí—. No le conozco, ¿verdad? Me llamo Señorita Rodríguez.

—Verás, señorita Rodríguez. Mi hada madrina acaba de robarle un año de su memoria.

—En realidad —añadió Michael—, lo que ocurre es que lo cambió para deshacer un conjuro que dejaba indefenso a Harry.

Le eché una mirada y se calmó.

—Y ahora tú no te acuerdas ni de mí ni supongo que de Michael.

—Ni de esa hada madrina tampoco —dijo Susan con cara y gesto cauteloso.

Le lancé una mirada a Lea. Ella me miró por encima del hombro e hizo una mueca con los labios, antes de seguir hablando con Thomas.

—Ah, maldita sea. Es una auténtica hija de puta.

Susan puso los ojos en blanco.

—Mirad chicos. He estado muy a gusto hablando con vosotros pero esta es la excusa más pobre que he oído para conseguir un ligue.

Extendí una mano hacia ella otra vez y ella metió la suya en la cesta de *picnic* sacando un cuchillo, un arma del tipo de las que llevaba el ejército estadounidense el siglo pasado y cuyo filo brillaba.

—Ya te lo he dicho —dijo calmada—. No te conozco, no me toques.

Retiré la mano.

—Mira, yo solo quiero asegurarme de que estás bien.

La respiración de Susan estaba un poco acelerada pero conseguía esconder esa

tensión casi por completo.

—Estoy perfectamente —dijo—. No te preocupes por mí.

—Por lo menos sal de aquí. Este lugar no es seguro. Viniste con una invitación que habías hecho tú. ¿No te acuerdas de eso?

Frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

—Me lo dijiste hace cinco minutos —dije y suspiré—. Eso es lo que he estado intentando decirte. Te han quitado una buena parte de la memoria.

—Me acuerdo que venía hacia aquí —dijo Susan—. Recuerdo que encargué que me falsificaran la entrada.

—Lo sé —dije—. La cogiste de la mesa de mi comedor. ¿Te acuerdas de eso?

Frunció el ceño.

—La cogí... —Su cara brilló y tragó saliva mirando alrededor—. No me acuerdo de dónde la cogí.

—Allí —dije—. ¿Lo ves? ¿Recuerdas haber ido a sacarme de la cárcel hace un par de días?

En ese momento ya había depuesto el cuchillo.

—Me... recuerdo que fui a la cárcel y pagué la fianza pero... no me acuerdo...

—Vale, vale —dije. Me dolía la cabeza y me pellizqué el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Parece que se llevó todos los recuerdos que me relacionan con ella. ¿Te acuerdas de Michael?

Miró a Michael y negó con la cabeza.

Asentí.

—Vale. Entonces tengo que pedirle que confíe en mí, señorita Rodríguez. Ha sufrido el efecto de la magia y no sé cómo vamos a poder arreglarlo, pero aquí corre peligro y creo que debería marcharse.

—Pero no con usted —dijo enseguida—. No tengo ni idea de quien es usted. Solo sé que es algo parecido a un consultor psicológico que trabaja para Investigaciones Especiales.

—Vale, vale —dije—. Conmigo no. Pero por lo menos salgamos de aquí para asegurarnos de que está bien. Aquí no hay más que vampiros. Así que vamos a salir hasta su coche y después se puede ir a donde quiera.

—No he conseguido mi entrevista —dijo—. Pero... me siento tan rara. —Negó con la cabeza y volvió a colocar su cuchillo en la cesta de *picnic*. Escuché como el grabador emitía un sonido que indicaba que se apagaba—. Vale —dijo—, creo que podemos irnos.

Yo asentí, aliviado.

—Fantástico, Michael, ¿nos vamos?

Se mordió el labio.

—Quizá deba quedarme, Harry. Si tu madrina está aquí, la espada podría estar también. Puede que tenga una oportunidad de recuperarla.

—Sí. Y podrías conseguir que te cojan por detrás si no hay nadie que te cubra la retaguardia. Aquí hay demasiado follón, tío, incluso para mí. Vayámonos de aquí.

Michael iba detrás de mí, a mi derecha. Susan caminaba a su lado a la izquierda, vigilándonos bien de cerca y con una mano todavía metida en su cesta. Me pregunté brevemente qué tipo de cosas llevaba por si el gran y malvado lobo intentaba atacarla en casa de la abuelita.

Llegamos a los pies de la escalera que nos sacaría de la casa. Algo hizo que los pelos de la nuca se me erizaran y me paré.

—¿Harry? —preguntó Michael— ¿Qué era eso?

—Hay alguien... —dije y cerré los ojos. Hice aflorar mi Vista un momento y noté la presión un poco por encima entre mis cejas. Miré hacia arriba. La Vista atravesó el encantamiento delante de mí como la luz del sol atraviesa una nube poco densa. Detrás de mí, Michael y Susan suspiraban sorprendidos.

El doble de Hamlet estaba tres escalones más arriba, medio sonriendo. Solo me di cuenta de que era una mujer, no un hombre, la figura esbelta de sus delgadas caderas y los pechos oscurecidos por el jubón de marta que llevaba, lo cual le confería un aspecto extraño, andrógino. Su piel era pálida, ni blanca ni color crema, sino pálida, traslúcida. Casi gris. Sus labios estaban matizados de un azul fantasmagórico como si acabara de congelarse o estuviera muerta. Me estremecí y bajé la Vista antes de que me enseñara algo que no quería ver.

No cambió su apariencia en absoluto. Llevaba una capa, que no dejaba ver ni un mechón de su pelo, que por cierto llevaba peinado hacia un lado, bastante hueco y estaba de pie con una cadera ladeada, de su cinturón colgaba un estoque. En una mano llevaba una calavera, pero era de verdad. Y las manchas de sangre que tenía serían de hace poco más de unas horas.

—Bien hecho mago —dijo. Su voz sonó áspera, un susurro sibilante y tranquilo, como cuando se tiene la garganta y la boca totalmente secas. —Pocos pueden verme cuando no quiero que me vean.

—Gracias y perdone —dije—. Ya nos íbamos.

Los labios azulados esbozaron una sonrisa fría, pero no se movió ni un centímetro.

—Ah, pero esta es la hora de la noche en la que nos mezclamos y nos reunimos. Tengo derecho a presentarme ante ustedes y escuchar sus nombres e intercambiar cumplidos. —Sus ojos miraron fijamente mi cara, obviamente sin temor alguno a encontrarse con mi mirada. Pensé que fuera quien fuera probablemente tuviera ventaja con esa mirada abrumadora. Por lo tanto, fijé mi mirada en la punta de su

nariz e intenté con todas mis fuerzas no prestar atención a los ojos que no tenían ningún color, solo un ligero tono gris, una película como si fueran cataratas.

—¿Y si no tengo tiempo para los cumplidos? —dije.

—Ah —susurró—. Entonces igual me siento ofendida. Podría incluso sentirme tentada a pedir una satisfacción.

—¿Un duelo? —pregunté con incredulidad—. ¿Está tomándome el pelo?

Miró a mi derecha.

—Por supuesto, si prefiere que un campeón luche en lugar de usted, lo aceptaría de buen grado.

Miré a Michael quien tenía el ceño fruncido mirando el jubón de la mujer y probablemente por encima de su cinturón.

—¿Conoces a esta mujer?

—No es una mujer —dijo Michael, en voz baja. Tenía una mano en el cuchillo—. Harry Dresden, mago del Consejo Blanco, esta es Mavra, de la Corte Negra de los vampiros.

—Un vampiro de verdad —dijo Susan. Escuché como la cinta volvía a ponerse en funcionamiento.

—Encantada —susurró Mavra— de conocerte por fin, mago. Deberíamos hablar. Sospecho que tenemos mucho en común.

—Creo que no tenemos nada en común, señora. ¿Os conocéis?

—Sí —dijo Michael.

El susurró de Mavra se convirtió en escalofrío.

—Este caballero asesinó a mis hijos y a mis nietos hace algún tiempo.

—Hace veinte años —dijo Michael—. Tres docenas de personas murieron en un mes. Sí, le puse fin.

Mavra arqueó los labios un poco más y eso dejó visibles sus dientes amarillentos.

—Sí, hace poco tiempo. No lo he olvidado, caballero.

—Bueno —dije—. Ha estado muy bien la charla, Mavra pero ya nos íbamos.

—No, no os vais —dijo Mavra en voz baja. Pero sus labios y ojos no se habían movido. Era una quietud rara, no real. Las cosas reales se mueven, se agitan, respiran, Mavra no.

—Ya lo creo que sí.

—No. Dos de vosotros sí. —Su sonrisa se volvía escalofriante—. Sé que la invitación decía que solo se podía venir con uno. Por lo tanto, uno de tus compañeros no está bajo la protección de las viejas leyes, mago. Si el caballero está indefenso, tendremos unas palabras. Una pena que no tengas a *Amoracchius*, caballero. Por lo menos, esto se habría puesto interesante.

Noté una sensación de opresión en el estómago.

—¿Y si no es Michael?

—Entonces tú tienes compañía no deseada, mago, y estoy descontenta contigo. Te demostraré mi desagrado con decisión. —Su mirada fue hacia Susan—. En todo caso, elige cual de los dos se va. Después mantendré una breve conversación con el tercero.

—Quieres decir que le matarás,

Mavra se encogió de hombros, rompiendo su silencio al final. Creí oír un crujido de tendones como si hubiera protestado moviéndose otra vez.

—Después de todo, tenemos que alimentarnos. Y estos pequeños bocados deslumbrantes que han traído los Rojos son demasiado dulces y les falta sustancia.

Di un paso atrás y me di la vuelta hacia Michael, hablando en un susurro.

—Si saco a Susan de aquí, ¿puedes hacerte cargo de la bruja?

—No hace falta que susurres, Harry —dijo Michael—. Te puede oír.

—Sí —dijo Mavra—. Puedo.

Es hora de irse, Harry. Granjéate el cariño de los monstruos, por qué no.

—Bueno —le pregunté a Michael—. ¿Puedes?

Michael me miró un instante con los labios cerrados y después dijo:

—Coge a Susan y márchate, yo me las arreglaré.

Mavra se rió haciendo un ruido seco y áspero.

—Tan noble, tan puro, tan dispuesto a sacrificarse.

Susan se puso a mi lado, para cerrar un triángulo con Michael y conmigo. Cuando lo hizo, me di cuenta de que Mavra se apartaba de ella, solo un poco.

—Un momento —dijo Susan—. Ya soy mayor. Conocía los riesgos al venir.

—Lo siento, señorita Rodríguez —dijo Michael como disculpándose—. Pero esto es lo que tengo que hacer.

—Que Dios me proteja de los cerdos chovinistas —murmuró Susan. Volvió la cabeza hacia mí—. Perdona. ¿Qué cree que está haciendo.

—Mirando en su cesta de *picnic* —respondí y levanté una esquina. Silbé—. Ha venido bien preparada para el ataque, señorita Rodríguez. Agua bendita. Ajo. Dos cruces. ¿Esa pistola es del 38?

Susan bufó.

—Es del 48.

—Ajo —murmuró Michael.

Por encima de nosotros, en las escaleras, Mavra bufaba.

La miré.

—Thomas dice que la Corte Negra está casi exterminada. Me pregunto si es porque tienen una vida demasiado pública. ¿Le importa, señorita, Rodríguez? —Busqué en la cesta y saqué un oloroso diente de ajo, y después lo sacudí como distraído en el aire, hacia Mavra.

El vampiro no se retiró, solo se disipó y después se subió unos escalones más arriba de lo que estaba. El diente de ajo rebotó contra los escalones y volvió a caer

hacia nosotros. Yo me agaché y lo recogí.

—Yo diría que eso es un sí rotundo. —Miré a Mavra—. ¿Es eso lo que pasó, no? ¿Stoker publicó el Gran libro de cómo exterminar vampiros de la Corte Negra?

Esos labios teñidos de azul se echaron hacia atrás dejando ver los dientes amarillentos, no tenía fauces.

—Eso importa poco. Sois seres de papel y algodón. Podría destrozar a una docena como vosotros.

—A menos que les sobrara un trozo de pizza sabrosa. Salgamos de aquí, chicos. —Subió por las escaleras.

Mavra abrió las manos a cada lado y recogió la oscuridad con las palmas. Es la única forma de explicarlo. Extendió las manos y la oscuridad se apresuró a llenarlas, recogiendo una masa oscura que se las envolvió hasta las muñecas.

—Intenta pasar por delante de mí con ese arma, mago y lo consideraré como un ataque a mi persona. Y me defenderé como es debido.

El frío cayó sobre mí. Extendí mis sentidos hacia esa oscuridad para protegerme. Aquello me resultó familiar. Eran como las cadenas heladas y la crueldad del alambre de espino. Lo notaba vacío y negro y como todo lo que no es magia.

Mavra era nuestra chica.

—Michael —dije con la voz apagada. El acero sonó mientras sacaba uno de sus cuchillos.

—Esto... —dijo Susan—. ¿Por qué está haciendo eso con las manos? ¿Los vampiros pueden hacer eso?

—Los magos pueden —dije—. Ponte detrás de mí.

Ambos lo hicieron. Levanté la mano, frunciendo el ceño por la concentración. Extendí la mano e intenté convocar todo mi poder. Era poco firme, inseguro como una bomba sin impulso. Me llegaba poquito a poco, trozo a trozo, tartamudeando como un pueblerino nervioso. Pero lo recogí con mi mano levantada, con un brillo cristalino azul celeste, bello y frágil que lanzaba sombras densas hacia la cara de Mavra.

Los ojos de hombre muerto me miraron y de inmediato comprendí por qué Michael la había denominado «el ser». Mavra ya no era una mujer. Fuera lo que fuera, no era una persona, al menos no lo que yo entendía como persona. Esos ojos se quedaron fijos en los míos, me atraían con un tipo de fascinación horripilante, la misma atracción enfermiza que hace que quieras ver lo que hay debajo de la manta en un depósito de cadáveres, darle la vuelta a un animal y ver la podredumbre que hay debajo. Luché para intentar mantener los ojos apartados de los suyos.

—Ven, mago —susurró Mavra, con la cara completamente inexpresiva—. Probemos otra cosa, vos y yo.

Conseguí fortalecer mi energía. No tenía suficiente fuerza para disparar dos veces

así que tendría que darle a la primera. Ella irradiaba frío, eran como pequeñas volutas de vapor que subían en círculo como cristales de hielo formados en los escalones que había a sus pies.

—Pero tú no vas a disparar primero, ¿verdad? —No me di cuenta de que había pronunciado en voz alta mis pensamientos hasta que lo hice—. Porque entonces estarías rompiendo la tregua.

Por fin vi en su cara la emoción. El enfado.

—Dispares o no dispares, me voy a llevar al mortal que tú elijas de todas formas. No puedes reclamar la protección de la hospitalidad para los dos.

—Ya te estás quitando de en medio, Mavra. Si intentas evitar que nos marchemos, te las vas a ver con un mago del Consejo, un caballero de la Espada y una chica con una cesta llena de ajo y agua bendita. No me importa lo grande, lo mala y lo fea que seas, no quedará nada de ti excepto una mancha grasienta en el suelo.

—Atrévete —susurró. Se desdibujó y vino hacia mí. Inspiré pero ella me pilló respirando y no tuve tiempo de soltar la explosión cristalina que había preparado.

Michael y Susan se movieron al mismo tiempo, con las manos lanzadas más allá de donde yo estaba. Ella llevaba una cruz de madera, sencilla y oscura y él agarró la daga, la empuñadura como las de las cruzadas se transformó también en una cruz. Ambos, la madera y el acero resplandecieron con una luz blanca y fría a medida que Mavra se acercaba y se estrelló con la luz como si fuera una pared de verdad, las sombras de sus manos se dispersaron y cayeron como si fueran arena entre sus dedos. Nos quedamos allí frente a ella, con mi polvo azul celeste y dos cruces ardiendo con una pureza y una energía silenciosa inusitada.

—Sangre del dragón, esa vieja serpiente —dijo Michael en voz baja—. Tú y los vuestros no tenéis poder aquí. Vuestras amenazas están huecas, vuestras palabras exentas de verdad, igual que tu corazón está vacío de amor, tu cuerpo exento de vida. Detén esto ahora, antes de que tientes a la ira del Todopoderoso. —Me miró a mí y añadió probablemente en mi favor—. O antes de que mi amigo Harry te convierta en una mancha grasienta en el suelo.

Mavra subió despacio los escalones, sus tendones crujían. Se inclinó y recogió la calavera que había tirado en algún momento de la discusión. Después se dio la vuelta hacia nosotros, bajó la vista y sonrió en silencio.

—No importa —dijo—. Ya ha acabado la hora.

—¿Hora? —me preguntó Susan con un susurro—. ¿De qué hora habla, Dresden?

—De la hora de la socialización —susurró Mavra. Siguió subiendo hasta lo más alto de las escaleras y cerró las puertas de salida al exterior. Se cerraron con un estruendo que no presagiaba nada bueno.

Todas las luces se apagaron, todo excepto la aureola azul que había alrededor de mi mano y el brillo apagado de las dos cruces.

—Estupendo —murmuré.

Susan parecía asustada. Su expresión era dura y controlada.

—¿Y ahora qué pasa? —susurró, barriendo con los ojos la oscuridad.

Una risa, suave y burlona, calmada, aguda, llena de algo húmedo y burbujeante nos inundó. Cuando estamos ante una risa espeluznante, es duro vencer a los vampiros. En esto tenéis que confiar en mí. Ellos son plenamente conscientes.

Algo brilló en la oscuridad y Thomas y Justine aparecieron junto a la energía que tenía en mi mano. Levantó las dos manos al tiempo y dijo.

—¿Te importaría mucho si me quedo con vosotros?

Miré a Michael y él frunció el ceño, después a Susan que estaba mirando a Thomas vestido en su esplendor casi desnudo... atentamente. La empujé suavemente con la cadera y ella pestañeó y me miró.

—Ah, no, en absoluto.

Thomas cogió la mano de Justine y los dos se pusieron a mi derecha, donde Michael los vigilaba con atención.

—Gracias, mago. Siento que aquí no soy bien recibido.

Yo le miré. Tenía una marca en el cuello, negra y roja, inflamada, como una señal con la forma de unos labios femeninos deliciosos.

Haría pensado que era pintalabios pero parecía que en el aire olía a carne quemada.

—¿Qué le ha pasado a tu cuello?

Su cara palideció.

—Tu madrina me dio un beso.

—Maldita sea —dije.

—Bien dicho. ¿Estás preparado?

—¿Preparado para qué?

—Para la Corte que se va a celebrar. Para que nos den nuestros regalos.

El débil control que tenía sobre la energía se desvaneció y bajé mi mano temblorosa, dejé que la tensión bajara antes de perderlo por completo. La última luz parpadeó y se apagó sumiéndonos en tal grado de oscuridad que no creía que fuera posible.

Y entonces, a la oscuridad le sucedió la luz, de nuevo los focos, orientados hacia el escenario, sobre el trono y sobre Bianca con su flamante vestido. Su boca y garganta y las curvas redondas de sus pechos estaban manchadas de sangre fresca, sus labios estaban teñidos de rojo cuando se rió mirando a la oscuridad, a las docenas de pares de ojos brillantes, que miraban al escenario, con caras de adoración, terror, lujuria o las tres cosas juntas.

—Todos en pie —musité, mientras los susurros suaves y los gemidos empezaron a subir de la oscuridad que nos rodeaba, que en absoluto era humana—. Empieza la

sesión de la Corte de los Vampiros.

Capítulo 29

El miedo tiene multitud de aromas y texturas. Hay un miedo intenso y plateado que corre como un relámpago por los brazos y las piernas, y te impulsa a actuar, a moverte. Hay un miedo sombrío y pesado que viene en lingotes, y se acumula en el estómago en las horas vacías que hay entre la medianoche y la mañana, cuando todo está oscuro, tus problemas parecen mayores y todas las heridas y enfermedades cobran más importancia.

Y hay un miedo cobrizo, que es tenso como las cuerdas de un violín, que tiembla con cada nota, que seguramente no se pueda sostener durante más de un segundo, pero que continúa eternamente, la tensión previa al estruendo de los platillos, al desafío estridente de las trompetas, el amenazador ruido sordo de los timbales.

Ese es el tipo de miedo que sentí. Una tensión que me bloqueaba, terrible, me dejó el sabor de cobre de la sangre en la lengua. El miedo de las criaturas de la oscuridad que me rodeaban, de mi propia debilidad, el poder que la Pesadilla me había robado. Y el miedo por la gente que no tenía el poder que yo tenía. Por Susan, por Michael, por todos los jóvenes que había tumbados en la oscuridad, drogados y moribundos o ya muertos, demasiado estúpidos o inconscientes para haber evitado ir esa noche.

Sabía lo que estos seres podían hacerles. Eran predadores, destructores sanguinarios. Y me tenían muerto de miedo.

El miedo y el enfado siempre vienen juntos. El enfado es mi lugar oculto para evitar el miedo, el escudo y la espada que luchan contra él. Esperé a que el enfado me diese una mayor determinación, y me hiciese más duro. Esperé a la indignación y la fuerza, a sentir cómo su energía se fusionaba a mi alrededor como una nube.

Pero no llegó. Solo tuve una sensación de vacío bajo la hebilla del cinturón. Por un instante, sentí que volvían las fauces de la sombra demoníaca de mi sueño. Empecé a temblar.

Miré a mi alrededor. El gran patio estaba rodeado de setos altos, recortados en forma de cuadrados almenados, imitando los muros de los castillos. En las esquinas había árboles, recortados para que parecieran torres vigía. En el seto había pequeñas aberturas que conducían a la oscuridad de los cimientos de la casa, pero estaban cerrados con puertas de rejas de hierro. La única forma de salir de allí era por lo alto de las escaleras, donde Mavra estaba apoyada contra las puertas que llevaban a la entrada de la casa solariega. Me miró con esos ojos lechosos cadavéricos y con los labios rotos como si me estuviera dedicando una sonrisa helada.

Agarré mi bastón con ambas manos. Un bastón con forma de espada por supuesto, que era como la de Jack, el Destripador de Inglaterra, no una imitación como las que aparecen en una de esas revistas para hombres en las que anuncian

lámparas de lava y punteros láser. Era de acero de verdad. Agarrarlo no me hizo sentir mucho mejor, todavía temblaba.

Me preguntareis por qué. Pues la razón era mi primera línea de defensa. El miedo se alimenta de la ignorancia. Por lo tanto, el conocimiento es un arma contra él, y la razón es la herramienta de la sabiduría. Me di la vuelta hacia delante mientras Bianca empezaba a hablar con la multitud, alguna sandez jactanciosa a la que no le prestaba atención. La razón. Los hechos.

Hecho primero: Alguien había tramado la resurrección de los muertos, el tormento de las almas inquietas. Probablemente, Mavra había sido la que había realizado la magia. La turbulencia espiritual había permitido a la Pesadilla, el fantasma que Michael y yo asesinamos, cruzar y venir a por mí.

Hecho segundo: La Pesadilla estaba por ahí para cogernos a mí y a Michael, personalmente, disparándonos a nosotros y a nuestros amigos. Mavra podía haber estado dirigiéndola y controlándola, utilizándola como un instrumento. Opcionalmente, Bianca podía haber estado recibiendo noticias de Mavra y utilizándolas ella misma. En cualquier caso, los resultados habían sido los mismos.

Hecho tercero: Estaba rodeado de monstruos, y solo contaba con una costumbre centenaria para evitar que me arrancaran el cuello. Y por ahora todo indicaba que seguía igual.

A menos que...

—¡Dios! —juré—. Odio cuando no puedo averiguar el misterio y es demasiado tarde.

Docenas de ojos ardientes se volvieron hacia mí. Susan me dio un codazo en las costillas.

—Calla, Dresden —susurró—. Estás haciendo que nos mireen.

—¿Harry? —susurró Michael.

—Ese es su juego —dije en voz baja—. Es un montaje.

Michael gruñó.

—¿Qué?

—Todo esto —dije. Los hechos parecían ir encajando pero con dos horas de retraso—. Ha sido un montaje desde el principio. Los fantasmas. El demonio en forma de pesadilla. Los ataques a nuestra familia, todo.

—¿Para qué? —susurró Michael—. ¿Para qué sirve este montaje?

—Su intención desde el principio era obligarnos a venir aquí. Se está preparando para dar una lección que va a hacer historia —dije—. Tenemos que salir de aquí.

—¿Una lección de historia? —dijo Michael.

—Sí. ¿Te acuerdas de lo que hizo Vlad Tepesh en su inauguración?

—Ah, Señor —suspiró Michael—. Que Dios nos ampare.

—No lo entiendo —dijo Susan en voz baja—. ¿Qué hizo ese tío?

—Invitó a todos sus enemigos personales y políticos a una fiesta. Después los encerró y los prendió vivos. Quería empezar su mandato con notoriedad.

—Entiendo —dijo Susan—. ¿Y crees que es lo que está haciendo Bianca?

—Que Dios nos ampare —volvió a murmurar Michael.

—Me han dicho que Él ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos —dije—. Tenemos que salir de aquí.

La armadura de Michael crujió cuando miró a su alrededor.

—Han bloqueado las salidas.

—Lo sé. ¿De cuantos te puedes encargar tú sin la espada?

—Si solo fuera cuestión de controlarlos...

—Pero no lo es. Puede que tengamos que abrirnos paso a través de ellos.

Michael negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Puede que dos o tres, Dios mediante.

Hice una mueca. Solo había un vampiro vigilando cada salida, pero había otras dos o tres docenas en el patio, sin mencionar a mi madrina ni a los otros invitados como Mavra.

—Vamos todos hacia esa puerta —dijo Michael, señalando una de las puertas de los setos.

Negué con la cabeza.

—Nunca lo conseguiremos.

—Tú deséalo —dijo—. Creo que yo puedo conseguirlo.

—*Ixnay on that upidstady anplay* —dije—. Necesitamos una idea para que todos sigamos vivos.

—No, Harry. Se supone que yo debo estar entre la gente y los seres malignos de ese tipo. Incluso aunque me mataran, es mi trabajo.

—Se supone que tú tienes que tener la espada para que te sirva de ayuda. Es culpa mía que no la tengas, así que hasta que consiga recuperarla, deja ya de hacerte el mártir. No necesito cargar con la muerte de nadie más en mi conciencia —o, pensé que Charity venga a vengarse por la muerte de sus hijos—. Tiene que haber una forma de salir de esto.

—Déjame a mí —dijo Susan, tranquila, mientras comenzaba el discurso de Bianca—. No podemos irnos ahora porque sería un insulto hacia los vampiros.

—Y la excusa que esperan para reclamar una compensación instantánea.

—Compensación instantánea —dijo Susan—. ¿Qué es eso?

—Un duelo a muerte. Lo cual significa que uno de ellos me arrancaría los brazos y vería como me desangro hasta morir —dije—. Y eso con suerte.

Susan tragó saliva.

—Entiendo. ¿Y eso ocurre si nos quedamos por aquí?

—Bianca o algún otro encuentra una forma de hacer que crucemos la línea y nos

da el primer golpe. Y después ellos nos matan.

—¿Y si no lanzamos el primer golpe nosotros? —preguntó Susan.

—Supongo que tendrá un plan de apoyo para hacernos desaparecer por si acaso.

—¿A nosotros? —preguntó Susan.

—Eso me temo. —Miré a Michael—. Necesitamos algo que los distraiga. Algo que haga que miren a otro lado.

Asintió y dijo.

—Puede que hagas eso mejor que yo, Harry.

Tomé aliento y miré a mi alrededor para ver lo que podía utilizar. No teníamos mucho tiempo. Bianca estaba terminando de hablar.

—Y así —dijo Bianca, cambiando su voz hábilmente, estamos ante una nueva era de nuestra especie, la primera Corte reconocida hasta ahora en Estados Unidos. Ya no tenemos que tener miedo de la ira de nuestros enemigos. Ya no inclinaremos la cabeza dócilmente y ofreceremos nuestras gargantas a aquellos que exigen tener poder sobre nosotros. —En ese momento, sus ojos se fijaron directamente en mí—. Al final, con la fuerza de toda la Corte de nuestra parte, con la ayuda de los señores de la noche, plantaremos cara a nuestros enemigos. Y haremos que se arrodillen ante nosotros. —Su sonrisa se hizo más grande, frunció las fauces que se pusieron rojas.

Se pasó la punta de un dedo por la garganta y después levantó la sangre hasta su boca para chuparla del dedo. Se estremeció.

—Mis queridos súbditos. Esta noche, tenemos invitados entre nosotros. Invitados que han venido a presenciar nuestra ascensión al poder verdadero. Por favor, amigos míos. Ayudadme a darles la bienvenida.

Los focos giraron. Uno de ellos iluminó a nuestro pequeño grupo; yo, Michael, Susan, Thomas y Justine un poco más allá. El segundo iluminó a Mavra, en lo alto de las escaleras, destacando su fuerte y nada terrenal palidez. Un tercero a mi madrina, quien con su luz estaba deslumbrante, moviendo el pelo hacia atrás con indiferencia y lanzando una sonrisa rutilante que resonó en todo el patio. Al lado de mi madrina estaba el señor Ferro, con un cigarrillo sin encender entre los labios, el humo salía por sus senos nasales, parecía marcial e insulso con su equipo de centurión y completamente despreocupado por todo lo que estaba pasando.

De la oscuridad que se cernía a nuestro alrededor salieron aplausos apáticos y en cierta medida siniestros. Debería haber algún tipo de ley. Algo que hiciera que un aplauso tan siniestro fuera prohibido a escala global. O puede que solo estuviera nervioso. Tosí y saludé con educación.

—A la Corte Roja le gustaría aprovechar esta oportunidad para hacer obsequios a sus invitados —dijo Bianca—, para que sepan cuánto valoramos su buena voluntad. Así que sin mayor dilación, señor Ferro, ¿me haría el honor de subir aquí y aceptar este símbolo de buena voluntad por mi parte y por parte de mi Corte?

El foco siguió a Ferro mientras se acercaba. Llegó a los pies del escenario, inclinó la cabeza de forma deliberada pero superficial y subió para ponerse ante Bianca. El vampiro respondió inclinando también la cabeza e hizo un gesto con una mano. Una de las figuras con capucha detrás de ella dio un paso adelante, llevaba un pequeño barril casi tan grande como una panera. La figura lo abrió y las luces alumbraron algo que centelleaba y brillaba.

Los ojos de Ferro emitieron destellos y metió la mano en el barril, hasta la muñeca. Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa y retiró su mano con cierto rechazo. —Es un regalo bonito —murmuró—, sobre todo en esta época de pobreza. Gracias.

Él y Bianca intercambiaron saludos en los que ella inclinó la cabeza un poco menos que él. Ferro cerró el barril y lo cogió bajo un brazo, retirándose a un ritmo correcto antes de darse la vuelta y bajar por las escaleras.

Bianca sonrió y se colocó cara al patio.

—Thomas, de la Casa Raithe, de nuestros hermanos y hermanas de la Corte Blanca. Por favor, da un paso adelante, para que pueda entregarte el símbolo de nuestro reconocimiento.

Miré a Thomas. Dio un suspiro y me dijo.

—¿Te quedas con Justine mientras subo allí arriba?

Miré a la chica. Ella estaba mirando a Thomas con una mano en su brazo y cara de preocupación, una sonrisa entre dientes. Parecía pequeña, joven y asustada.

—Sí, claro —dije.

Extendí mi brazo con bastante rigidez. Las manos de la chica se agarraron mi antebrazo, mientras Thomas se daba la vuelta sonriendo con ganas, y caminaba con aire arrogante hacia el foco subiendo por las escaleras. Olía fenomenal, como a flores o cerezas, despedía un olor a almizcle embriagador, sensual, que provocaba distracción.

—Le odia —susurró Justine. Sus dedos me cogieron el brazo con fuerza por la manga—. Todos le odian.

Fruncí el ceño y miré a la chica. A pesar de estar preocupada era tremendamente bella, aunque su proximidad a mí lo atenuaba. Me concentré en su cara y dije:

—¿Por qué le odian?

Tragó saliva y susurró.

—Lord Raithe es el de más alta alcurnia de la Corte Blanca. Bianca le mandó la invitación. El Señor envió a Thomas en su lugar. Thomas es su hijo bastardo. De la Corte Blanca, él es el miembro de menor rango, el que está menos considerado. Su presencia aquí es un insulto para Bianca.

Me sobrepuse a la impresión que me produjo el que la chica hubiera pronunciado todas aquellas palabras juntas.

—¿Hay algún tipo de rencilla entre ellos?

Justine asintió mientras en el escenario Thomas y Bianca intercambiaban saludos. Ella le entregó un sobre, hablando demasiado bajo para que la multitud lo oyera. Él la respondió amablemente. Justine dijo.

—Soy yo, yo tengo la culpa. Bianca quería que estuviera con ella pero Thomas me encontró primero. Ella no le ha perdonado por eso. Le llama cazador furtivo.

Lo cual en cierto modo tenía sentido. Bianca había llegado donde estaba por ser la *Madame* de más triste fama de Chicago. Su local, el Velvet Room, ofrecía los servicios de chicas que la mayoría de los hombres solo podían soñar, y el precio era alto. Tenía suficientes asuntos turbios que esconder y también buenas conexiones políticas como para protegerse de la persecución legal sin hacer uso de ningún truco de vampiro y siempre había tenido más de lo que debía. Bianca querría a alguien como Justine, de aspecto dulce, maravillosa, inconscientemente sexi para vestirla con una falda de cuadros escoceses y una camisa blanca almidonada con...

Abajo, Harry. Madre mía.

—¿Es por eso por lo que estás con él? —le pregunté—. ¿Por qué crees que es culpa tuya que tenga enemigos?

Me miró un momento y después apartó la vista, su expresión era más de tristeza que de otra cosa.

—No lo entenderías.

—Mira. Es un vampiro. Sé que tienen poderes sobre la gente, pero podrías estar en peligro.

—No necesito que me rescaten, señor Dresden —dijo. Sus maravillosos ojos brillaron, tenía una mirada dura, de determinación—. Pero hay algo que puede hacer por mí.

Me sentí tenso y miré a la gente con precaución.

—¿Sí? ¿El qué?

—Puedes llevarnos a Thomas y a mí cuando te vayas.

—Pero vosotros aparecisteis en una limusina, ¿queréis que os lleve yo a casa?

—No sea evasivo, señor Dresden —dijo—. Sé de lo que hablabais tú y tus amigos.

Noté que los hombros me crujían por la tensión.

—Nos has oído. Tú tampoco eres humana.

—Yo soy muy humana, señor Dresden, pero leo los labios. ¿Le va a ayudar o no?

—Protegerle no es asunto mío.

Su delicada boca se comprimió formando un gesto duro.

—Yo estoy haciendo que sea asunto suyo.

Su cara se puso tan sonrosada como el vestido que no llevaba, pero se mantenía firme.

—Necesitamos amigos, señor Dresden. Si no nos ayuda, intentaré comprar el favor de Bianca vendiendo sus planes para escapar y diciendo que he oído que usted quiere matarla.

—Eso es mentira —susurré.

—Es una exageración —dijo en voz suave. Bajó los ojos—. Pero será suficiente para que ella solicite un duelo. O para obligarle a derramar sangre. Y si eso ocurre, morirán. —Tomó aliento—. No quiero que ocurra eso. Pero si no hacemos algo para protegernos, ella le matará. Y me convertirá en una de sus prostitutas.

—No dejaría que ocurriera eso —dije. Las palabras salieron de mi boca antes de tener tiempo para pasarlas por la parte de mi cerebro dedicada a pensar, pero sonaban a verdaderas. ¡Mierda!

Me miró, insegura, mordiéndose uno de los labios con los dientes.

—¿De verdad? —susurró—. Lo dices en serio ¿verdad?

Hice una mueca.

—Sí, sí, supongo que sí.

—Entonces, ¿vas a ayudarme? ¿Nos vas a ayudar?

Michael, Susan, Justine, Thomas. Hacía tiempo que necesitaba una secretaria para localizar a todos los que se supone que tenía que proteger.

—A ti, pero Thomas puede cuidarse de sí mismo.

Los ojos de Justine se llenaron de lágrimas.

—Señor Dresden, por favor. Si puedo hacer o decir algo para convencerle, yo...

—Maldita sea —dije. Michael me miró—. Maldita, maldita, maldita mujer. Malditas todas ellas. —Eso hizo que Susan me mirara—. Es un vampiro, Justine. Se está alimentando de ti. ¿Por qué ha de importarte que le pase algo?

—También es una persona, señor Dresden —dijo Justine—. Una persona que nunca ha hecho daño a nadie. ¿Por qué no iba a importarme lo que le pase?

Odio cuando una mujer me pide ayuda y yo decido hacerlo como un estúpido, sin importar las docenas de razones que tengo para no hacerlo. Odio cuando me amenazan con manó dura para que haga algo estúpido y arriesgado. Y odio cuando alguien esgrime un argumento moral y acaba ganando la partida.

Justine acababa de hacer las tres cosas, pero no podía luchar contra ella. Parecía tan dulce e indefensa...

—De acuerdo —dije, contra mí propia decisión—. De acuerdo, quédate cerca. Quieres mi protección, ¿no? Pues entonces haz lo que diga, cuando lo diga y puede que salgamos todos de aquí con vida.

Sintió un escalofrío por el cuerpo, y se pegó a mí.

—Gracias —murmuró, acariciándome el cuello con su cara de tal manera que sentí cómo me bajaba por la espalda una sensación de cosquilleo—. Gracias, señor Dresden.

Tosí, incómodo y deseché todas las ideas que se me ocurrían sobre cómo cobrarme el favor más adelante, a pesar de lo que mi impulso sexual me dictaba. Llegué a la conclusión de que probablemente el veneno del vampiro fuese la causa de la exacerbación de esos sentimientos. Seguro. Aparté suavemente a Justine y miré a Thomas mientras volvía de su visita al escenario, con un sobre en la mano.

—Bueno —lo saludé con tranquilidad cuando volvía—. Eso parece que ha ido bien.

Me puso una sonrisa bastante pálida.

—Esa... ella puede ser bastante espeluznante cuando quiere, ¿verdad?

—No dejes que te afecte —le aconsejé—. ¿Qué te ha dado?

Thomas rodeó a Justine con el brazo y ella apretó su cuerpo contra el de él como si quisiera fundirse y crear una de esas formas angelicales. Levantó el sobre y dijo.

—Un apartamento en Hawai. Y un billete para llegar esta noche en un vuelo nocturno. Sugirió que quizá me apeteciese irme de Chicago para siempre.

—Un billete —dije, y miré a Justine.

—Bueno.

—Qué amable — comenté—. Mira, Thomas. Ambos queremos salir de aquí esta noche. Solo quédate junto a mí y haz lo que te diga. ¿Vale?

Frunció un poco el ceño y después miró a Justine en tono de reproche.

—Justine, te he dicho que no...

—Tuve que hacerlo —dijo con seriedad y miedo en su rostro—. Tenía que hacer algo para ayudarte.

Tosió.

—Lo siento, señor Dresden. No quería involucrar a nadie más en mis problemas.

Me froté la nuca.

—No pasa nada. Nos podemos ayudar unos a otros.

Thomas cerró los ojos un momento y después dijo muy sencilla y abiertamente.

—Gracias.

—Vaya —dije. Miré a Bianca que estaba hablando con una de las sombras vestidas y con capucha. Los dos desaparecieron por la parte trasera del escenario mientras Bianca miraba y después volvieron, arrastrando algo cuyo extremado peso resultaba obvio. Colocaron el objeto de considerables dimensiones, escondido bajo un trapo rojo oscuro en el escenario delante de Bianca.

—Harry Dresden —susurró Bianca—. Mi viejo y estimado conocido y mago del Consejo Blanco. Por favor, dé un paso adelante para que pueda darle algo que llevo mucho tiempo deseando entregarle.

Tragué saliva y miré a Michael y a Susan.

—Vigila bien —dije—. Si intenta hacer algo, va a ser ahora, cuando estemos separados.

Puso la mano en el hombro de ella y dijo.

—Que Dios te acompañe, Harry. —La energía recorrió mi cuerpo y los vampiros que estaban más cerca se removieron incómodos y retrocedieron unos pasos. Observó que me había dado cuenta y me sonrió levemente como avergonzado.

—Tenga cuidado, señor Dresden —dijo Susan.

Moví las cejas señalándolos, señalé a Thomas y Justine y después caminé hacia delante con mi bastón en una mano; mi capa de tela barata volaba con el aire de la noche mientras subía por las escaleras del escenario. Por el rabillo del ojo me goteó un poco de sudor que seguramente hizo que el maquillaje se corriera. Sin embargo, lo ignoré al encontrarme con la mirada de Bianca cuando estuve a su altura.

Los vampiros no tienen alma. No tenía miedo a mi mirada. Y no era lo suficientemente buena para embaucarme con la suya. O por lo menos no lo era hace un par de años. Se encontró con mi mirada, firme, sus ojos oscuros y encantadores eran muy, muy profundos.

Me armé de todo el valor que puede y me concentré en la punta de su nariz respingona. Vi como sus pechos subían y bajaban de placer bajo las llamas que la cubrían y dejó escapar un susurro de satisfacción.

—Ah, Harry Dresden. Llevo toda la noche con muchas ganas de verle. Es usted un hombre muy guapo, pero tiene un aspecto totalmente ridículo.

—Gracias —dije. Nadie, excepto quizá la pareja de ayudantes vestidos en la parte de atrás del escenario podía oírnos—. ¿Qué plan tiene para matarme?

Se quedó callada un momento, pensativa y después me preguntó mientras inclinaba la cabeza en actitud formal, ante la multitud que había abajo.

—¿Se acuerda de Paula, señor Dresden?

Le devolví el gesto, pero más sardónicamente, lo justo para devolver el insulto.

—Sí, me acuerdo. Era muy bonita, educada. Realmente no la conocía demasiado.

—No. Murió una hora después de que usted entrara en mi casa.

—Sabía que terminaría así —dije.

—¿Quiere decir que tendría que haberla matado?

—No es culpa mía que perdieras el control y te la comieras, Bianca.

Sonrió, sus dientes eran de un blanco cegador.

—Ah, pero fue culpa suya, señor Dresden. Había venido a mi casa, me provocó casi hasta la locura, me obligó a ir con usted bajo amenaza de destruirme. —Se inclinó hacia delante, dejándome ver su vestido de llamas. Debajo no llevaba nada—. Ahora me toca devolverle el favor. No soy alguien a quien se pueda pisotear o dejar de lado cuando apetece. Ya no. —Se calló y dijo—: En cierta medida, le estoy agradecida. Si no hubiera tenido tantas ganas de matarle, nunca habría conseguido reunir el poder y los contactos con los que hoy cuento. Nunca me habrían ascendido a la Corte —hizo un gesto a la multitud de vampiros que había abajo en el patio, en la

oscuridad—. En cierta medida todo esto es obra suya.

—Eso es mentira —dije en voz baja—. Yo no obligué a Mavra a que trabajara para ti. No fui yo el motivo de que le ordenaras que torturara a esos pobres fantasmas, agitara el Más Allá y trajera al demonio de Kravos para enviarle a perseguir a un grupo de inocentes mientras intentaba cogerme a mí.

Sonrió de forma más profunda.

—¿Es eso lo que cree que pasó? Ah, mi señor Dresden. Le espera una sorpresa desagradable.

El enfado hizo que levantara la vista y le mirase a los ojos, me dio la fuerza para no dejarme arrastrar, no debía cometer ningún error. Ella se había fortalecido en los dos últimos años.

—¿No podemos acabar esto?

—Todo lo que merece la pena hay que hacerlo despacio —murmuró, pero estiró una mano y tiró del trapo rojo oscuro, destapando lo que allí había—. Para usted, señor Dresden, con cariño.

El trapo cayó y se vio una lápida de mármol blanco, en cuyo centro había un pentágono dorado. Las letras en mayúscula grabadas encima del pentágono decían: «Aquí yace Harry Dresden». Y debajo estaba escrito: «Murió haciendo el bien». En el lateral de la tumba había un sobre pegado.

—¿Le gusta? —susurró Bianca—. Encaja perfectamente con Graceland, cerca de su querida pequeña Inez. Estoy seguro de que tendrá muchas cosas que hablar con ella, cuando llegue el momento, por supuesto.

Miré a la tumba y luego a ella.

—Adelante —dije—. Le toca mover pieza.

Se rió, fue un sonido fuerte que rebotó en la multitud que había abajo.

—Ah, señor Dresden —dijo bajando el tono de voz—. No lo entiende, ¿verdad? No puedo acabar con usted de forma descarada, a pesar de lo que me ha hecho, pero puedo defenderme. Puedo esperar mientras mis invitados se defienden, puedo ver como muere. Y si las cosas se ponen muy feas, y mueren unos cuantos más aparte de usted, de eso no me pueden acusar.

—Thomas —dije.

—Y su pequeña prostituta. Y el caballero y su amiga la periodista. Voy a disfrutar el resto de la tarde, Harry.

—Mis amigos me llaman Harry, pero usted no —dije.

Sonrió y dijo.

—La venganza es como el sexo, señor Dresden. Es mejor cuando llega lento, tranquilo, hasta que parece inexorable.

—Usted sabe lo que dicen sobre la venganza. Espero que tenga una segunda tumba, Bianca. La suya.

Mis palabras le dolieron y se puso rígida. Entonces. Hizo una señal a los ayudantes para que levantaran mi tumba con sus manos enguantadas y se la llevaran.

—Haré que la lleven a Graceland, señor Dresden. Le prepararán la cama para antes de que amanezca. —Movi6 su muñeca hacia mí, una despedida maleducada.

Incliné la cabeza, fue un movimiento frío.

—Ya nos veremos —¿qué tal esa respuesta como réplica? Después me giré y bajé las escaleras, las piernas me temblaban un poco y tenía la espalda rígida.

—Harry —dijo Michael y se acercó—. ¿Qué ha pasado?

Levanté la mano y negué con la cabeza intentando pensar. La trampa se estaba cerrando en torno a mí. Podía notarlo. Pero si podía averiguar cuál era el plan de Bianca, podría pensar cómo salir de allí delante de ella.

Confié en Michael y los demás para que vigilaran si las cosas se ponían mal mientras reflexionaba, intenté pensar con la lógica de Bianca. Mi madrina llegó volando ante la oferta de Bianca, y yo me detuve un momento, para mirar el escenario.

Bianca le regaló una caja negra pequeña. Lea la abrió y un temblor lento le corrió por todo el cuerpo, hizo que su pelo de llamas rojas se moviera y brillara. Mi madrina la volvió a cerrar y dijo:

—Un regalo magnífico. Por suerte, como es costumbre entre nosotros, he traído un regalo de igual valía para ti.

Lea hizo una seña al ayudante de que se acercara y le dio una caja grande y larga. La abrió y se la enseñó un momento a Bianca y después se dio la vuelta enseñándosela a la Corte allí reunida.

Amoracchius. La espada de Michael. Brillaba en la caja oscura y reflejaba la luz rojiza con un resplandor plateado puro. Michael se puso rígido delante de mí, sofocando un grito.

De los vampiros y las diversas criaturas reunidas surgió un murmullo que denotaba que también habían reconocido la espada. Lea disfrutó de ella un momento, hasta que cerró la caja y se la dio a Bianca. Bianca se la colocó en su regazo y me miró sonriendo y pensé que también a Michael.

—Un buen regalo en respuesta al mío —dijo Bianca—. Se lo agradezco, señora Leanandsidhe. Permita que se acerque Mavra del Consejo Negro.

Mi madrina se retiró. Mavra salió de la oscuridad hacia el escenario.

—Mavra, has sido el invitado más elegante y honorable que ha venido a mi casa —dijo Bianca—. Y confío en que te hayan tratado con justicia y equidad.

Mavra se inclinó ante Bianca, en silencio, sus ojos legañosos brillaban mientras miraba a Michael.

—Ah, Dios —susurré—. Hija de puta.

—No lo decía en serio, Señor —dijo Michael—. ¿Harry? ¿Qué has querido decir?

Apreté los dientes parpadeando mientras miraba alrededor. Todos estaban mirándome, todos los vampiros, el señor Ferro, todos. Todos sabían lo que iba a ocurrir.

—La lápida. Estaba escrito en mi maldita tumba.

Bianca comprobó como todo se iba a cumplir según sus predicciones, todavía sonriendo.

—Entonces por favor, Mavra, acepta estos símbolos sin importancia de mi buena voluntad, y con ellos mis esperanzas de que la venganza y la prosperidad te pertenecerán a ti y a los tuyos. —Le ofreció la caja con la espada y Mavra aceptó. Bianca señaló el fondo y los ayudantes trajeron otro paquete tapado.

Los ayudantes quitaron la tapa... Lydia. Le habían cortado su pelo oscuro despeinado y tenía un corte elegante, llevaba un vestido y unos pantalones cortos de lycra negra que marcaban las caderas, la belleza de sus miembros pálidos. Sus ojos brillaban con las luces, vidriosos y drogados e iba arrastrándose sin poderlo evitar entre los ayudantes.

—Dios mío —dijo Susan—. ¿Qué van a hacer con esta chica?

Mavra se dio la vuelta hacia Lydia buscando en la caja mientras decía.

—Cielo —bramó con su sibilante voz. Sus ojos se fijaron otra vez en Michael—. Ahora vamos a abrir mi regalo. Puede manchar un poco el acero pero estoy segura de que lo superaré.

Michael suspiró de repente.

—¿Qué está ocurriendo? —dijo Susan.

—La sangre de los inocentes —gruñó—. La espada es vulnerable y quiere dejarla sin poder. Harry, no podemos permitirlo.

A mi alrededor, los vampiros dejaron caer sus copas de vino, se quitaron las chaquetas, y dejaron ver sus fauces manchadas de rojo mientras me sonreían. Bianca empezó a reírse desde allí arriba mientras Mavra abría la caja y sacaba a *Amoracchius*. Cuando la tocó el vampiro, parecía casi como si la espada emitiera un ruido, como quejándose, pero Mavra solo la miró con aire despectivo al levantarla.

Thomas se acercó a nosotros, poniendo a Justine detrás de él mientras sacaba su espada.

—Dresden —susurró—. No seas tonto. Solo es una vida, la de una niña y una espada contra la de todos nosotros. Si actúas ahora, nos condenas a todos.

—¿Harry? —preguntó Susan con voz temblorosa..

Michael también se dio la vuelta para mirarme con cara seria.

—Fe. Dresden. No está todo perdido.

A mí todo me parecía perdido. Pero no tenía que hacer nada, ni mover un dedo. Lo único que tenía que hacer, para salir de allí con vida, era quedarme sentado tranquilo. No hacer nada. Estar allí de pie viendo cómo asesinaban a una chica que

había venido a verme hacía unos días pidiéndome protección. No hacer caso de sus gritos mientras Mavra la asesinaba. Dejar que los monstruos destrozaran uno de los mejores bastiones que tenían ante sí. Dejar que Michael muriera, solicitar la protección de las leyes de la hospitalidad para Susan e irme.

Michael me miró asintiendo, sacó ambos cuchillos y se giró hacia el escenario.

Cerré los ojos. Dios, perdóname lo que voy a hacer.

Agarré el hombro de Michael antes de empezar a andar. Entonces saqué la espada de la funda, sujetándola con la mano izquierda, dándole la vuelta mientras reunía todas mis fuerzas y las enviaba por la empuñadura del bastón, haciendo que se encendiera una luz blanquiazul que iluminó las runas grabadas.

Michael me miró con un gesto de lucha y se colocó a mi izquierda. Thomas me miró y susurró:

—Estamos muertos —pero se colocó a mi izquierda con una espada cristalina brillando en su mano. Los vampiros emitieron un aullido, un ruido repentino que era ensordecedor. Mavra desvió la vista hacia nosotros, volviendo a recoger la noche con los dedos de la mano que tenía libre. Bianca se levantó lentamente, con los ojos oscuros brillantes por el triunfo. A un lado, Lea puso su mano sobre el brazo del señor Ferro, frunciendo el ceño débilmente.

Mavra susurró, levantando a *Amoracchius* en lo alto.

—¿Harry? —preguntó Susan. Su mano temblorosa tocó mi hombro—. ¿Qué vamos a hacer?

—Ponte detrás de mí —apreté los dientes—. Supongo que voy a hacer lo que debo.

Pensé: Aunque me mate a mí y a todos vosotros también.

Capítulo 30

En los juegos y los libros de historia y en las conferencias sobre ciencia militar, los profesores y los veteranos del mundo intelectual hacen diagramas y colocan modelos en filas y líneas bien definidas. Te muestran metódicamente cómo una división provocó una escisión en una línea determinada o cómo aquellas tropas se mantuvieron firmes mientras otras se disolvieron.

Pero eso es irreal. Una pelea real entre combatientes, ya sea de docenas o miles de ellos, es algo intrínsecamente desordenado, fluido, difícil de seguir. Las presentaciones teóricas pueden mostrarte el resultado, pero no te impresionan la fuerza y la presión de los cuerpos, los gritos, el miedo, los empujones titubeantes hacia delante o hacia atrás para apartarse. Dentro de la batalla, todo es movimiento desenfrenado y ruido y una mezcla de impresiones que ocurren antes de que te puedas dar cuenta. El instinto y el reflejo lo llenan todo, no hay tiempo de pensar y si hay un segundo o dos de sobra, lo único que te pasa por la cabeza es mantenerte con vida. Eres totalmente consciente de lo que pasa a tu alrededor. Es un tipo de tortura oscuro, un infierno temporal y profundo, porque de una forma u otra, no se prolonga mucho tiempo.

Una marea de vampiros se acercó a nosotros. Vinieron a la carrera, con la velocidad de un animal, una masa de caras crispadas y con ojos saltones oscuros que miraban fijamente. Tenían las mandíbulas caídas demasiado abiertas, se les veían las fauces, iban bufando y aullando. Uno de ellos llevaba una espada larga y arremetió contra la tripa pálida de Thomas. Justine gritó. Thomas interpuso la espada cristalina que llevaba en forma de arco, esquivando la punta de la lanza y cortándola por el mango.

Impertérrito, el vampiro siguió con la lanza, y hundió sus mandíbulas en el antebrazo de Thomas. Thomas empujó al vampiro pero estaba bien agarrado. Thomas cambió de táctica, levantando de repente al vampiro del suelo y después pasó la hoja de la espada por la tripa, abriéndola y formando un mar de sangre. El vampiro cayó al suelo, un grito subió de su garganta que en parte era furia y en parte dolor.

—¡Los estómagos! —gritó Thomas—. ¡Sin sangre no tienen fuerza para luchar!

Michael cogió la hoja de un machete encajada en la funda de metal sobre su antebrazo y le dio con uno de los cuchillos al vampiro que le había agarrado. De la tripa del vampiro saltó la sangre y cayó convulsionándose.

—Lo sé —respondió Michael mirando a Thomas enfadado.

Y entonces se vio envuelto en un océano de cuerpos vestidos de rojo.

—¡Michael! —grité. Intenté llegar a él pero me encontré apartado. Vi como luchaba y caía sobre una rodilla, vi como los vampiros le lanzaban cuchillos y abrían las fauces, mostrando los dientes y no pude ver si alguno de ellos salía ardiendo como

antes.

Apareció Kyle Hamilton, al otro lado del montón de perros caídos sobre el caballero vencido. Me enseñó las fauces y levantó una semiautomática, uno de los modelos caros. Bañada en plata.

—Adiós, Dresden.

Levanté el bastón, sus runas despedían un brillo azul y blanco y grité.

—¡*Venteferro!*

La magia surgió de las runas del bastón, en silencio. La magia terrenal no es mi fuerte pero me gusta contar con ella. Las runas y el poder que envié a mi bastón salieron y rodearon el arma de ondas magnéticas invisibles. Me preocupaba que los conjuros que había hecho sobre el bastón se hubieran quedado obsoletos pero todavía estaban bien. El arma voló de las manos de Kyle.

La cogí del aire y disparé a un vampiro que iba detrás de Justine. Impacto con algo a la velocidad del sonido y lo lanzó por los aires hacia la oscuridad. Justine giró cuando un segundo vampiro se acercó a ella, y en ese momento la hoja de Thomas le segó las piernas literalmente.

—¡*Iesu domine!* —La voz de Michael salió por debajo de los vampiros como una corneta dorada del ejército y tras una repentina explosión de presión y fuerza ocultas, los cuerpos empezaron a volar, apartándose de él, la carne saltó por los aires, y colgaba a tiras como si fueran trapos, sin sangre mostrando el brillo de la carne oscura y grasienta—. ¡*Domine!* —gritó Michael, levantándose y esquivando a los vampiros con las tripas fuera igual que un perro se sacude el agua—. ¡*Lava quod est sordium!*

—¡Vamos! —grité y me lancé hacia delante, hacia las escaleras que llevaban al escenario. Michael había dividido el mar escarlata, había vampiros aturdidos que se reunían desde el suelo o aminoraban su ataque, dando unos pasos atrás, bufando. Susan y Justine cogieron a uno de ellos que empezaba a acercarse y desanimaron a otros que seguían su ejemplo echando agua bendita de la cesta de Susan. Aquel ser se puso a dar alaridos y cayó, tratando de frotarse los ojos, dejándose caer y estremeciéndose como un bicho medio aplastado.

—¡Bianca! —gritó Thomas—. ¡Nuestra única oportunidad es coger a su líder! —Un cuchillo salió de la oscuridad, demasiado rápido para que pudiera verlo. Pero Thomas sí lo hizo, alargó la mano y desvió la hoja con su espada de su trayectoria con un golpe despectivo, desviándolo.

Llegamos al pie de la escalera.

—¡Thomas, espera aquí! ¡Michael, vamos! —No quería esperar para ver quien escuchaba, simplemente me di la vuelta y subí por las escaleras, con la espada y el bastón preparados, y el estómago encogido. No había forma de llegar a tiempo de salvar a Lydia.

Pero sí, llegamos. La carnicería había atraído la atención de Mavra y estaba mirando fijamente la sangre con los labios retraídos dejando ver sus dientes amarillos. Me miró, con la cara desfigurada por su maldad. Se giró hacia Lydia con la espada en alto.

—Michael —grité y estiré mi bastón—. ¡*Venteferro!*

Amoracchius estalló despidiendo sombras contradictorias de luz azul y dorada, a medida que mi poder la iba envolviendo, una llamarada con chispas que hicieron que Mavra aullase de sorpresa y dolor. El vampiro se echó hacia atrás, pero siguió agarrando la espada con sus pálidas manos.

—Haz lo que quieras —murmuré. Apreté los dientes mientras el bastón humeaba y temblaba en mi mano—. ¡*Vente!* ¡*Venteferro!* —agité el bastón formando un amplio arco y al dar un bufido, la vampira se levantó del suelo al estar agarrada a la espada y saltó como una pelota de balonvolea de playa impulsada hacia el patio que había debajo. Cayó golpeándose con las piedras, rompiéndose como un frágil caramelo y gritando de forma horripilante. La espada estalló formando otra nube de chispas doradas de venganza y salió volando del cuerpo de Mavra, la hoja centelleó cuando tocó el suelo.

Una ola de agotamiento y mareo recorrió mi cuerpo y casi me caigo. A pesar de haber usado un foco, el bastón con runas grabadas, ese esfuerzo había sido superior a mis fuerzas. Tuve que apretar los dientes y confiar en que no iba a salir catapultado hacia un lado. Ya no me quedaban más recursos en lo que se refiere a la magia.

—¡Harry! —gritó Michael—. ¡Cuidado!

Miré y vi que Mavra estaba otra vez en el escenario, sin molestarse en utilizar las escaleras, aterrizando a solo unos metros de donde yo estaba. Michael dio un paso adelante, llevaba una daga cogida del revés, con la punta hacia abajo, en una mano; en la otra, una cruz extendida hacia Mavra. El vampiro lanzó sus manos hacia Michael y la oscuridad se derramó como el aceite salpicando al caballero. Chisporroteó y saltó hacia él, subiendo en ráfagas de humo, y Michael continuó atravesándolo, con el fuego rodeando la cruz que llevaba en alto. Mavra dejó escapar un grito sibilante ahuyentador y se apartó de él, apartándose de mí también.

—Harry —gritó Thomas en lo alto de las escaleras—. ¡Date prisa! ¡No aguantaremos mucho más!

Barrí el escenario con la mirada pero no veía ni rastro de Bianca ni de sus ayudantes en las sombras que despedía el brillo halógeno de la cruz ardiente de Michael. Salí corriendo hacia Lydia, envainando mi delgada hoja antes de recogerla.

—¿Más tiempo? ¡Me sorprende que todavía estemos vivos!

—¡La luz brilla más en la oscuridad total! —gritó Michael, con expresión de alegría, sus ojos estaban llenos de una pasión y venganza que nunca había visto en él. Siguió obligando a Mavra a retirarse ante el fuego paralizante de la cruz, hasta que se

cayó del escenario—. ¡Que vengan las fuerzas de la noche! ¡Resistiremos!

—Lo que vamos a hacer es salir de aquí —susurré, pero en voz alta dije—: Bajemos por las escaleras. ¡Vamos!

Me di la vuelta y vi a Thomas, Susan y Justine reduciendo a un círculo de vampiros, a los pies de la escalera que conducía al escenario, entre el par de focos. De los vampiros solo quedaban restos de piel y trapos. Algunos de la Corte Roja todavía tenían caras humanas pero la mayor parte estaban desnudos, libres de las máscaras de carne que llevaban. Criaturas negras, endebles, retorcidas, con caras horrorosas y con los vientres hinchados, en su mayor parte por la sangre fresca. Los ojos, negros, estaban vacíos, pero llenos de hambre, y brillaban con la luz. Los dedos largos y huesudos acababan en garras negras igual que los dedos de sus pies. Entre los brazos y los costados había membranas que estaban cubiertas de cieno, y sus hermosos cuerpos de antes se habían transformado en algo horrible.

Un vampiro dio un bandazo hacia Thomas, mientras que otro se lanzó a coger a Susan. Le puso la cruz en la cara pero a diferencia de lo que había ocurrido con Mavra, la madera no se iluminó. No es fácil que funcione la magia de la fe, incluso con los vampiros y a los de la Corte Roja, que eran criaturas que poseían un control más férreo de la realidad que los de la Negra que son más mágicos y no se les repelía con facilidad. El vampiro aulló, con la boca abierta, y babeó espuma que cayó sobre la capucha roja de Susan.

Ella se retorció y forcejeó, y con la otra mano le echó otro frasco de agua bendita no al vampiro sino al faro, que había detrás de ellos. El agua produjo un sonido sibilante al caer y se evaporó al contacto con la luz, haciendo una nube de vapor que envolvió por completo al vampiro. Dejó escapar un chillido que superó la capacidad auditiva humana, desapareciendo y al mismo tiempo alejándose de Susan mientras mudaba su piel, lo cual permitió ver los músculos fibrosos y huesos que tenía debajo.

Susan buscó a tientas en la cesta y sacó el arma. Disparó en el vientre del vampiro, el impacto del miedo, y el abdomen quedó destrozado, la sangre dispersa en una nube. El vampiro cayó al suelo y recuerdo que pensé que le acababa de matar, que había acabado de verdad con uno de ellos. Tuve una sensación intensa de orgullo y bajé las escaleras.

Y en ese momento nuestra racha de buena suerte acabó.

Justine se apartó demasiado y Bianca surgió de la nada cogiendo a la chica por el pelo y tirando de ella para apartarla de Thomas. Thomas se dio la vuelta pero ya era tarde. Bianca sujetaba a la chica por la espalda y la tenía pegada a su pecho, sus dedos estaban enrollados con una aparente suavidad alrededor de la garganta de Justine. Con la otra mano, Bianca, todavía con aspecto humano y tranquilo, acarició el vientre de la chica. Justine luchaba, pero Bianca le puso la cabeza a un lado y pasó la lengua lentamente, con sensualidad por la garganta. Los ojos de la chica se

abrieron de terror. Entonces miró con una inmensa profundidad. Se estremeció, su cuerpo se relajó, se arqueó lentamente. Su dulce boca se retorció y le murmuró algo al oído de Justine que hizo que la chica gimiese.

—Ya está bien —dijo Bianca e inmediatamente todo se quedó en silencio, Michael y yo estábamos en las escaleras un poco por encima de Thomas y Susan. Los vampiros los rodearon, fuera del alcance de la espada de Thomas.

Yo tenía a Lydia, inmóvil en mis brazos. Bianca me miró y dijo:

—El juego ha terminado, mago.

—Todavía no nos has vencido —le contesté—. Sería inteligente que tú y tu gente os quitarais de en medio antes de que me enfade.

Bianca se rió, arrancando como distraída uno de los pétalos del top de Justine, descubriendo un poco más de su pecho.

—Seguro que no crees que soy tan estúpida como para asustarme ahora, Dresden. Ya sabes la fuerza con la que cuentas. Con lo que te queda, a duras penas puedes mantenerte en pie. Si hubieras podido salir ya lo habrías hecho. —En ese punto miró a Michael—. Y tú, caballero. Tendrás una muerte gloriosa y contigo también morirán muchas criaturas de la noche. Pero os superamos y estáis solos, y sin la espada. Moriréis.

Miré a Thomas y a Susan y dije.

—Bueno, entonces. Supongo que estaría bien que trajéramos ayuda. Toda tu Corte, Bianca, y así no podrás vencernos. —Miré a los vampiros que había abajo y dije—: Todos tus pequeños subalternos tienen ante sí el poder de la eternidad. Es malo perder la eternidad. Y puede que al final nos cojáis. Pero el primero de vosotros que quiera perder la eternidad, por favor, que de un paso adelante y suba.

El silencio reinó un momento en el patio. Eso me dio un poco de esperanza para darle un respiro a mi corazón que latía a toda velocidad. Prepárate, Kenny Rogers, que si este engaño funciona, seré el mejor jugador con el que hayas soñado nunca.

Bianca se limitó a sonreír y le dijo a Thomas.

—Mi prima del Consejo Blanco es tan hermosa. Desde el primer momento en que la vi, la quise. —Bianca se humedeció los labios—. ¿Qué te parece si hacemos un trato?

Dije con desdén:

—¿Crees que vamos a negociar contigo?

Thomas me miró. Por increíble que parezca, estaba limpio excepto unas pequeñas gotas de color escarlata en su carne pálida, inmaculada, el taparrabos, las alas y todo.

—Adelante —dijo—. Soy todo oídos.

—Entréganoslos, Thomas Raithe —dijo Bianca—. Danos a esos tres y te doy a la chica sin más. Ahora podré disponer de tantos jóvenes como quiera. ¿Qué más da uno menos?

—Thomas —dije—. Sé que acabamos de conocernos, pero no la escuches. Lo ha preparado todo para matarte.

Thomas miró hacia delante y atrás. Se encontró con mis ojos, casi me da tiempo para mirar en su interior pero apartó la vista. Tuve la impresión de que estaba tratando de decirme algo, pero no sabía qué. Quizá su expresión fuese de disculpa.

—Lo sé, señor Dresden —dijo—, pero... me da miedo que la situación haya cambiado. —No dio una patada a Susan, en realidad la empujó hacia la nube de vampiros. Ella dejó escapar un grito que demostraba lo asustada que estaba, la cogieron y se la llevaron a la oscuridad.

Thomas bajó su espada y se giró hacia mí de espaldas a los vampiros. Mirándonos lascivamente y bufando se acercaron a Michael y a mí, rodearon a Thomas, uno de ellos se frotó contra mis piernas. Gesticuló mostrando desagrado y se apartó a un lado.

—Lo siento, señor Dresden, Harry. Me caes muy bien pero me temo que me caigo mejor yo a mí mismo.

Thomas se fue apartando, mientras los vampiros se arremolinaban a los pies de las escaleras. En algún lugar, en la oscuridad, Susan dejó escapar un grito aterrorizado, corto. Después un gemido, y luego silencio.

Bianca me miró sonriendo con dulzura, por encima de la cabeza de Justine que estaba colgando.

—Y así, mago, así termina. Vosotros dos moriréis, pero no os preocupéis, Nadie encontrará vuestros cuerpos. —Miró hacia atrás a donde Thomas había desaparecido al fondo y dijo, aparte—. Kyle, Mavra. Matad también al pequeño cabrón de vientre blanco.

La cabeza de Thomas se giró hacia Bianca y gruñó.

—¡Serás puta!

Mi boca se movía pero no salían palabras. ¿Cómo podían? Las palabras probablemente no podían contener toda la frustración, rabia y miedo que había en mi interior. Vencí el cansancio, que dolía tanto como las espinas y el alambre. No era justo. Habíamos hecho todo lo que habíamos podido. Habíamos arriesgado todo.

No, no nosotros. Las decisiones fueron mías.

Lo había arriesgado todo.

Y había perdido.

Era probable que Michael y yo no pudiéramos luchar contra ellos solos. Se habían llevado a Susan. La ayuda que creíamos que habíamos encontrado se había vuelto contra nosotros.

Se habían llevado a Susan.

Y era culpa mía. No la había escuchado cuando debía. No la había protegido. Y ahora iba a morir por mi culpa.

No sé como aquello iba a hacer sentirse a los demás. No sé si por la desesperanza y el propio odio y por la furia inútil se derrumbarían como el hormigón frágil, o se derretirían como el plomo viejo o se resquebrajarían como el cristal barato.

Solo sabía el efecto que había tenido sobre mí.

Me hizo ponerme colérico.

Sentía ira. El corazón, la cabeza y los ojos me ardían. Sentía como fuego en mi interior, un fuego que ardía en zonas internas que no sabía que podían doler.

No recuerdo el conjuro ni las palabras que pronuncié, pero sí que buscaba ese dolor. Recuerdo que lo conseguí y pensé que si teníamos que irnos, entonces con la ayuda de Dios o sin ella, con o sin fuerzas, y con o sin esperanza, me iba a llevar por delante a esos hijos de puta asesinos chupadores de sangre. Les enseñaría que no podían jugar alegremente con las fuerzas de la creación de la vida. Que no era muy inteligente contrariar a un mago del Consejo Blanco cuando alguien le ha robado a su chica.

Creo que Michael debió de notar algo y me quitó a la chica de los brazos porque lo siguiente que recuerdo es que elevé mis manos hacia el cielo nocturno y grité.

—¡Fuego! ¡Pyrofuego!

¡Arded, cabrones grasientos con cara de murciélago! ¡Arded!

Busqué el fuego, y el fuego me respondió.

Las torres del castillo hechas con árboles podados dándoles forma estallaron formando nubes de luz, y los muros de los setos, llenos de puntas almenadas también. El fuego se extendió por el aire, eran columnas de entre un metro y un metro y medio y la repentina explosión levantó todo por los aires excepto a mí. Una vez levantados del suelo, el viento sopló a nuestro alrededor formando un vendaval.

Yo estaba en el medio, con una lucidez plena procedente de todo el poder con el que contaba. Me quemé y una parte de mí gritaba de alegría al notarlo. Mi capa se movía y se agitaba con el vendaval, extendida formando una nube de color escarlata y negro azabache. El resplandor repentino cayó sobre la escena del jolgorio de los vampiros, iluminándolo todo. Los jóvenes del principio estaban dispersos, tumbados a oscuras cerca de los setos, cerca de los fuegos, como pequeños bultos patéticos. Algunos se movían, otros respiraban. Unos cuantos gemían e intentaban apartarse del calor pero la mayoría estaban aterrorizados, inmóviles.

Pálidos. Hermosos.

Muertos.

La furia en mí creció. Aumentó y ardió, y volví a invocar al fuego. Las llamas salieron, cogieron a uno de los vampiros más cobardes, que se acurrucó en la parte trasera, escarbando para deslizar su máscara de carne y volver a ponérsela sobre la cara de murciélago aplastada. El fuego le alcanzó y lo enroscó, chamuscando y ennegreciendo su piel y después tirando de él, retorciéndole y llevándole hacia el

fuego.

La magia bailaba en mis ojos, mi cabeza, mi pecho, se movía fuera de control. No podía seguir todo lo que ocurría. Se acercaron más vampiros a las llamas y empezaron a gritar. Del suelo salieron aros de fuego que empezaron a deslizarse por el patio como serpientes. Todo se puso en movimiento, había sombras que se deslizaban por el resplandor, intentando escapar, gritando.

Noté como mi corazón se encogió y dejó de latir. Me tambaleé, respiraba entrecortadamente. Michael se acercó a mí, con Lydia desplomada sobre su hombro como si fuera un bombero. Se quitó la capa que quedó a un lado, ardiendo. Se pasó mi brazo por el hombro y prácticamente me llevó en volandas escaleras abajo.

El humo nos rodeaba, era espeso y asfixiante. Tosí y me dieron arcadas. Ahora la magia me corría por el cuerpo más lentamente, era como un hilo, no porque las compuertas se hubieran cerrado sino porque no quedaba nada por salir. Me dolía. El fuego se extendió por mi corazón, mis brazos y piernas, aferrándose y retorciéndose. No podía respirar, no podía pensar y sabía que en algún lugar entre todo aquel dolor, estaba a punto de morir.

—¡Señor! —dijo Michael—. ¡Señor, sé que Harry no siempre ha hecho lo que Tú habrías hecho! —Se tambaleó hacia delante, tirando de mí y de la chica—. ¡Pero él es un buen hombre! Luchó contra tus enemigos. Se merece algo mejor que morir aquí. ¡Señor! Si fueras tan amable de mostrarme el camino, te lo agradecería mucho.

Y entonces, de repente, el humo se abrió y un aire puro, sin contaminar, nos impactó en la cara como un cubo de agua helada.

Me caí al suelo y Michael dejó a la chica en algún lugar junto a mí y rompió el esmoquin. Me puso la mano en el corazón y soltó un pequeño grito. Después de eso, no recuerdo mucho más que dolor y unos golpes fuertes en mi pecho.

Y entonces mi corazón dio una sacudida y se puso a latir otra vez. La neblina roja de dolor cesó.

Miré hacia arriba.

El humo se había disipado formando un túnel como si alguien hubiera colocado una tubería de cristal con aire limpio a nuestro alrededor. En el otro extremo del túnel había una figura esbelta, delgada, alta, femenina. De aquella figura salía algo parecido a unas alas extendidas, aunque podría ser una alucinación, la luz caía de muchos ángulos, de forma que era todo sombra y color.

—Pensaba que Él no se tomaba las cosas al pie de la letra —dije casi sin aire.

Michael se apartó de mí, con la cara manchada de hollín y sonrió.

—¿Te estás quejando?

—Caray, no. ¿Dónde está Susan?

—Iré a por ella, vamos. —Demasiado cansado para discutir, le dejé que me levantara. Recogió a Lydia y avanzamos tambaleándonos hacia la figura que estaba

en el otro extremo del túnel.

Lea. Mi madrina.

Ambos nos quedamos helados. Michael buscó su cuchillo pero no estaba.

Lea frunció el ceño con delicadeza, mirándonos. Su vestido, todavía azul, immaculado, se cimbreaba y su melena sedosa era del mismo color que los fuegos que ardían en el patio. Parecía casi como si fuera a brindar, y todavía llevaba la caja negra que Bianca le había puesto bajo su delgado brazo.

—Madrina —dije, sorprendido.

—¿Y bien, tonto? A qué esperas. Me tomé la molestia de mostrarte un camino para escapar. Hazlo.

—¿Nos has salvado tú? —Tosí.

Suspiró y puso los ojos en blanco.

—Aunque siento tanto dolor que me sería difícil explicarlo, sí he sido yo, niño. ¿Cómo voy a dejar que este Corte Roja te mate con esa desfachatez? Por favor, mago, creía que tenías más sentido común.

—Me has salvado para tenerme.

—No es así —dijo Lea, tapándose la nariz con un pañuelo de seda—. Eres solo la piel y yo quiero la fruta entera. Ve a descansar, muchacho. Hablaremos enseguida.

Y entonces se retiró y desapareció.

Michael me sacó de la casa. Recuerdo el olor de su viejo camión, a serrín, sudor y piel. Sentí el crujido de su asiento gastado.

—Susan —dije—. ¿Dónde está Susan?

—Voy a por ella.

Entonces me desplazé un momento por la oscuridad, levemente consciente del dolor persistente que sentía en el pecho y de la piel cálida de Lydia que estaba pegada a mi mano. Intenté moverme, asegurarme de que la chica estaba bien, pero eso suponía demasiado esfuerzo.

La puerta del camión se abrió y se cerró de golpe. Entonces empezó el ruido del motor.

Y después todo se volvió negro.

Capítulo 31

Me sumí en la oscuridad y así estuve mucho tiempo. No había nada más que el silencio en el que yo me movía, nada excepto la noche infinita. No tenía frío ni calor, nada. No tenía pensamientos ni sueños ni nada.

Era demasiado bueno para que durase.

Lo primero que noté fue el dolor de las quemaduras. Las quemaduras son las peores heridas del mundo. Se me había chamuscado el brazo derecho y el hombro, y sentía un dolor tan constante que me sacaba de mis casillas. Noté todas las demás rozaduras, hematomas y cortes. Me sentía como si fuera una lista de quejas y de cosas que funcionaban mal. Me dolía por todas partes.

A continuación, lo primero que recuerdo fue la neblina. Empecé a recordar lo que había pasado. La Pesadilla. La fiesta de los vampiros. Los chicos que habían sido seducidos.

Y el fuego.

Ah, Dios. ¿Qué he hecho?

Pensé en el fuego, cómo subía formando gruesas columnas, alcanzando a los vampiros para meterlos en la hoguera que se había formado con los setos y los árboles.

¡Rayos y centellas! Aquellos chicos estaban indefensos ante el fuego y el humo del que yo había escapado gracias a la ayuda de una bruja sidhe de cierto renombre. Ni siquiera me había puesto a pensar en ello. Nunca había tenido en cuenta las consecuencias de dejar que mi energía fluyera de esa forma.

Abrí los ojos. Me tumbé en la cama de mi habitación. Me levanté de la cama tambaleándome y fui al baño. En algún momento, alguien debió de darme de comer sopa, porque empecé a vomitar, y salía algo. Los he matado. He matado a todos esos chicos. Mi magia, la magia que era la energía de la creación y la vida en sí misma los había alcanzado y quemado.

Vomitó hasta que me dolió el estómago al pensar en ello; la inmensa pena que sentía era cada vez mayor. Luché pero no conseguía bloquear las imágenes de mi mente. Los chicos ardiendo, Justine ardiendo. La magia define a un hombre. Viene de tu interior. No puedes hacer nada con magia que no esté en tu interior.

Y yo había quemado vivos a esos chicos.

Mi poder. Mi elección. Mi culpa.

Sollocé.

No me recuperé hasta que Michael entró en el baño. Cuando lo hizo, yo estaba de lado, hecho un ovillo, el agua de la ducha caía sobre mí y el frío me hacía temblar. Me dolía todo, dentro y fuera de mí. Me dolía la cara, de haber estado tan retorcido. La garganta se me había cerrado casi por completo por estar tanto tiempo gimiendo.

Michael me cogió como si no pesara más que uno de sus hijos. Me secó con una toalla y me puso mi gruesa bata. El llevaba ropa limpia, una venda en la muñeca y otra en la frente. Sus ojos parecían un poco más hundidos, como si hubiera dormido poco, pero sus manos estaban firmes, y su expresión calmada, confiada.

Me preparé otra vez muy lentamente. Cuando terminó, levanté los ojos hacia él.

—¿Cuántos? —pregunté—. ¿Cuántos murieron?

Lo comprendía. Vio el dolor en mis ojos.

—Después de sacarlos a los dos, llamé a los bomberos y les dije que había gente a la que rescatar. Vinieron con bastante rapidez pero...

—¿Cuántos Michael?

Suspiró lentamente.

—Once cuerpos.

—¿Susan? —Mi voz tembló.

Él dudó.

—No lo sabemos. Encontraron a once. Están comprobando los archivos dentales. Dijeron que el calor era tan fuerte que los huesos apenas parecían humanos.

Dejé escapar una sonrisa amarga.

—Apenas humanos. Pero había más chicos ahí.

—Lo sé. Pero eso fue lo que encontraron. Y rescataron a doce más con vida.

—Por lo menos es algo. ¿Y qué hay de los que no contaron?

—Se fueron. Desaparecieron. Se cree... se cree que murieron.

Cerré los ojos. El fuego había ardido y reducido los huesos a ceniza ¿Había sido mi hechizo tan poderoso? ¿Había ocultado a la mayor parte de los muertos?

—No puedo creerlo —dije—. No puedo creer que fuera tan estúpido.

—Harry —dijo Michael. Me puso la mano en el hombro—. No hay forma de saberlo. No podemos. Podrían haber muerto antes de que empezara el fuego. Los vampiros se los estaban comiendo indiscriminadamente en lugares que nosotros no veíamos.

—Lo sé —dije—. Lo sé. Dios, he sido tan arrogante. Tan idiota al entrar allí así.

—Harry...

—Y esos pobres niños estúpidos pagaron por ello. Maldita sea, Michael.

—Muchos vampiros tampoco consiguieron salir, Harry.

—No hubiera merecido la pena ni aunque hubiésemos acabado con todos los vampiros de Chicago.

Michael se quedó en silencio. Estuvimos así sentados mucho tiempo.

Al final, le pregunté:

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Más de un día. Dormiste toda la noche, ayer y una gran parte de esta noche. El sol saldrá enseguida.

—Dios —dije. Me froté la cara.

Pude notar como Michael fruncía el ceño.

—Por un momento creíamos que habías muerto. No te despertabas. Tenía miedo de llevarte al hospital. A cualquier sitio en el que te pudieran encontrar. Los vampiros podían localizar tu rastro.

—Tenemos que llamar a Murphy y decirle...

—Harry, Murphy todavía está durmiendo. Hablé con el sargento Stallings anoche, después de llamar a los bomberos. El Departamento de Investigaciones Especiales intentó encargarse de la investigación pero alguien al otro lado de la línea llamó al Departamento de policía para que la interrumpieran. Supongo que Bianca tiene contactos en el ayuntamiento.

—No pueden evitar que se realicen investigaciones sobre personas desaparecidas que en cualquier momento se van a poner en marcha, en cuanto la gente empiece a echar de menos a esos chicos. Pero sí pueden entorpecerlas de algún modo. Mierda.

—Lo sé —dijo Michael—. Intenté encontrar a Susan, a Justine, y después la espada, pero no había nada.

—Casi lo conseguimos. La espada, los prisioneros y todo.

—Lo sé.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo está Charity? ¿Y el niño?

Bajó la vista.

—El niño... todavía no saben nada de él. No son capaces de averiguar lo que ocurre. No tienen ni idea de por qué se está debilitando cada vez más.

—Lo siento. ¿Está Charity...?

—Está metida en cama y tiene para un tiempo, pero mejorará. La llamé ayer.

—¿Qué la llamaste? ¿No has ido a verla?

—He estado cuidando de ti —dijo Michael—. El padre Forthill estaba con mi familia y otros pueden cuidar de ellos cuando yo estoy fuera.

Me estremecí.

—No le gustó que te quedaras conmigo, ¿verdad?

—No me habla.

—Lo siento.

Asintió.

—Yo también.

—Ayúdame a levantarme, tengo sed.

Lo hizo y yo solo me balanceé un poco al ponerme de pie. Me tambaleé al entrar en el salón de mi apartamento.

—¿Y Lydia? —pregunté.

Michael se quedó en silencio y mis ojos respondieron mi propia pregunta unos

segundos más tarde. Lydia estaba en el sofá de mi salón, bajo una tonelada y media de mantas, hecha un ovillo, con los ojos cerrados y la boca un poco abierta.

—La conozco —dijo Michael.

Fruncí el ceño.

—¿De qué?

—De la guarida de Kravos. Era una de las chicas que se llevaron.

Silbé.

—Debía de conocerle. Sabía lo que iba a hacer en cierta medida.

—Intenta no despertarla —dijo Michael en voz baja—. No se dormía. Creo que la han drogado. Estaba muy nerviosa y confundida. Conseguí que se calmara hace una hora.

Fruncí un poco el ceño y fui a mi minúscula cocina. Michael fue detrás de mí. Saqué un refresco de cola del refrigerador, lo pensé mejor según tenía el estómago y en su lugar cogí un vaso de agua. Bebí de modo inseguro.

—Ahora tengo que pagar por un montón de cosas, Michael.

Me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que haces vuelve a ti, Michael. Deberías saberlo. Si tiras una piedra, la piedra vuelve a ti. Si siembras vientos, recoges tempestades.

Michael levantó las cejas.

—No sabía que habías leído tanto la Biblia.

—Para mí los refranes siempre han tenido mucho significado —dije—. Pero con la magia, ese tipo de cosas son más duras y fuertes. He matado, he quemado a gente y eso se va a volver contra mí.

Michael frunció el ceño y miró a Lydia.

—La ley de Tres, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Creía que me habías dicho una vez que no creías en eso.

Bebí más agua.

—No, y no creo. Es bastante parecido a la justicia. Creer que lo que haces con la magia vuelve a ti multiplicado por tres.

—¡Has cambiado de forma de pensar!

—No sé. Lo único que sé es que va a haber justicia. Michael. Por esos niños, por Susan, por lo que le pasó a Charity y a tu hijo. Si nadie más lo arregla, lo voy a hacer yo. —Hice una mueca—. Solo espero estar equivocado. Puedo eludir las venganzas del karma el tiempo suficiente como para acabar con esto.

—Harry, la fiesta era todo. Fue la oportunidad de Bianca para matarte y a pesar de ello no faltar a los acuerdos. Tendió su trampa y perdió. ¿Crees que va a seguir intentándolo?

Le miré.

—Por supuesto. Y tú también. O tú no hubieras hecho ayer de perro guardián.

—Buena afirmación.

Me pasé los dedos por el pelo y cogí el refresco, me importaba un comino que me doliera el estómago.

—Tenemos que decidir cual va a ser nuestro próximo movimiento.

Michael negó con la cabeza.

—No lo sé. Tengo que estar con Charity y con mi hijo. Si está... si está enfermo. Necesita que esté cerca de él.

Abrí la boca para contestar, pero no puede. Michael ya había arriesgado su cabeza más de una vez. Me había dado un buen consejo que yo no había escuchado. Especialmente sobre Susan. Si hubiera prestado más atención, le hubiera dicho lo que sentía, quizá...

Corté con ese pensamiento antes de que el sollozo histérico que subía por mi garganta se convirtiera en algo más que un montón de lágrimas que me nublaban la vista.

—Vale —dije—. Te... doy las gracias por tu ayuda.

Asintió y miró hacia abajo como si estuviera avergonzado.

—Harry, lo siento. He hecho todo lo que podía, pero ya no soy tan joven y... he perdido la espada. Puede que ya no sea el que tenga que tenerla. Puede que sea así como me está diciendo que ahora tengo que estar en casa, que tengo que estar allí por mi mujer y mis hijos.

—Lo sé —dije—. Está bien. Haz lo que creas que es lo mejor.

Se tocó la venda que tenía en la frente con suavidad.

—Si tuviera la espada, probablemente me sentiría de otra forma —se calló.

—Continúa —dije—. Mira, aquí estaré bien. El Consejo probablemente me proporcione ayuda. —Si no se enteran de los que murieron en el fuego, claro. Si se enteran que he quebrantado la primera ley de la magia, me arrancarán la cabeza en menos de lo que se tarda en decir «infracción mayúscula»—. Vete Michael. Yo cuidaré de Lydia.

—Vale —dijo—. Yo...

Se me ocurrió algo y no escuché lo que Michael dijo a continuación.

—¿Harry? —preguntó—. Harry, ¿estás bien?

—Estoy pensando algo —dije—. Es... algo no encaja en todo esto. ¿No te parece?

Se limitó a mirarme pestañeando.

Negué con la cabeza.

—Pensaré en ello; tomaré algunas notas e intentaré resolverlo. —Me dirigí hacia la puerta—. Venga. Te dejaré al margen de este asunto.

Michael me siguió hasta la puerta y yo tenía la mano en el picaporte cuando la puerta de repente vibró varias veces, lo cual solo podía ser que alguien estuviera llamando. Le miré por encima del hombro y sin hablar, fui hasta la chimenea y cogí el atizador que estaba encima de los troncos. La punta tenía un brillo rojo anaranjado.

Cuando sonó otro golpe en mi puerta, la abrí de golpe y me eché a un lado.

Una figura escuálida de mediana estatura entró tambaleándose en la habitación. Llevaba una cazadora de piel, pantalones vaqueros, zapatillas de tenis y una gorra de baloncesto muy juvenil. Llevaba un estuche de escopeta de plástico negro y olía a sudor y a perfume femenino.

—Eh, tú —gruñí. Le agarré por el hombro antes de que pudiera recuperar el equilibrio y le giré con fuerza lanzándolo contra la pared. Primero le di un golpe en la boca, sentí el impacto del ruido sordo en los nudillos. Cogí la parte delantera de la cazadora con ambas manos, y refunfuñando lo lancé desde la pared hasta el suelo de mi salón.

Michael dio un paso adelante, le puso la bota de trabajo en la nuca y acercó la punta brillante del atizador a sus ojos.

Thomas soltó la caja del rifle y levantó las manos, con los dedos pálidos extendidos.

—¡Dios! —dijo casi sin aliento. Tenía el labio partido y estaba manchado de algo pálido y rojizo, algo que no parecía sangre humana. Bajé la vista a los nudillos y estaban manchados de la misma sustancia. Captaba la luz del fuego y la reflejaba con un brillo cristalino—. Dresden —tartamudeó Thomas—. No te precipites.

Me agaché y le quité la gorra de la cabeza dejando que su pelo oscuro cayera en una melena despeinada.

—¿Precipitarme? Como por ejemplo, ¿volverme traidor de repente y dejar que un puñado de monstruos se coma a tu novia?

Sus ojos se giraron hacia Michael y después a mí otra vez.

—Dios, espera, no fue así. No viste lo que pasó después. Por lo menos cierra la puerta y escúchame.

Miré la entrada abierta y después de dudar un momento la cerré. No tenía sentido estar desprotegido sólo para llevar la contraria.

—No quiero escucharle, Michael.

—Es un vampiro —dijo Michael—. Y nos ha traicionado. Probablemente ha venido a engañarnos otra vez.

—¿Crees que deberíamos matarle?

—Antes de que haga daño a alguien más —dijo Michael. Su tono era apagado, desinteresado. En realidad su cara mostraba terror. Temblé ligeramente y me ceñí un poco más la bata.

—Mira, Thomas —dije—. He tenido un día bastante malo y hace solo media hora

que me he levantado. Y tú estás haciendo que sea peor.

—Todos hemos tenido un mal día, Dresden —dijo Thomas—. La gente de Bianca lleva persiguiéndome día y noche. Casi no consigo llegar sano.

—La noche es joven —dije—. Dame solo una razón por la que no deba matarte por ser un vampiro, traidor y sinvergüenza.

—Porque puedes confiar en mí —dijo—. Quiero ayudarte.

Gruñí.

—¿Por qué demonios iba a creerte?

—No deberías —dijo—. No. Miento muy bien, soy uno de los mejores. No te estoy pidiendo que me creas a mí sino a las circunstancias. Tenemos un interés común.

Me enfadé.

—Me estás tomando el pelo.

Negó con la cabeza y me sonrió con ironía.

—Ojalá. Creía que tendría la oportunidad de ayudarte a salir una vez que Bianca hubiera dejado de vigilarme pero me traicionó.

—Bueno, Thomas. No sé cuánto tiempo llevas en esto pero Bianca es lo que coloquialmente se llama «una mala persona». Por sus actos podrás saber que se trata de ese tipo de gente.

—Que Dios me proteja de los idealistas —murmuró Thomas, Michael gruñó y Thomas le dedicó una sonrisa esperanzadora como la de un cachorro—. A ver, vosotros dos, ellos tienen a la mujer de Dresden.

Di un paso adelante con el corazón agitado.

—¿Está viva?

—Por ahora —dijo Thomas—, y también a Justine. Yo quiero que vuelva y tú quieres que vuelva Susan. Creo que podemos hacer un trato, trabajar juntos. ¿Qué decís?

Michael negó con la cabeza.

—Es un mentiroso, Harry. Lo puedo notar al estar tan cerca de él.

—Sí, sí, sí —dijo Thomas—. Lo confieso. Pero en este momento, no contemplo mentir a nadie. Solo quiero que vuelva.

—¿Justine?

Thomas asintió.

—Para que pueda seguir alimentándose de ella —dijo Michael—. Harry, si no le vamos a matar, por lo menos échale de aquí.

—Si lo hacéis —dijo Thomas—, estaréis cometiendo un grave error. Y os juro, por mi estupendo aspecto y mi ego, que no os miento.

—De acuerdo —dijo Michael—, mátales.

—¡Espera! —gritó Thomas—. Por favor, Dresden, ¿qué quieres que te pague a

cambio? ¿Qué quieres que haga? No tengo a donde ir.

Estudié la expresión de Thomas. Parecía agotado, desesperado, bajo esa fachada de frialdad casi no se tenía en pie. Y bajo ese miedo, parecía resignado, decidido.

—Vale —dije—. Está bien, Michael, déjale que se levante.

Michael frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

Asentí. Michael se apartó de Thomas pero seguía sujetando el atizador en una mano.

Thomas se levantó, pasándose los dedos con delicadeza por la garganta justo donde la bota de Michael le había dejado una marca oscura; se tocó el labio abierto e hizo un gesto de dolor.

—Gracias —dijo en voz baja—. Mira en la caja.

—Miré en la caja de la escopeta.

—¿Qué hay?

—Un depósito —dijo—, una entrada inicial en pago por tu ayuda.

Arqueé una ceja y me incliné sobre el estuche. Lo rocé con las puntas de mis dedos. A su alrededor no había señas que advirtiesen de ningún halo de energía que presagara una bomba trampa, pero sería difícil presentir si había algo importante. Aún así, sabía que dentro no había nada malo. Algo que vibraba suavemente, una oscilación silenciosa de energía que atravesaba el plástico y mi mano. Una vibración que reconocí.

Quité los seguros del estuche de la escopeta, a tuestas por las prisas y la abrí.

Amoracchius brillaba, destacando en la espuma gris del interior. No había quedado ninguna huella después de haber estado en el infierno de la casa de Bianca.

—Michael —dije en voz baja. Extendí la mano y toqué la empuñadura de la espada otra vez. Todavía zumbaba con esa energía fuerte y contenida, que era tranquilizadora y amedrentadora a la vez. Retiré los dedos.

Michael se puso al lado del estuche y se inclinó mirando la espada. Su expresión flaqueó y se hizo difícil de leer. Sus ojos se llenaron de lágrimas y estiró su mano llena de cicatrices para tocar la empuñadura. La cogió y cerró los ojos.

—Está bien —dijo—. No le han hecho nada. —Abrió los ojos y miró hacia arriba—. Te oigo.

Miré hacia el techo y dije.

—Espero que lo digas en sentido figurativo porque no oigo nada.

Michael sonrió y negó con la cabeza.

—Estuve débil un tiempo. Las espadas son una carga. Te otorgan poder, pero pagas un precio alto por ello. Pensaba que quizá la pérdida de la espada era su forma de decirme que era el momento de jubilarme. —Pasó la otra mano por la punta de metal retorcido que estaba colocada en la hoja, en la empuñadura del arma—. Pero

todavía queda trabajo por hacer.

Levanté la vista hacia Thomas.

—¿Dices que tienen a Susan y a Justine? ¿Dónde?

Se humedeció los labios.

—En la casa de la ciudad —dijo—. El fuego ha destrozado la parte de atrás de la casa, pero solo el exterior. El interior está bien y el sótano está intacto.

—De acuerdo —dijo—. Habla.

Thomas lo hizo, exponiendo los hechos de forma rápida y ordenada. Bianca y la corte se habían retirado a la mansión. Bianca había ordenado a los demás vampiros que cada uno sacara a alguno de los mortales indefensos. Uno de ellos había llevado a Susan. Cuando la policía y los bomberos llegaron, ya casi habían acabado y el jefe de los bomberos estuvo buscando a los muertos bajo la espuma. Había entrado a hablar con Bianca y salió tranquilo y sereno, y ordenó a todo el mundo que recogiese y se fuera, que le valía con saber que había sido un terrible accidente y que todo había terminado.

Después de eso, los vampiros habían podido relajarse y disfrutar de sus «invitados».

—Creo que están cambiando a algunos —dijo Thomas—. Ahora Bianca tiene la autoridad para permitirlo. Y perdieron tantos en la lucha y el fuego. Sé que Mavra cogió un par de ellos y se los llevó cuando se fue.

—¿Se fue? —pregunté.

Thomas asintió.

—Se fue de la ciudad justo antes de la puesta de sol. Tenía dos nuevas bocas que alimentar.

—Y ¿cómo sabes esto, Thomas? Por lo último que yo sé, la gente de Bianca iba a matarte.

Se encogió de hombros.

—Un buen mentiroso esconde más de lo que parece, Dresden. Pude vigilar un rato para ver lo que pasaba.

—Vale —dije—. Así que tienen a los nuestros en la casa. Solo tenemos que entrar, cogerlos y salir otra vez.

Thomas negó con la cabeza.

—Necesitamos algo más. Ha contratado agentes de seguridad. Guardas con armas. Sería una matanza.

—Ese es el espíritu —dije, con una sonrisa apagada—. ¿Dónde tienen a los cautivos?

Thomas me miró sin llegar a comprender y después negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Hasta ahora lo sabías todo —dijo Michael—. ¿Por qué te callas ahora?

Thomas miró a Michael con cautela.

—Lo digo en serio. No sé de esa casa más que vosotros dos.

Michael frunció el ceño.

—Aunque entráramos, podemos equivocarnos e ir buscando por ahí hasta en el armario de las escobas. Tenemos que saber cómo es la casa por dentro.

Thomas se encogió de hombros.

—Lo siento mucho, pero no puedo decir más.

Moví una mano.

—No te preocupes. Tenemos que hablar con alguien que haya visto el interior de la casa.

—¿Coger un prisionero? —preguntó Michael—. No sé si vamos a conseguir hacer eso.

Negué con la cabeza y miré la figura dormida de Lydia que no se había movido en todo el tiempo.

—Tenemos que hablar con ella, estaba dentro. Podría saber cosas que nos sean muy útiles. Tiene un don especial para eso.

—¿Don?

—Las lagrimas de Casandra. Puede ver escenas del futuro.

Me vestí y dejé dormir a Lydia una o dos horas más. Thomas fue al baño a ducharse, mientras que yo estaba sentado en el salón con Michael.

—Lo que no puedo imaginarme —dije—, es cómo conseguiremos salir de allí tan fácilmente.

—¿A eso le llamas fácilmente? —dijo Michael.

Hice una mueca.

—Quizá. Yo esperaba que nos estuvieran persiguiendo. O que hubieran enviado a la Pesadilla a por nosotros.

Michael frunció el ceño, pasándose la empuñadura de la espada por las dos manos como si estuviera jugando al golf.

—Entiendo lo que quieres decir. —Se quedó callado un momento—. ¿De verdad crees que la chica nos va servir de ayuda?

—Eso espero.

En ese momento Lydia comenzó a toser. Me puse a su lado y la ayudé a beber agua. Parecía grogui, aunque empezó a moverse.

—Pobre chica —le dije a Michael.

—Por lo menos ha podido dormir un poco. No creo que haya dormido nada en los últimos días.

Las palabras de Michael me dejaron inmóvil.

Empecé a apartarme de Lydia pero sus dedos se extendieron y atraparon mi jersey. Yo me eché hacia atrás pero ella me cogió con facilidad y no podía moverme.

La chica pálida abrió sus ojos hundidos y toda la parte blanca estaba llena de sangre, de color rojo intenso. Sonrió, lentamente, con malicia. Habló y su voz era lenta y áspera, totalmente distinta de su tono verdadero. Alienada y malvada.

—No deberías haberla dejado dormir, o deberías haberla matado antes de que se despertara.

Michael se puso de pie. Lydia se levantó y con una mano me separó del suelo, sus ojos sangrientos me miraban con alegría malvada.

—Llevo esperando esto tanto tiempo —dijo la voz alienada, la de la Pesadilla, y susurró—. Adiós, mago. Y la chica delgada me lanzó como una pelota de baloncesto contra la chimenea.

Algunos días, es mejor no salir de la cama.

Capítulo 32

Sacudí los brazos y las piernas y vi que cada vez estaba más cerca de la chimenea y que me iba a romper la cabeza. En el último segundo vi una mancha borrosa blanca y rosa y después me estrellé contra Thomas, enviándole a él contra las piedras de la chimenea. Dejé escapar un gruñido, reboté y a continuación me estrellé contra el suelo y me quedé momentáneamente sin respiración. Me puse a gatas y le miré. Se había enrollado una toalla de baño rosa en las caderas pero por el movimiento o por el impacto se le había quedado medio caída. Sus costillas salían por un lado, de forma extrañamente deforme.

Thomas me miró. Su cara estaba desfigurada.

—No pasa nada —dijo—. Cuidado.

Levanté la vista y vi a Lydia que caminaba hacia mí.

—Idiota —le dijo a Thomas con furia—. ¿Qué creías que podías conseguir? Te lo has buscado. Ya estás en la lista.

Michael se metió entre la chica poseída y yo. La luz de la espada brillaba en la oscuridad de la habitación.

—Ya está bien —dijo—. Atrás.

Me puse de pie y pronuncié casi sin aliento.

—Michael, ten cuidado.

Lydia dejó escapar otra carcajada y se inclinó hacia delante, apretando su esternón contra la punta de *Amoracchius*.

—Ah, sí, caballero. ¿Atrás o qué? ¿Qué? ¿Vas a asesinar a esta pobre chica? No lo creo. Si no recuerdo mal, había algo en esta espada que la impedía derramar sangre inocente, ¿verdad?

Michael pestañeó y me miró.

—¿Qué?

Me puse de pie.

—Esta es la Lydia de verdad. No es algo mágico como lo de antes. La Pesadilla la ha poseído. Cualquier cosa que le hagas al cuerpo de Lydia va a quedar grabado en él.

La chica se pasó una mano por los pechos bajo la *lycra* apretada, humedeciéndose los labios y mirando a Michael con ojos asesinos.

—Sí, solo soy un corderito inocente, descarriado. No querrías hacerme daño, ¿verdad, caballero?

—Harry —dijo Michael—. ¿Qué hacemos?

—Tú mueres —murmuró Lydia. Se acercó a Michael con una mano extendida para apartar la hoja de la espada.

Cuando se abalanzó sobre mí, me cogió sin más, pero Michael tenía experiencia y formación. Dejó caer la espada al suelo y rodó con la misma rapidez que Lydia. La

agarró por el brazo y ella se lanzó a por su garganta, se dio la vuelta y la mandó al sofá, poniéndola de espaldas y dejándola espatarrada.

—¡Mantenla distraída! —le grité—. ¡Puedo conseguir que la Pesadilla salga de ella! —Fui corriendo a mi habitación buscando lo que necesitaba para hacer un exorcismo. Mi habitación estaba hecha un lío. Busqué a toda prisa mientras en el salón Lydia volvió a gritar. Se dio otro golpe, esta vez contra la pared que había junto a la puerta y se oyó como aullaba y corría.

—¡Date prisa, Harry! —dijo Michael con la voz entrecortada— ¡Es fuerte!

—¡Lo sé, lo sé! —Abrí de golpe la puerta de mi armario y más que buscar en los estantes, empecé a tirar cosas al suelo.

Detrás de los envases vacíos de la crema de afeitar, localicé cinco velas de cumpleaños de las de broma, de esas que no se apagan nunca y una bolsa de sal de dos kilos.

—Vale —dije—, ¡ya voy!

Michael y Lydia estaban en el suelo, con las piernas de él entrelazadas alrededor de las de ella, mientras que con sus brazos sujetaba los de ella en la espalda en una postura típica de Nelson.

—¡Aguántala ahí! —grité. Hice un círculo alrededor de ellos a toda prisa, apartando una silla, un escabel, las alfombras y los tapices. Lydia luchaba contra él retorciéndose como una anguila y gritando todo lo que podía.

Abrí la sal y corrí derramándola en un montículo blanco, en un círculo en torno a ellos. Después salí corriendo, colocando las velas, amontonando suficiente sal a su alrededor para evitar que las volcaran. Lydia vio lo que estaba haciendo y volvió a gritar, incrementando sus esfuerzos.

—¡*Flickum bicus!* —grité, haciendo un esfuerzo apresurado por darle más fuerza al pequeño conjuro. El esfuerzo me hizo marearme un poco pero las velas se encendieron, los círculos de velas y sal recogieron la energía.

Me levanté, extendiendo mi mano derecha y llenando de energía el círculo, colocándolo en un torbellino giratorio alrededor de los tres seres que estaban dentro, Lydia, Michael y la Pesadilla. La energía se acumuló en el círculo, girando, haciendo que la magia se metiera en la tierra, agarrándose y dispersándola. Casi podía ver como la Pesadilla se agarraba con más fuerza a Lydia, aguantando. Lo único que necesitaba era hacer el movimiento adecuado para aturdir a la Pesadilla y mantenerla sujeta un segundo para que el exorcismo pudiera sacarla.

—¡*Azorthragal!* —grité, vociferando el nombre del demonio—. ¡*Azorthragal!* ¡*Azorthragal!* —Estiré mi mano derecha otra vez, concentrándome con fuerza—. ¡Fuera de aquí!

Al terminar el conjuro, la energía salió de mi cuerpo y se dirigió hacia la Pesadilla que estaba dentro de Lydia, como una ola que levanta a una foca que está dormida en

una roca...

Lydia empezó a reírse con fuerza, y consiguió coger una de las manos de Michael con las suyas. Se giró y los huesos sonaron, saltando y crujiendo. Michael dejó escapar un grito de dolor, retorciéndose y saltando. Dio un golpe al círculo de sal ladeándolo un poco y Lydia escapó de él, levantándose y poniéndose frente a mí.

—Qué tonto eres, mago —dijo. Yo no bromeé. Ni siquiera me quedé allí de pie, sorprendido de que mi conjuro hubiera fallado de manera tan lamentable. Me giré hacia atrás y le lancé un puñetazo con todas mis fuerzas, esperando dejar atontado al cuerpo en el que estaba el demonio para evitar que pudiera reaccionar.

La Lydia poseída se escapó de la trayectoria de mi puñetazo, me cogió la muñeca y me soltó, cayendo de espaldas. Empecé a incorporarme pero se lanzó contra mí, y me golpeó la cabeza contra el suelo dos veces. Vi las estrellas.

Lydia se tiró encima de mí, murmurando y rozando sus caderas contra las mías. Intenté escapar en un momento de distracción pero mis brazos y piernas no me respondían. Se agachó, colocando con delicadeza sus manos en mi garganta y murmuró:

—Qué pena. Todo este tiempo y ni siquiera has sabido quien te estaba persiguiendo. Ni siquiera sabías quien quería la venganza.

—Supongo que a veces lo averiguas por las malas —la provoqué.

—Algunas veces —asintió Lydia, sonriendo y entonces sus manos presionaron mi garganta y ya no podía respirar.

Cuando estás ante la muerte, parece que todo va más despacio. Todo se percibe con más detalle, casi como si se congelase la imagen. Lo ves todo, lo sientes todo, como si tu cerebro hubiera decidido, por puro desafío, absorber los últimos momentos de vida y exprimir los pocos que quedan.

Mi cerebro lo hizo, pero en lugar de dejarme ver mi apartamento lleno de trastos y que necesitaba una nueva capa de pintura en el techo, empezó a encajar piezas de un rompecabezas, Lydia. El demonio de la sombra, Mavra. Los crueles conjuros, Bianca.

Solo una pieza quedaba en mi cerebro, una pieza que no encajaba en ninguna parte. Susan se había ido hacía un día o dos, y casi no había tenido tiempo de hablar con ella. Había dicho que estaba trabajando en algo. Ese algo estaba ocurriendo. En cualquier caso, encajaba.

Las estrellas inundaban mi visión y el fuego empezó a extenderse por mis pulmones. Intenté apartar sus brazos de mí, pero no podía, era demasiado fuerte.

Susan me había estado preguntando por algo, una parte de una conversación telefónica que mantuvimos, entre las insinuaciones sexuales. ¿Qué era?

Me oí a mí mismo emitir un ruido flojo, algo parecido a *jagh, agh!* Intenté levantar el peso de Lydia para quitármela de encima pero ella rodó conmigo,

cogiendo mi peso y continuando el movimiento, volviendo a golpearme contra el suelo. Mi vista empezó a nublarse, aunque tenía los ojos abiertos. Cuando miraba a los ojos de Lydia inyectados de sangre era como mirar un túnel oscuro al fondo.

Vi como Michael luchaba por ponerse de rodillas, con la cara pálida como si tuviera nieve recién caída. Se movió hacia Lydia pero ella volvió la cabeza débilmente y le dio una patada con un talón. Oí como algo saltaba cuando la fuerza de la patada hizo retroceder a Michael.

Murphy también había estado distraída con algo. Algo sobre lo que apresuradamente se había concentrado, y después una señal igual.

Y entonces lo encontré: la última pieza del rompecabezas. Sabía lo que había ocurrido, de donde había venido la Pesadilla, por qué iba especialmente a por mí. Supe como pararla, supe cuáles eran sus límites, cómo Bianca la había reclutado y por qué había sido tan difícil que mis conjuros tuviesen efecto sobre ella.

En realidad era una pena porque había descubierto todo justo antes de morir.

Dejé de ver completamente.

Y al instante, también el dolor de garganta desapareció. En lugar de quedarme dormido y dejarme llevar, intenté respirar, ahogada y entrecortadamente. Por un momento, lo vi todo rojo, a medida que la sangre me subía de nuevo a la cabeza y entonces empecé a pensar con claridad.

Lydia todavía estaba en cuclillas encima de mí, apoyada sobre las rodillas, sentada a horcajadas sobre mí, pero me había soltado la garganta. Y había arqueado los brazos hacia arriba y hacia atrás, por encima de la cabeza para acariciar los hombros desnudos de Thomas.

El vampiro se había colocado pegado a la espalda de Lydia. Su boca acariciaba el cuello de ella, le daba besos lentos, le hacía caricias con la lengua que hacían que la chica se estremeciera y temblara. Pasó las manos lentamente por todo su cuerpo siempre tocando la piel, los dedos subían por debajo del exiguo top de *lycra* para acariciarle los pechos. Lydia respiró entrecortadamente con los ojos distantes inyectados en sangre, que no miraban a ningún sitio, y su cuerpo respondió con un movimiento sensual y lento.

Thomas miró más allá de donde estaba ella, a través de la melena de su pelo, hacia mí. Sus ojos ya no eran de color gris azulado. Estaban vacíos, blancos, no tenían color. Sentí el frío que irradiaban, más que notarlo lo percibí, un frío horrible y seductor. Siguió dándole besos por el cuello hasta la oreja haciendo que gimiese y se estremeciera.

Tragué saliva y me fui hacia atrás apoyado en los codos, tirando de mis caderas y mis piernas debajo de ellos.

Thomas murmuró, en voz tan baja que no estaba seguro de haberle escuchado.

—No sé cuánto tiempo puedo distraerla, Dresden. Deja de mirar boquiabierto y

haz algo, si quieres coger al malo. —Después su boca se pegó a la de ella, y ella se puso rígida, con los ojos abiertos del todo antes de que se cerraran lánguidamente besándole con más fuerza.

Me puse rojo al escuchar hablar a Thomas, lo cual hizo que mi cabeza latiera dolorosamente. Busqué por el suelo y recuperé las velas, todavía encendidas y la bolsa de sal. Extendí la sal en un círculo alrededor de Lydia y Thomas mientras Lydia se bajaba los pantalones de *lycra* e intentaba agarrar a Thomas para que se pegara a ella. Thomas dejó escapar un gruñido de pura angustia y dijo:

—Date prisa, Dresden.

Coloqué las velas en su sitio y recogí toda la energía que quedaba para cerrar el círculo y empezar otra vez el torbellino. Si tenía razón, me liberaría de Lydia, puede que para siempre. Si me equivocaba, este sería mi último retazo de energía, y la lanzaría a la tierra para nada. La Pesadilla nos mataría y no creo que ninguno de nosotros tuviera fuerzas para poder hacer nada al respecto.

La energía se concentró en el círculo, aumentando y formando un remolino creciente e invisible que producía hormigueo. Alargué la mano y concentré más energía, lo cual me hizo sentirme mareado.

Al final, parecía que la Pesadilla ya se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Lydia se estremeció y se apartó un poco de Thomas, rompiendo el contacto que había entre ellos y entonces los ojos inyectados en sangre se abrieron y me miraron fijamente. Lydia empezó a levantarse pero Thomas la agarraba con fuerza enganándose a ella.

La energía volvió a subir, un segundo remolino giraba alrededor de ambos, tirando de las energías espirituales hacia dentro. Lydia gritó.

—¡Leonid Kravos! —grité. Repetí el nombre y vi que los ojos de Lydia se abrían de golpe por el susto—. ¡Vete de aquí, Kravos! ¡Invocador de fuego de pacotilla! ¡Vete de aquí! ¡Vete de aquí! —Y al pronunciar la última palabra, di una patada, haciendo que el poder del exorcismo descendiese hacia la tierra.

Lydia gritó, su cuerpo se arqueó, su boca se quedó abierta. Dentro del remolino que giraba, había motas brillantes de color plata y oro formando un embudo, centradas en la boca abierta de Lydia. De su boca salió un halo de color rojo y por un momento hubo una superposición de gritos desconcertantes, uno agudo, joven, femenino, de terror, mientras que el otro era inhumano, de otro mundo. De los ojos de Lydia salió más luz escarlata, atraída por el poder del remolino.

Y entonces con una ráfaga y un estallido de aire repentinamente vacío, el remolino giró formando una línea infinitamente delgada y desapareció, adentrándose en el suelo, en la tierra.

Lydia dejó escapar un grito de agotamiento y cayó al suelo sin fuerzas. Thomas, que todavía estaba agarrándola, cayó con ella. Los cuatro nos quedamos en silencio

en la habitación, respirando entrecortadamente.

Al final, conseguí levantarme.

—Michael —dije con la voz ronca—. Michael, ¿estás bien?

—¿Has conseguido pararlo? —preguntó—. ¿Está bien la chica?

—Eso creo.

—Gracias a Dios —dijo—. Me dio una patada, me ha dado en una costilla, no estoy seguro de poder levantarme.

—No lo hagas —dije y me limpié el sudor de las cejas—. Las costillas rotas duelen mucho. ¿Thomas? Estás... ¡Eh! ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Thomas estaba tumbado con los brazos alrededor de Lydia, con su cuerpo pálido desnudo pegado al de ella, acariciándole la oreja con los labios. Los ojos de Lydia estaban abiertos, habían recuperado su color natural pero no tenía la mirada fija en nada. No parecía consciente, pero hacía movimientos minúsculos con su cuerpo, apartándose de él con las caderas. Thomas me miró pestañeando cuando hablé con los ojos vacíos y blancos.

—¿Qué? —preguntó—. No me rechaza. Probablemente solo está agradecida por mi ayuda.

—Apártate de ella —solté.

—Tengo hambre —dijo—. No la voy a matar, Dresden. La primera vez no. Si no fuera por mí, ahora estarías muerto. Déjame...

—No —dije.

—Pero...

—No. Apártate de ella o tú y yo vamos a tener algo más que palabras.

Se oyó un gruñido. Thomas retrajo los labios dejando ver los dientes. Parecían dientes humanos, no fauces de vampiro. Más blancos y perfectos que los humanos, pero aparte de eso normales.

Respondí a su fría mirada con otra helada.

Thomas fue el primero en apartar la vista. Cerró los ojos un momento y cuando los abrió otra vez, ya volvía a haber en ellos anillos pálidos de color, que se iban oscureciendo lentamente. Soltó a Lydia y se apartó de ella. Sus costillas todavía parecían afiladas pero no tanto como antes. Se levantó y se puso la toalla alrededor de las caderas otra vez, y después se fue al baño sin decir nada más.

Comprobé el pulso de Lydia, que se había sonrojado, y le subí los pantalones. Después arreglé el sofá y la volví a colocar bajo las mantas. A continuación, fui a donde estaba Michael.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Le conté lo que había pasado, utilizando los términos más discretos que encontré. Frunció el ceño, echando una mirada hacia el baño.

—Son así. La Corte Blanca. Seductores. Se alimentan de la lujuria, el miedo, el

odio. Pero siempre utilizan la lujuria para seducir a sus víctimas. Pueden obligarlas a sentirla, se permiten el sexo. Es así como se alimentan.

—Vampiros del sexo, lo sé —murmuré—. Tranquilo. Es interesante.

—¿Interesante? —Michael parecía escéptico—. Harry, yo no diría que es interesante.

—¿Por qué no? —dije. Miré entrecerrando los ojos más allá de donde estaba Thomas, pensativamente—. Usara lo que usara, funcionó con la Pesadilla. La atrapó. Eso quiere decir que ese frío que sentí que afecta a todo lo que hay a su alrededor, o es una magia ambiental o es algo químico, como el veneno de la Corte Roja. Algo que llegó al cuerpo de Lydia y sobrepasó el control de la mente de la Pesadilla. Puede que sean feromonas.

—Harry —dijo Michael—. No quiero menospreciar tus disquisiciones sobre la persecución, pero te importaría mucho ayudarme con estas costillas rotas.

Resumimos. Tenía unos cuantos hematomas horribles en la garganta, pero nada más. También tenía una costilla rota y otra que probablemente lo estuviese por lo suelta que estaba. Lo vendé bien. Thomas salió de mi habitación, vestido con ropa de deporte. Le quedaba grande y tuvo que remangarse las mangas de la sudadera y los pantalones del chándal. Se puso derecho en una silla, con la mirada fija en el cuerpo de Lydia, con una intensidad desconcertante.

—Ahora todo encaja —les dije—. Sé lo que pasa, así que puedo hacer algo. Voy a ir a la casa y a sacar a todo el mundo.

Michael frunció el ceño mirándome.

—¿El qué encaja?

—El que acaba de irse no era el demonio, Michael. No hemos luchado contra el demonio. Era el propio Kravos. Kravos es la Pesadilla.

Michael me miró pestañeando.

—Pero no hemos matado a Kravos. Sigue vivo.

—Te apuesto lo que quieras a que no. Supongo que la noche antes de que empezaran los ataques de la Pesadilla, él realizó un ritual y salió de su cuerpo.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Para volver como un fantasma, para conseguir vengarse. Piensa en ello, eso es lo único que ha estado haciendo la Pesadilla. Ha estado merodeando, vengando a Kravos.

—¿Podría hacer eso? —preguntó Michael.

Me encogí de hombros.

—No entiendo por qué no podría si ha acumulado todo ese poder, si estaba obsesionado con vengarse y convertirse en un fantasma. Sobre todo...

—... Con lo revuelta que estaba la frontera del Más Allá —dijo Michael al final.

—Exactamente. Lo que significa que Mavra y Bianca le ayudaron a salir. Mierda,

de hecho es probable que hicieran el ritual que él utilizó. Y si alguien de la prisión federal de Chicago de repente se suicida en su celda, causará un gran alboroto en la policía local y será una noticia importante para los medios. Lo cual es la razón de que Murphy esté con tanto secretito y Susan tan distraída. Estaba trabajando en una historia intentando averiguar lo que había pasado. Puede que estuviese siguiendo un rumor.

Thomas frunció el ceño.

—Déjame que consiga poner esto en orden. Esta Pesadilla es el fantasma del brujo Kravos. El asesino de la secta que apareció hace unos meses en las noticias.

—Sí. El revuelo del Más Allá le hizo convertirse en un fantasma antipático.

—¿Revuelo? —dijo Thomas.

Asentí.

—Alguien empezó a relacionar a los fantasmas locales con conjuros crueles. Se volvieron locos y comenzaron a agitar la frontera existente entre el mundo real y el Más Allá. Supongo que fue Mavra, que trabajaba con Bianca. El mismo jaleo permitió a Kravos atacar a todos los que podía en sus sueños. Así es como llegó hasta mí y como llegó hasta el pobre Malone y como ha conseguido estar en el cuerpo de Lydia hasta ahora. Lydia sabía lo que hacía él. Por eso nunca quería irse a dormir. No lo vi venir cuando me golpeó en mis sueños. No estaba preparado para luchar y me dio una patada en el culo.

—Pero ahora, ¿puedes vencerle? —preguntó Michael.

—Ahora estoy preparado para él. Le golpeé cuando estaba vivo. Ahora sé con lo que estoy tratando, también lo puedo hacer a espaldas tuyas. Iré a la casa, pelearé con la Pesadilla, con Bianca si tengo que hacerlo y sacaré a todo el mundo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza y no lo he visto? —preguntó Thomas—. Dresden, te he contado lo de los vigilantes, las armas. ¿No te hablé de las armas?

Moví una mano.

—Ya he sobrepasado el punto en el que un hombre en su sano juicio puede sentir miedo. Los guardas y las armas, lo que sea. Mira, Bianca tiene a Susan, a Justine y puede que a veinte o treinta más, a quienes está intentando transformar en vampiros. En este sentido la policía no puede hacer nada. Alguien tiene que hacer algo y yo soy el único que puede...

—Que puede ser acribillado a balazos —dijo Thomas en un tono serio—. ¡Eso nos va a servir de mucha ayuda para conseguir lo que queremos!

—Hombre de poca fe —dijo Michael desde su sitio en mi butaca. Incluyó la cabeza para mirarme—. Adelante Harry. ¿En qué estás pensando?

Asentí.

—De acuerdo. Supongo que Bianca tendrá agentes en el exterior de la casa. Evitará que nadie pueda aproximarse y que ningún coche entre sin ser registrado,

etcétera.

—Eso es —dijo Thomas—. He pensado que podríamos poner en común nuestros recursos. Hacer algo con nuestros contactos y espías. Puede que disfrazarnos de los que llevan la comida y colarnos. —Se calló—. Bueno. Tú podrías pasar por un proveedor en todo caso. Pero si entramos en la casa al asalto, nos van a matar.

—Y si subimos a donde puedan vernos.

Thomas frunció el ceño.

—¿Tienes alguna idea alternativa? Dudo que la magia nos pueda servir de algo. En su terreno, va a ser difícil de engañar con eso.

Levanté una ceja y miré al vampiro.

—Tienes razón, estaba pensando en otra cosa.

* * *

Entré por la rendija que separa el mundo mortal y el Más Allá por última vez. Llevaba mi bastón y mi varita y mi abrigo de piel, mi brazalete protector y un anillo de cobre en la mano izquierda que encajaba con otro que llevaba en la derecha.

El Más Allá, cerca de mi apartamento era... igual que mi apartamento. Solo que un poco más limpio y reluciente. ¿Podría tener eso algún significado profundo sobre la espiritualidad de mi pequeño sótano? Quizá. Por las sombras se movían las formas, correteando como ratas o escurriéndose por el suelo como serpientes, seres hechos de espíritus que se alimentaban con las migas de la energía que salía de mi casa en el mundo real.

Michael llevaba a *Amoracchius* en la mano, la espada despedía un brillo nacarado. Cuando cogió la espada, su cara recobró el color y andaba como si las costillas vendadas ya no le dolieran. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa de franela y sus botas de trabajo con las puntas terminadas en acero.

Thomas iba vestido con ropa vieja mía y llevaba un bate de béisbol de aluminio que encontró en mi armario. Miró alrededor, animado, con el pelo oscuro todavía húmedo y rizado que le caía por los hombros.

La calavera de Bob iba metida en un saco hecho con reddecilla de pescador colgado de mi puño. Por las cuencas de sus ojos salía un pálido brillo, como si fueran velas.

—Harry —preguntó Bob—. ¿Estás seguro de esto? Es que no quiero que me atrapen en el Más Allá si puedo evitarlo. Se trata de unos pequeños malentendidos, comprendes.

—No estás más preocupado de lo que yo lo estoy. Si mi madrina me coge aquí, estoy apañado. Tranquilo Bob —dije—, llévanos por el camino más fácil hasta la casa de Bianca. Después hago un agujero hacia nuestro mundo en su sótano, cogemos

a todo el mundo, los sacamos y los llevamos a casa.

—No hay un camino más corto, Harry —dijo Bob—. Este es el mundo espiritual. Las cosas están unidas por conceptos e ideas y no necesariamente se calculan con distancias físicas como...

—Las cosas básicas no hace falta que me las cuentes, Bob —le dije—. Pero lo esencial es que tú sabes cómo moverte por aquí mucho mejor que yo. Dirígenos.

Bob suspiró.

—Vale. Pero no puedo garantizar que estemos dentro y salgamos antes de la puesta de sol. Puede que ni siquiera te sea posible hacer un agujero mientras sea de día. Tiende a difuminar las energías mágicas que...

—Bob. Deja la charla para luego. Déjame a mí los temas de la magia.

El cráneo miró a Michael y Thomas.

—Perdonadme ¿Alguno de vosotros le ha dicho a Harry que este plan es una locura?

Thomas levantó la mano.

—Yo sí, pero no cambia de opinión.

Dejó en blanco las cuencas de los ojos.

—Nunca lo hace. Bueno, ayúdame, Dresden, si mueres me voy a enfadar mucho. Probablemente me tires bajo una roca en el último momento y me quede ahí unos diez mil años antes de que alguien me encuentre.

—No me tientes. Menos hablar y más guiar.

—Sí, *memsahib* —dijo Bob con seriedad. Thomas se rió. Bob movió las luces de las cuencas de los ojos hacia las escaleras que llevaban a la versión de mi apartamento en el Más Allá—. Por allí —dijo.

Salimos del apartamento y nos adentramos en algo parecido a un decorado que representaba Chicago, se veían las paredes planas de un edificio, en una dimensión con una luz tenue que podría ser luz solar, de la luna o de las farolas junto con una neblina marrón grisácea. Desde allí, Bob nos guió por una acera y después giró hacia un callejón y abrió la puerta de un garaje, que conducía a una escalera excavada en la piedra, que se adentraba en la tierra.

Seguimos por ella hacia la oscuridad. A veces, la única luz que nos alumbraba era el brillo naranja de las cuencas de los ojos del cráneo. Bob giró la cabeza en la dirección adecuada y pasamos a través de una zona subterránea que en su mayor parte estaba a oscuras y tenía los techos bajos, al final subía por una pendiente que surgía en el centro de un anillo de dólmenes que estaban de pie sobre una elevación importante del terreno. Encima de nuestras cabezas, las estrellas brillaban intensamente, y a los pies de la colina, había luces que se movían por el bosque, flotando por allí como luciérnagas.

Me quedé rígido.

—Bob —dije—. Bob. Has dado en el clavo, tío. Esto es el país de las hadas.

—Por supuesto —dijo Bob—. Es el lugar más grande del Más Allá. No puedes ir a ningún sitio sin cruzar este mundo de las hadas en algún punto determinado.

—Bueno, date prisa y sácanos de aquí —dije—. Aquí no podemos estar.

—Créeme, yo tampoco quiero estar aquí. O nos sumergimos en la versión de Disney del mundo de las hadas, con elfos y hadas campanilla y yo que sé que más monadas empalagosas o aparecemos en la versión de la bruja mala, que es considerablemente más entretenida, pero menos saludable.

—Ni la Corte del Verano es todo dulzura y luz. Bob, cállate. ¿Por dónde?

La calavera se giró sin hablar hacia lo que parecía ser la parte más occidental de la colina y bajamos por ella.

—Es como un parque —comentó Thomas—. Me refiero a que la hierba debería llegarnos más arriba de las rodillas. O, no, quizá como un buen campo de golf.

—Harry —dijo Michael en voz baja—. Tengo un mal presentimiento.

La piel de la nuca empezó a erizarse, y miré a Michael mientras asentía.

—Bob, ¿por dónde salimos?

Bob señaló hacia delante mientras rodeábamos un grupo de árboles. Un puente cubierto antiguo de estilo colonial cruzaba un abismo de una profundidad ridícula.

—Allí —dijo Bob—. Esa es la frontera. Donde tú quieres ir no está muy lejos de allí.

A lo lejos se oían las notas de un cuerno de caza, lúgubre y nítido, y ladridos de perros.

—Corre hacia el puente —dije. Thomas corrió junto a mí sin esfuerzo aparente. Miré a Michael, que había cambiado radicalmente la forma de coger la espada y la tenía agarrada por el pomo, con la hoja apoyada en su antebrazo mientras corría. Su cara reflejaba su esfuerzo y dolor, pero continuaba.

—Harry —comentó Bob—. Si no te importa, podrías correr un poco más deprisa. Por detrás viene una montería.

El cuerno volvió a sonar, retumbando en los dólmenes y los gritos de la manada sonaban fuertes y claros. Thomas se giró para mirar, dando unos cuantos pasos hacia atrás antes de darse la vuelta otra vez.

—Podía haber jurado que estaban a kilómetros hace un momento.

—Es el Más Allá —dije jadeando—. La distancia, el tiempo. Aquí todo es jodido.

—Vaya —comentó Bob—. No me había dado cuenta de que los perros demoníacos eran tan grandes. Y mira, Harry, ¡es tu madrina! ¡Hola, Lea!

Si Bob hubiera tenido cuerpo, se habría puesto a pegar saltos y a saludarla con la mano.

—No te pongas tan contento. Si me coge, voy a pasar a ser uno más de la manada.

Las luces de los ojos de Bob se giraron hacia mí y tragó saliva.

—Ah —dijo—. Entonces ha habido una pelea. O una pelea mayor, en todo caso, porque para empezar, no os llevabais tan bien.

—Algo parecido —dije jadeando.

—Esto... corre —dijo Bob—. Corre más rápido. Tienes que correr más rápido, Harry.

Mis pies volaban sobre la hierba.

Thomas llegó primero al puente y Michael llegó justo después. Con una costilla rota y con veinte años más, llegó antes aquel maldito puente. Tengo que ponerme en forma.

—¡Lo conseguí! —grité, dando un último y largo paso hacia el puente.

El lazo me golpeó alrededor de la garganta antes de que mis pies ni siquiera hubieran tocado el suelo, y tiró de mí hacia atrás por el aire haciendo un ruido seco. Me quedé allí, aturdido, asfixiado por segunda vez en menos de dos horas.

—Oh —dijo Bob—. Harry, hagas lo que hagas no me dejes caer. Sobre todo debajo de una piedra.

—Gracias —dije entrecortadamente, subiendo para tirar de la cuerda que me estaba ahogando.

Unos pesados cascos se hundieron en el césped a cada lado de mi cabeza. Tragué saliva y miré hacia arriba al corcel negro como la noche, con aperos negros y plateados. Sus cascos estaban herrados con algún tipo de metal plateado. No era ni hierro ni acero. Había sangre en esos cascos como si el caballo hubiera pisoteado a alguna pobre criatura atrapada hasta matarla. O hasta destrozarla.

Miré un poco más arriba, al jinete. Lea iba subida encima de aquella bestia en una silla de mujer, totalmente relajada y segura, llevaba un vestido negro azabache y azulado, y el pelo recogido en una coleta suelta de llamas. Sus ojos brillaban a la luz de las estrellas, sujetaba el otro extremo del lazo con una mano preciosa. Los perros demoníacos se arremolinaban alrededor de su corcel, todos leales servidores. Podía ser una impresión mía, pero parecían hambrientos.

—¿Estás ya mejor? ¿Verdad? —preguntó Lea esbozando una sonrisa lenta—. Es maravilloso. Por fin podemos cumplir con nuestro acuerdo.

Capítulo 33

Solo hacen falta un par de momentos duros como estos en la vida de un hombre para que aprenda a actuar con cinismo. Una vez que uno o varios magos malos han intentado acabar con tu vida, o algunos locos *hexenwolves* han intentado con todas sus fuerzas arrancarte el cuello, empiezas a pensar que ocurrirá lo peor. De hecho, si no ocurre, en cierta medida te sientes decepcionado.

Así había ocurrido, mi madrina me había dado alcance a pesar de hacer todo lo que pude para evitarla. Odiaría averiguar que el universo realmente no estaba conspirando contra mí. Me harían sacar todos mis artilugios de persecución.

Por lo tanto, considerando que algún poder sádico supremo se aseguraría bien de que mi tarde se complicara todo lo posible, tenía un plan.

Tiré del lazo quitándomelo de la garganta y grité.

—Thomas, Michael, ahora.

Los dos sacaron unas cajas de cartas pequeñas de los bolsillos, del tamaño de la palma de la mano, casi cuadradas. Michael tiró el contenido de la primera caja moviéndola de izquierda a derecha como cuando se esparcen semillas. Thomas hizo lo mismo por el otro lado de forma que los objetos empezaron a caer encima de mí y a mi lado.

Los perros del hada dieron aullidos de sorpresa y se apartaron. El caballo de mi madrina dejó escapar un bufido y dio un brinco apartándose varios pasos, poniendo cierta distancia entre nosotros.

Arrugué la cara e hice todo lo que pude para proteger mis ojos de los clavos dispersos. Cayeron sobre mí como un torrente de dientes afilados, pinchando al golpearme y colocándose a mi alrededor. La madrina había soltado la cuerda que me había atado a la garganta cuando el caballo se apartó, dejándola floja.

—Hierro —susurró mi madrina. Su dulce cara se volvió lívida, furiosa—. ¡Te atreves a desafiar el terreno de Awnsidhe con hierro! ¡La reina te arrancará los ojos de las órbitas!

—No —dijo Thomas—. Son de aluminio. No tienen contenido en hierro. Tienes un caballo precioso ¿Cómo se llama?

Los ojos de Lea miraron a Thomas con furia y después a los clavos que había en el suelo. Mientras lo hacía, me metí una mano en el bolsillo, cogí mi plan de emergencia y me lo metí en la boca. Mastiqué dos o tres veces y tragué y entonces terminé.

Intenté no dejar que se notara que estaba muerto de miedo.

—¿No son de acero? —dijo Lea. Miró fijamente el suelo y uno de los clavos saltó a su mano. Lo cogió y frunció el ceño, su cara se tornó cautelosa—. ¿Qué significa esto?

—Se supone que es una forma de distraer, madrina —dije. Tosí y me di unas palmaditas en el pecho—. Tenía que comer algo.

Lea puso una mano en el cuello del caballo y la bestia salvaje se calmó. Uno de los enigmáticos perros avanzó olisqueando, rozando uno de los clavos con el hocico. Lea dio un pequeño tirón a la cuerda, tensándola otra vez y dijo:

—No te hará ningún bien mago. No puedes escapar a esta soga. Está unida a ti indefectiblemente. No puedes escapar de mi poder. Aquí en el reino de las hadas, no. Soy demasiado fuerte para ti.

—Es verdad —asentí y me puse de pie—. Manos a la obra, venga, conviérteme en un perro y dime en qué árboles puedo hacer pis.

Lea me miró fijamente como si me hubiera vuelto loco, con cierta cautela.

Me agarré a la soga y la agité con impaciencia.

—Venga, madrina. Haz ya la magia. ¿Puedo elegir mi color? Creo que no quiero ser de ese gris carbón. A lo mejor puedes hacer que tenga una piel rubio rojiza. O blanca como el invierno. Con ojos azules, siempre he querido tener los ojos azules y...

—¡Cállate! —gruñó Lea y agitó la cuerda. Tuve una fuerte sensación de escozor y la lengua se me pegó literalmente al paladar. Intenté seguir hablando pero hacía que mi boca vibrara como si tuviera abejas dentro, irritado, con escozor. Me callé.

—Bueno —dijo Thomas—. Me gustaría ver esto. Nunca he visto una transformación externa. Adelante, señora. —Movié la mano con impaciencia—. ¡Conviértale en perro!

—Esto es un truco —susurró Lea—. No vas a conseguir nada. No importa qué poderes ocultos estén preparando tus amigos para lanzármelos...

—No tenemos nada —dijo Michael—. Lo juro por la sangre de Cristo.

Lea ahogó un suspiro como si las palabras le hubieran producido un repentino escalofrío. Se acercó a mí con el caballo, para que el hombro del animal se juntara con el mío. Al hacerlo, enrolló la piel trenzada del lazo, hasta que lo sujetó a una distancia de no más de diez centímetros, tirando con fuerza contra mi garganta, haciéndome casi perder el equilibrio. Se inclinó hacia mí y susurró.

—Dime, mago. ¿Qué me ocultas?

Mi lengua se desentumeció y me aclaré la voz.

—Ah, nada. Solo quería comer algo antes de que nos fuésemos.

—Comer algo —murmuró Lea. Entonces tiró de mí hacia ella y se inclinó, acercándose más, mientras brillaban sus delicados senos nasales. Inspiró, lentamente, su pelo sedoso rozó mi mejilla, su boca casi acariciaba la mía.

Vi su cara, su expresión cambió. Ahora se mostraba sorprendida. Hablé con ella en voz baja.

—Reconoces el olor, ¿verdad?

Se vio la parte blanca de los ojos color esmeralda al abrirlos más.

—Ángel destructor —susurró—. Has abrazado la muerte, Harry Dresden.

—Sí —asentí—. Un hongo. *Amanita virosa*. Lo que sea. La toxina de la amanita va a aparecer en mi sangre en unos dos minutos. Después de eso, empezarán a deteriorarse los riñones y el hígado. Dentro de unas horas me desmayaré, y si no muero entonces, en unos días tendré una aparente recuperación mientras mis intestinos se destrozan y entonces caigo y muero. —Sonreí—. No hay un antídoto específico. Y dudo que puedas utilizar la magia para curarme. No tiene nada que ver con cerrar una herida con puntos de sutura, con sufrir una mutación interna considerable. Así pues, ¿empezamos? —Empecé a caminar en la dirección de la que había venido Lea—. Deberías disfrutar mientras me atormentas en las horas que me quedan antes de que empiece a vomitar sangre y me muera.

Tensó el lazo y me detuvo.

—Es un truco —susurró—. Me estás mintiendo.

La miré haciendo una mueca torcida.

—Venga, madrina —dije—. Miento muy mal. ¿Crees que podría mentirte? ¿No lo notas?

Me miró, con cara de susto.

—Vientos despiadados —suspiró—. Te has vuelto loco.

—Loco no —aseguré—. Sé perfectamente lo que estoy haciendo —me giré para mirar el puente—. Adiós Michael. Adiós Thomas.

—Harry —dijo Michael—. ¿Estás seguro de que no deberías...?

—Ssss —dije mirando—. *Ixnay*.

Lea miró hacia delante y atrás.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué es eso?

Puse los ojos en blanco y le hice un gesto a Michael.

—Bueno —dijo Michael—, para que lo sepas. Tengo algo aquí que podría servir de ayuda.

—¿Algo? —preguntó Lea—. ¿Qué?

Michael buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña ampolla con una tapa en un extremo.

—Es un extracto del cardo de Santa María —dijo—. Lo utilizan en un montón de hospitales en Europa para el envenenamiento por setas. En teoría, debería hacer algo para ayudar a que una víctima de un envenenamiento sobreviva. Siempre que se tome a tiempo, por supuesto.

Lea frunció el ceño.

—Dámelo. Ya.

Pensé, ¡vaya por Dios!

—Madrina. Como mascota fiel y compañero, creo que debería advertirte del

peligro que supone para una sidhe aceptar regalos. Podría atarte a la persona que te hace el regalo si no devuelves otro de igual valor.

Poco a poco Lea fue sonrojándose, desde la piel de color crema de sus clavículas y la garganta por la barbilla y las mejillas hasta el pelo.

—Entonces —dijo—. Harías un trato conmigo. Te has tomado un hongo mortal para obligarme a liberarte.

Levanté las cejas y asentí con una sonrisa.

—Básicamente, sí. Entiéndelo. Supongo que es así. Y no podrás deshacer el envenenamiento con la magia.

—Eres mío —gruñó—. Ahora eres mío.

—Perdona que opine de forma distinta —dije—. Soy tuyo dos días y después me muero y ya no seré de nadie.

—No —dijo—. No te dejaré libre a cambio de esta poción. Yo también puedo encontrar el antídoto.

—Puede —admití—. Puede que incluso lo hagas a tiempo. Puede que no, pero en cualquier caso, sin poder ir al hospital no tengo muchas posibilidades de vivir a pesar del antídoto. Y si no lo tomo pronto, no tendré ninguna en realidad.

—¡No te cambiaré! ¡Te has entregado a mí!

Michael encogió un hombro.

—Creo que hiciste un trato con un hombre estúpido en un momento tonto, pero no te estamos pidiendo que lo incumplas del todo.

Lea frunció el ceño.

—¿No?

—Naturalmente que no —dijo Thomas—. El extracto solo le proporciona a Michael una oportunidad de vivir. Eso es todo lo que te habíamos pedido. Estarás obligada a dejarle libre durante un año y un día, a no hacerle daño a él ni a quebrantar su libertad mientras esté en el mundo de los mortales.

—Ese es el trato —dije—. Como mascota fiel, debería decir «Si muero, nunca seré tuyo, madrina. Si me dejas ir, siempre puedes intentarlo cualquier otra noche. No es como si tuvieras un número limitado de ocasiones. Puedes intentar ser paciente».

Lea se quedó callada, mirándome. En la noche también se hizo el silencio. Todos esperábamos sin decir nada. El pánico que ya sentí al comerme la seta, se asentó en mis intestinos haciendo que se movieran y tuviera retortijones.

—¿Por qué? —dijo al final en voz bastante baja, en un tono que solo yo podía oír—. ¿Por qué te ibas a hacer esto a ti mismo, Harry? No lo entiendo.

—No creía que fueras a hacerlo —dije—. Hay gente que me necesita. Gente que está en peligro por mí y tengo que ayudarles.

—No puedes ayudarles si estás muerto.

—Pero tú tampoco me coges.

—¿Darías tu propia vida por ellos? —preguntó con incredulidad.

—Sí.

—¿Porqué?

—Porque nadie más puede hacer esto. Me necesitan. Se lo debo.

—Les debes tu vida —musitó Lea—. Estás loco, Harry Dresden. Quizá sea por tu madre.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Lea se encogió de hombros.

—Hablabas como tú en sus últimos días.

Levantó los ojos mirando a Michael y se irguió más encima del caballo.

—Esta noche tu juego ha entrañado cierto peligro, mago. Ha sido un juego atrevido. Rompes de raíz con las tradiciones de mi pueblo. Acepto tu trato.

Y entonces hizo un movimiento como despreocupado y apartó el lazo. Caí hacia atrás alejándome de ella, recogí el bastón y la varita que se me habían caído, metí a Bob en su saco de red y me dirigí al puente. Una vez allí, Michael me dio la ampolla. Le quité el tapón y me la bebí. El líquido del interior sabía como a arena, estaba un poco amargo. Cerré los ojos y suspiré profundamente, después de tragármelo.

—Harry —dijo Michael mirando a Lea—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Si llego pronto al hospital —dije— tengo entre seis y dieciocho horas o quizá algo más. Me bebí todo el líquido rosa antes de irnos para que me protegiera el estómago. Podría hacer que la velocidad de digestión de la seta fuese más lenta, dar al extracto la oportunidad de vencerlo en mi aparato digestivo.

—No me gusta esto —dijo Michael.

—¡Eh! Soy yo el que se ha comido el veneno, tío. A mí no me importa demasiado.

Thomas me miró entrecerrando los ojos.

—¿Quieres decir que lo has hecho de verdad?

Le miré asintiendo.

—Sí, mira. Supongo que como mucho tardaremos una hora en entrar y salir. Si no, nos podemos dar por muertos. En cualquier caso, tardarán bastante en aparecer los primeros síntomas.

Thomas me miró un momento.

—Creía que estabas mintiendo —dijo—, marcándote un farol.

—No me marco faroles si puedo evitarlo. No se me da demasiado bien.

—Entonces podrías morirte de verdad. Tu madrina tenía razón, sabes. Estás como una cabra, totalmente chiflado.

—Loco como un zorro —dije—. Vale, Bob, despierta. —Agité la calavera y las cuencas de sus ojos se encendieron tomando un color rojo anaranjado, parecía que la

luz salía de un lugar muy profundo.

—¿Harry? —dijo Bob sorprendido—. Estás vivo.

—Durante un tiempo —dije. Le expliqué como habíamos conseguido escaparnos de mi madrina.

—Vaya —dijo Bob—. Estás muriéndote. ¡Qué plan tan estupendo!

Hice una mueca.

—En el hospital deberían poder hacerse cargo de esto.

—Claro, claro. En algunos sitios, el número de personas que han podido sobrevivir a esto es del cincuenta por ciento, en el caso de envenenamiento por amanita maloliente.

—Cogí un extracto de leche de cardo —dije, un poco a la defensiva.

Bob tosió suavemente.

—Espero que la dosis que cogiste fuera la correcta porque si no, podría hacerte más mal que bien. Ahora, si no te importa vamos a lo que estamos.

—Harry —dijo Michael de repente—. Mira.

Me di la vuelta y vi que mi madrina se había apartado un poco y estaba sentada en su corcel negro. Levantó en la mano algo oscuro y brillante que parecía un cuchillo. Apunto con él en las cuatro direcciones, norte, oeste, sur y este. Murmuró algo y el viento empezó a gemir entre los árboles. De la bruja sidhe brotó la energía, desde el cuchillo oscuro hasta su mano y se me erizaron los pelos del brazo y la nuca.

—Mago —me llamó—. Has hecho un acuerdo conmigo esta noche. No te buscaré. Pero no has hecho ese acuerdo con los demás —echó la cabeza hacia atrás lanzando un largo y fuerte grito, que era tan bello como terrorífico. Resonó en toda la tierra y después rebotó. Se oyeron más ruidos, aullidos agudos, gritos sibilantes y profundos, gemidos roncós.

—Hay muchos que me deben cosas —dijo Lea con desdén—. No será traicionarte. Ya te has tomado la poción. No habrías puesto tu vida en peligro sin tener a mano el extracto. No levantaré una mano en contra tuya pero ellos te traerán hasta mí. De una forma u otra, Harry Dresden, serás mío esta noche.

El viento siguió soplando y de repente las nubes empezaron a cubrir las estrellas. El viento que soplaba hacía que los aullidos y los gritos se oyeran más cerca.

—Mierda —dije—. Bob, tenemos que salir de aquí ahora.

—Hay un buen trecho hasta el lugar que me enseñaste en el mapa —dijo Bob—. Una milla, puede que dos, en términos subjetivos.

—Tres kilómetros doscientos metros —dijo Michael exactamente—. No puedo correr tanto. Al menos no según tengo las costillas.

—Y yo no puedo contigo —dijo Thomas—. Soy increíblemente fuerte pero tengo un límite. Vamos Harry. Solo estamos tú y yo.

Mi mente trabajaba a toda velocidad así que intenté elaborar un plan. Michael no

podía aguantar. Había conseguido correr antes pero su cara parecía ahora un poco más grisácea y conseguía andar, aunque dolorido. Confié en Michael. Confiaba en que estuviera a mi lado, cubriéndome la retaguardia. Confiaba en que fuera capaz de cuidar de sí mismo.

Pero solo, contra una pandilla de hadas embravecidas. ¿Qué podría hacer? No podía estar seguro, ni con la espada, seguía siendo un hombre. Y además su vida estaba en peligro. Y no quería cargar con otra vida en mi conciencia.

Miré a Thomas. El hermoso vampiro iba vestido con mi ropa vieja y conseguía que pareciera algo actual. Algo completamente nuevo. Me lanzó una mirada con una sonrisa perfecta y pensé en lo que había dicho sobre lo buen mentiroso que era. Thomas se había puesto de mi parte casi en todo momento. Había sido bastante amigable. Aparentemente, parecía tener todas las razones para ayudarme y trabajar a mi lado para conseguir recuperar a Justine.

A menos que me estuviera mintiendo. A menos que no hubieran secuestrado a la chica en absoluto.

No podía confiar en él.

—Vosotros dos os quedáis ahí —dije—. Controlad el puente. No tendréis que hacerlo mucho tiempo. Encargaos solo de aminorar su marcha. Intentad que den la vuelta.

—Ah —dijo Bob—. ¡Qué buen plan! Eso debería hacerles mucho daño, Harry. Es posible hasta que maten a Michael y a Thomas y vayan a por ti. ¡Pero eso podría ocurrir en cuestión de minutos! ¡Incluso horas!

Miré al cráneo y después a Michael. Él miró a Thomas y luego me miró asintiendo.

—Si hay problemas, me necesitarás para que te proteja —dijo Thomas.

—Puedo cuidar de mí mismo —le dije—. Mira, todo este plan está basado en la sorpresa, la velocidad y el silencio. Si estoy solo puedo estar más callado. Si al final resulta que hay que pelear, no habría mucha diferencia entre uno o dos. Si tenemos que pelear, lo doy por perdido.

Thomas hizo una mueca.

—¿Entonces quieres que nos quedemos aquí y muramos por ti, ¿verdad?

Miré desafiante.

—Controlad el puente hasta que pueda divisar el Más Allá. Después de eso, en teoría no deberían tener ninguna razón para perseguiros.

El viento se transformó en un aullido y por encima de la colina de los dólmenes empezaron a aparecer formas, seres oscuros que se movían con rapidez pegados al suelo.

—Harry, vete —dijo Michael. Cogió a *Amoracchius* con las manos—. No te preocupes. Los mantendremos alejados de ti.

—¿Estás seguro de que no preferirías que fuera contigo? —preguntó Thomas y dio un paso hacia mí. El acero brillante de la espada de Michael de repente palideció delante de Thomas, y el filo estaba colocado en su vientre.

—Estoy seguro de que prefiero no dejarle solo contigo, vampiro —dijo Michael con educación—. ¿Me he expresado con claridad?

—Claridad meridiana —dijo Thomas amargamente. Me miró y dijo—. Será mejor que no la dejes allí, Dresden o si no que te maten.

—No lo haré —dije—, sobre todo la segunda parte.

Y entonces el primer ser monstruoso, como un puma que salió de las sombras, saltó por delante de Lea y un par de garras oscuras se dirigieron a mí. Thomas me echó hacia un lado para apartarme del objetivo del golpe, gritando mientras la criatura le rasgaba el brazo. Michael gritó en latín, y su espada brilló con luz plateada, cortando a aquella bestia con ligero aspecto de gato y dejándolo caer al suelo del puente en dos mitades mientras seguía retorciéndose.

—¡Ve! —gruñó Michael—. ¡Que Dios te acompañe!

Corrí.

Los ruidos propios de la lucha se amortiguaron hasta que lo único que pude oír fue mi respiración entrecortada por el esfuerzo. El Más Allá se transformó y pasó de ser un cuento de hadas a un bosque oscuro y cerrado con telarañas colgando de un lado a otro de un camino de árboles encendidos. En las sombras había ojos brillantes, seres a los que nunca se podría ver con claridad y entonces me caí.

—¡Allí! —dijo Bob. Las luces naranjas de sus ojos se giraron para enfocar el tronco partido de un árbol hueco—. ¡Ábrete paso aquí, nos llevará al interior!

Gruñí y me paré. Respiraba entrecortadamente.

—¿Estás seguro?

—¡Sí, sí! —dijo Bob—. ¡Date prisa! ¡Alguna sidhe llegará en cualquier momento!

Miré con miedo detrás de mí, y entonces empecé a concentrar todas mis fuerzas. Me dolía, me sentía demasiado débil. El veneno que había en el estómago no había empezado a destrozarme todavía mi cuerpo pero casi podía sentirlo, sentir como se movía, relamiéndose y mirando mis órganos con una alegría perversa. Aparté todo eso de mis pensamientos y me obligué a respirar tranquilo, a correr con todas mis fuerzas y conseguir abrir la cortina que separa los dos mundos.

—Eh, Harry —dijo Bob de repente—. Espera un momento.

Detrás de mí, algo rompió una rama. Hubo un ruido breve como de algo que venía rápidamente hacia mí. No hice caso y alargué una mano, hundiendo mis dedos en la frágil frontera con el Más Allá.

—¡Harry! —dijo Bob—. ¡Creo que tienes que ver eso!

—Ahora no —susurré.

El ruido se oía cada vez más cerca, el ruido de la maleza quedó relegado por algo de mayor envergadura. Detrás de mí, un bramido estremeció el suelo. *Holy brilliant and slithy toves*^[2], Batman.

—¡*Aparturum!* —grité proyectando mi voluntad y abriendo un camino. La rendija de la realidad brillaba con luz tenue.

Me lancé hacia ella, deseando que detrás de mí el camino se cerrase. Mi abrigo de piel se enganchó con algo, pero di un tirón, me solté y pasé.

Me lancé hacia ello. Me sentía embriagado por el aire otoñal y la piedra húmeda que me rodeaba. Mi corazón latía con un golpe sordo y doloroso por el esfuerzo de la carrera y del conjuro. Levanté la cabeza para buscar mis pertenencias a mi alrededor y recogerlas.

Bob había acertado. Me había llevado al Más Allá para llegar justo a la mansión de Bianca. Aparecí en lo alto de las escaleras que bajaban, apartado de las puertas de entrada y del vestíbulo principal.

También me encontraba rodeado por un anillo de vampiros, todos con sus formas no humanas, sin las máscaras de carne que solían llevar encima. Había una docena, con los ojos brillantes, les goteaba la nariz, les caía saliva de sus fauces abiertas al suelo, mientras agitaban las garras en el aire o se desplazaban con sus cuerpos fofos y negros. Algunos tenían marcas en la piel gomosa, trozos de tejido encogido, arrugado como cicatrices.

No me moví. Si hubiera hecho cualquier movimiento los habría espantado. Cualquier movimiento de huida o de lucha habría hecho que se pusieran frenéticos nada más llegar.

Mientras miraba, paralizado, Bianca subió las escaleras vestida con un camisón blanco de seda que sonaba al rozar con sus hermosas pantorrillas. Llevaba una sola vela que la envolvía en una belleza radiante. Me sonrió, lentamente, con dulzura y el estómago me dio un vuelco.

—Bueno —murmuró—. Harry Dresden. Qué agradable sorpresa contar con tu visita.

—Intenté decírtelo —dijo Bob con voz de pena—. Allí la grieta era más tenue. Como si alguien la hubiera atravesado ya. Como si hubieran estado observando el otro lado.

—Por supuesto —murmuró Bianca—. Hay un guarda en cada puerta. ¿Cree que soy tonta, señor Dresden?

La miré desafiante. No podía decir nada. Me ahorré las palabras y empecé a concentrar mi poder, para lanzar todo lo que tenía en el interior al mirarla sonriendo con esa cara tan falsa.

—Queridos —dijo Bianca mirándome—. A por él.

Me atacaron tan rápido que no les vi ni venir. Era una fuerza espantosa. Tengo

leves recuerdos de que cuando pasé de garra en garra, lanzado por el aire, jugaron conmigo. Había hocicos aplastados que gimoteaban y ojos negros que me miraban fijamente y se oían unas carcajadas horribles, sibilantes.

Me tiraron, me zarandearon, me despojaron de todo, Bob desapareció sin hacer ruido. Me aplastaron mientras luchaba y gritaba indefenso, tenía tanto pánico que no podía concentrarme en defenderme.

Y allí, en la oscuridad, me destrozaron la ropa. Sentí como el cuerpo desnudo de Bianca se restregaba contra mí, un cuerpo como de ensueño, sinuoso, caliente que se transformó en una pesadilla. Sentí como la piel se abría y aparecía su forma real. La dulzura de su perfume se transformó en hedor a fruta podrida. Su voz, como un murmullo, se convirtió en un gemido sibilante.

Y sus lenguas eran suaves, íntimas, cálidas, húmedas, me proporcionaban un placer que me golpeaba como un martillo cuando intentaba resistirme. Era un placer químico, una sensación animal, sin corazón y fría, indiferente ante mi horror, mi rechazo, mi desesperación.

Oscuridad. Una oscuridad terrible, espesa, sensual.

Y después dolor.

Y luego nada.

Capítulo 34

Tengo muy pocos recuerdos de mi padre. Cuando él murió, yo tenía seis años. Lo que sí recuerdo es que estaba agobiado por las preocupaciones, era un hombre cargado de hombros, con ojos amables y manos fuertes. Era prestidigitador, no mago, un prestidigitador de los que actúan en el escenario. Era bueno. Sin embargo, nunca consiguió nada excepcional. Pasó demasiado tiempo haciendo actuaciones en los hospitales y orfanatos para niños para sacar un poco de dinero. Él, yo y su pequeño espectáculo recorrimos el país. En los primeros años de mi vida, recuerdo mi capa en el asiento trasero de la camioneta, cuando me iba a dormir con el rumor del roce de los neumáticos con el asfalto, confiado porque sabía que mi padre estaba despierto, conduciendo y cuidando de mí.

Las pesadillas no me habían sobresaltado hasta justo antes de su muerte. No recuerdo cuáles eran concretamente pero recuerdo que me despertaba dando un grito agudo de terror. Gritaba en la oscuridad, poniéndome de pie para meterme en la esquina más pequeña que pudiera encontrar. Mi padre venía a buscarme, me encontraba y me ponía en su regazo. Me cogía, y me daba calor y enseguida me quedaba dormido, al sentirme sano y salvo.

—Aquí los monstruos no pueden cogerte, Harry —solía decir—. No pueden.

Tenía razón.

Hasta ahora. Hasta esta noche.

Los monstruos me cogieron.

No sé donde empezaba la vida real y comenzaban las pesadillas, pero me desperté de golpe gritando, era un grito vacío, brusco que hacía un poco más de ruido que un gemido. Grité hasta que me quedé sin aliento y entonces lo único que pude hacer fue sollozar.

Me quedé allí, tumbado, desnudo, deshecho. Nadie vino a abrazarme. Nadie me consoló. En realidad, desde que murió mi padre, nadie había hecho nada parecido por mí.

Lo primero era respirar. Me obligué a controlar la respiración, a parar los sollozos incontrolables y a respirar lentamente, de forma constante. Después llegó el horror. El dolor, la humillación. Solo quería meterme gateando en un agujero y tirar de él para taparme. Quería desaparecer.

Pero no fue así. Dolía mucho. Era muy doloroso, muy nítido, estaba muy vivo.

La quemadura era lo que más dolía pero las náuseas que sentía en mi interior llegaron en un abrir y cerrar de ojos. Las manos me decían que estaba en el suelo pero el resto de mi cuerpo me decía que había sido atado a un giroscopio gigante. Me dolía todo. Notaba que la garganta estaba tensa y me ardía, como si algún líquido caliente o algún producto químico me la hubiera abrasado. No quería pensar

demasiado en ello.

Me toqué las extremidades para comprobar que estaban intactas y respondían a mis movimientos. Tenía el estómago revuelto, y sentí un espasmo que hizo que me doblara de dolor.

El sudor de mi cuerpo desnudo se quedó frío. La seta. El veneno. De seis a dieciocho horas. Puede que un poco más.

Me sentí pesado, con la boca seca, mareado, tenía los mismos efectos secundarios que los provocados por el veneno del vampiro que ya había experimentado.

Dejé de luchar por un instante. Me quedé ahí, débil, sediento, dolorido y enfermo, encogido, hecho una bola. Habría empezado a llorar otra vez si me hubiera quedado algún sentimiento en mi interior. Habría empezado a llorar esperando la muerte.

Pero ocurrió de forma completamente distinta, una voz incesante en mi cabeza me impulsaba a abrir los ojos. Temeroso, dudé. No quería abrir los ojos y comprobar que no veía nada. No quería encontrarme en la misma oscuridad: esa oscuridad en la que estaba rodeado de seres que bufaban. Puede que allí, tranquilos esperando a que me despertara para poder...

Por un instante, el pánico se apoderó de mí, lo cual me dio la fuerza suficiente para sentarme. Di un profundo suspiro y abrí los ojos.

Podía ver. La luz me abrasaba los ojos, veía una fina línea de luz que rodeaba un rectángulo alto, era una puerta. Tuve que entrecerrar los ojos un momento porque estaban completamente acostumbrados a la oscuridad.

Receloso, miré por la habitación. No era grande, probablemente midiera tres metros por tres, o poco más. Yo estaba en una esquina. Apestaba a podrido. Mis carceleros no tenían al parecer ningún problema en dejarme enterrado en mi propia porquería, parte de la cual estaba pegada a mi cuerpo, a las piernas y los brazos. Supuse que eran vómitos. Había sangre. Era un síntoma del envenenamiento por setas.

Había otras formas en la oscuridad. Un montón de ropa en una esquina, como ropa sucia para lavar y también varias cestas. En la pared de enfrente de la puerta había una lavadora y una secadora.

Y Justine, vestida con tan poca ropa como yo, hecha un ovillo y sentada con la espalda pegada a la pared, tenía cogidas las piernas con los brazos cruzados sobre las rodillas y me miraba con los ojos febriles, profundos.

—Estás despierto —dijo Justine—. No creía que volvieras a levantarte nunca.

La chica que había visto en la fiesta había perdido todo su encanto. Su pelo estaba lacio y grasiento. Su cuerpo pálido parecía delgado, casi demacrado y sus miembros, al menos lo que podía ver, estaban manchados y sucios al igual que su cara.

Sus ojos me sorprendieron. Había algo salvaje en ellos, algo inquietante. Durante un buen rato no volví a mirarla. A pesar de lo mal que me encontraba, tuve el aplomo

suficiente para no querer mirarla a los ojos.

—No estoy loca —dijo con la voz cortante—. Sé lo que estás pensando.

Tuve que toser antes de poder hablar, y eso hizo que me volviera a doler la tripa.

—No estaba pensando en eso.

—Por supuesto que no —gruñó la chica. Se levantó y con esa elegancia y tensión propia de ella se acercó a mí—. Sé lo que piensas. Que te han dejado aquí tirado con esta pequeña y estúpida puta.

—No —dije—. Yo... no es eso...

Bufó como un gato, y me pasó las uñas por la cara, dejándome tres señales que ardían. Grité y me eché hacia atrás pero me di contra la pared.

—Siempre sé cuando voy a encontrarme así —dijo Justine—. Me dedicó una mirada despreocupada, se dio la vuelta sobre la parte anterior de la planta del pie y se alejó varios pasos antes de estirarse y ponerse a cuatro patas, mirándome como ausente.

Me quedé mirándola un momento, sintiendo como el calor de la sangre se acumulaba en las heridas. Me toqué con un dedo y me di cuenta de que estaba manchado de color rojo. Levanté la vista para mirarla y negué con la cabeza.

—Lo siento —dije—. Dios, ¿pero qué te han hecho?

—Eso —dijo de manera despreocupada, extendiendo una mano. Tenía pinchazos redondos con hematomas alrededor de la muñeca—. Y eso —extendió su otra muñeca para que viera más marcas—, y esto —estiró el muslo a un lado del cuerpo, paralelo al suelo, para enseñarme más señales que lo recorrían de arriba abajo—. Todos querían probar y lo hicieron.

—No lo entiendo —dijo.

Me sonrió mostrándome gran parte de sus dientes y eso me hizo sentirme incómodo.

—No hicieron nada. Soy así. Así soy siempre.

—Esto... —dije—. Anoche no eras así.

—Anoche —dijo—. Hace dos noches por lo menos. Es porque él estuvo aquí.

—¿Thomas?

Su labio inferior empezó a temblar de repente, y parecía que iba a llorar.

—Sí, sí, Thomas. Él me tranquiliza. Hay tanto en mi interior que tiene que salir, como cuando estuve en el hospital. Dijeron que era una cuestión de control. No tengo el tipo de control que otros tienen. Son las hormonas, pero las medicinas me ponen enferma y él no. Solo estoy un poco cansada.

—Pero...

Su cara volvió a ponerse seria.

—Calla —dijo—. Pero, pero, pero. Un imbécil que siempre hace preguntas tontas. Un tonto que no quiso poseerme cuando me ofrecí. Ninguno lo hace. Ninguno

porque todos quieren más.

Asentí y no dije nada mientras ella se ponía más nerviosa. Seguramente fuera poco correcto pero la palabra «chiflada» aparecía en una señal de neón gigante en la cabeza de Justine.

—Vale —dije—. Vamos a tranquilizarnos, ¿de acuerdo?

Me fulminó con la mirada y se quedó en silencio. Después se retiró al espacio que había entre la pared y la lavadora y se acurrucó. Empezó a jugar con el pelo y no me prestó atención.

Me levanté a pesar del esfuerzo que me costaba. Todo me daba vueltas. En el suelo, encontré una toalla llena de polvo. La utilicé para quitarme parte de la porquería que tenía pegada a la piel.

Me dirigí a la puerta y lo intenté. Estaba bien cerrada. Probé a arremeter contra ella, pero el esfuerzo me hizo sentir un fuerte dolor en el estómago y caí al suelo otra vez con convulsiones. Devolví allí en medio, y noté el sabor de la sangre en la boca.

Me quedé tumbado de puro agotamiento un momento después y pude dormirme otra vez. Miré hacia arriba y vi que Justine tenía la toalla y me estaba limpiando la piel del vómito reciente.

—¿Cuánto tiempo? —conseguí preguntarle—. ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

Se encogió de hombros sin mirar hacia arriba.

—Te tuvieron un rato a la puerta. Oí que jugaban contigo durante dos horas más o menos. Y después te tiraron aquí. Me dormí. Me desperté. Puede que otras diez horas. O menos, o más, no sé.

Seguía sujetándome el abdomen con una mano, haciendo muecas y asintiendo.

—De acuerdo —dije—. Tenemos que salir de aquí.

Soltó una enorme risotada.

—No se puede salir. Esto es la despensa. Normalmente, el pavo de Navidad no se levanta y sale andando.

Negué con la cabeza.

—He sufrido una... intoxicación. Si no voy al hospital, moriré.

Sonrió otra vez y jugueteó con su pelo, tirando la toalla.

—Casi todo el mundo muere en un hospital. Tú estás en otro sitio. ¿No es mejor?

—Es una de esas cosas sin las que podría vivir —dije.

La expresión de Justine se relajó, los ojos distantes y se quedó quieta.

La miré fijamente, moví una mano delante de sus ojos. Chasqueé los dedos y no respondió.

Suspiré y me levanté, después volví a comprobar la puerta. Estaba bien cerrada con pestillo por el otro lado. No podía moverlo.

—Estupendo —suspiré—. Es magnífico. No voy a conseguir salir nunca de aquí.

Detrás de mí, algo susurró. Me giré, pegando la espalda a la puerta, para ver de

dónde procedía el sonido.

Por la pared subía una ligera neblina, una masa humeante que se deslizaba y hacía remolinos en el suelo como si fuera algo etéreo. La niebla tocó ligeramente mi la sangre, la que había en el suelo donde había vomitado y después empezó a describir un remolino y a adoptar una forma vagamente humana.

—Estupendo —murmuré—. Ahora más fantasmas. Si salgo vivo de aquí, me cambio de trabajo.

El fantasma recobró la forma delante de mí, muy despacio, completamente translúcido. Adoptó la forma de una mujer joven, atractiva, vestida como una eficiente secretaria. Su pelo estaba recogido en un moño, pero por las mejillas le caían unos cuantos rizos. Su muñeca fantasma tenía una costra de sangre seca, junto a un par de pinchazos hechos con unas fauces. De repente, la reconocí, la chica de la que se había estado alimentando Bianca hasta que murió.

—Rachel —susurré—. Rachel, ¿eres tú?

Cuando pronuncié su nombre, se giró hacia mí, concentrando su mirada lentamente en mí, como si me estuviera contemplando a través de un velo neblinoso. Su expresión cambió, se tornó grave. Asintió mirándome.

—Madre mía —susurré—. No es extraño que Bianca se obsesionara con el placer de la venganza. Estaba literalmente obsesionada por tu muerte.

La cara del espíritu hizo una mueca de disgusto. Dijo algo que yo solo percibí como un ruido sordo, lejano que acompañó el movimiento de sus labios.

—No te entiendo —dije—, Rachel. No te oigo.

Parecía que casi lloraba. Se puso la mano en el pecho y me hizo una mueca.

—¿Te duele? —imaginé—. ¿Te duele?

Negó con la cabeza. Después se tocó la sien y se pasó los dedos lentamente por los ojos, cerrándolos.

—Ah —dije—. Estás cansada.

Ella asintió. Hizo un movimiento de súplica juntando ambas manos como si pidiera ayuda.

—No sé lo que puedo hacer por ti. No sé si te puedo ayudar a descansar o no.

Volvió a negar con la cabeza. Después asintió, mirando a la puerta e hizo un gesto como del cuello de una botella con las manos.

—Bianca —pregunté. Cuando asintió continué—. Crees que Bianca puede dejarte descansar. —Negó con la cabeza—. ¿Te tiene presa aquí?

Rachel asintió, su bonita y fantasmagórica cara mostraba preocupación.

—Tiene sentido —murmuré—. Bianca se obsesiona contigo porque encontraste la muerte en circunstancias trágicas. Tiene a tu fantasma aquí. El fantasma se le aparece y la lleva a vengarse y ella me echa la culpa de todo a mí.

El fantasma de Rachel asintió.

—Yo no te maté —dije—. Lo sabes.

Asintió de nuevo.

—Pero lo siento. Lamento que el hecho de haber estado en el lugar erróneo en el momento equivocado hiciera que tú murieras.

Me miró con amabilidad, lo cual se transformó en una repentina expresión de horror. Miró más allá de donde estaba, a Justine, y entonces su imagen empezó a difuminarse, a fusionarse con la pared.

—¡Eh! —dije— ¡Espera un momento!

La neblina desapareció y Justine empezó a moverse. Se levantó con indiferencia y se estiró. Después se miró a sí misma y se pasó las manos con dulzura por el pecho y el estómago.

—Muy bonito —dijo con la voz algo distinta, alterada—. Bastante parecida a Lydia en muchos aspectos, ¿verdad?, señor Dresden.

Me puse tenso.

—Kravos —susurré.

Los ojos de Justine se llenaron de sangre hasta el blanco de los ojos.

—Ah, sí —dijo—. Sí, claro.

—Tío, tienes que acabar con una vida de la forma más horrible posible. Eras tú, ¿verdad? La llamada de teléfono en la que Agatha Hagglesworth se volvió loca.

—Mi última llamada —dijo Kravos en boca de Justine—. Quería disfrutar de lo que iba a ocurrir. Como ahora. Bianca ha ordenado que no recibas visitas pero yo no pude resistir la oportunidad de echarle un vistazo.

—¿Quieres echarme un vistazo? —pregunté. Me toqué la cabeza—. Venga entra. Aquí hay unas cuantas cosas que me gustaría mostrarte.

Justine sonrió y negó con la cabeza.

—Eso supondría un gran esfuerzo y ningún beneficio. A pesar de no tener la protección de un umbral, con una mente tan débil como la de una niña, el esfuerzo es considerable. Esfuerzo —añadió—, que se hizo posible por una beca de la Fundación del Espíritu de Harry Dresden.

Le enseñé los dientes.

—Deja en paz a la chica.

—Ah, pero si está bien —dijo Kravos con los labios de Justine—. Así está más contenta. No puede hacer daño a nadie, ni a sí misma. Las emociones que siente no pueden obligarla a actuar. Por eso los Blancos la quieren tanto. Se alimentan de la emoción, y esta querida niña está loca por ello. —El cuerpo de Justine se estremeció y se movió con sensualidad—. En realidad, la locura es bastante excitante.

—A mi no me gustaría saberlo —dije—. Mira. Si vamos a luchar, luchemos. Si no, dispara. Tengo cosas que hacer.

—Lo sé —dijo Justine—. Estás muy ocupado en morirme a causa de un

envenenamiento. Los vampiros intentaron beber tu sangre, pero algunos se han puesto malos, así que te dejaron casi intacto. Bianca estaba muy molesta. Quería que murieras para que sirvieras de comida a sus nuevos chicos.

—Qué pena.

—Venga, Dresden. Tú y yo somos del grupo de los listos. Ambos sabemos que no querías morir a manos de un ser inferior.

—Puede que yo sea uno de los listos —dije— pero tú, Kravos, solo eres un alborotador de tres al cuarto. Eres el matón estúpido de la tierra de los magos y que hayas conseguido vivir como lo has hecho sin suicidarte es todo un milagro.

Justine gruñó y me atacó. Me inmovilizó contra la puerta con una mano y una fuerza sobrenatural que me decía que podía haberme atravesado perfectamente si hubiera querido.

—Siempre con tantas pretensiones morales —gruñó—. Siempre seguro de que tienes razón. De que tienes todo a tus pies. Que tienes el poder y las respuestas.

Hice una mueca. Me sobrevino otra vez el dolor de estómago y eso fue lo único que pude hacer para no gritar.

—Bueno, Dresden. Date por muerto. Está escrito que vas a morir. En unas pocas horas morirás. E incluso, aunque no ocurriera así, si sobrevives a lo que tengo pensado, el veneno te matará poco a poco. Y antes de que te vayas a dormir; Bianca no me parará esta vez. Te dormirás y yo estaré allí. Me apareceré en tus sueños y haré que tus últimos momentos en la tierra sean una pesadilla que dure años. —Se puso de puntillas y me escupió a la cara. Después la sangre desapareció de los ojos de Justine y su cabeza cayó hacia delante como si fuera un caballo luchando contra las riendas y que se quedaba sin fuerza. Justine dejó escapar un gemido y se pegó a mí.

Hice todo lo que pude para sujetarla. Nos caímos entrelazados al suelo, ninguno de los dos estábamos en condiciones de movernos. Justine gimió, dio un grito lastimero como un niño pequeño, en voz baja.

—Lo siento —dijo—. Lo siento. Quiero ayudar pero hay tantas cosas por medio. No puedo pensar...

—Ssss —dije e intenté acariciarle el pelo para tranquilizarla antes de que volviera a ponerse nerviosa—. Todo va a salir bien.

—Vamos a morir —susurró—. Nunca volveré a verle.

Lloró un rato mientras las náuseas y el dolor en mi vientre aumentaban. La luz de fuera de la puerta nunca desaparecía. No sabía si era de día o de noche. O si Thomas y Michael seguían con vida y vendrían a buscarme. Si habían muerto era culpa mía. Nunca podría soportar ese peso sobre mi conciencia.

Pensé que debía de ser de noche. Debía de ser totalmente de noche. Ningún otro momento del día podía encajar con lo mal que lo estaba pasando.

Puse mi cabeza sobre la de Justine, después de que se quedara tranquila, relajada

como si se fuera a quedarse dormida después de llorar. Cerré los ojos e intenté elaborar un plan. Pero no tenía nada. Nada. Todo había acabado.

Algo se movió en las sombras en las que estaba acumulada la ropa.

Ambos levantamos la vista. Empecé a apartar a Justine pero ella dijo.

—No. No vayas allí.

—¿Por qué no? —pregunté.

—No te gustará.

Miré a la chica. Y después me levanté y me abrí paso, vacilante, hasta el montón de ropa. Agarré la toalla en mi mano, a falta de otra arma. Había alguien en el montón de ropa. Alguien con una camisa, blanca, una falda oscura y una capa roja.

—Por Dios bendito —juré—, Susan.

Gruñó débilmente como si hubiera dormido mucho o estuviera drogada. Me agaché y quité la ropa de encima de ella.

—Madre mía, Susan, no intentes sentarte. No te muevas. Déjame ver si estás herida, ¿vale?

Pasé mis manos por su cuerpo en la oscuridad. Parecía estar entera, no sangraba pero su piel estaba ardiendo por la fiebre.

—Estoy mareada, tengo sed —dijo.

—Tienes fiebre. ¿Puedes venir conmigo?

—La luz me hace daño en los ojos.

—También me hacía daño a mí cuando me levanté. Pasaré.

—No —susurró Justine. Se puso sobre los talones y se acunó lentamente—. No te va a gustar. No te va a gustar.

Miré a Justine mientras Susan se volvía hacia mí y después bajé la vista hacia mi novia. Me miró, con cara de agotamiento, confundida. Entreabrió los ojos al contacto con la luz, y levantó una mano delgada y oscura para protegerse la cara.

Le cogí la mano y la miré fijamente.

Sus ojos eran negros. Totalmente negros y me miraban fijamente, brillaban, más negros que la brea, sin ninguna parte blanca que los hiciera parecer humanos. El corazón me dio un vuelco y las cosas empezaron a girar más deprisa a mi alrededor.

—No te va a gustar —dijo Justine—. La han cambiado. La Corte Roja la ha cambiado. Bianca la ha cambiado.

—¿Dresden? —susurró Susan.

Dios bendito, pensé. Esto no puede estar pasando.

—¿Señor Dresden? Tengo tanta sed.

Capítulo 35

Susan dejó escapar un gemido y un gruñido. Andaba de forma titubeante. Por casualidad, su boca rozó mi antebrazo que todavía estaba manchado de sangre seca. Se quedó completamente inmóvil, su cuerpo se estremeció. Me miró con sus ojos enormes y oscuros, tenía la cara desfigurada por el hambre. Volvió a acercarse a mi brazo y yo lo retiré de su boca.

—Susan —dije—. Espera.

—¿Qué ha sido eso? —susurró—. Estaba bueno. —Volvió a estremecerse y se puso a cuatro patas, centrando su mirada en mí lentamente.

Miré a Justine pero solo le vi los pies mientras los encogía, deslizándose hacia el minúsculo espacio que había entre la lavadora y la pared. Me di la vuelta hacia Susan, que venía hacia mí, mirándome como si estuviera ciega, reptando.

Me aparté de ella y busqué en mi costado con una mano. Encontré la toalla manchada de sangre que había utilizado y se la tiré. Ella se paró un momento, con la mirada fija, y después bajó la cabeza con un gruñido y comenzó a lamer la toalla.

Todavía mareado, me aparté a toda prisa a cuatro patas yo también.

—Justine —dije en voz baja—. ¿Qué hacemos?

—No se puede hacer nada —susurró Justine—. No podemos salir. Ya no es ella. Una vez que ha matado, ya no hay nada que hacer.

La miré por encima del hombro.

—¿Una vez que ha matado? ¿Qué quieres decir?

Justine me miró con seriedad.

—En el momento en que mata, ya se transforma. Pero no hasta ese momento, no es como ellos. Al menos hasta que ha matado a alguien y se haya alimentado de él. Así funciona la Corte Roja.

—Entonces, ¿todavía es Susan?

Justine volvió a encogerse de hombros, con expresión de desinterés.

—Algo parecido.

—Si pudiera hablar con ella, llegar hasta su interior. A lo mejor podríamos sacarla.

—Nunca he oído hablar de algo así —dijo Justine. Se estremeció—. Se quedan así y cada vez es peor. Después pierden el control y matan. Y se acabó.

Me mordí el labio. Tiene que haber algo.

—Matarla, todavía está débil. Puede que los dos juntos seamos capaces. Si esperamos más, hasta que el hambre le dé fuerzas, nos cogerá a los dos. Nos han traído aquí para eso.

—No —dije—. No puedo hacerle daño.

Algo cambió en la cara de Justine cuando yo hablé, aunque no sabía si era un

gesto de amabilidad o de enfado. Cerró los ojos y dijo.

—Entonces puede que ella beba tu sangre y muera por el veneno que tienes en tu interior.

—Maldita sea. Tiene que haber algo. Algo más que puedas decirme.

Justine se encogió de hombros y negó con la cabeza cansinamente.

—Nos podemos dar por muertos, señor Dresden.

Apreté los dientes y me di la vuelta hacia Susan. Seguía lamiendo la toalla, emitiendo gemidos de frustración. Levantó la vista hacia mí y me miró fijamente. Podía haber jurado que los pómulos y la mandíbula sobresalían de la piel. Sus ojos se hicieron tremendamente profundos y tiraron de mí haciéndome una seña para que mirase más profundamente esa oscuridad febril.

Aparté la mirada antes de que la suya me atrapara. El corazón me latía deprisa pero ya había empezado a perder fuerzas. Susan frunció el ceño mostrándose confundida por un momento, pestañeando, había algún poder oscuro que había hecho que sus ojos se desviarán, se movieran de forma vacilante.

Pero aunque esa mirada no me había atrapado, no me había hipnotizado, sí hizo que se me ocurriera algo. Los recuerdos de Susan no habían desaparecido. Mi madrina no podía haberlos tocado. Era un idiota. Cuando un mortal observa algo con su Vista, lo hace de verdad, como un mago, los recuerdos de lo que ve quedan grabados de forma indeleble en él. Y cuando un mago mira a los ojos de una persona, es como usar la Vista de otra forma. Es recíproco, porque la persona a la que miras también te mira a ti.

Hacía más de dos años que Susan y yo nos habíamos mirado al alma por última vez. Me había engañado para hacerlo. Fue después de que empezara a perseguirme para conseguir historias.

Lea no podía haber arrancado los recuerdos que se perciben en una mirada al alma. Pero podía haberlos tapado o empañado en cierta medida. No había casi diferencia para la media.

Pero ¡qué narices! Soy un mago y no precisamente uno del montón.

Susan y yo habíamos estado bastante unidos, desde que empezamos a quedar. Fue un tiempo de relación íntima. Compartimos palabras, ideas, el tiempo, nuestros cuerpos. Y ese tipo de intimidad crea un vínculo. Un vínculo que quizá puedas utilizar para descubrir recuerdos ocultos. Para ayudar a recuperar a Susan.

—Susan —dije, esforzándome por que mi voz sonase nítida—, Susan Rodríguez.

Se estremeció cuando la llamé por su nombre, al menos un poco.

Me humedecí los labios y me acerqué.

—Susan, quiero ayudarte. ¿De acuerdo? Quiero ayudarte si puedo.

Volvió a sofocar otro suspiro.

—Pero tengo tanta sed. No puedo.

Alargué la mano al acercarme, y le arranqué un pelo. No reaccionó aunque se acercó a mí, respirando por la nariz, dejando escapar un lento gemido al hacerlo. Podía oler mi sangre. No estaba seguro de la cantidad de toxina que quedaba en mi torrente sanguíneo pero no quería que la hiciera daño. *No tienes tiempo, Harry.*

Cogí el pelo y me lo até en la mano derecha dándole dos vueltas. Apreté el puño e hice una mueca, intentando coger la mano de Susan. Me escupí en los dedos y los pasé con suavidad por la palma de su mano y después apreté su mano contra mi puño. El vínculo, que ya era algo débil cobró vida como la cuerda de un contrabajo, amplificado por mi saliva y por el pelo que tenía en las manos, nuestros cuerpos quedaron unidos cuando nuestra carne lo hizo.

Cerré los ojos. Hacer magia me dolía. Mi cuerpo debilitado temblaba. Me esforcé por intentar concentrar todas mis fuerzas.

Pensé en los momentos que había pasado con Susan, en las cosas que nunca tuve el valor de decirle. Pensé en su risa, su sonrisa, la forma de sentir su boca junto a la mía, el olor del champú en su toalla, la presión de su cuerpo contra mi espalda cuando dormíamos. Evoqué todos nuestros recuerdos y empecé a intentar hacerlos pasar por el vínculo que había entre nosotros.

Los recuerdos bajaron por mi brazo hasta su mano y se detuvieron al estrellarse contra una barrera elástica y difusa. Pegó su boca al hueco de mi garganta. Noté como su lengua tocaba mi piel y lanzaba una sacudida de placer a todo mi cuerpo. Pensé que a pesar de estar a punto de morirme, las hormonas seguían funcionando.

Seguí luchando contra el conjuro de la madrina, pero continuaba allí, poderoso, sutil. Me sentí como un niño que golpea una gruesa puerta de cristal sin conseguir abrirla.

Susan se estremeció y siguió lamiéndome la garganta.

Sentía un hormigueo agradable en mi piel y después empecé a sentirme entumecido. Parte del dolor desapareció. Entonces sentí sus dientes afilados en mi garganta mientras me mordía.

Asustado, grité. No fue un mordisco importante. Me había mordido con más fuerza jugando, pero no tenía esa mirada turbia en los ojos. En aquellas ocasiones, sus besos no habían dejado mi piel adormecida por el efecto del narcótico. En aquellas ocasiones, no habría estado a punto de entrar en el Club de los Vampiros.

Intenté deshacer la maldición haciendo un esfuerzo mayor pero cada vez estaba más débil. Susan mordía con más fuerza y sentí que su cuerpo se tensaba más, se hacía más fuerte. Ya no se apoyaba en mí. Sentí como me colocaba una de sus manos en la nuca. No era un gesto de cariño. Era para evitar que me moviera. Dio un suspiro profundo y estremecedor.

—Aquí —susurró—, aquí está. Está bueno.

—Susan —dije mientras ejercía una sutil presión sobre el conjuro de mi madrina

— Susan por favor, no lo hagas. No. Te necesito aquí. Puedes hacerte daño, por favor.
— Sentí como sus mandíbulas empezaban a cerrarse. Sus dientes no eran fauces sino dientes humanos que cortaban la piel de igual forma. Se estaba difuminando. Podía sentir como el vínculo que nos unía estaba desapareciendo, se hacía cada vez más débil.

— Lo siento. No quería fallarte — dije y me sentí más débil. No había muchos motivos para seguir luchando. Pero lo hice. Por ella si no era por mí. Me aferré a ese vínculo, a la presión que había hecho contra el conjuro, a los recuerdos de Susan y míos.

— Te quiero.

No sé por qué funcionó en ese momento, por qué la red que tejió la maldición de mi madrina se quebró como si las palabras hubieran sido una llama. No lo sé. No he encontrado una explicación. En realidad, no hay palabras mágicas porque las palabras contienen magia en sí mismas. Les dan forma y las hacen útiles, describen las imágenes que contienen.

Aún así diré lo siguiente. Algunas palabras tienen un poder que no tiene nada que ver con las fuerzas sobrenaturales. Resuenan en el corazón y en la mente, perduran mucho tiempo después de que los sonidos se hayan disipado, su eco perdura en el corazón y el alma. Tienen poder y es muy real.

Esas tres palabras son buenas.

Conseguí entrar en ella a través del vínculo, hacia la oscuridad y la confusión que la rodeaban y vi, a través de sus pensamientos que mi entrada era como una llama en el frío eterno, un faro que alumbraba en la noche. La luz llegó, nuestros recuerdos, la calidez, ella y yo, y derribó los muros internos, rompió la maldición de Lea que todavía perduraba, apartó esos recuerdos de mi madrina, fuera quien fuera y la trajo de nuevo a casa.

Escuché cómo gritaba al recordar, cuando recuperó la conciencia. Se transformó, justo allí delante de mí, aquella extraña y fuerte tensión cambió. No desapareció pero cambió. Se convirtió en la tensión de Susan, la confusión de Susan, el dolor de Susan, consciente, alerta y ella misma otra vez.

El poder del conjuro se disipó dejando solo una imagen borrosa, igual que un relámpago relumbra en la noche, dejando un color deslumbrante en la oscuridad.

Me encontraba de rodillas delante de ella cogiendo su mano. Ella todavía tenía mi cabeza agarrada. Sus dientes todavía estaban apretados contra mi garganta, con fuerza.

Cogí mi otra mano temblorosa y le acaricié el pelo.

— Susan — dije, con suavidad—. Susan, quédate conmigo.

La presión se amortiguó. Sentí lágrimas calientes en mi hombro.

— Harry — susurró—. Oh, Dios, tengo tanta sed. Tengo tantas ganas.

Cerré los ojos.

—Lo sé —dije—. Lo sé.

—Podría poseerte. Podría —susurró.

—Sí.

—Y tú no podrías impedirlo porque estás débil, enfermo.

—No podría evitarlo —asentí.

—Dilo otra vez.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Dilo otra vez. Ayuda. Por favor. Es tan duro...

Tragué saliva.

—Te quiero —dije.

Se sacudió violentamente como si la hubieran golpeado en la boca del estómago.

—Te quiero —dije otra vez—, Susan.

Levantó la boca de mi piel y miró hacia arriba, a mis ojos. Había recuperado sus ojos, oscuros, bellos, de color marrón cálido, rojos, llenos de lágrimas.

—Los vampiros —dijo— ellos...

—Lo sé.

Cerró los ojos y se llenaron de lágrimas.

—Intenté detenerlos. Lo intenté.

Volví a sentir dolor, un dolor que no tenía nada que ver con el veneno ni con las heridas. Era un dolor fuerte que comencé a sentir lentamente, justo debajo de mi corazón, como si alguien me hubiera atravesado con un carámbano.

—Sé que lo hiciste —le dije—. Sé que lo hiciste.

Se pegó a mí gimiendo. La abracé.

Después de un buen rato, susurró.

—Todavía está ahí, no se va.

—Lo sé.

—¿Qué voy a hacer?

—Haremos algo —dije—. Lo prometo. Ahora tenemos otros problemas. —La puse al día de lo que había pasado mientras la abrazaba en la oscuridad.

—¿Viene alguien a por nosotros? —preguntó.

—No... no lo creo. Aunque Thomas y Michael escaparan no podrían entrar aquí. Si consiguieron escapar del Más Allá. Michael podía ir a buscar a Murphy pero ella no podría entrar sin una orden judicial. Y los contactos de Bianca probablemente lo paralicen.

—Tenemos que sacarte de aquí —dijo—. Tienes que ir al hospital.

—Esta es la teoría pero ahora hace falta llevarla a la práctica.

Se humedeció los labios.

—Yo... ¿Puedes andar?

—No lo sé. Ese último conjuro. Si me quedaba algo de fuerza, la he gastado en el conjuro.

—¿Y si duermes un rato? —preguntó.

—Kravos podría aprovecharlo para torturarme. —Me callé y miré fijamente la pared de enfrente.

—Dios —susurró Susan mientras me abrazaba con suavidad—. Te quiero, Harry. Tenías que oírlo. —Se calló y me miró—. ¿Qué?

—Eso —dije—, eso es lo que tiene que ocurrir.

—¿Qué tiene que ocurrir? No entiendo nada.

Cuanto más pienso en ello, más absurdo parece. Pero podría funcionar. Si pudiera programarlo justo en...

Miré hacia abajo, cogiendo los hombros de Susan con las manos mirándola fijamente a los ojos.

—¿Puedes aguantar? ¿Puedes aguantar unas cuantas horas más?

Se estremeció.

—Eso creo, lo intentaré.

—Bien —dijo. Respiré profundamente—. Porque necesito estar dormido el tiempo suficiente para empezar a soñar.

—Pero Kravos —dijo Susan—. Kravos entrará en ti. Te matará.

—Sí —dije. Suspiré lentamente—. Casi cuento con ello.

Capítulo 36

Las pesadillas llegaron enseguida como una nube gris de confusión venenosa que nubló mis sentidos y distorsionó mi percepción. Durante un momento, me quedé colgando sujeto solo por la muñeca sobre un infierno de fuego, humo y criaturas horribles, el acero de las esposas me sujetaba rasgándome la piel, haciéndome sangrar. El humo me asfixiaba, me obligaba a toser y cuando empecé a desvanecerme, la vista se hizo borrosa.

Entonces ya estaba en un lugar nuevo. En la oscuridad. La piedra fría sobre la que me encontraba me dejó helado. A mi alrededor había seres que susurraban en las sombras. Ruidos ásperos. Eran sonidos sibilantes en voz baja acompañados del brillo de algunos ojos perversos. El corazón se me salía por la boca.

—Ahí estás —susurró una de las voces—. Vi como te cogían, ya sabes.

Me senté mientras temblaba a impulsos.

—Sí, bueno. Por eso los llamo monstruos. Es lo que hacen.

—Lo disfrutaron —dijo la voz susurrante—. Si pudiera grabarte en video.

—La televisión te pudrirá el cerebro, Kravos —dije.

Vislumbré algo en la oscuridad que me dio un golpe en la cara. El puñetazo me hizo tambalearme. Empecé a ver de color rojo, borroso y mis imágenes se hicieron un poco más nítidas al sentir un dolor fuerte pero no me quedé inconsciente. Normalmente en los sueños no ocurre.

—Las bromas —dijo la voz—. Las bromas no te van a salvar ahora.

—Madre mía, Kravos —murmuré, levantándole de nuevo—. ¿Escribes un libro de texto con respuestas estereotipadas para los malos o qué? Juégate el todo por el todo. Ya que vas a matarme de todas formas, me podrías revelar tu plan secreto.

La oscuridad se desdibujó otra vez. No me molesté en intentar defenderme. Me tiró al suelo y se sentó encima de mi pecho.

Miré fijamente a Kravos. En torno a él había figuras y formas que eran como ropajes cubiertos de neblina. Podía ver la figura del demonio en sombras a su alrededor. Podía ver mi propia cara moviéndose entre las capas. Vi a Justine, a Lydia. Y allí en el centro de esa masa difusa en movimiento, vi a Kravos.

No parecía muy distinto. Tenía mala cara, estaba delgado y tenía el pelo oscuro con alguna cana. Llevaba la barba sin recortar pero eso solo hacía que su cabeza pareciera deforme. Tenía los hombros anchos, fuertes, y símbolos pintados en el pecho con sangre, rituales cuyos significados casi no alcanzaba a comprender. Levantó las manos y me dio otros dos puñetazos en la cara que fueron como explosiones de dolor.

—¿Qué pasa con tus burlas ahora, mago? —gruñó Kravos—. ¿Dónde están tus bromas? Débil, mezquino, tonto farisaico. Vamos a pasárnoslo muy bien hasta que

venga Bianca a acabar contigo.

—¿Eso crees? —pregunté—. No estoy seguro. Es nuestra primera cita. Podríamos ir paso a paso.

Kravos volvió a darme en el puente de la nariz y empezaron a caérseme las lágrimas.

—¡No tiene gracia! —gritó—. ¡Vas a morir! ¡No puedes tomártelo a broma!

—¿Por qué no? —contesté—. Kravos, te expulsé con un trozo de tiza y un muñeco Ken. Eres el lanzador de hechizos más cómico que he visto nunca. No esperaba ni siquiera poder echarte así, puede que el vínculo con ese muñeco funcionara porque era anatómicamente correc...

No pude ni acabar la frase. Kravos gritó y le dio a mi otro yo, el del sueño, un golpe en la garganta. Parecía real. Sentí como si me poseyera de verdad, su peso sobre mi cuerpo debilitado, sus dedos aplastando mi tráquea. El corazón me latía a toda velocidad. Luché contra él, con movimientos reflexivos e inútiles, pero que no servían para nada. Siguió ahogándome, incrementando la presión. La oscuridad inundó mi sueño y supe que seguiría así hasta que estuviera seguro de que me había matado.

La gente que tiene experiencias cercanas a la muerte normalmente habla de que se mueven hacia la luz que hay al final del túnel. O suben hacia la luz, o vuelan, o flotan o se caen. Yo no sentí eso. No estoy seguro de cuál era la relación de eso con el estado de mi alma. No había luz, ni voz que me llamara con dulzura, ningún lago de fuego al que caer. Solo había silencio, profundo e intemporal, en el que el latido de mi corazón resonaba en los oídos. Sentí una presión extraña en la piel, la cara como si hubiera atravesado una pared de plástico.

Sentí un ruido sordo encima del pecho, y un repentino alivio de la quemazón que notaba en los pulmones. Después otro ruido sordo. Y luego más alivio en los pulmones. Y después más golpes en el pecho.

Mi corazón se volvió a poner en funcionamiento poco a poco, dubitativo, y sentí que respiraba un poco. La sensación de la envoltura de plástico me arrastró un momento y después desapareció.

Me estremecí y luché por abrir otra vez los ojos. Cuando lo hice, Kravos, que todavía me tenía cogido por la garganta, movió los ojos de susto.

—¡No! —gruñó—. ¡Estás muerto! ¡Estás muerto!

—Susan le está practicando la respiración cardiopulmonar —dijo alguien detrás de él. Kravos movió la cabeza para mirar justo a tiempo de que le dieran un golpe en la barbilla. Gritó de miedo y se levantó de encima de mí.

Conseguí respirar otra vez y me senté.

—Madre mía —dije—. Ha funcionado.

Kravos intentó ponerse de pie y se apartó, con los ojos abiertos del todo, mirando

delante y detrás entre donde estaba yo y mi salvador.

Mi salvador también era yo mismo. O más bien, algo que se parecía bastante a mí. Era mi figura y mi color, y tenía hematomas y heridas, junto con algunas quemaduras por todo el cuerpo. Su pelo estaba totalmente alborotado, tenía los ojos hundidos lo cual formaba dos círculos negros en una cara pálida y enfermiza.

Mi doble me miró y dijo.

—Ya sabes. Nos parecemos tanto.

—¿Qué es esto? —dijo Kravos—. ¿Qué truco es este?

Me ofrecí a mí mismo una mano para levantarme y la acepté. Tardé un poco en estabilizarme pero dije:

—Caray, Kravos. Es tan estrecha la frontera entre este mundo y el espiritual, que suponía que ya lo sabrías a estas alturas.

Kravos nos miró a los dos y nos enseñó los dientes.

—Tu fantasma —dijo.

—Técnicamente —dijo mi fantasma—. En realidad Harry ha estado muerto un minuto. ¿No te acuerdas de qué están hechos los fantasmas? Por regla general, no habría energía suficiente para crear una imagen como yo pero como él es mago, un mago de verdad no una burda imitación como tú, y con la frontera con el Más Allá en un estado de movilidad tan grande, era casi inevitable.

—Muy bien dicho —le dije a mi fantasma.

—Date por contento de que tu teoría haya funcionado. En solitario no habría sido capaz de conseguirlo.

—Bueno, gracias a que Kravos está aquí. Fueron él, Bianca y Mavra los encargados de provocar la agitación necesaria para que esto funcionara. —Miramos a Kravos—. No vas a lanzar un ataque cuando estoy inconsciente por la droga, hermanito. No va a ser como la última vez ¿alguna pregunta?

Kravos se lanzó hacia mí hecho una furia. Consiguió dominarme y cayó encima de mí, con demasiada fuerza para vencerle directamente. Le metí un dedo en un ojo. Gritó y me mordió la mano.

Y entonces entró en escena mi fantasma. Puso las manos en el cuello de Kravos y se echó hacia atrás, tirando del cuerpo del hombre, inclinándolo. Kravos se resistió y luchó, moviendo los brazos, con la fuerza de una bestia enloquecida. Mi fantasma era un poco más fuerte que yo, pero no podría sostener a Kravos mucho tiempo.

—¡Harry! —gritó mi fantasma—. ¡Ahora!

Cogí a Kravos por la garganta, volcando toda la frustración y la furia que sentía. Levanté mi mano izquierda y los clavos de mi sueño se extendieron como garras relucientes. Kravos me miró aturdido.

—Kravos, ¿crees que eres el único que puede jugar en los sueños? Si hubiera estado preparado para recibirte la última vez, nunca habrías podido hacerme lo que

me hiciste. —Mi boca se retorció y se alargó como un hocico—. Esta vez, sí estoy preparado. Estás en mi sueño ahora. Y me voy a llevar lo que es mío.

Le metí la mano en las tripas. Las abrí con mis garras y las devoré, igual que él había hecho conmigo. Algunos trozos cayeron, manchados de la sangre del sueño. De las entrañas le salía vapor.

Las desgarré y le atacé y me tragué la carne llena de sangre. Él gritaba y luchaba pero no podía irse. Le hice pedazos y me lo comí. La sangre era un torrente dulce y caliente al pasar por la lengua, su carne de fantasma estaba caliente y buena, y calmaba el dolor del vacío que sentía en mi interior.

Me lo comí entero.

Al hacerlo, sentí que me llenaba de energía, seguridad, confianza en mí mismo. Mi magia robada volvió a mi interior llenándome como un trueno dorado, una sensación de cosquilleo que casi era dolorosa al recuperar lo que era mío.

Pero no paré ahí. Mi fantasma se fue mientras continuaba. Seguí destrozando a Kravos y tragándome los trozos. Al comerme su corazón llegué hasta la fuente de su energía, era energía lívida, roja, vital y primitiva, peligrosa. La magia de Kravos no había servido para nada más que para hacer daño.

La cogí. Tenía que empezar a hacer mucho daño.

Cuando conseguí terminar de hacerle trizas, las piezas se fueron difuminando como los restos de cualquier sueño horrible. Me acurruqué en el suelo del sueño mientras temblaba al notar como la energía entraba dentro de mí. Noté que alguien me tocaba en el hombro y miré hacia arriba.

Debía de tener un aspecto salvaje. Mi fantasma dio un paso atrás y levanté ambas manos.

—Tranquilo, tranquilo —dijo—. Creo que ya le tienes.

—Le tengo —dije en voz baja.

—Era un fantasma —dijo mi fantasma—. Ya no era una persona. E incluso entre los fantasmas era malo. No tienes nada que lamentar.

—Es fácil decirlo para ti —dije—. Tú no tienes que vivir conmigo.

—Es verdad —contestó mi fantasma. Bajó la vista para mirarse a sí mismo. Sus miembros, llenos de hematomas, se iban haciendo transparentes poco a poco mientras iba desapareciendo—. Eso es lo único malo sobre este tema de ser fantasma. Una vez que cumples con el objetivo para el que fuiste creado, se acabó. Kravos, el verdadero Kravos, ha desaparecido. Solo queda el esqueleto. Y esto también habría pasado si él te hubiera matado.

—Ataca tú antes de que lo hagan los demás —dije—. Gracias.

—Era tu plan —dijo mi fantasma.

—Me siento fatal en cualquier caso.

—Lo sé. Intenta que no vuelvan a matarte otra vez, ¿vale?

—Estoy en ello.

Saludó con una mano y desapareció.

Abrí los ojos pestañeando. Susan estaba arrodillada a mi lado, golpeándome la cara con la mano. Me sentía espantosamente mal, pero eso no era todo. Mi cuerpo todavía vibraba por la energía residual y sentía un cosquilleo en la piel como si no hubiera utilizado ni un ápice de magia durante semanas. Me dio dos golpes más antes de que yo gruñera y levantara una mano encontrándome con la suya.

—Harry —preguntó—. Harry, ¿estás despierto?

Pestañeé.

—Sí —dije—. Sí, estoy despierto.

—¿Kravos? —susurró.

—Pulsé las teclas adecuadas y perdió el control. Me cogió —dije—. Y después le cogí yo a él, e hice lo que debía.

Susan se sentó sobre los talones, temblando.

—Dios, cuando dejaste de respirar, casi grito. Si no me hubiera dicho que era posible, no habría sabido lo que tenía que hacer.

—Lo hiciste muy bien —dije. Rodé y me puse de pie, aunque mi cuerpo gruñía en señal de protesta. El dolor era como algo que estaba muy lejano, que le ocurría a otro. No era importante para mí. La energía que circulaba por mi interior, sí que era importante. Tenía que liberar algo o si no iba a explotar.

Susan se dispuso a ayudarme y después se sentó mirándome fijamente.

—¿Harry? ¿Qué ha pasado?

—He recuperado algo —dije—. Era importante. Todavía me duele, pero eso ahora da igual. —Me pasé las manos por la cabeza. Después empecé a acercarme a la ropa sucia y encontré un par de calzoncillos largos que me estaban más o menos bien. Miré a Susan con timidez y me los puse—. Ponle algo a Justine y salgamos de aquí.

—Lo he intentado. No quiere salir de detrás de la lavadora.

Apreté los dientes, enfadado y chasquéé los dedos al tiempo que decía.

—*Ventas servitas.*

Hubo una repentina corriente de aire y Justine salió tambaleándose de detrás de la lavadora, gritando. Estuvo ahí un momento, desnuda y aturdida, mirándome fijamente con los ojos oscuros abiertos del todo.

—Justine —dije—. Nos vamos. No me importa lo loca que estés. Vienes conmigo.

—¿Qué nos vamos? —dijo tartamudeando. Susan la ayudó a levantarse y le puso la capa roja por los hombros. Le llegaba hasta la mitad del muslo, se levantó temblando como un ciervo ante el faro de un coche—. Pero si vamos a morir.

—Íbamos —dije—. Dilo en pretérito. —Me di la vuelta hacia la puerta y concentré toda la energía, estiré el dedo y grité:

—*¡Ventas servitas!* —Después de volver a soplar el viento, la puerta se abrió y dio paso a una sala vacía grande, había astillas volando por todas partes y dos bombillas que iluminaban la sala que había al fondo se hicieron añicos.

Dije con la voz llena de tensión y miedo.

—Poneos detrás de mí. Ambas. No os pongáis delante a menos que queráis que os hagan daño.

Di un paso hacia la entrada.

Un brazo salió por el extremo de la puerta, seguido del cuerpo de Kyle Hamilton con su disfraz, y con la máscara de carne humana. Me cogió por la garganta, lanzándome contra la pared describiendo un semicírculo.

—¡Harry! —gritó Susan.

—Te cogí —murmuró Kyle, sujetándome con una fuerza sobrenatural. Detrás de él, iba Kelly, cuya cara estaba ahora crispada y sobresalía por debajo de la máscara de carne, como si no fuera capaz de llevar dentro a aquel ser. Tenía la cara contraída, deformada, como si lo que había debajo hubiera sido destrozado tan espantosamente que ni siquiera los poderes de un vampiro para disfrazarse pudieran esconder tanto horror.

—Ven hermana —dijo Kyle—. Esté o no esté contaminado, le abriremos el corazón y veremos a qué sabe la sangre de un mago.

Capítulo 37

La furia que sentía en mi interior, que antes era miedo o ansiedad, apareció; una furia tan ardiente y deslumbrante que casi no creía que fuera mía. De hecho, puede que no lo fuera. Después de todo, eres lo que comes, aunque seas un mago.

—Déjalo, Kyle —dije enfadado—. Tienes solo una posibilidad de salir con vida de esta. Vete ya.

Kyle se rió abriendo las fauces.

—Ya vale de fantochadas, mago —dijo en voz baja—. No más ilusiones. Te lo dejo a ti, hermana.

Kelly llegó corriendo, pero yo ya me lo imaginaba. Levanté mi mano derecha y grité.

—¡*Ventas servitas!* —Una violenta columna de viento la lanzó como una bolsa de arena, cogiéndola a mitad de su vuelo y lanzándola por toda la habitación contra la pared.

Kyle gritó de furia, apartando su mano de mi garganta y lanzándose contra mí. Esquivé el primer golpe echando a un lado la cabeza y oí como su mano se estrellaba contra la piedra. Al esquivarlo perdí el equilibrio y mientras me tambaleaba me embistió otra vez, hacia el cuello. Lo único que pude hacer fue verlo venir. Y entonces Susan se puso entre los dos. No vi que venía pero vi que cogía el puño con las dos manos. Se giró moviendo las caderas, el cuerpo y los hombros dejando escapar un grito de furia. Lanzó a Kyle al otro lado de la habitación, por el aire, y sin una trayectoria clara. Se estrelló contra su hermana y ambos se dieron una vez más contra la pared. Oí que Kelly gritaba de forma brutal, incoherente. Aquel ser negro, como un murciélago, cubierto de cieno que había bajo la agradable máscara de carne humana se desprendió de ella y fue soltando trozos de piel con las garras mientras se volvía contra Kyle. Él forcejeó con ella, gritando algo inaudible mientras se liberaba de ella. Los dos empezaron a clavarse las garras el uno al otro formando un remolino de fauces, lenguas y garras.

Gruñí y extendí la muñeca, con la mano hacia ellos en un gesto totalmente desconocido para mí. Las palabras salieron de mis labios como a pequeños estallidos, sílaba a sílaba.

—¡*Satharak, na-kadum!* —Esa energía roja y furiosa que le había robado a Kravos inundó mi ser, soltando una nube de luz roja que se arremolinó en torno a los vampiros. La neblina escarlata giró a su alrededor a una velocidad tal que no se veía, y una llama los envolvió, brillaba cada vez más y con más calor, el conjuro hizo que se vieran envueltos en llamas.

Mientras morían proferían gritos parecidos a los ocasionados al romper láminas de metal y a los de pánico de los niños. El calor nos llegaba a nosotros, casi nos

chamusca los pelos de las piernas y del pecho. Empezó a salir un humo negro apestoso por el suelo.

Observé como ambos ardían, aunque no veía nada en aquel amasijo de llamas. Una parte de mí quería bailar de alegría malvada, lanzar mis brazos al aire y enorgullecerme por haber ganado el desafío y despreciar a mis enemigos mientras morían, y rodar por encima de sus cenizas cuando se hubieran enfriado.

Me estaba poniendo enfermo. Mientras contemplaba el conjuro que había lanzado y no podía creer que fuera cosa mía, con el poder recuperado o sin él, puede que incluso fuera algún poder intrínseco de este conjuro, del espíritu devorado de Kravos, la magia había salido de mi interior. Los había matado, tan rápida y eficazmente como se mata a una hormiga, sin pensarlo dos veces.

Eran vampiros, me decía una parte de mí. Se lo habían ganado. Eran monstruos.

Miré a un lado, a Susan, quien estaba jadeando, su camisa blanca estaba manchada de marrón oscuro, de color sangre. Miraba fijamente al fuego, con los ojos oscuros y abiertos de par en par, el blanco de sus ojos estaba inundado de color negro. Vi como se estremecía y los cerraba. Cuando los abrió otra vez, ya eran normales, pero empañados en lágrimas.

Dentro de mi conjuro, los gritos pararon. Ahora ya solo eran crujidos. Estallidos pequeños. Como el sonido que hace el tuétano cuando se calienta mucho y sale del hueso.

Me di la vuelta hacia la puerta y dije:

—Vamos.

Susan y Justine me siguieron.

Las conduje por el sótano. Era grande y estaba húmedo y sin terminar. La sala que había fuera de los servicios tenía un desagüe grande en el centro. Había cadáveres. Eran niños de la fiesta de disfraces. Otros, vestidos con harapos y ropa de desecho. La gente que se había echado de menos en la calle.

Me paré el tiempo suficiente como para que mis sentidos pudieran averiguar algo, pero no se veía que respiraran, no había ningún tipo de latido. Los cuerpos no mostraban ninguna señal de vida. A nuestros pies el suelo estaba húmedo y a un lado había una manguera que todavía goteaba agua.

Ya habían servido la cena.

—Los odio —dije. Mi voz resonó en la sala—. Los odio Susan.

Ella no respondió nada.

—No les voy a dejar que continúen. Ya he intentado mantenerme al margen pero ahora no puedo. No, después de lo que he visto.

—No puedes luchar contra ellos —susurró Justine—. Son demasiado fuertes. Son demasiados.

Levanté una mano y Justine se calló. Moví la cabeza a un lado y escuché un débil

golpeteo en los confines de mi clarividencia de mago. Recorrí la habitación, por los cuerpos hasta llegar a un hueco que había en la pared.

Habían colocado en el hueco unas estanterías baratas y en ellas estaba mi brazalete protector, mi varita, la calavera de Bob que todavía estaba metido en el saco de red. Al acercarme, los ojos del cráneo empezaron a brillar.

—Harry —dijo Bob—. Rayos y centellas, ¡estás bien! —Dudó un segundo y después dijo—. Y tienes un aspecto desastroso. A pesar de llevar unos calzoncillos con corazones amarillos.

Bajé la vista e hice todo lo que pude para dar la imagen de un vampiro que llevaba unos calzoncillos con corazones amarillos. Bueno, en realidad la de un mago que llevaba corazones amarillos.

—Bob —dije.

Bob silbó.

—Vaya. Tu aura es distinta. Te pareces un montón a...

—Calla, Bob —dije en voz baja.

Lo hizo.

Me puse el brazalete y cogí mi varita. Busqué y encontré mi bastón metido en una esquina y lo cogí también.

—Bob —pregunté—. ¿Qué hacen aquí todas mis cosas?

—Ah —dijo Bob—. Eso, bueno. Por alguna razón; a Bianca se le ocurrió que tus cosas podrían explotar si alguien andaba con ellas.

Noté la ironía de mi voz, aunque no la sentí.

—Ella lo hizo, verdad.

—No me imagino cómo.

—Te doy el doble. —Cogí el cráneo de Bob y se lo di a Justine—. Lleva esto y no lo dejes caer.

Bob silbó.

—Eh, bombón. Vaya capa más bonita que tienes. ¿Me dejas ver el tejido?

Le di un golpe al cráneo al pasar, lo cual hizo que Bob dijera:

—¡Vaya!

—Deja de hacer gansadas. Todavía estamos en casa de Bianca y tenemos que salir de aquí. —Fruñí el ceño y miré a Justine, después eché un vistazo rápido a izquierda y derecha—. ¿Dónde está Susan?

Justine pestañeó.

—Estaba justo aquí detrás... —Ella se dio la vuelta y miró fijamente.

El agua goteaba.

Había un silencio absoluto.

Justine empezó a temblar como una hoja.

—Aquí —susurró—. Están aquí, no podemos verlos.

—¿Qué quieres decir con que «no podemos»? *Kimosabe* —murmuró Bob.
El cráneo se giró en su saco de red.

—No veo ningún velo, Harry.

Barrí la zona con los ojos de izquierda a derecha agarrando la varita.

—¿Le has visto irse? ¿O que alguien la cogiera?

Bob tosió.

—Bueno, a decir verdad, estaba mirando a la seductora Justine.

—Ya entiendo, Bob.

—Lo siento.

Negué con la cabeza, molesto.

Entraron ocultos, puede que bajo un velo. Cogieron a Susan y se fueron. ¿Por qué no se quedaron? ¿Simplemente poniéndome un cuchillo en la espalda? ¿Por qué no se llevaron a Justine también?

—Son buenas preguntas —dijo Bob.

—Te diré por qué. Porque no estaban aquí. No podían haberse llevado a Susan tan fácilmente. Al menos no ahora.

—¿Por qué no? —preguntó Bob.

—Confía en mí. Sería muy difícil de llevar. No podían hacerlo sin organizar un lío que no habría pasado desapercibido.

—Suponiendo que tengas razón —dijo Bob—. ¿Por qué se iba a ir ella sola? Justine me miró y se lamió los labios.

—Bianca podía manejarla. He visto como lo hace. Hizo que Susan fuese a la sala de la lavandería por sí misma.

Gruñí.

—Parece que Bianca ha estado leyendo, Bob.

—Mago vampiro —dijo Bob—. Magia negra. Podría ser muy dura.

—Yo también. Justine, ponte detrás de mí. Mantén los ojos abiertos.

—Sí, señor —dijo en voz baja. Pasé por delante de ella dando grandes zancadas camino de las escaleras. Parte de la energía que sentía antes se había disipado ahora. Notaba más el dolor y la debilidad, eran más perceptibles. Hice todo lo que pude para apartarlos. De repente, noté un estremecimiento en la garganta e intenté gritar. También conseguí vencerlo. Así pues, me acerqué al final de las escaleras y miré hacia arriba.

Las puertas de arriba eran de madera noble, y estaban abiertas. Una suave brisa y el olor del aire de la noche bajaron por las escaleras. Era ya bien avanzada la noche, no era noche cerrada porque ya se veían retazos de un amanecer polvoriento. Miré a Justine y ella se estremeció apartando la vista de mí.

—Quédate ahí —le dije—. Bob, algunas cosas van a empezar a volar. Ayúdala todo lo que puedas.

—Vale, Harry —dijo Bob—. Sabes que esa puerta se ha abierto para ti. Van a estar esperando a que subas.

—Sí —dije—. Ya no voy a conseguir reunir más fuerzas. Puede que lo haga ahora.

—Podrías esperar hasta el amanecer. Entonces ellos...

Le interrumpí.

—Es entonces cuando bajarán aquí a escapar de la luz del sol. Y aún así habría lucha. —Miré a Justine y dije—. Te sacaré si puedo.

Me miró a la cara y después volvió a bajar la vista.

—Gracias, señor Dresden por intentarlo.

—No pasa nada. —Estiré mi mano izquierda, notando el frío de la plata de mi brazalete protector. Agarré con fuerza el bastón y dejé que la varita se deslizara por los dedos, sintiendo las runas que estaban labradas en la madera, las fórmulas del poder, el fuego, la fuerza.

Puse un pie en las escaleras. Mi pie desnudo hizo poco ruido pero la tabla crujió por el peso. Enderecé los hombros y subí al primer escalón, y luego al siguiente. Supongo que con resolución, pero también aterrorizado. Estaba henchido de poder, cada vez más enfadado, dispuesto a volver a perder el control.

Intenté aclarar mis ideas, dejarme llevar por el enfado y disminuir el miedo. Tuve un éxito limitado pero subí por las escaleras.

En lo más alto, Bianca estaba en un extremo del gran vestíbulo junto a las puertas abiertas. Llevaba la túnica blanca que ya había visto, el delicado tejido formaba pliegues y se estrechaba en curvas seductoras, formando sombras encima de ella con una convicción de artista. Susan se arrodilló junto a ella, temblando con la cabeza inclinada. Bianca le puso una mano en el pelo.

Dispersos y detrás de Bianca había una docena de vampiros de miembros flacos, cuerpos negros fofos y fauces que babeaban, las alas de piel que tenían entre el brazo, el costado y el muslo estaban extendidas, por todas partes, como si fueran alas parcialmente funcionales. Algunos vampiros habían subido por las paredes y estaban allí agarrados, como arañas negras larguiruchas. Todos, incluso Susan, tenían ojos oscuros y enormes. Todos me miraban a mí.

Delante de Bianca había una media docena de hombres arrodillados con trajes normales que en sitios como ese resaltaban. En las manos llevaban armas, de gran tamaño y buenas. Pensé que sería algún tipo de arma de asalto. Sus ojos parecían un poco distraídos, como si les hubieran dejado solo ver parte de lo que había en la sala.

Los miré, me incliné sobre mi bastón y me reí. Lo que se oyó fue una risa socarrona, que retumbó en todo el vestíbulo y que hizo que los vampiros se movieran nerviosos.

Bianca curvó sus labios sonriendo levemente.

—Y tú, ¿qué encuentras tan divertido?

Me reí otra vez. No había nada agradable en ello.

—Todo. Un tipo con dos palos y un par de calzoncillos cortos con corazones amarillos, debes de pensar que soy un hombre realmente peligroso.

—En realidad, sí, lo pienso —dijo Bianca—. Si yo fuera tú, lo consideraría un halago.

—¿Sí? —pregunté.

Bianca dejó que su sonrisa se hiciese más profunda.

—Ah, sí, sí. Caballeros —les dijo a los hombres con armas—, fuego.

Capítulo 38

Levanté mi mano izquierda y la coloqué delante de mí, volcando toda la energía en el brazalete protector y grité:

—*¡Rifletum!*

Las armas sonaron estrepitosamente. De una barrera que se formó a menos de quince centímetros de mi mano, saltaron chispas. El brazalete se calentó cuando los guardas me dispararon una ráfaga. Tan pronto como empezó se paró y las balas se fueron clavando en los laterales de la sala, destrozando el carísimo trabajo de carpintería y rebotando con furia por la habitación. Uno de los vampiros dejó escapar un alarido y cayó de la pared, estrellándose contra el suelo como si fuera un bicho gordo. De repente, una de las armas de los guardas saltó, se retorció y él gritó de dolor, retrocedió, la sangre le caía por las manos y por lo que le quedaba de la cara.

La tecnología no suele encajar demasiado bien con la magia. Incluidos los mecanismos de alimentación de las armas automáticas.

Dos armas se encasquillaron antes de soltar todo el cargador y las demás se quedaron sin munición. Me quedé de pie con una mano extendida. Las balas estaban dispersas por el suelo delante de mí, eran balas de plomo deformadas. Los miembros de seguridad miraron fijamente y se apartaron de mí, poniéndose detrás de Bianca y de los vampiros y luego salieron. No les culpo. Si lo único que hubiera tenido fuera un arma, y no hubiera servido de nada, yo también habría echado a correr.

Di un paso adelante, apartando las balas con los pies desnudos.

—Apartaos —dije—. Dejados salir. Nadie más tiene que resultar herido.

—Kyle —dijo Bianca mientras acariciaba el pelo de Susan—, Kelly. En todo caso, estaba loca. No todos quedan en buen estado después de sufrir el cambio. —Miró a Susan.

Mi sonrisa se desdibujó.

—Es tu última oportunidad, Bianca. Déjanos salir pacíficamente y saldrás con vida.

—¿Y si no? —preguntó en voz baja.

Gruñí, intentando controlarme. Levanté la varita, la giré alrededor de mi cabeza mientras concentraba todas mis fuerzas y grité.

—*¡Fuego!* —La energía salió de ella, y después de despedir una llamarada circular, soltó una columna de energía roja sólida que se extendió hacia delante, hacia la cabeza del vampiro.

Bianca seguía sonriendo. Levantó su mano izquierda, murmuró algo incoherente y vi como quedaba envuelta por una fría oscuridad, un disco cóncavo contra el que se estrelló mi energía y la absorbió, la dispersó y envió relámpagos de fuego a diestro y siniestro que se estrellaron en el suelo formando pequeños charcos ardientes.

Me quedé mirándola fijamente un momento. Sabía que ella conocía algunos trucos, puede que supiera hacer uno o dos velos, uno o dos encantamientos, puede que incluso supiera fascinar. Pero ese tipo de reflejo inmediato no era algo fácil de hacer para cualquiera. Algunos miembros del Consejo Blanco podrían haberlo vencido sin ayuda.

Bianca me sonrió y bajó la mano. Los vampiros se rieron, emitiendo sonidos sibilantes, era una risa inhumana. Los pelos de la nuca se me erizaron y un estremecimiento frío recorrió mi columna.

—Bueno, señor Dresden —murmuró—. Parece que Mavra fue buena profesora y que yo aprendí bien. Parece que estamos ante algo parecido a un empate. Pero me queda una carta por sacar. —Dio una palmada y miró a un lado.

Uno de los vampiros abrió una puerta. De pie, detrás, con ambas manos colocadas sobre un elegante bastón, había un hombre de mediana estatura, de pelo y piel oscuros, de abundantes músculos en el pecho y los hombros. Llevaba un traje sastre gris oscuro de corte impecable. Me recordaba a los nativos sudamericanos, con una mandíbula robusta y unos rasgos anchos y fuertes.

—Bonito traje —le dije.

Me miró de arriba abajo.

—Bonitos... corazones.

—Vale —dije—. Ahora me toca a mí. ¿Quién es ese?

—Me llamo —dijo el hombre— Ortega. Don Paolo Ortega, de la Corte Roja.

—¿Qué hay, Don? —dije—. Me gustaría elevar una queja.

Sonrió mostrando sus grandes y blancos dientes.

—Estoy seguro de que lo hará, señor Dresden. Pero he estado supervisando lo que ha ocurrido aquí. Y la baronesa —señaló a Bianca—, no ha roto ninguno de los acuerdos ni ha violado las leyes de la hospitalidad, ni su propia palabra.

—Venga ya —dijo—. ¡Ha roto el espíritu de todos ellos!

Ortega exclamó:

—¡Ay!, en los acuerdos se estipuló que no hay ninguna ley entre nuestra gente, señor Dresden. Solo su carta. Y la baronesa Bianca ha cumplido fielmente esa carta. Usted ha instigado varios combates en su casa, ha asesinado a su más acérrimo siervo, ha infligido daño a su propiedad y a su reputación. Y ahora está usted aquí preparado para continuar con sus agravios, de una forma bastante ilegal y displicente. Creo que lo que usted hace se denomina a veces «justicia de salvajes».

—Si quiere decir algo —dije—, dígalo.

Los ojos de Ortega brillaron:

—Estoy aquí como testigo del rey Rojo y de las cortes de vampiros y en representación suya. Eso es todo. Soy un mero testigo.

Bianca volvió a mirarme.

—Un testigo que contará en los tribunales tu ataque a traición y tu intrusión — dijo—. Ello hará que se produzca una guerra entre nuestros parientes y el Consejo Blanco.

La guerra.

Entre los vampiros y el Consejo Blanco.

Hija de puta. Era impensable. Un conflicto de esas características no había tenido lugar desde hacía miles de años. Al menos, que se recuerde y la memoria de los magos se remonta bastante lejos porque algunos viven muchísimo tiempo.

Tuve que tragar saliva y no dejar que se notara.

—Bueno. Dado que no va a ir a chivarse en este momento, entiendo que estás a punto de ofrecerme un trato.

—Nunca pensé que fuera tan lento de reflejos, señor Dresden —dijo Bianca—. ¿Va a escuchar mi oferta?

Cada vez me dolía más. Mi cuerpo estaba debilitándose. Había sentido el impulso de la magia en los últimos momentos pero había bastante energía. La recuperaría pero se me estaban agotando las pilas, y cuanto más lo hacía, menos podía hacer caso omiso de mi debilidad, mi mareo.

Hablando en términos legales, los vampiros me tenían entre la espada y la pared. Necesitaba un plan. Necesitaba un plan por si las cosas se ponían mal, necesitaba tiempo.

—Claro —dije—. Estoy dispuesto a escuchar.

Bianca enrolló los dedos en el pelo de Susan.

—Primero. Le perdonarán sus... excesos de mal gusto en los últimos días. Pero respecto a los dos muertos, nada se puede evitar para siempre, y esos dos habrían muerto enseguida en cualquier caso. Le perdono, señor Dresden.

—Qué amable.

—Esto mejora. Cuando se vaya, debe llevarse consigo su equipo, su calavera, y a la puta del cabrón Blanco. Intacto y libre de un futuro rencor. Todas las cuentas quedan saldadas.

Dejé que se notase la seriedad en mi tono de voz.

—¿Cómo podría decir no?

Sonrió.

—Ha matado a alguien muy querido para mí, señor Dresden, por supuesto no directamente, pero su actuación provocó su muerte. Por eso también le perdono.

Fruncí el ceño.

Bianca le pasó la mano por el pelo a Susan.

—Esta se queda conmigo. Me robó algo muy querido, señor Dresden y yo voy a quedarme algo muy querido por usted. Después de eso, estaremos empatados. —Le sonrió a Ortega y después me miró a mí y me preguntó—. ¿Y bien? ¿Qué dices? Si

prefieres quedarte con ella, seguro que se te podría hacer un hueco. Después de asegurarnos convenientemente de tu lealtad.

Me quedé un momento en silencio, aturdido.

—¿Y bien, mago? —dijo con más brusquedad—. ¿Qué respondes? Aceptas mi oferta. O aceptas mi trato o te declaro la guerra. Y tú serás la primera víctima.

Miré a Susan. Ella miraba fijamente sin pestañear con la boca medio abierta, como si estuviera en trance. Probablemente pudiera sacarla de él, si no fuera porque había un buen puñado de vampiros que estaban dispuestos a arrancarme las extremidades en el intento. Miré a Bianca, a Ortega, a los vampiros compinches. Estaban babeando por el suelo encerado.

Me dolía todo y me sentía realmente cansado.

—La quiero —dije. No lo dije muy alto.

—¿Qué? —Bianca se me quedó mirando fijamente—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que la quiero.

—Ya es casi mía.

—¿Y? Sigo queriéndola.

—Su forma ya no es del todo humana, Dresden. No pasará mucho antes de que se convierta en mi compañera.

—Puede que sí, o puede que no —dije—. Quítale las manos de encima a mi novia.

Los ojos de Bianca se abrieron del todo.

—Estás loco —dijo—. ¿Tontearías con el caos, la destrucción y la guerra, solo por el bien de este alma herida?

Golpeé con mi bastón en el suelo, en busca de poder. Más profundamente de lo que nunca había buscado. Afuera estaba amaneciendo y en el aire restalló un relámpago.

Bianca, incluso Ortega, parecieron inseguros de repente, mirando hacia arriba y a su alrededor antes de volver a mirarme.

—Por el bien de un alma. Por un amado. Por una vida. —Invoqué el poder hacia mi varita y su punta despidió un brillo incandescente—. Conforme a mi punto de vista, no hay nada más por lo que merezca la pena hacer una guerra.

La cara de Bianca se encrespó de rabia. Había perdido. Se echó atrás la piel como si fuera una horripilante oruga, la bestia negra salía de su máscara de carne humana, enseñando las garras, con los ojos encendidos de furia salvaje.

—¡Matadle! —gritó—. ¡Matadle, matadle, matadle!

Los vampiros vinieron a por mí, por el suelo, por las paredes, escabullándose como cucarachas o arañas, demasiado rápido para que fuera verdad. Bianca recogió sombras en sus manos y me las lanzó.

Yo di un paso atrás y las cogí y se las lancé a uno de sus esbirros. La oscuridad

envolvió al vampiro y gritó desde dentro. Cuando la niebla de alrededor desapareció, no quedaba de él nada excepto polvo. Respondí con otra gota de fuego con la varita, barriendo de un plumazo como si fuera una guadaña a los vampiros que acudían haciéndoles saltar en llamas. Se retorcieron y gritaron.

Las babas venían hacia mí por arriba y por los lados y casi no conseguía esquivarlas a tiempo. El vampiro que estaba colgando del techo escupió su veneno hacia abajo pero se encontró con el extremo de mi bastón en la tripa y el otro en el suelo. El vampiro rebotó haciendo un ruido como un eructo y aterrizó; levanté el bastón y golpeé la cabeza de aquel ser, mientras afuera resonaban los truenos. Del bastón salió una ráfaga de energía que hizo que el cráneo del vampiro se estrellara como un huevo. Del techo caía polvo y las garras del vampiro resonaron emitiendo un frenético *staccato* mientras moría.

De momento iba todo bien, los vampiros que estaban más cerca de mí iban cayendo enseñando los dientes. Pero venían más detrás de ellos. Bianca me lanzó otro ataque y aunque interpuse mi bastón y el escudo, el frío mortal me dejó los dedos entumecidos.

Me estaba quedando sin fuerzas, resollando, mi cansancio y debilidad empezaban a pasar factura. Vencí el mareo, lo suficiente para lanzar otra ráfaga de fuego a un vampiro que venía, pero resbaló a un lado y lo único que conseguí fue abrir un surco ardiente en las tablas del suelo.

Se retiraron un momento separados de mí por una gran extensión de llamas y lo aproveché para intentar respirar.

Venían. Los vampiros venían a por mí. Mi cerebro seguía hablándome, frenético, muerto de miedo. Venían. Justine, Susan y yo podríamos acabar muertos. Muertos como los demás. Muertos como las demás víctimas.

Me apoyé en la pared junto a las escaleras, jadeando, intentando pensar con claridad. Muertos. Víctimas. Las víctimas de abajo. Los muertos.

Dejé caer la varita. Caí de rodillas.

Con el bastón hice un círculo en torno a mí en el polvo. Aquello bastó. El círculo se cerró al lanzarle energía. La magia circulaba por doquier en esa casa, era el mar de la energía sobrenatural removido hasta formar espuma.

No sabía cómo funcionaría este conjuro. No tenía foco, ni objetivo y no era el tipo de magia con el que trabajaba. Empujé mis sentidos hacia abajo, hacia la tierra, como si fueran dedos que buscaran. Borré el vestíbulo en llamas, mis enemigos, los gritos de Bianca. Aparté el fuego, el humo, el dolor, la náusea. Me concentré y busqué debajo de mí.

Y los encontré. Encontré a los muertos, las víctimas, los que había cogido. No solo los que había amontonados como basura.

Encontré más, docenas de ellos. Una veintena. Cientos. Huesos ocultos, que no se

sabía que estaban allí, que nunca se habían buscado. Figuras impacientes, atrapadas en la tierra, demasiado débiles para actuar, para vengarse, para encontrar la paz. De otra forma es probable que no me hubiera salido, pero ellos me lo habían puesto en bandeja, Bianca y los suyos. Pensaban debilitar la frontera entre la vida y la muerte, utilizar a los muertos en mi contra.

Pero esa hoja tenía dos filos.

Encontré a esos espíritus, alargué la mano y los toqué uno por uno.

—*Memorium*—susurré—. *Memoratum. Memortius.*

La energía salió de mí. La empujé todo lo rápido que pude y se la entregué a los perdidos, los seducidos, los traicionados, la gente sin hogar, los desvalidos. Todos esos de los que se habían alimentado los vampiros a lo largo del tiempo, todos los muertos a los que pude llegar. Busqué en la confusión que Bianca y sus aliados habían creado y les otorgué mi energía a esas almas errantes.

La casa empezó a temblar.

Procedente del sótano salió un estruendo que empezó siendo un gemido y se transformó en un lamento. Y entonces llegó una muchedumbre gritando, un rugido que estremecía los sentidos, que hizo que mi corazón y mi vientre se estremecieran por la fuerza que contenía.

Vinieron los muertos. Salieron del suelo, y adoptaron formas de humo, llamas y ceniza. Los vi mientras yo empezaba a tambalearme, a debilitarme al terminar el esfuerzo del conjuro. Les vi las caras. Vi vendedores de periódicos de los ruidosos años veinte y moteros de los cincuenta y punkis de los ochenta. Vi como salían repartidores y gente sin hogar y niños perdidos que iban a por todas manifestando su enfado. Los fantasmas extendían sus manos ardientes para quemar y chamuscar; metían sus cuerpos humeantes en las narices y las gargantas. Gritaban sus nombres y los nombres de los que los habían matado, los nombres de los que querían, y su venganza estremeció esa enorme y grandiosa casa como una tormenta eléctrica, como un terremoto.

El techo empezó a caer. Vi como los vampiros eran arrastrados a las llamas, hacia el sótano, mientras había zonas del suelo que estaban ardiendo y comenzaban a ceder. Algunos intentaron huir pero los espíritus de los muertos no tenían más piedad que los demás. Golpeaban a los vampiros, los arrastraban, con manos y cuerpos fantasmagóricos que casi eran tangibles por el poder que yo les había otorgado.

Los vampiros morían. Los fantasmas se arremolinaban y gritaban por todas partes, horribles y hermosos, desgarradores y ridículos como la propia humanidad. Aquel ruido hizo que se me quitaran las ganas de hablar, empecé a recibir golpes en mi cuerpo que eran como puñetazos reales.

Estaba más aterrorizado de lo que lo había estado en toda mi vida. Intenté ponerme de pie y bajé las escaleras. Justine subía tambaleándose. Las órbitas de los

ojos de Bob brillaban con un naranja fuerte, era como un faro en medio del humo. La agarré por la muñeca e intenté abrirme paso por la casa que estaba temblando, el agujero que había en el suelo que conducía al infierno.

Vi como un espíritu saltaba a por Bianca con las manos extendidas en llamas y ella le golpeaba con una ráfaga de viento helado y oscuro. Cogió a Susan por la muñeca y empezó a tirar de ella hacia la puerta delantera.

Se acercaron más espíritus a por ella. El asesino de mayor edad que había en esta casa, eran fuego, humo y astillas, incluso uno que había conseguido formar un cuerpo falso con las balas gastadas que había en el suelo.

Me los quité a todos de encima. Con la garra y la magia, me abrí paso entre ellos hacia la puerta de entrada. Susan empezó a despertarse, a mirar alrededor con cara de terror.

—¡Susan! —grité—. ¡Susan!

Empezó a forcejear para escaparse de Bianca quien bufó y se dio la vuelta hacia Susan. Intentó tirar de mi novia para acercarse a la puerta delantera, pero uno de los fantasmas enganchó la pierna del vampiro haciendo que empezara a arder.

Bianca gritó como loca, fuera de control. Levantó en alto una mano, sus garras brillaban, oscuras y las bajó hacia la garganta de Susan.

Envié un conjuro con el nombre de Susan, era el último esfuerzo que me quedaba en el cuerpo y la mente.

Vi como se levantaba. Era el fantasma de Rachel. Apareció, sencilla, translúcida y hermosa, y se puso entre las garras de Bianca y la garganta de Susan. La sangre brotó del fantasma, era roja y espantosa. Susan se tambaleó hacia un lado. Bianca empezó a gritar, tan fuerte que podría haber roto un cristal mientras la sangre del fantasma presionaba contra ella, enrollando sus brazos alrededor de la monstruosa forma negra.

Mi conjuro siguió animando al fantasma de Rachel y le dio a Bianca en toda la cara, una columna de viento casi sólida que la cogió, lanzándola a toda velocidad y después la estrelló contra el suelo. Las tablas, que habían estado sometidas a presión, se abrieron bajo sus pies, crujieron y sonaron y las llamas vinieron hacia mí en una oleada de humo negro maloliente. Sentí que perdía el equilibrio e intenté llegar a la salida pero me caí al suelo.

Los espíritus fueron corriendo detrás de Bianca, el fuego y el humo, persiguieron a la bruja vampiro por el agujero. La casa gritó, era un sonido que parecía proceder de la madera torturada y las vigas retorcidas y entonces empezaron a caer.

No podía mantener el equilibrio. Sentí unas manos pequeñas y fuertes bajo uno de mis brazos. Y entonces sentí que Susan estaba bajo el otro, rebosante de energía y aterrorizada. Me levantaron. Justine estaba al otro lado y juntos salimos tambaleándonos de la casa.

No habíamos dado más de una docena de pasos cuando se derrumbó después de

crujir. Nos dimos la vuelta y vimos como la casa se estaba encogiendo, atrapada hacia la tierra a un infierno de llamas. Más tarde, el Departamento de bomberos dijo que era algo parecido a una explosión invertida, pero yo sé lo que vi. Vi como los fantasmas que los muertos habían dejado atrás arreglaron las cuentas.

—Te quiero —dije, o intenté decirle a Susan—. Te quiero.

Pegó su boca a la mía. Creo que estaba llorando.

—Calla —dijo—. Harry, calla, yo también te quiero.

Ya estaba dicho.

No había razón alguna para seguir esperando.

Capítulo 39

El hecho de que la unidad de quemados estuviera llena me pareció la última burla sádica del poder que había convertido mi vida en un infierno, así que me dieron una habitación a compartir con Charity Carpenter. Se había recuperado psicológica, aunque no físicamente, y empezó a atacarme en el momento en que me desperté. La lengua de la mujer era más afilada que ninguna espada. Incluso más que *Amoracchius*. Yo sonreía casi todo el tiempo. Michael habría estado orgulloso.

Supe que se había producido un giro brusco en la recuperación del niño y que había mejorado en las horas previas al amanecer en el que la casa de Bianca había ardido. Pensé que quizá Kravos se había llevado algo del niño y yo se lo había devuelto. Michael creía que Dios había decidido que sería el día de hacer cosas buenas. Fuera lo que fuera, los resultados eran los que contaban.

—Hemos decidido —dijo Michael mientras rodeaba a Charity con su fuerte brazo — llamarle Harry.

Charity me miró con el ceño fruncido pero permaneció en silencio.

—¿Harry? —pregunté—. ¿Harry Carpenter? Michael, ¿qué te ha hecho ese pobre crío?

Pero aquello me hizo sentirme bien. Y le llamaron así. Michael y el padre Forthill se alternaban para quedarse conmigo hasta que salí. Nadie dijo nunca nada, pero Michael tenía la espada y Forthill tenía un crucifijo a mano por si venía algún otro visitante desagradable. Una noche que no podía dormir le dije a Michael que estaba preocupado por las repercusiones de lo que había hecho, la magia dañina que había liberado. Me preocupaba que viniera a cogerme.

—No soy un filósofo, Harry —dijo—. Pero he de decirte algo para que reflexiones: lo que va vuelve. —Se calló un momento frunciendo algo el ceño y la boca—. Y algunas veces eres tú quien vuelve. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lo había entendido. Pude volver a dormir.

Michael explicó que él y Thomas habían escapado de la lucha en el puente unos instantes después de comenzar. Pero el tiempo parecía haberse hecho eterno entre el Más Allá y Chicago y no habían salido hasta las dos de la tarde del día siguiente.

—Thomas nos sacó hacia su abismo humano —dijo Michael.

—No soy mago —dijo Thomas—. Solo puedo salir y entrar del Más Allá en lugares que siento cercanos a mis sentimientos.

—¡Una casa del pecado! —dijo Michael con cara seria.

—Un club de caballeros —protestó Thomas—. Y una de las casas más bonitas de la ciudad.

Me callé. ¿Quién ha dicho que no puedo volverme más sabio?

Murphy salió del conjuro del sueño un par de días más tarde. Yo tuve que ir en

silla de ruedas, pero fui al funeral de Kravos con ella. Ella empujaba mi silla bajo una lluvia pertinaz hasta la tumba. Allí había un oficial de la ciudad que firmó algunos documentos y se fue. Después solo nos quedamos nosotros y los enterradores, solo se oían las paladas de tierra.

Murphy observó como lo hacían en silencio absoluto, con los ojos hinchados, el azul estaba desdibujado y parecía casi gris. No la presioné y no hablé hasta que el agujero estuvo medio lleno.

—No pude pararle —dijo, en ese momento—. Lo intenté.

—Pero le hemos vencido. Por eso estamos aquí y él allí.

—Le has vencido tú —dijo Murphy—. Yo no te ayudé mucho.

—Ese cabrón te golpeó. Aunque hubieras sido maga, te habría cogido, como casi lo hizo conmigo. —Me estremecí, al recordar el dolor y eso hizo que los músculos del estómago se endurecieran—. Karrin, no puedes culparte por eso.

—Lo sé —dijo, pero no parecía convencida. Se quedó en silencio bastante tiempo y al final me imaginé que no iba a hablar porque había escuchado las lágrimas en su voz, las que la lluvia no me había dejado ver. Sin embargo no inclinó la cabeza y no apartó la mirada de la tumba.

Alargué la mano y encontré la suya. La apreté. Ella me apretó también a mí en silencio y con fuerza. Nos quedamos ahí bajo la lluvia, hasta que la última palada de tierra hubo caído sobre el ataúd de Kravos.

Al salir, Murphy paró mi silla de ruedas frunciendo el ceño ante una lápida blanca que había junto a una tumba vacía.

—Murió cumpliendo su deber —leyó y me miró.

Me encogí de hombros y mi boca se curvó hacia un lado.

—Todavía no. Hoy no.

Michael y Forthill cuidaron de Lydia por mí. Su nombre verdadero era Bárbara. Le dijeron que hiciera las maletas y la sacaron de la ciudad. Al parecer, la Iglesia tenía algo parecido al programa de protección de testigos, para poner a la gente fuera del alcance de los malos del Más Allá. Forthill me dijo que la chica había huido de la iglesia porque estaba tan aterrorizada de que llegara a dormirse que había salido a buscar anfetaminas. Los vampiros la cogieron cuando salió, que fue cuando los encontré en ese edificio antiguo. Me envió una nota en la que decía sin más: «Lo siento. Gracias por todo».

Cuando salí del hospital, Thomas me envió una carta de agradecimiento por salvar a Justine. La envió en una pequeña nota atada con un lazo que era lo único que llevaba puesto Justine. Que cada uno se imagine donde llevaba el lazo. Cogí la nota pero no a la chica. Había un cierto punto desagradable en compartir la chica con un vampiro del sexo. Justine era bastante guapa y dulce cuando no estaba al borde de una inestabilidad emocional orgánica, pero no podía abusar de ello. Mucha gente

tiene que tomar medicación para mantener el equilibrio. El litio, los vampiros sexuales supermodelos, lo que sea.

Yo ya tenía mis propios problemas con las mujeres.

Susan me envió flores y me llamaba todos los días mientras estuve en el hospital. Pero no me habló durante mucho tiempo. Y no vino a visitarme. Cuando salí, fui a su apartamento. No vivía allí. Intenté llamarla al trabajo pero no conseguí localizarla. Al final tuve que recurrir a la magia. Utilicé un pelo suyo que había en mi apartamento y la localicé en una playa del lago Michigan, uno de los días más cálidos del año.

La encontré tumbada tomando el sol con un bikini blanco que tapaba más bien poco. Me senté junto a ella y su estado de ánimo cambió de repente, había una calma tensa que no se me escapó aunque no podía ver sus ojos detrás de las gafas de sol.

—El sol ayuda —dijo—. Algunas veces consigo estar bien durante un tiempo.

—He estado intentando encontrarte —dije—. Quería hablar contigo.

—Lo sé —dijo—. Harry. Las cosas han cambiado para mí. Es soportable durante el día, pero por la noche... —Se estremeció—. Tengo que meterme en el interior. No confío en la gente que me rodea, Harry.

—Lo sé —dije—. ¿Sabes lo que está ocurriendo?

—Hablé con Thomas —dijo—, y con Justine. Supongo que fueron muy amables. Me explicaron algunas cosas.

Hice una mueca.

—Verás —dije—. Voy a ayudarte. Encontraré una forma de sacarte de esto. Podemos curarte. —Extendí la mano—. Ah, madre mía, Susan. No se me da bien hacer esto. —Solo conseguí ponerle un anillo con una gran torpeza—. No quiero que estés lejos. Cásate conmigo.

Se levantó y se quedó mirando la mano, el anillo más bonito que me había podido permitir. Después se acercó a mí y me dio un beso lento, caliente, su boca se derretía. Nuestras lenguas se tocaron. La mía se quedó entumecida, me mareé un poco, al sentir como el placer me inundaba, una droga que había ansiado sin darme cuenta.

Se apartó de mí lentamente, con la cara exenta de expresión detrás de las gafas de sol. Dijo.

—No puedo. Siempre me haces pasarlo mal, Harry. No podría controlarme contigo. No podría vencer mis ansias. —Me puso el anillo en la mano y se levantó, cogiendo la toalla y el monedero—. No vuelvas. Te llamaré.

Y se marchó.

* * *

Al final le pude demostrar a Kravos que me había entrenado para vencer a las pesadillas cuando era más joven. Y en cierta medida era cierto. Si algo acudía a

luchar a mi cabeza, podía vencerlo. Pero ahora tenía pesadillas que formaban parte de mí. Eran mías, y siempre eran igual: oscuridad, atrapado, rodeado de vampiros, que se reían con esa risa sibilante.

Me despertaba gritando y llorando. *Mister*, enrollado entre mis piernas, levantaba la cabeza y me miraba haciendo un ruido sordo. Pero no se iba. Se volvía a acurrucar, ronroneando como el motor de una moto de nieve. Me reconfortaba. Y dormía siempre con una luz cerca.

—Harry —me dijo Bob una noche—. No has estado trabajando. Casi no has salido del apartamento. El alquiler había que haberlo pagado la semana pasada. Y la investigación sobre este vampiro ahora no va a ningún sitio.

—Calla, Bob —le dije—. Este ungüento no está bien. Si podemos encontrar una forma de convertirlo en líquido, puede que podamos hacer algo que lo complemente.

—Harry —dijo Bob.

Miré al cráneo.

—Harry. El consejo te ha enviado un aviso hoy.

Me levanté lentamente.

—Los vampiros. El consejo está en guerra. Supongo que París y Berlín quedaron sumidas en el caos hace casi una semana. El consejo ha convocado una reunión. Aquí.

—El Consejo Blanco viene a Chicago —reflexioné en voz alta.

—Sí. Van a querer saber que demonios pasó.

Me encogí de hombros.

—Les envié mi informe. Hice lo correcto —dije— o al menos lo que pude. No podía dejar que se la llevaran, Bob. No podía.

El cráneo suspiró.

—No sé si eso les detendrá, Harry.

—Tiene que hacerlo —dije.

Llamaron a la puerta. Subí del laboratorio. Murphy y Michael aparecieron en mi puerta con un paquete: sopa, carbón y queroseno porque hacía más frío. Latas. Fruta. Michael había incluido una maquinilla de afeitar, lo cual era un detalle.

—¿Cómo estás Dresden? —me preguntó Murphy con sus ojos azules muy serios.

La miré un momento y después a Michael.

—Podría ser peor —dije—. Entrad.

Amigos. Ellos hacen que todo sea más fácil.

Bueno, los vampiros están ahí fuera dispuestos a cogerme tanto a mí como a todos los demás magos de la zona. Los aprendices de brujo de la ciudad, los desposeídos de la magia, se han propuesto no salir después del anochecer. Ya no encargo pizza. No después de que el primer tipo casi acabara conmigo con una bomba.

El consejo se va a poner furioso conmigo, vaya novedad.

Susan no me llama, no viene a visitarme. Pero me envió una postal en mi cumpleaños, el día de Halloween, en la que solo escribió dos palabras.

Adivinen cuales son.



JIM BUTCHER, creció en Kansas (Estados Unidos) leyendo todo libro de fantasía que cayera en sus manos. Las crónicas de Narnia, El señor de los anillos o las Crónicas de Prydain son algunas de las obras que marcaron su vocación como novelista. Aficionado a los juegos de rol y al cine de terror, y fan declarado de La guerra de las galaxias, comenzó a escribir desde muy joven, hasta que en 2000 publicó Tormenta, su primera novela. El libro se convirtió pronto en un fenómeno de ventas y dio lugar a La Saga de Dresden, que cuenta ya con ocho títulos en el mercado estadounidense y con toda una legión de seguidores.

La calidad literaria y la originalidad de su propuesta son los ingredientes de la serie, que cuenta las aventuras de un mago en un Chicago plagado de fenómenos inexplicables y seres sobrenaturales que viven en conflicto con los humanos. Si bien otros autores ya se han adentrado en este terreno, creando un presente alternativo con elementos fantásticos, ninguno ha conseguido un resultado tan brillante como Butcher, que mezcla con gran acierto el terror y la comedia. Muchos le consideran el J.K. Rowling de la literatura para adultos.

Notas

[1] *C'mon, hurry*: ven, date prisa. <<

[2] Adaptación del primer verso del poema *Jabberwocky*, de Lewis Carroll <<